

LA AUTORA DE BEST SELLERS DE USA TODAY

Christina McKnight

LA

LADRONA  
ROBÓ  
SU  
CONDE

CRAVEN HOUSE SERIES

# **La Ladrona Robo Su Conde**

## **Christina McKnight**

Traducido por Patricia M Begona

“La Ladrona Robo Su Conde”

Escrito por Christina McKnight

Copyright © 2018 Christina McKnight

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Patricia M Begona

Diseño de portada © 2018 Sweet n' Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[La Ladrona Robo Su Conde](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cinco](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo Ocho](#)

**La ladrona robó su conde**

Christina McKnight

La Loma Elite Publishing

Copyright © 2016 por Christina McKnight  
Todos los derechos reservados.  
ISBN: 1-945089-04-0 (Paperback)  
ISBN-13: 978-1-945089-04-6 (Paperback)  
ISBN: 1-945089-03-2 (Libro electrónico)  
ISBN-13: 978-1-945089-03-9 (Libro electrónico)

La Loma Elite Publishing

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, distribuirse o transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio —incluidos fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos—, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en revisiones críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitudes de permiso, escriba al autor, a "Atención: Coordinador de permisos", en la dirección que se encuentra abajo.

Christina@christinamcknight.com



Dedicatoria

Para Angie ~

Eres el ladrón que robó mi corazón en Las Vegas. Nuestra amistad ha sido una verdadera bendición.

¡Gracias por todo lo que haces por la comunidad indie!

# PRÓLOGO

Londres, Inglaterra

Marzo de 1818

La señorita Judith Pengarden tendría que estar en cualquier lugar menos en los oscuros pasillos de la casa londinense de Lord Gunther, con la espalda pegada a una pared helada. Tal vez, en una cena tardía con sus hermanos o en otro juego de cartas donde pudiera probar suerte —su hermana menor había insistido en que aprendiera a jugar—. O, incluso, en la ópera. Sin embargo, ella estaba, de hecho, escabulléndose por el interior de un hogar que necesitaba una renovación completa. Era difícil entender por qué su hermana gemela, Samantha, pensaba que había algo de valor en esta casa descuidada y olvidada desde hacía tanto tiempo.

Durante la hora en la que Jude había recorrido el mohoso segundo piso a la luz de las velas, no había descubierto más que polvorientas cortinas de tela, reliquias familiares descuidadas y muebles de madera sin pulir. Era imposible imaginar a alguien que viviera entre estas paredes, y mucho menos que conservara un jarrón precioso, antiguo y muy valioso, descuidadamente en una mesa auxiliar.

*Oh, tendría que haberlo imaginado antes que confiar en ti,* murmuró Jude, maldiciendo al tiempo su propia incapacidad para ver más allá de las fábulas de su gemela. Era más probable que Sam ni siquiera hubiera conocido a lord Gunther, ni que le hubiera oído alardear de su preciado jarrón.

Buscó en la citadina casa venida a menos y con solo esta ala para explorar. Dando una última vuelta, Jude miró por el pasillo corto y oscuro; sabía que esta era su última esperanza de encontrar lo que había venido a buscar, aquello por lo que estaba arriesgando el cuello.

Inmediatamente, se dio cuenta de que este salón estaba mejor cuidado que el resto de la casa; los suelos estaban limpios, si no pulidos hasta brillar, las largas cortinas estaban sostenidas por cordones finamente atados, y una pequeña mesa estaba ubicada justo a la izquierda de un par de puertas dobles.

Jude había encontrado las habitaciones privadas del señor.

Finalmente.

Se tomó firmemente la larga falda con la mano, corrió al final del pasillo y se detuvo delante la mesa.

Como un ave segura en su nido, allí reposaba. Lo que había hecho que arriesgara todo; la limpia superficie de porcelana, sin polvo acumulado que opacara los finos colores y el exterior ingeniosamente diseñado.

Se quedó sin aliento mientras admiraba la belleza atemporal de la pieza, solo opacada por su valor.

Se le hacía cada vez más difícil respirar mientras levantaba los dedos y tocaba suavemente el jarrón; sentía las ligeras ondulaciones de las pinceladas del artista mientras él —o ella— con delicadas manos pintaba la pieza. O eso ella imaginó.

La idea de tomar el objeto entre las manos y bajar el tramo de escaleras para escabullirse hacia el carruaje que esperaba varias casas al final de la calle y a la vuelta de la esquina, la aterrorizaba.

No es que ella —y Sam— no hubieran planeado esta artimaña con cuidado, pero Jude nunca había imaginado irrumpir en la casa de otra persona para robar algo de tamaño importancia. Una vez que ella sostuviera el jarrón, lo sacara de la casa de Lord Gunther, y lo vendiera por una importante cantidad de libras como para resolver las deudas de su familia y alimentar a todos los ocupantes de Craven House durante muchos años, se le agregaría un peso a los hombros. Cruzaría una línea y no sería fácil volver atrás.

Jude retiró la mano como si el jarrón la hubiera quemado.

Tal vez podría decirle a Sam que no había encontrado la pieza, convencerla de que probablemente nunca existió, de que el plan había sido defectuoso desde el principio y que encontrarían otra forma de ayudar a la familia. Sin embargo, sabía que sus opciones eran limitadas y que su tiempo se acababa con rapidez.

Jude negó con la cabeza y descartó así cualquier duda persistente. Su familia necesitaba ayuda, y si ella y Sam podían proporcionar a su hermana mayor una mínima seguridad financiera, entonces se lo debían.

Y esa salvaguarda, la respuesta al dilema de Craven House, estaba frente a ella, esperando que la tomaran... todo llamaba a Jude para que la sacara de esta casa polvorienta y destartalada y la llevara hacia un nuevo propietario que adoraría su delicadeza como era debido.

El jarrón prácticamente le suplicaba que lo tomara y lo liberara de sus crueles circunstancias.

La pieza, intrincadamente diseñada, pertenecía a un museo; un lugar donde el público pudiera admirar su belleza y su valor histórico, no escondido en esta casa vieja y polvorienta.

Que Jude, de paso, obtuviera algo de la transacción era algo con lo que podría vivir.

No siendo quien para negar la oportunidad de dar a algo la libertad que antes le fuera negada, Jude asió el jarrón, sorprendida por su ligereza.

Se preguntó si al dejar caer el jarrón, flotaría hacia el suelo como una pluma.

Cuando las imágenes del jarrón hecho añicos colmaron su mente, Jude metió la pieza debajo del brazo con firmeza y volvió sobre sus pasos hacia las escaleras de servicio.

Conteniendo la respiración una vez más, bajó las escaleras de dos en dos antes de detenerse en la puerta cerrada que separaba el hueco de la escalera del pasillo que conducía desde el frente de la casa a la cocina.

Jude apoyó oreja en la puerta fría y anodina y escuchó.

Ni un sonido.

Ni pasos, ni susurros quedos, ni puertas que se cerraran.

Ni siquiera un reloj que sonara en alguna parte de la casa.

La recorrió un escalofrío. El cuerpo de Jude se puso alerta por la rareza de aquello, pero aun así abrió la puerta y se dirigió a la habitación que estaba un poco más allá del vestíbulo principal. Allí, todavía había una ventana entreabierta, que esperaba a que ella se deslizara y bajara hasta los arbustos.

Se sintió horrorizada por la euforia que había experimentado al recorrer la casa abandonada.

Jude solo rezó para llegar a salvo a casa —eso y para que Marce, su hermana mayor, apreciara todo lo que Jude hacía para ayudar a todos los que buscaban refugio en Craven House. No es que Marce supiera de dónde venía el dinero, solo que aparecía en sus habitaciones privadas, como por arte de magia.

La fresca brisa nocturna acarició el rostro de Jude mientras miraba por la ventana abierta.

Era la última oportunidad de echarse atrás, devolver el jarrón a su lugar legítimo e irse sin que nadie lo supiera.

Y con la conciencia libre de cualquier cargo.

Respirando profundo, Jude tomó la única decisión que tenía sentido para su futuro y el de su familia: sostuvo el jarrón por la ventana y lo soltó,

permitiéndole que cayera

... directamente en las manos que esperaban, las de su hermana gemela.

# **CAPÍTULO UNO**

Londres, Inglaterra.

Mayo 1818

Jude tiró del resistente hilado del que estaba hecho el vestido mugriento mientras contenía la respiración para mantener la pestilencia a raya. El hedor de cuerpos sucios, comida enmohecida, olvidada, y a animal mojado solo era sobrepasado por el hedor de un olor metálico que, ella sabía, era sangre. Ciertamente tendría que quemar las prendas que vestía tan pronto como fuera liberada y pudiera regresar a Craven House —si es que alguno de sus hermanos alguna vez se dignara a recogerla.

Deshacerse de un artículo tanpreciado como un vestido no era algo que siempre hubiera tenido la libertad de hacer. Durante muchos años, se consideró afortunada de poseer varios vestidos, a pesar de que compartía cada uno de ellos con Samantha. El tiempo que ella y sus hermanos habían pasado en Craven House debería de haber preparado a Jude para esta noche; hombres iracundos de tanta bebida, que los hacía discutir, lo que conducía a puñetazos y sangre —olor que nunca olvidaría, aunque su familia había tratado de mantenerla lo más lejos posible de ella.

Un atisbo de sol naciente por la estrecha ventana de su celda permitía que un haz de luz penetrara el húmedo recinto; aunque Jude hubiera estado feliz de permanecer ignorante de su despreciable entorno. El vestido, aunque hecho de un material basto, igual se enganchaba en el banco áspero y astillado en el que estaba sentada. Pero después de horas de ponerse en pie —y caminar—, Jude tuvo que descansar sus doloridas piernas. Era el banco de madera pegajosa y mugrienta o el suelo de tierra más duro e insoportable, cubierto de comida desechada y un cubo lleno de lo que le dijeron que era agua, aunque tenía un aspecto más oscuro que el río Támesis.

En realidad, hubiera preferido nadar en el Támesis en lugar de estar en la presente situación. Solo esperaba que su hermano mayor, Garrett, no la enviara al campo por todos los problemas que había causado. El problema con el que se suponía que debía convivir. Una temporada en el campo sería preferible a lo que Marce, la imperiosa hermana, le haría si descubriera las escapadas de Jude.

Se había visto a sí misma como invencible; por encima de ser atrapada. Tanto así, que Jude debería estar en pánico total. Pero la naturaleza surrealista de su posición no se había desvanecido del todo como para permitir enfrentar la cruda realidad en la que se encontraba. Se suponía que debía ser solo una vez: el jarrón de la casa de lord Gunther. Venderían la pieza, le darían el

dinero a Marce y serían libres de vivir con cierta paz al saber que su hogar estaba a salvo. Pero el jarrón se quedó en Craven House y ahora el futuro de la familia estaba en peligro. Deberían de haber sabido que el robo de un jarrón no pasaría inadvertido y que se informaría. No deberían haber sido tan delirantes como para pensar que podían tomar el jarrón y ganar dinero fácilmente con la misma facilidad que vendían mercancías en el mercado.

Por lo pronto, se había quedado sola en esta habitación a oscuras, con la puerta bien cerrada, por horas. Nadie había venido a preguntar cómo estaba; no le habían ofrecido ni de beber ni de comer, ni de una manta para protegerse del frío de la noche. No había escuchado a otra persona desde que el alguacil había cerrado la puerta con una fuerte reprimenda para que no causara más alboroto, o le pesaría.

No estaba segura de cuánto tiempo más estaría encerrada en esta habitación —su estómago gruñó en señal de protesta ante semejante pensamiento—, o de si incluso su gemela, Samantha, sabía adónde la habían llevado.

Jude estaba segura de una cosa: No le gustaba la idea de pasar sola otro momento allí. La ventana era demasiado estrecha para que pudiera pasar y la puerta estaba cerrada desde el exterior.

Esto la llevó a pensar durante horas cómo había terminado allí, qué camino podría haber tomado para librarse de tan miserable circunstancia.

La noche había comenzado bastante tranquila. Su hermana y ella habían ideado un plan para hacerse con las hojas de una biblia del siglo XIV de la residencia de Lord Asherton, una antigüedad mucho menos notable y rastreable que el jarrón de Lord Gunther, pero casi tan valiosa. Debería de haber sido fácil. Samantha se reuniría con el señor en cuestión en una cena a la que asistiría con sus amigos, mientras Jude se deslizaba en por la casa, recogía los papeles antiguos, y desaparecía como si nunca hubiera estado allí. Habían escuchado durante una reciente visita que habría pocos sirvientes en la casa, ya que muchos habían viajado a la finca de Lord Asherton antes de su partida programada para el día siguiente. El momento perfecto para el atraco.

Pero poco había salido según lo planeado.

Después de buscar en un estudio en la planta baja, Jude se había escabullido por un pasillo oscuro cuando escuchó voces que venían de las cocinas, que sentía cada vez más fuerte mientras corría en la dirección opuesta. No había sido difícil deslizarse en una habitación vacía, apresurarse hacia una puerta, y huir. Eso fue hasta que algo le arrancó la gorra de la cabeza



mientras pasaba por un perchero colocado dentro de lo que parecía ser la sala de estar de una dama. Jude había recuperado rápidamente la gorra, la había vuelto a colocar en su lugar para ocultar su rojo cabello, y continuó hacia una puerta que esperaba que se abriera a un área de descanso en el jardín... y hacia la libertad.

Estaba a solo unos pasos de la puerta cuando la alarma sonó detrás de ella.

No eran los gritos de un señor enfurecido o la voz de alto de un fiel sirviente, sino el chillido de una niña. Jude apenas miró por encima del hombro para ver a quien la había delatado antes de precipitarse a través de la puerta, a lo largo del costado de la casa, y alrededor del estrecho sendero detrás de la hilera de casas adosadas unas a otras.

Varias horas más tarde, aun sentía en los oídos el agudo chillido.

Nunca olvidaría los ojos redondos y asustados de la niña que había mirado a Jude desde su asiento en el salón, una manta arrojada al azar sobre su regazo. Leía un libro. Su pelo alborotado le caía en cascada sobre los hombros, todavía rizado por las trenzas. Un impecable camión blanco se amontonaba en el cuello a modo de moño.

Jude no hubiera podido describir con precisión a la niña más allá de su largo y oscuro cabello y su mirada asustada.

Todo lo que había pensado en ese momento era alejarse lo máximo posible de la casa de Lord Asherton. La valiosa Biblia, al demonio.

Huir de la casa y haberse alejado una cuadra no había detenido el sonido de la alarma. El vigilante nocturno corría a la vuelta de la esquina, con la lámpara en alto para iluminar su camino.

El fornido hombre, vestido con pantalones de trabajo y abrigo, solo era identificable por la brillante estrella de estaño sujeta al bolsillo de su chaqueta. La oscilante lámpara enviaba la luz reflejada sobre la pieza de metal, mientras los dos permanecían inmóviles, mirándose. La pareja quedó atrapada en el pequeño círculo de luz emitido por el farol. Su expresión era probablemente una imagen especular de la de ella; de pavor.

No esperaba que la atraparan y era probable que él nunca hubiera detenido a un presunto delincuente en su guardia nocturna.

Era una mujer sin chaperona, vestida con ropas menos que modernas, con una gorra que escondía su cabello. Era razonable que el alguacil la interrogara solo por principios, porque ¿qué mujer sola atravesaría las desiertas calles de Londres casi a medianoche?

Tal vez debería de haber huido. Sam habría avalado este curso de acción.

Ciertamente, ella no debería de haber estado de acuerdo con esa idea alocada, en primer lugar. Marce le habría aconsejado que no lo hiciera.

El hombre no estaba armado. La mayoría de los vigilantes nocturnos hacían su rondín con nada más que una porra como protección.

Y así, el enfrentamiento continuó. Jude estaba analizando el tamaño y la fuerza del vigilante; y concluyó que la superaría fácilmente a pie, en una sección de Londres, con la que no estaba familiarizada.

No había tenido mucho más que hacer, excepto emplear el talento de su gemela para encantar a los hombres.

Desafortunadamente, su voz no tenía la sensual profundidad de la de Sam, ni era hábil para desplegar esa actitud tímida necesaria para arrullar a un hombre y hacer que se sintiera lo suficientemente seguro como para permitirse bajar la guardia.

Y entonces, había cedido y había permitido que el vigilante la encerrara en esta habitación, como cualquier criminal merecería.

Jude se rindió ante el cansancio y se recostó contra la pared mugrienta, segura de que necesitaba olvidar los muchos errores que había cometido. Se acomodó contra la fría pared de su celda, acercó las rodillas al pecho y permitió así que su vestido le cubriera los pies helados. Cuando la cabeza se encontró con la superficie dura de la piedra, cerró los ojos, rogando que las lágrimas permanecieran donde pertenecían y que no se derramaran. No lloraría.

Se le había arrebatado ese derecho cuando ella y su gemela decidieron ayudar a procurar un ingreso extra para Craven House; sabían el riesgo que habían aceptado tomar con sus acciones.

Respiró profundamente, lo que hizo que el hedor de su entorno le invadiera las fosas nasales y para luego ser expulsado gradualmente, y aquietar su pulso. Si pudiera calmarse, tal vez el sueño se haría cargo y se despertaría para descubrir que todo había sido una pesadilla. Se despertaría en su cálida cama con Sam acurrucada en la cama gemela a unos pocos pies de distancia, ambas metidas profundamente bajo las suaves y hermosas sábanas. Jude compartiría su horrible sueño con Sam. Se reirían mientras se estiraban en la calidez de sus camas y llamaban a la criada para ayudarlas a prepararse para su día de compras y diversión.

Salvo que Sam y Jude compartían una cama, no tenían el lujo de una criada, ni siquiera los fondos para un par de guantes nuevos.

Cada día que se quejaban, Marce recordaba a sus hermanas menores que muchas mujeres eran mucho menos afortunadas. Al menos ellas tenían un techo sobre las cabezas, comida en la mesa, y alguna esperanza de un futuro más fructífero si se preocuparan por su comportamiento y atraían a buenos pretendientes.

Y eran amadas.

Sin duda alguna, eran muy amadas.

Pero el amor no mantendría a raya a los cobradores, ni traería más alimento a su mesa.

Y agradecerían un vestido nuevo o dos para todas ellas, especialmente dado que Lady Haversham había sido tan amable de patrocinar su debut social.

Jude resopló. Era un pensamiento trivial y egoísta, especialmente cuando estaba sentada en un banco astillado con la cabeza apoyada en una pared cubierta de mugre en una habitación que no había sido barrida adecuadamente. Solo Dios sabía desde hacía cuánto tiempo.

Desde algún lugar fuera de la celda, Jude escuchaba voces fuertes y airadas. Estaban amortiguadas por la pared y la puerta que las separaban de las otras partes del edificio que la albergaba, pero la ira en la voz dominante era inconfundible.

Jude hubiera querido que se abriera un gran hoyo en la celda y la tragara, en oposición a la fuerza de la madre naturaleza que se dirigía hacia ella. Habrían de pasar solo unos momentos antes de que la ira desatada actualmente sobre el vigilante nocturno que se atrevió a mantener a la señorita Judith Pengarden encerrada en una habitación, se reorientara hacia la propia Jude.

—No voy a tolerar esto, Garrett —Marce, la hermana mayor de Jude y única figura materna, ladró con fuerza mientras la llave se deslizaba en la cerradura—. Haré que abran esta puerta de inmediato o traeré los fuegos del averno a este establecimiento.

El énfasis de Marce en la palabra no dejó lugar a dudas en la mente de la matriarca de su familia opinaba sobre el vigilante nocturno y su alojamiento.

—Querida hermana, —intentó Garrett convencerla— el hombre solo está haciendo su trabajo, se gana un salario respetable mientras mantiene las calles libres de vagabundos por las noches

—Ciertamente, Judith no es un vagabundo —la voz de Marce se elevó tres octavas hasta que fue casi un grito estridente—. Ahora, libérela de inmediato o me veré obligada a llamar a Lord Haversham o Lord Chastain. Estoy segura de

que conoce tanto al conde como al duque. Rápidamente resolverán todo esto de una vez por todas.

Jude podía imaginar a su hermana golpeando el piso con su pie, su furia se intensificaba con cada palabra.

Nadie se atrevía a desafiar a Marce, ni en Craven House ni en ningún otro lugar que hubiera presenciado a su hermana en acción.

—Señora —tartamudeó el vigilante nocturno, claramente resignado a seguir las órdenes de Marce— mis disculpas por el error. Sonó la alarma y el mayordomo de la casa dio una descripción que coincidía con la apariencia de la señorita Judith.

—Y cuando no encontró nada incriminatorio en su persona, ¿decidió que lo mejor era encerrarla durante horas en esta habitación infestada de pulgas? Ciertamente, no es el alojamiento adecuado para una mujer de su categoría.

—Cálmate, Marce —Garrett intentó calmar la ira de su hermana—. Sé que el Sr. Newman no aprehendería intencionalmente a una joven inocente.

—Puedo asegurarle que no fue... —Newman intentó sin éxito intervenir.

—No me calmaré —la puerta se abrió de un tirón, y las bisagras gimieron en protesta por el rápido movimiento—. ¡Si le han dañado un solo cabello, haré que lo apresen y descuarticen!

Marce, el cabello rubio cayéndole por la espalda sin libre y su abrigo abrochado por el frente, irrumpió en la habitación con Garrett pisándole los talones. El vigilante nocturno se quedó afuera, probablemente sabiendo que era más seguro para él mantenerse fuera del alcance de la hermana mayor de Jude.

—Le repito —dijo el Sr. Newman—... También me preocupaba que ella estuviera afuera tarde en la noche. Podría haber sido atacada por cualquier tipo de personaje desagradable. No tenía chaperona y no estaba dispuesta a darme ninguna información sobre sí misma, Lord Garrett.

Jude se habría reído al escuchar el nombre de Garrett expresado tan formalmente, pero eso habría llamado la atención de Marce mucho más rápido de lo que Jude estaba preparada para afrontar.

Su hermana podría proteger a sus hermanos con vehemencia pero eso de ninguna manera significaba que los consintiera.

—Eso es todo, señor Newman —Los sonoros pasos retumbaron cuando el pobre hombre escuchó la brusca despedida de Marce. Pero con sus pasos en retirada, la preocupación de Marce también desapareció.

— ¿Qué estabas haciendo vagando por Londres a medianoche?

Jude sabía que no debía hablar. Era una pregunta retórica destinada a mantenerla en silencio, porque Marce, de ninguna manera, había terminado de hablar.

—Puedo decirte dónde no estabas anoche. No asistías a la velada de Buckhams con Lady Haversham y la señora Jakeston, como deberías haber hecho. Tampoco llegaste a casa con Samantha. Me atrevería a decir que ni siquiera te marchaste con tu gemela al comienzo de la tarde —Marce alzó una ceja y desafió a Jude a refutarla—. ¿Qué tienes que decir a tu favor, Judith Pengarden?

Marce solo usaba los nombres completos de sus hermanos cuando había problemas en puerta, que pudieran manchar a su familia, tanto como si su escandaloso clan pudiera verse manchado desde donde estaban, en los límites del debido estilo y distinción londinenses.

—¿Hay algo que te gustaría escuchar de mí? —replicó Jude, que había perdido la escasa calma que pudiera haber tenido.

Irritaba a Jude en extremo que Marce la viera como una simple niña, la eterna muchachita de trenzas y botas de niña, no una mujer madura y educada, lo suficientemente mayor para los estándares de la sociedad como para casarse y comenzar su propio hogar y familia. Sin embargo, aquí estaba sentada Jude: en una habitación húmeda, cuando cualquier otra dama debería estar acostada, acusada de robar en la casa de un miembro del *beau monde*.

Y todo porque estaba tratando de ayudar a su familia.

Garrett se interpuso entre sus hermanas.

—Les ruego a los dos, terminen esta conversación de una manera menos pública—. Se detuvo a mirar la inmundicia que se había apoderado de la habitación, como si la viera por primera vez—, y sin duda más higiénica. Luego de que le permitan a Jude un baño caliente, y muy caliente, para limpiar este espantoso hedor de ella.

Burlonamente, se llevó un mechón de cabello de su hermana a la nariz y olfateó; el disgusto enmascaraba su naturaleza burlona.

Ella golpeó con contundencia la mano de su hermano lo que permitió que el bucle de su cabello se soltara de la mano.

Jude miró a su hermana, suplicando en silencio a Marce que aceptara la sugerencia de Garrett.

Los ojos entrecerrados de Marce decía que no estaba convencida de que necesitaran cambiar el tema de conversación.

—Tengo la intención de dejarte aquí.

—¿Dejarme aquí? —Jude tragó saliva.

—¿Dejarla aquí? —dijo Garrett al mismo tiempo.

—¿Por qué no? —Marce apoyó una mano en la cadera mientras rodeaba a su hermano menor para enfrentar a Jude una vez más—. No estoy segura de lo que tú, y probablemente Sam, estén haciendo pero no te permitiré correr por Londres sin tener en cuenta las consecuencias. Tanto para ti como para nuestra familia.

—Detesto cuando hablas racionalmente—. Jude se cruzó de brazos y se puso de pie, como indicación de su deseo de partir—. Sería mejor volver a casa antes de que nos descubran dejando un lugar de tan mala reputación.

—Gracias por pensar en alguien y en algo que no sean tus propios placeres — dijo Marce antes de volverse y salir de la habitación con mucha fanfarria, de la misma forma como había entrado. Dejó a Garrett y Jude mirándose inexpresivamente—. Vamos, ustedes dos.

El comentario le dolió, pero la verdad en las palabras de Marce era innegable. Su hermana no podía admitir cuando necesitaba ayuda, pero las acciones de Jude habían arriesgadas y no tan meditadas como se hubiera esperado. Era muy probable que Jude nunca fuera una experta en tales cosas. Afortunadamente, no tenía interés en repetir sus acciones. No hasta que su situación financiera se volviera cada vez más grave, al menos.

Prometió volver a enfocarse en deshacerse del jarrón y a no enredarse más en angustiosas aventuras en Londres.

—No tengo dudas de que tus razones para pasear después de la medianoche fueran de peso, aunque no tan atractivos. —Garrett tomó a Jude por el codo y la condujo fuera de la habitación sucia y ambos se apretujaron por la puerta—. La nota de advertencia de Sam tampoco me encontró en la cama. —Sus palabras eran un guiño que le dejaban saber a Jude que estaba preocupado por ella, pero que no se inmiscuiría, ya que odiaba que sus hermanas se entrometieran en sus asuntos.

Jude se volvió hacia su hermano mayor: el lobo solitario en una familia llena de mujeres. A menudo se había preguntado qué ocupaba sus muchas horas de ocio, aunque la necesidad de respetar su privacidad compensaba su interés.

—No se entretengan —La llamada de Marce flotó por el largo pasillo que conducía a la parte delantera del establecimiento, sus pasos seguros de mantener el ritmo—. No tengo ningún reparo en dejarlos a ustedes dos para que se aseguren su propio transporte a casa.

Jude permitió que Garrett la condujera por el pasillo mientras reprimía un suspiro por la ira de su hermana.

La situación parecía mucho menos terrible ahora que estaba otra vez entre las personas libres. Ella y Garrett saludaron con un movimiento de cabeza al guardia mientras cruzaban el umbral al aire fresco de la mañana. Un pajarito gorjeó en el árbol que bordeaba el paseo.

—Le debes tus respuestas para cuando llegemos a casa —susurró Garrett.

—Soy consciente.

—Espero que hayas pensado en una explicación plausible durante el tiempo que pasaste encerrada.

—No lo hice —dijo Jude.

Ambos permanecieron en silencio mientras un hombre bajaba por el sendero frente a ellos. El extraño se quitó el sombrero e inclinó la cabeza hacia Marce a modo de saludo. Si su hermana respondió, fue demasiado quedo para que Jude la oyera.

—Buenos días —el hombre saludó a Jude y Garrett, con una sonrisa sombría en el rostro mientras miraba hacia otro lado. Su cabello le cayó sobre la frente debido al gesto, pero rápidamente lo apartó. Mientras lo hacía, Jude notó la juventud del rostro. Miró por encima del hombro cuando el hombre se llevó las gafas al puente de la nariz y entró en la casa del vigilante nocturno, con los pantalones y el abrigo arrugado como si hubiera dormido en ellos o hubiera estado en contra de molestar a su ayuda de cámara tan temprano en la mañana para que los planchara.

—Y a usted, buen señor —contestó Garrett cuando la puerta se cerró detrás del hombre, los hombros de su hermano se cuadraron mientras guiaba a Jude hacia su carruaje. Era muy típico de Garrett inflar el pecho cuando se encontraba a un caballero de la nobleza, algo que anhelaba ser, pero había abandonado hacía años: el olvidado hijo menor de un *Lord* difunto. El caballo de Garrett estaba atado a un poste cercano. El corazón de Jude se hundió.

—¿No volverás a Craven House con nosotras?

—Me temo que no, mi pequeña fregona —dijo, entrándola al carruaje donde Marce ya estaba arreglando sus faldas—. Tengo mucho que atender.

Marce rio suavemente desde adentro.

—Estoy segura de que así es.

Garret devolvió una mirada molesta a su hermana mayor en la semioscuridad del interior del transporte antes de continuar:

—Sin embargo, me voy a dar una vuelta esta tarde para conversar sobre... cosas.

Jude esperaba que pudieran hablar de "cosas" sin ella presente, porque estaba segura de que sería excluida de todas y cada una de las conversaciones sobre los castigos que le esperarían.

—Cancelaré mi viaje —dijo Marce cuando Jude se sentó frente a ella—. Está pasando algo y no permitiré que esta familia se arruine en mi ausencia.

Ciertamente estaba pasando algo, aunque era mucho más preocupante que las travesuras de Sam y Jude.

—Es una semana, Marce. —Garrett olvidó su propio transporte y entró en el carruaje mientras le indicaba a Jude que se deslizara y le permitiera sentarse.

Cada año, la hermana mayor dejaba a sus hermanos solos durante una corta semana. A veces era inmediatamente después de la temporada de vacaciones, otras veces era durante los meses de verano, pero siempre regresaba de espíritu un poco más ligero. Se habían acostumbrado a disfrutar del poco tiempo que Marce se iba, sin preguntarle nunca dónde. Sin embargo, por años, Peyton, la hermana menor de Jude había asumido que Marce viajaba a Bath para disfrutar de varios días de descanso antes de regresar a sus obligaciones. Las hermanas de Jude envidiaban los viajes de Marce y pensaban que las estaban excluyendo de algo agradable, pero solo Jude podía imaginar el peso sobre los hombros de su hermana. Ella se preocupaba por muchos, sin recibir nada a cambio. Si buscaba unos días para vivir una vida normal y sin preocupaciones, entonces Jude no podía culparla por aprovecharlos.

Muchas veces, Jude deseó tener la fortaleza para hacer lo mismo.

Tomar su vida y su futuro en sus propias manos, procurarse el sustento por sí misma en lugar de solo recibir lo que Marce trabajaba incansablemente para proporcionarles. En cambio, le habían dicho continuamente que, a su tierna edad, todavía tenía que ocuparse de ella. Demasiado joven e inocente para asumir otras responsabilidades.

Y eso la había conducido a encontrar otra forma de evitar que Marce prohibiera a Jude ser algo más que una debutante: protegida, protegida y tratada como algo frágil.

Una forma de ayudar en el hogar y empujar a los cobradores de vuelta a su lugar de origen. Una vez. Eso hubiera sido el final, pero cuando no pudieron vender el jarrón robado, tuvieron que modificar sus planes ligeramente, lo que incluyó que Jude intentara apropiarse de las hojas de la Biblia.



Otro fracaso y otro revés para ellas.

—Puedo manejar las cosas en Craven House en tu ausencia. —La declaración de Garrett trajo a Jude otra vez al presente.

—No es necesario —espetó Jude—. Tenemos la edad suficiente para cuidarnos.

—¿De manera similar a la de anoche? —preguntó Marce—. No lo creo.

—Entonces todo está arreglado... —comenzó Garrett.

—No hay nada arreglado —refutó Marce, mirando con dureza al par—.

No confío más en ti para evitar que Craven House arda hasta el suelo de lo que confío en las mellizas. Es una locura, pero creo que Payton tiene un mejor control sobre sí misma que todos ustedes.

—¿Payton? —dijeron Jude y Garrett al unísono una vez más.

—Deja de hacer eso —siseó Jude a su hermano—. La gente pensará que tú y yo estamos más relacionados que Samantha y yo.

—¿Es eso tan horrible? —bromeó—. Sin duda soy más atractivo que ella.

—¡Parecemos idénticos, canalla! —Jude sintió que comenzaba a enojarse como lo hacía la mayoría de las ocasiones cuando ella y Garrett estaban en el mismo lugar.

—Entonces, seré la gemela bonita —Garrett batió los párpados con rapidez, sus largas pestañas eran una de sus características más notables, si no tan varoniles como le hubiera gustado—. Estoy seguro de que tendría muchas ofertas de matrimonio. ¡Nuestra querida hermana mayor lucharía contra mis hambrientos pretendientes!

—Jude lo golpeó con fuerza y él rápidamente se puso fuera de su alcance en el asiento, agitando la mano como si estuviera aliviando el calor de su rostro.

Sus acciones estaban en desacuerdo con la pureza de su risa masculina, profunda.

Solo tomó un momento para que la molestia de Jude se desvaneciera y apareciera una sonrisa en su rostro.

Bromeaba con Jude constantemente. Debería sentirse honrada de tener la atención indivisa de su único hermano con tanta regularidad cuando rara vez notaba esa actitud con Payton o Sam, pero eso también significaba que cuidaría más de ella.

Amaba a sus hermanas, pero especialmente a Jude. Aunque era un hombre de la ciudad, nunca pasaba mucho tiempo sin visitar Craven House, sin

importar la frecuencia con la que Marce insistía en que no necesitaba que se preocupara por su bienestar.

—Ustedes dos ciertamente me enviarán a la tumba con sus travesuras — Marce declaró con un hilo de voz debido al cansancio.

El trío se sumió en un agradable silencio mientras su carruaje atravesaba las bulliciosas calles de la mañana. Un lacayo los seguía con la montura de Garrett. Cada uno se perdió en sus propias reflexiones cuando el carruaje encontró su rápido camino a casa.

Curtis abrió la puerta del carruaje con una floritura digna de un hombre que tenía la mitad de su edad.

—Mi señora —se inclinó ante Marce mientras ella salía, y la espalda del hombre crujía con el esfuerzo—. Llegó esta misiva usted mientras estuvo fuera.

—No otra —Jude escuchó a Marce murmurar—. Esto tiene que terminar.

—Arreglarás esto en breve, ¿no es así? —Garrett preguntó mientras bajaba y se volvía para ayudar a Jude. Pero ella lo y se volvió hacia Marce.

—Espero que esta sea la última vez.

—Por nuestro porvenir, ciertamente espero que así sea.

Jude saltó del carruaje, lanzando una rápida mirada a la carta antes de que desapareciera entre los pliegues del vestido de su hermana. El sobre estaba etiquetado tan claramente como los otros que Jude había visto: Aviso de MORA.

No pudo evitar sentir que había tenido acceso a una conversación que no estaba destinada a sus oídos.

En ese instante, Jude lamentó las decisiones de la noche anterior, pero al mismo tiempo, sabía que el fin justificaba los medios. Debía recordar que, de hecho, estaba ayudando a Marce y a todos los que llamaban a Craven House su hogar. No obstante, tendría que concentrarse más en no ser atrapada si su gran decisión era ayudar y no echar por tierra todo por lo que su familia había trabajado tan duro.

## Capítulo dos

Simon Montgomery, el séptimo conde de Cartwright —Cart para cualquiera que lo conociera en persona — entró por la puerta de su casa londinense.

—Buenos día, mi señor —saludó en un tono ensordecedor Squires, su mayordomo, antes de cerrar la puerta de un portazo más fuerte que el saludo—. Vuestra madre solicita vuestra presencia.

—¡Simon! —Gritó desde su salón privado lady Anastasia Cartwright, su madre, antes de que el pobre hombre pudiera terminar—. Gracias a Dios que has regresado.

Cart hizo una señal con la cabeza a su anciano mayordomo y rápidamente le dio unas palmaditas en el hombro. Squires había sido empleado del condado Cartwright desde que Cart estaba en el vientre de su madre, quien había intentado que el anciano sirviente fuera reemplazado en muchas ocasiones, pero simplemente no había fondos suficientes para contratar otro mayordomo.

Por fortuna, la madre de Cart prefería tener un vestido nuevo a un criado más joven.

Cuadró los hombros, como una forma de prepararse para la inquisición que se avecinaba.

Lady Cartwright era tan formidable como la gran tormenta de 1703, pero Cart no le permitía alejarlo del rumbo. Era irritante, por decir lo menos, pero no tenían dinero suficiente para tener otra residencia donde pudiera ir a vivir solo, ya fuera en la ciudad o en el campo.

Cart respiró hondo y pegó una sonrisa en el rostro antes de entrar en el salón de su madre. Su mañana había sido difícil, pero no había ninguna razón por la que no pudiera mostrarse valiente.

Cuando entró en la habitación, la vista frente a él hizo que su sonrisa se tornara en una mueca desagradable.

—¿Qué es todo esto, madre?

Lady Cartwright había colocado una gran mesa en el centro del salón y, sobre ella, ordenadas en filas, todas sus joyas: collares de esmeraldas, pendientes de perlas en forma de lágrima, una línea de broches, un brazalete de diamantes. La gran cantidad de gemas con el sol de la mañana que brillaba sobre ellas desde la ventana abierta era cegadora.

La respuesta a todas sus oraciones estaba ante él.

Joyas suficientes para poner otra vez en orden las arcas del condado Cartwright.

—Madre —suspiró Cart, tratando de ocultar su exasperación—, ¿qué estás haciendo?

Dirigió una mirada adusta a su único hijo, pero rápidamente volvió a su tarea. Sostenía un lápiz en una mano y un papel en la otra.

Se inclinó, notó el papel y varios más como él, cubierto de notas.

—Estoy catalogando todos los objetos de valor de los Cartwright —Su exasperación reflejaba la de Cart, como si un conde debiera saber que cuando alguien irrumpiera en su casa, lo primero que debe hacer es contar los cubiertos y los candelabros de la pared.

Como si fuera una señal, la señora Fryer entró con una bandeja llena con los cubiertos formales.

—Ponlo sobre la mesa, querida Ingrid —Lady Cartwright se paró desde donde estaba sentada en una silla de respaldo recto y miró por encima de la pila—. Sí, no hay dudas. Al menos tres piezas han desaparecido.

—No se puede saber tanto simplemente con mirar un montón de metal —replicó Cart—; es muy poco probable.

Su madre apartó el papel y se inclinó para mirarlo. En su juventud, esa mirada lo habría hecho salir corriendo. Sin embargo, se mantuvo firme, negándose a ceder, sin importar la dureza detrás de su mirada.

—Simon— Ella prefería usar su nombre de pila solo porque así lo molestaba—. He sido la señora de esta casa por mucho más tiempo de lo que has estado en este mundo. Conozco cada centímetro cuadrado y todo lo que contiene. Te lo aseguro, mi evaluación es correcta.

Quería resoplar en respuesta a sus palabras. Incluso si algunos tenedores hubieran desaparecido, nadie sería más prudente o más cuidadoso ya que no habían tenido ninguna celebración desde antes del fallecimiento de su padre, y la petición de su tío para ser tutor de Cart hasta la mayoría. Fue entonces cuando todo se vino abajo para él. No todo de una vez, sino en una lenta ola de decadencia, el título de su familia y su patrimonio había caído de una vez prósperos a solo un paso por encima de la indigencia.

A su tío, el Sr. Julian Montgomery, le tomó solo tres años vaciar las arcas de la familia y huir a las colonias.

En los años transcurridos desde que Cart llegó a la mayoría de edad y regresó de Eton para encontrar sus finanzas y sus fincas en mal estado, había trabajado incansablemente para recuperar todo lo que su tío le había regalado o vendido. Era una actividad agotadora y mal vista por la sociedad educada, pero su impulso nunca había menguado, independientemente de los pensamientos de su madre sobre el asunto.

—¿Esperabas que volviera a dormir? — inquirió su madre— ¿Y confiar en que obtendrás respuestas y justicia por la violación de nuestra propiedad anoche?

Cart no esperaba nada de su madre, excepto, tal vez, el dolor de cabeza que se estaba apoderando de él.

Maldita sea, pero a veces se hacía difícil amarla.

Un hombre debería adorar a su madre, como debería una madre debería adorar a su hijo a cambio. Sin embargo, su madre trataba de socavarlo en todo momento.

—Hice lo que dije que haría —le aseguró Cart. Consulté con el vigilante nocturno, que confirmó que habían detenido a alguien, pero no encontraron nada en su persona que justificara retenerlo o el envío por un magistrado para llevar el asunto más allá.

—¿Y no insististe en convocar al magistrado?

—Me aseguraron que el vigilante nocturno probablemente había atrapado al malhechor equivocado. —Cart también se había sentido decepcionado con la ayuda que el vigilante nocturno le había ofrecido. Además, independientemente de la insuficiencia del hombre, el ladrón ya había desaparecido para cuando sonó la alarma. Cart tenía poca o ninguna confianza en que alguien fuera arrestado.

—No voy a ver a Theo preocuparse por un ataque así. No permitiré que esto, o algo similar, vuelva a suceder.

Lady Cartwright frunció el ceño, la duda nublaba su expresión.

—No puedes decir eso con certeza, Simon. Una vez que te encierras en esa horrible habitación o, Dios no lo quiera, vas a ver a un cliente... —pronunció la palabra en un susurro como si fuera una vulgaridad inapropiada para que le cruzara por los labios—. Tu hermana y yo nos tenemos que valer por nuestra cuenta.

El hecho de que su supervivencia dependiera de los clientes de Cart, así como su necesidad de ganar un salario para mantener su forma de vida irritaba constantemente a su madre. De hecho, a él también lo enojaba. Sin embargo, no les quedaba otra opción; todo lo que no estaba relacionado con el condado en sí había sido vendido —si no había sido robado antes por el sinvergüenza de su tío— y todo sirviente que hubiera estado con la familia menos de una década había sido ayudado a buscar otro puesto en otro lugar. Había ido tan lejos como para exigirle que mantuviera sus desacreditadas actividades lejos de sus compromisos sociales. Había aceptado tan de buena gana que rara vez asistía a nada relacionado con la *crème* de la sociedad, y prefería pasar su tiempo libre buscando libros viejos para aumentar su conocimiento de antigüedades o asistiendo a las casas de subastas en busca de sus propias reliquias familiares perdidas.

—Nunca dejaré que tú y Theo tengan que cuidarse solas, —prometió, sin importar cuán a menudo su mente vagaba en la idea de huir al campo en la oscuridad de la noche con su hermana a remolque.

—Su nombre es Theodora, Simon. ¿Cuántas veces debo corregirte? —Lady Cartwright volvió a sentarse ante la mesa que contenía todas las joyas de la propiedad—. Ella es la hija de un conde, no el vástago bastardo de una mucama. Tal apodo empañará sus posibilidades de encontrar una pareja adecuada.

Cart anhelaba decirle a su madre que un apodo era la menor de las preocupaciones que Theo pudiera tener sobre su futuro. Sin embargo, quería aferrarse a la esperanza de que Theo llevara una vida mucho menos agobiante que Cart hasta ahora. Había trabajado tanto para ahorrar dinero para su dote y para garantizar que nunca tuviera que preocuparse de que su familia hubiera sido arrojada a la ruina, como Cart. Se sintió abrumado y enojado cuando tuvo que dejar de estudiar en Eton debido a que el abogado de su tío había suspendido los pagos. Había sido desterrado de su cuarto sin el beneficio de ninguna otra explicación. Sus estudios se habían visto interrumpidos abruptamente poco antes de cumplir veintiún años. Eso era algo que Theo nunca experimentaría; le había hecho esa promesa años atrás. Movería cielo y Tierra para cumplir su promesa. Hasta que su fortuna cambiara, Cart continuaría estudiando y manteniéndose al corriente de las antigüedades. Por lo que él pensaba, el mercado para hacer dinero rápidamente con objetos raros era muy superior a la inversión en transporte de mercancías y otros negocios, lo que requería invertir más fondos por adelantado con poca garantía de que se viera un pronto retorno de la inversión. Y que el negocio le permitiera a Cart recuperar su propia herencia familiar en el proceso fue una bendición. Una pintura del primer conde de Cartwright o una silla en hoja de oro construida por su tío abuelo podía no ser de importancia para su madre, pero sus antepasados y sus travesías eran de gran importancia para él. Se sentó en la silla directamente frente a su madre antes de responder. Inmediatamente se arrepintió de su decisión de sentarse porque ella resopló y volvió a su trabajo con su naturaleza normal de desdén.

—Por favor, mírame— solicitó. Necesitaba verla a los ojos cuando pronunciara sus siguientes palabras. Necesitaba ver que no descartaba su significado antes de permitir que las palabras se entendieran.

—Tú y Theodora son las personas más importantes en mi vida. El bienestar de ambas es mi máxima prioridad, ya sea que eso signifique brindarles un futuro financieramente seguro o darles un oído para escuchar.

La barbilla de la dama se elevó ligeramente en señal de reproche.

Él había notado las reacciones a sus sentimientos durante años, sus repeticiones cautelosas y la forma de evitar su verdadera situación. Era como si tuviera algo más que decir, algo de luz que pudiera arrojar sobre la situación. En lugar de eso, ella volvía al silencio o a los comentarios cortantes. Y Cart lo permitía. En cierto modo, sentía que la pared que había construido entre ella y sus dos hijos estaba justificada. Había decepcionado a su madre, había decepcionado a su joven hermana y nunca había cuestionado las actividades de un hombre en el que se suponía debía confiar. Un hombre que había sido tan cercano a él como su propio padre. Cart nunca había pensado que su tío fuera capaz de las acciones dudosas o el engaño en el que obviamente había sido más que hábil. Cart continuó sosteniendo la mirada de su madre, suavizando su propia expresión para comunicar su sinceridad.

—Y dime... nos cuidarás como... ¿con el vigilante nocturno? —Preguntó ella, mirando sus notas—. Dijo que no había necesidad de seguir buscando a la persona que irrumpió en mi casa, que se fugó por la habitación donde estaba su querida y dulce hermana, nada menos. ¿Y qué has hecho al respecto?

Sintió un dolor agudo.

—Exactamente nada — suspiró—. Como yo esperaba. Tomaste la palabra del hombre y, a su vez, nos has dejado vulnerables a los ladrones. ¿Qué les impide detener su vista sobre esta casa una vez más? ¿Qué pasa si se corre la voz en la sociedad sobre tu falta de sentido común? ¿Quién hará negocios contigo, entonces? —Lady Cartwright siguió disparando preguntas que Cart no estaba preparado para responder, aunque era su forma de hacer las cosas. Si abrumaba a su único hijo, se quedaba sin palabras y hacía lo que ella le pedía—. ¡Y piensa en Theodora! Si alguien oye que estaba sola en una habitación con un hombre...

Él se restregó la cara con las manos, dándose un momento para pensar.

—Theo solo tiene doce años. Está lejos del escrutinio de la sociedad, al menos durante los próximos años.

—¿Y qué hay de tus perspectivas futuras?

—Verdaderamente, madre...—La irritación afectaba sus palabras. Eso no era un algo que hubiera sido tema de conversación entre los dos. Su madre no aceptaría amablemente convertirse en la viuda de un conde y Cart disfrutaba de sus muchas horas libres buscando temas que le interesaban. Si se uniera a una mujer, significaría el final de su búsqueda de conocimiento: una mujer de naturaleza educada era una rareza. Sobre este tema, él y su madre estaban alineados, una ocurrencia infrecuente definida dentro de su hogar—. ¿Crees que debería desviar mis atenciones hacia el bello sexo justo ahora?

—No dije que era lo que quería —su madre se detuvo, mirando por la ventana abierta—. Solo hay algo que no debes desterrar de tu mente.

Lady Cartwright, regía y dominante, nunca permitiría que su único hijo se casara con una mujer de su elección, porque esa mujer no se conformaría a los deseos y demandas de su madre, ni Cart permitiría jamás que lo hiciera. Y así, Cart no consideró la idea de casarse.

—¿Qué más piensas hacer para atrapar a la persona que violó nuestra casa? —Cambió la táctica sin problemas, y usó el término nuestro, cuando normalmente era "mi" el utilizado para referirse a todo lo relacionado con los bienes de los Cartwright—. Me temo que sentarse y no hacer nada solo mostrará a otros malhechores que la seguridad mi casa está comprometida, que es fácil de invadir y está lista para ser tomada.

Estaba cansado de la diaria presión para completar cada tarea según las instrucciones y deseos —no, exigencias— específicos de su madre. Había pensado que a medida que su fortuna cambiara, aflojaría la soga alrededor de su cuello, disminuiría la carga que había colocado sobre sus hombros. Desgraciadamente, solo se había vuelto más desafiante con el paso de los años.

Cart no podía traer de vuelta a su padre, como tampoco había sido capaz de llevar a su tío a la justicia por tomar de ellos todo lo que tenía. Pero estaba haciendo todo lo posible para asegurar un futuro favorable para los tres. Uno que incluía una educación adecuada para Theo y le permitía a su madre una vida llena de las frivolidades de la sociedad, como había estado acostumbrada durante toda su vida. Seguramente Lady Cartwright entendió que sería mucho menos costoso para el trío retirarse al campo, vivir un estilo de vida menos grandioso sin necesidad de guardarropas extravagantes, mantenimiento de carruajes y dos casas con sirvientes. Sin embargo, su madre había rechazado la mudanza y exigió que la doncella mantuviera su puesto a pesar de que Cart había renunciado a su ayuda de cámara, un hombre que había servido fielmente al padre de Cart durante más de quince años. Por razones egoístas, Cart estuvo en parte de acuerdo con su madre. Si se fuera de Londres, reduciría significativamente sus ya escasos ingresos. Solo había un pequeño pueblo en las cercanías de la casa de campo de su familia, sin otro coleccionista que a horas a caballo. Estar en la ciudad le proporcionaba a Cart la posibilidad de visitar librerías y casas de subastas. La silla de respaldo rígido no le daba oportunidad de encorvarse, más o menos lo mismo que su madre. De pie, miró a la mujer que le había dado la vida, y deseó poder darle todo lo que deseaba, aunque sabía que él o cualquier otro hombre, no sería capaz de estar a la altura de sus altos estándares.

—Regresaré a ver al vigilante nocturno después de mi cita y pediré instrucciones para seguir el asunto

con el magistrado.

—Muy bien— dijo, mientras levantaba la vista de su trabajo. La boca era una delgada y apretada línea. Sus palabras no la habían apaciguado, pero no había nada más que ella pudiera decir o hacer.

—Por favor, ven a verme cuando vuelvas. Estaré esperando una nueva resolución.

—Muy bien.

Hizo eco de la respuesta de su madre mientras hacía una reverencia y se marchaba. Sacó el reloj del bolsillo del chaleco mientras cerraba la puerta. Era más tarde de lo que esperaba. Su reunión con lord Gunther estaba programada para una hora y no era un cliente a quien Cart quisiera hacer esperar, a pesar de que no tenía información nueva sobre el jarrón perdido del señor. No había aparecido en ninguna parte en el mercado abierto de antigüedades. No había nadie que estuviera intentando hacer un intercambio rápido y silencioso de dinero por una pieza antigua no especificada, ni cualquier rumor en la ciudad de un artículo tan precioso que hubiera sido enviado fuera del país. Era extraño, por decir lo menos. Había pocos coleccionistas cuyas extensas colecciones no fueran del conocimiento público dentro del círculo limitado de entusiastas de las antigüedades. Era posible que un nuevo coleccionista estuviera en medio de ellos, trabajando diligentemente para amasar grandes posesiones antes de revelarse. Carter sospechaba que el ladrón sería revelado o, si no el ladrón, al menos un hombre que no estaba por encima de comprar bienes robados.

—Hermano —llamó una vocecita—. ¿Vas a salir otra vez?

Buscó entre las sombras debajo de la escalera del vestíbulo. La preferencia de su hermana menor por pequeños y oscuros escondites era conocida por todos los que vivían entre estas cuatro paredes. Finalmente, la encontró mirándolo desde la esquina más profunda debajo de las escaleras, con un libro en las manos.

—Sal de allí, Theo —gritó, tendiéndole la mano—. No se puede leer con una iluminación tan escasa.

Se arrastró fuera del lugar, con una vela apagada en una mano y el libro bajo el brazo. Una vez de pie, su vestido y su delantal cayeron justo por debajo de las rodillas, un color rosa pastel claro con medias blancas, ahora manchadas de polvo. Su cabello, ni rubio ni castaño, estaba trenzado y peinado de forma normal para una chica de su edad. Cart no pudo evitar sonreír ante sus maneras precoces.

—¿Por qué la vela apagada? —Preguntó.

—Los oí a ti y a mamá pelear.

—No estábamos peleando, Theo —intentó tranquilizarla—. Estábamos discutiendo lo que sucedió anoche.

—Estabas peleando —dijo de nuevo con un movimiento de cabeza, como si sintiera pena de que su hermano mayor no tuviera suficiente cerebro para darse cuenta de que, de hecho, habían tenido una rencilla.

—Oí cerrarse la puerta y no quería que mamá me encontrara debajo de las escaleras ni leyendo. Ya sabes cómo desearía que concentrara mis esfuerzos como cualquier otra dama y que aplicara mis talentos en otra parte.

—Ciertamente.

Su madre no había adquirido ninguna otra educación después de aprender a leer y la aritmética básica necesaria para realizar un seguimiento de los objetos de valor del hogar. Y, a su vez, tampoco creía que Theo necesitara más estudios después de los esenciales. Sin embargo, la educación continua de Theo había sido lo que Cart había exigido para permanecer precisamente en Londres.

Theo tendría un tutor de tiempo completo hasta que expresara que ya no necesitaba más educación.

El impacto de volver a casa después de Eton y encontrar una hermana que nunca había aprendido a leer y a escribir lo entristeció mucho, pero había remediado la situación rápidamente. Actualmente, Theo dominaba el latín y estudiaba el imperio turco.

—Ten la seguridad de que no te relegaré a un salón a hacer punto de cruz en el corto plazo. Si... —Hizo una pausa y puso una expresión seria.

—¿Si qué? —preguntó ella.

—Si prometes leer con la luz adecuada. Y no más quedarte hasta pasada la medianoche con la nariz en un libro. Necesitas del buen descanso nocturno para mantener tu mente preparada para almacenar el conocimiento —Le tocó la nariz para enfatizar su afirmación—. Ahora, ¿tendré que encender de una vez esa vela para ti o te alistarás para tus lecciones de la mañana?

Ella soltó una risita, un sonido ligero y aireado que le recordó a Cart que había una vida mucho menos exigente que vivir. Una vida con mañanas y tardes despreocupadas en las que pasara aprendiendo, sin apresurarse, y reuniéndose con los clientes.

—Creo que puedo leer algunas páginas más antes de que el Sr. LeMaux llegue para mis clases.

—Muy sabia decisión —Cart sonrió para mostrar su aprobación—. Si crees que estás en la mentalidad correcta para las lecciones de hoy. —No pudo evitar expresar su preocupación por ella después de su encuentro la noche anterior.

—Oh, estaba leyendo sobre piratas y cazadores de tesoros —dijo con entusiasmo—. Estaba en el punto más emocionante de la historia, esa fue la única razón por la que grité al ver al intruso.

—Ah, bueno, sabes que no permitiré que algo así vuelva a suceder.

—Por supuesto que no, Cart —dijo con una sonrisa y un guiño— pero puede que mamá no esté tan segura.

— No necesito que ella me crea siempre y cuando tú confíes en que te mantendré a salvo, —respondió.

Había prometido que nunca permitiría que alguien volviera a aprovecharse de su familia y esa era una promesa que él tomó en serio.

—Tú me crees, ¿cierto, Theo?

—Incontrovertiblemente.

—¿Palabra del día? —preguntó.

—No. Esa era mi nueva palabra del día de ayer. —Le tendió la vela y deslizó el libro debajo de su brazo—. Ahora, si me disculpas. Solo me quedan unos pocos minutos para leer.

—Y yo debo partir para una reunión.

Cart se inclinó y le picó en la mejilla con afecto fraternal.

—Ve rápido ahora y disfruta de tu tiempo antes de que llegue el Sr. LeMaux. ¿Cenarás conmigo esta noche, lady Theodora?

—Sólo si la sopa de pescado no está en el menú —arrugó la nariz con disgusto ante el plato favorito de su madre.

—Puedo asegurarte que olí aroma a faisán que venía de la cocina —confió—. Quizás mamá esté cenando con amigos esta noche.

—Espero que tengamos suerte.

—Siempre tendremos suerte si permanecemos juntos —Sintió la verdad de sus palabras en lo profundo de su alma—. Ahora, no dejes que tu pesado hermano te mantenga alejada de tus esfuerzos.

Con un giro de sus trenzas, Theo se dirigió hacia las escaleras, sus suaves pasos no hacían ruido mientras subía.

Cart solo esperaba que Lord Gunther guardara silencio al escuchar las noticias de su jarrón aún desaparecido.



## Capítulo tres

Jude miró el césped frente a ella, salpicado de manteles de colores que abarcaban todo el arco iris. Una brisa ligera y cálida tiraba de los bordes de las mantas donde descansaban, sobre el césped finamente recortado. Las mismas pequeñas ráfagas jugaban con el cabello de Jude y el dobladillo de su larga falda mientras ella, Sam y lady Chastain daban un paseo por entre los arreglos de picnic en busca de Lady Haversham, su anfitriona por el día.

Las mujeres y los caballeros de diversa condición social se mezclaban y cambiaban de parejas, el humor jovial del día llegaba hasta donde alcanzaba la vista.

—Date prisa —dijo Sam, tirando del brazo de Jude en un intento de acercarla a un grupo de caballeros finamente vestidos—. Hay muchas personas a las que trato de conocer.

Lady Chastain, Ellie para sus amigos cercanos, negó con la cabeza ante la insistencia de Sam.

—Samantha, me dieron instrucciones estrictas de vigilar a las dos de cerca.

—Entonces ven con nosotros —Sam volvió su mirada suplicante hacia la mujer más joven, recién casada, solo un corto tiempo antes—. No podremos meternos en muchos problemas bajo su atenta mirada.

—Marce fue muy firme cuando finalmente accedió a permitirles a las dos que asistieran conmigo a la fiesta en el jardín de Lady Haversham.

La mujer había madurado mucho desde que había desposado a Lord Chastain, alguna vez un mozo de cuadra. Ya no era ella la chica de pelo rojo rebelde e inmisericorde que prefería a veces introducir los dedos en los bolsillos ajenos. Ahora, llevaba el cabello firmemente atado sobre la cabeza y vestía los mejores vestidos de muselina y satén, cortesía de la compañía de importaciones de su cuñado.

—Además, es muy inapropiado dirigirse a un caballero antes de que se hagan las presentaciones correspondientes.

A Jude no le importaba vagar sin rumbo entre la multitud durante toda la tarde. Tuvo la suerte de que se le permitiera salir de Craven House. Había esperado que su hermana mayor la mantuviera encerrada quince días después de que Marce rescatara a Jude del vigilante nocturno la mañana anterior. Sin

embargo, cuando Ellie llegó y suplicó a Jude y Sam que la acompañaran a la fiesta, Marce cedió.

—¿No conoces a ninguno de estos hombres? —imploró Sam.

Ellie miró al grupo. La mayoría no era mayor que Sam y Jude.

—Creo que pude haberme encontrado con el alto en alguna ocasión, pero ¡cielos!, no sé su nombre.

En ese momento, uno de los hombres miró en su dirección, notó que estaban mirando y le dio un codazo a su amigo. Ambos ofrecieron una amplia sonrisa al trío, pero ninguno se arriesgó a ir hacia ellas.

—Al menos, alguien tiene un poco de sentido común —comentó Jude—. Ellos saben lo indecoroso que es y los rumores que causaría, que les prestaran atención sin habernos presentado.

—Pensé que Lady Haversham estaba a favor de las reuniones informales y las conversaciones abiertas —Sam liberó el brazo de Jude y saludó con la mano a los hombres—. No puede hacer demasiado daño detenerse y decir hola. O tal vez pueda dejar caer discretamente mi pañuelo para que lo rescataran del suelo caballerosamente y lo devolvieran.

Ellie resopló y rápidamente se cubrió la boca ante el sonido poco femenino.

—Disfrutaba mucho más de tu compañía antes de que te convirtieras en matrona —insistió Sam, con lo que esperaba reflotar el temperamento ardiente de Ellie—. ¿Qué sigue? ¿Regañarás a las mujeres jóvenes por bailar demasiado cerca en Almack's?

Jude dejó escapar una risa, un sonido melodioso que hizo eco sobre la multitud, lo que atrajo algunas miradas.

—Todo lo que te pido es que esperes la llegada de Alex —dijo Ellie—. Estará más que feliz de hacer las presentaciones con hombres del calibre adecuado.

—Oh, tonterías —Sam se recogió un poco el vestido del suelo para no arrastrarlo y se acercó a un par de pequeños sándwiches que estaban sobre una servilleta de color lavanda.

—Tal vez deberíamos haber invitado a Payton. Al menos ella todavía es bastante deportista de vez en cuando. Supongo que tendré que vagar por ahí hasta que conozca a un caballero al que me presenten adecuadamente.

Jude siguió la mirada de Sam mientras observaba la reunión y se detenía en cierto caballero.

Entrecerró los ojos para distinguir las facciones del hombre.

—Oh, ahí está mi querido esposo —cantó Ellie—. Discúlpenme por un momento. Está hablando con Lady Archiberry; debo rescatarlo. No se vayan lejos, solo será un momento, y luego concentraremos nuestros esfuerzos en las presentaciones.

—Por supuesto, —dijo Jude mientras la mujer ya se movía al lado de su esposo.

Sam todavía miraba fijamente un caballero mayor a unos diez metros de distancia, que hablaba con otro hombre.

—Creo que es Lord Asherton —Sam se puso de puntillas cuando un par de hombres altos bloquearon su vista—. ¿Lo ves?

Jude había tenido suficiente de Lord Asherton, y de cualquier supuesta Biblia que hubieran dejado en su poder después de pasar una noche encerrada en una celda por haber sido atrapada, tanto dentro como fuera de su casa. Ella nunca había conocido al hombre, ni estaba a favor de una reunión este día.

—Vamos, tengo mucho de qué hablar con él.

—Sam, no es seguro —dijo Jude, sin moverse cuando su hermana tiró de su brazo—. Estuve en su casa no hace mucho tiempo. Fue una tontería. Probablemente estaba jugando contigo. Él no posee ningún objeto de valor como dijo.

—Sabes que quiero respuestas tanto como tú —animó Sam.

—No —Jude negó con la cabeza, los tirabuzones que enmarcaban su rostro se balanceaban con el movimiento—. No necesito, ni quiero respuestas. Quiero poner distancia del hombre. Déjame recordarte, una niña dentro de su casa me vio.

—Ahí...

—Escucha lo que estoy diciendo, Sam —suplicó Jude—. Mi gorra cayó al suelo; mi cabello rojo quedó expuesto. La niña tenía una vela encendida, su resplandor me llegó. Me vio. Probablemente fue ella quien me describió al mayordomo, que llamó al vigilante nocturno. No me aventuraré. Y en caso de que lo hayas olvidado, somos idénticas. La sospecha puede fácilmente caer también sobre ti.

—No me gusta rendirme —dijo Sam—. Claramente, es un hombre soltero. Ha estado prodigándome atenciones durante semanas. Estoy segura de que si una niña estuviera viviendo en su casa, habría compartido esa información.

—¿Te has detenido a pensar que no está enamorado de ti? —preguntó Jude, golpeando la única área en la que Sam era más sensible—. Además, bailó con varias mujeres la otra noche.

—No lo creo —el tono de Sam se hizo más profundo mientras hablaba, su voz airada llamó la atención del grupo de hombres largamente olvidado—. Se preocupa por mí.

—¿De verdad? —Jude susurró—. ¿Te importa él o solo sus objetos de valor?

—Eso no tiene importancia. Oh, mira, viene hacia aquí.

Sam sonrió triunfante como diciendo que había ganado, que Asherton, de hecho, se sentía atraído por sus encantos.

Jude no estaba tan segura de que fuera un premio que su hermana sinceramente quisiera ganar.

Ambas sonrieron cuando Lord Asherton llegó, su cohorte había atrás para entablar conversación con otro hombre.

—Buenos días, señorita Samantha —saludó, al tiempo que miraba a las gemelas. Su sonrisa tímida le dijo a Jude que esperaba que una de las mujeres aceptara su saludo y terminara con el incómodo silencio entre los comentarios inseguros.

Pero ambas permanecieron en silencio, un juego que Jude alguna vez había disfrutado, aunque ahora, lo encontraba tedioso.

Jude no tenía nada que decir, pero Sam, por más que languidciera por los afectos del hombre, debería tener algo que decir a modo de saludo.

Lord Asherton cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, esperando que Sam contestara.

Finalmente, su gemela sacó al hombre de su miseria.

—Milord—respondió, con una breve reverencia—. Es un día encantador, ¿no es así?

El hombre sonrió, mostrando los dientes ligeramente desiguales, sin duda algo de lo que Sam se vanagloriaba de encontrar encantador.

—Así es, señorita Samantha. Espero que la encuentre a usted... y a su hermana... —agregó como en una reflexión tardía, aunque era más probable que no recordara el nombre de Jude—...con buena salud.

—Así es, milord —Sam colocó la mano en la espalda de Jude—. ¿Puedo presentarle a mi querida hermana, la señorita Judith Pengarden?

Asherton se inclinó, sin duda más de lo que merecía por dos mujeres que carecían de un vínculo sustancial con la nobleza.

—Es un placer conocerla. La señorita Samantha habla con cariño de usted —dijo con complicidad, como si Jude se sorprendiera.

—Qué raro.

—¿Puedo preguntar por qué? —inquirió.

—Temo que mi querida hermana nunca mencionó su nombre —por sus sarcásticas palabras, Jude recibió un rápido codazo en las costillas—. Pero, eso debe ser perdonado ya que está abrumada por la grandiosidad de su primera temporada en Londres.

—Estoy segura de que he mencionado al querido Lord Asherton en muchas ocasiones —replicó Sam con una sonrisa de disculpa—. Tal vez es a mi hermana menor a quien he contado historias de su apuesta presencia, mi señor.

—Debe de ser así —continuó Jude—. O tal vez era yo. ¿Lord Asherton es el hombre con el niño pequeño y amoroso que vive con él?

Sam forzó una sonrisa ante la astucia de su hermana.

—Oh, por cierto que no —resopló—. No hay niños aquí. Todavía tengo que tomar a una mujer como esposa.

¿Ni sobrinas ni primos jóvenes en la residencia? —Jude continuó presionando.

—Hijo único, me temo —confesó—. Aunque no me opongo a una gran familia.

Una expresión perpleja cruzó la cara de Sam ante las palabras del hombre. Jude no tenía la menor idea de qué había salido mal.

—Oh, entonces debo de estar equivocada.

—Tal vez, también se sienta abrumada por la temporada, señorita Judith —El hombre trató de pasar por alto sus palabras anteriores—. Uno conoce muchas personas en sociedad e incluso yo, que he estado en la ciudad durante muchos años, me resulta difícil recordar nombres, rostros y asociarlos.

Por ese comentario, Jude se dio cuenta de que el hombre tenía, en realidad, el doble de su edad. La mayoría de los hombres de su edad estarían ya aposentados, con una familia. Sin embargo, Lord Asherton permanecía soltero. Curioso.

—Oh, Samantha. Lady Chastain nos está haciendo señas —dijo Jude distraída—. Creo que está lista para que volvamos con ella una vez más.

—Sí, la veo. Discúlpenos, Lord Asherton.

—Ha sido un placer conocerlo —dijo Jude.

—Por supuesto, señorita Samantha —asintió—. Señorita Judith. Espero verla pronto en la ciudad. Me encantaría mucho bailar con ustedes.

—Es usted muy amable —Jude sonrió al hombre mayor como para tranquilizarlo—. Las dos nos esforzaremos para guardarle un lugar en nuestras tarjetas de baile.

—Por supuesto, milord —dijo Sam ya con poco interés—. Fue un placer verlo hoy. Que tenga una buena tarde.

Después de una breve reverencia, Sam y Jude se dirigieron donde Ellie, que estaba junto a su esposo pero antes se desviaron hacia un área no tan concurrida de la fiesta.

—¿Me enviaste a la casa equivocada? —Susurró Jude con vehemencia—. Dime que no lo hiciste.

—Indudablemente no lo hice a propósito.

—Sin embargo, de alguna manera, lo hiciste —chilló Jude—. Debería retorcerte el cuello.

—Pero no lo harás —sonrió Sam, sabiendo que su hermana no se arriesgaría a avergonzar a su anfitriona, Lady Chastain, al actuar de una manera poco decorosa de la que todos fueran testigos.

—No puedes estar enojada conmigo. Fue un error inocente.

Había sido un error, sin duda. Pero, ¿inocente? Jude no estaba tan segura. Si las cosas no hubieran estado tan difíciles, Jude habría podido seguir confiando en su hermana mayor para que mantuviera a la familia, pero algo había cambiado en los últimos años. Marce continuó pareciendo exhausta y tensa. Más mujeres buscaban ayuda en Craven House, y nunca habían rechazado a ninguna persona necesitada. Las bocas se multiplicaban más rápido que las monedas. Marce incluso había llegado a vender sus vestidos más modernos. Y entonces comenzaron a llegar las cartas de los acreedores. Ella había intentado abordar el tema con su familia, pero su hermana mayor la había silenciado de inmediato. Las cuentas y los gastos de Craven House no deberían pesar sobre ella, Sam y Payton, Marce había insistido una y otra vez. Y así, Jude y Sam habían tomado el asunto en sus manos, empleando el vasto conocimiento y la pasión de Jude por el arte y otras rarezas.

—No puedo creer que estuve en la casa equivocada todo el tiempo —suspiró Jude—. Podría haber sido descubierta en el momento en el que entré. Entonces, ¿qué hubiera sido de mí?

Sam solo la miró, sabiamente en silencio.

—No hay necesidad de responderme. No se necesita mucha reflexión para saber que hubiera sido arrojada a la cárcel y olvidada.

—Querida hermana —Sam la tomó de las manos—. Nunca permitiré que tal destino caiga sobre ti, y si, no lo permitiera Dios, pasara algo malo, lucharía por ti... No dejaría que nada sucediera.

Jude deseó que eso fuera cierto; que si alguna vez las atrapaban, podrían desenredarse de los problemas en los que se habían metido. Nunca más quería arriesgarse.

—No hablemos más de esto.

Sam se movió rodeando a Jude hacia donde un par de hombres caminaba desde la casa principal hacia la fiesta en el jardín.

—Habrá mucho tiempo para que descubramos dónde nos equivocamos.

Al mirar con más detenimiento, Jude se dio cuenta de que el hombre le resultaba familiar, aunque no podía ubicar de donde lo conocía. Posiblemente, hayan bailado alguna vez o se hayan cruzado en el parque. El cabello castaño le caía sobre un ojo, y se vestía como un trabajador, ciertamente no como un señor de ninguna clase, aunque sus pasos eran seguros y confiados. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón mientras él y su socio discutían algo de importancia, a juzgar por la expresión seria que su rostro mostraba:

—¿Ese hombre te parece familiar? —Le preguntó a Sam—. No dejes que te vean.

—No estoy segura —Sam frunció el ceño pensativamente—. Es un poco mayor para mi gusto, aunque posiblemente sea amigo de un conocido...

—No el anciano —corrigió Jude—, su compañero.

—¿Él? —Sam inclinó la cabeza y entrecerró los ojos—. Estoy bastante segura de que nunca he visto al hombre antes, o si asistimos a una función con él, no lo hubiera notado. Está vestido como un tendero.

Los hombres estaban a unos pies de ellas ahora; su conversación flotaba en la brisa.

—... no. No es bueno suponer que se puede comprar una pieza si se ofrece dinero suficiente —insistió el caballero al hombre mayor—. Ciertamente puedo actuar en su nombre para hacer una oferta por la pieza, pero aparte de eso, le corresponde al Sr. Honeycomb si busca separarse...

Los hombres se acercaban aún más, como si su discusión fuera tan intensa que ni notaron a Jude ni a su hermana en su camino. Caminaban lentamente pero con un propósito, sus cabezas ligeramente gachas. Jude ciertamente había visto al hombre antes; su cabello castaño, demasiado largo para el estándar, su vestimenta, no de señor sino de hombre de negocios...

—¿Pero crees que considerará favorablemente mi oferta? —preguntó el hombre mayor.

Antes de que Jude pudiera detenerla, Sam se apartó de su lado, directamente hacia el camino de los hombres y sonrió, con una astuta mueca en

la comisura de los labios. Cualquiera que conociera a su hermana —o a otras mujeres con mentalidad matrimonial— hubiera visto lo taimado en su mirada.

—Samantha —siseó Jude como advertencia, pero era demasiado tarde para disuadir a su gemela de cualquier curso de acción que hubiera emprendido.

—Oh, amables caballeros —dijo Sam efusivamente, mientras se detenía a escasos centímetros de los hombres, que detuvieron su avance hacia la fiesta en el jardín—. Me disculpo por casi tropezar con ustedes dos. Mi hermana y yo —le hizo un gesto a Jude, que se encontraba a unos metros de distancia—, estábamos en camino hacia... bueno, no importa a dónde íbamos.

Sam sonrió a la pareja tímidamente. El hombre de cabellos castaños parecía ansioso por continuar su camino y con su discusión; sin embargo, el anciano estudió a Sam de pies a cabeza y viceversa, y se detuvo brevemente para admirar el ajustado corsé de la mujer. Tomó una actitud envalentonada al ver a Jude y su hermana. Esta reacción no era rara cuando una o ambas estaban en público. Idénticas en todos los aspectos menos en la voz, Sam y Jude eran más altas que la mayoría de las mujeres que conocían, tenían el cuello largo, como de cisne y largas trenzas castañas. Marce decía que los ojos verdes de las gemelas atraían a la gente hacia ellos, un espejo en un prado después de una tormenta.

—Mis señoras —dijo el hombre mayor—. Probablemente es nuestra culpa que nuestros caminos casi chocaran. Soy Lord Barton —les hizo una profunda reverencia, doblando la corpulenta cintura con un movimiento exagerado— y este es Lord Cartwright, un querido amigo.

Lord Cartwright miró a Barton de manera extraña como si nunca hubiera conocido al hombre. Jude se tomó el tiempo de asimilar la forma del hombre más joven; alto, con hombros anchos por cierto, aunque no excesivamente ágil en el sentido de un deportista.

—Soy la señorita Samantha Pengarden —dijo Sam, haciendo una reverencia— y esta es mi querida hermana, la señorita Judith.

Ella utilizó la misma expresión que Barton, y Jude estuvo tentada de devolverle la misma mirada de confusión que Lord Cartwright le había dado al hombre mayor. Se había equivocado acerca del hombre. Vestía como un hombre de negocios pero tenía un título. No se mantenía como muchos de los hombres arrogantes de la sociedad que había conocido durante el corto tiempo de su introducción en sociedad. Él reflejaba más la imagen de su hermano, Lord Garrett, y su grupo de amigos: sin pretensiones, cálido y agradable.



—Es un placer conocerlo, Lord Cartwright —ofreció a regañadientes. Era como si los encantos de Sam y el tono sensual pasaran desapercibidos para él. Nervioso, continuó,

—Como ha declarado Lord Barton, ofrecemos nuestras disculpas por interponernos en vuestro camino. Fue grosero, muy grosero, de hecho. Que tengan ustedes un agradable paseo.

Lord Cartwright miró a Barton, claramente esperando que bajase la cabeza y continuara con la discusión mientras se unían a la fiesta en el jardín, pero el anciano aún tenía que apartar su mirada vigilante de Sam. Aunque no podía culparlo porque Jude vio a su gemela acicalarse delante del hombre. Incluso fue tan lejos como para batir sus pestañas antes de girar su mirada hacia el suelo como si un ataque de timidez se apoderara de ella.

—Señorita... señorita... Samantha —la mirada de Barton se sostuvo en el pecho de Sam por un momento más de lo apropiado antes de volver a la realidad, al darse cuenta de que estaba cerca de una fiesta en el jardín y su mirada era muy inapropiada—. ¿Puedo ofrecerle mi compañía a dar una vuelta por la fiesta? —Miró a Jude rápidamente, casi buscando su aprobación—. La devolveré a su cuidado en un momento, señorita Judith.

Cualquier caballero que valiera su peso en sal debería comprender que solicitar la presencia de una dama, a expensas de dejar a su hermana sin compañía, estaba muy mal, pero el hombre estaba claramente herido, como la mayoría de los hombres tienden a estarlo por la sonrisa de Sam. Había hecho exactamente lo que esperaba.

—No se preocupe —Jude intentó tranquilizar al hombre—, Lady Chastain, mi querida amiga, está allá. La buscaré.

—Permita que lord Cartwright la acompañe —insistió Barton, tendiéndole el brazo para que Sam lo tomara, para gran consternación del otro señor—. Ven, ahora todo está resuelto. Llevaré a la señorita Samantha a dar un paseo rápido mientras Cart la lleva sana y salva a lady Chastain, señorita Judith.

El hombre parecía complacido con el plan que había ideado, su sonrisa dientuda como evidencia del ese hecho.

—¿Qué dices, Cart?

Jude vio por el rabillo del ojo la expresión de pánico del hombre y quiso reír. Aunque ella y Sam eran idénticas, sabía que no podía compararse con el encanto de su hermana, aunque tampoco era tan atroz. Sin embargo, parecía que Lord Cartwright, Cart como Lord Barton lo había llamado, preferiría estar en cualquier lugar que no fuera donde estaba en ese momento.

—Tengo mucho trabajo...

—Tómame un momento, mi hombre —Barton se rio entre dientes, al tiempo que ponía su mano libre en la de Sam que descansaba en su brazo—. Sería el colmo de la grosería no disfrutar de la fiesta de Lady Haversham. Hay muchos años por delante para el trabajo. Jude supo que ese fue el momento en que Lord Cartwright cedió; sus hombros se vencieron y él se acercó a ella.

—Por supuesto, me sentiría honrado de acompañarla junto a su amiga — Su tono decía que sería un honor para él hacer algo más que pasar un minuto más en su compañía. Tal vez frecuentó Craven House y se dio cuenta de su relación con Madame Marce; aunque a ella y sus hermanas no se les permitía acercarse a las salas comunes mientras su hermana oficiaba de anfitriona en los juegos de cartas, para la grave decepción de Payton. No se les permitía frecuentar el infierno de los juegos o cualquier salón de juegos, para el caso.

—No quisiera molestarlo —Jude le proporcionó a Lord Cartwright un medio para escapar de la responsabilidad que Barton le había impuesto—. Entiendo que esté ocupado, y es probable que tenga otra persona que esté ansioso por conocer.

Jude no estaba segura de por qué había hecho ese comentario. Seguramente no le importaba si Cartwright había escoltado a otra dama. Su interés solo se despertó cuando buscó en sus recuerdos de cuándo se habían conocido previamente, aunque no dio ninguna indicación de haberla conocido anteriormente. Sam se inclinó bajo la apariencia de un beso en la mejilla y susurró:

—Aprenderé más sobre los tesoros que Barton oculta.

Al regresar junto a Barton, Sam hizo un gesto de saludo y partieron. La risa gutural de su gemela viajó con la brisa mientras la pareja bromeaba sobre algo. Lord Cartwright se aclaró la garganta, alejando la atención de Jude de la pareja que se marchaba, pero permaneció en silencio. Era casi suficiente para ella sentir lástima por él, obviamente incómodo con la tarea que tenía por delante, o tal vez fue ella quien lo hubiera hecho actuar de una manera tan extraña. Evitar su mirada le dio tiempo para evaluarlo una vez más. Era bastante guapo, en una forma académica. Parecía que su piel rara vez sentía el calor del día. Sin embargo, su cabello era de un castaño muy claro, como si el sol lo manchara a diario. Era alto, pero no excesivamente ancho, lo que llevó a Jude a creer que sus actividades se basaban en los negocios, o posiblemente en la educación. No podía recordar dónde había visto al hombre antes.

—Lord Cartwright...

—Cart —la interrumpió. Ante su expresión perpleja, continuó—. Mis amigos me llaman Cart.

—¿Somos amigos, Milord? —preguntó, esperando genuinamente que la respuesta fuera sí.

—Si no fuéramos amigos, entonces nuestra mutua compañía en presencia de los demás puede verse como menos que apropiada. ¿No está de acuerdo?

Elevó una ceja en señal de pregunta al tiempo que hacía contacto visual con ella como si fuera la primera vez. Sus palabras sonaron como si las estuviera recitando del libro de decoro social de una debutante.

## Capítulo cuatro

Los ojos de la señorita Judith se abrieron muy grandes y sus hombros se tensaron con sorpresa ante la mención de su precaria situación, que estaban solos, a muchos metros de los invitados más cercanos.

A Cart solo le había llevado unos momentos darse cuenta de cuándo había visto a la mujer. A saber, donde la había visto. Al principio, no estaba seguro de a cuál de las gemelas había encontrado fuera de la residencia del vigilante, pero su voz aireada la delató. Se enorgullecía de notar las diferencias más sutiles en los objetos, lo que se traducía sin problemas a las personas. Si Cart podía determinar el período en el que se encargó y terminó una pintura, entonces la inflexión de la voz de una mujer debería ser mucho más simple.

Era a lo que había dedicado su vida hasta ahora. Una profesión que generaba dinero para pagar todas las facturas que llegaban de los diversos vendedores y tiendas con las que su finca hacía negocios.

Cart no quería nada más que conocer el motivo para estar en esa casa. Sospechaba que ella también lo encontraba familiar, aunque tal vez aún no había podido reunir todas las piezas.

Sin embargo, ella se recuperó rápidamente con una sonrisa tímida.

—¿Tal vez deberíamos aventurarnos a la reunión?

Era exactamente lo que él debería querer, entonces, ¿por qué el corazón se le estrujó un poco ante la sugerencia?

Estaba aquí para hacer negocios, a saber: Lord Barton había enviado una invitación para asistir con él a la fiesta en el jardín de Lady Haversham para discutir una próxima adquisición que el hombre esperaba realizar. Una reunión en cualquiera de las casas de los hombres hubiera sido preferible a una reunión social. Sin embargo, Cart necesitaba fondos, y obtener un puesto como representante de Barton en la compra de la pieza significaba un gran desembolso para él.

Después de la debacle reciente en su casa, mentiría si no reconociera que le convenía alejarse de la residencia, especialmente alejarse de su madre durante unas horas, incluso si pensaba que el tiempo perdido en socializar cuando podría estar leyendo en su estudio o planeando el próximo movimiento para localizar a su tío y las posesiones que había sacado de la casa Cartwright. Una punzada de pesar lo hirió al pensar en ello. Habían pasado

tantas cosas sin que él fuera más sabio. Un hombre en quien había confiado, a quien su padre había tenido en alta estima, había apropiado tanto de la propiedad de Cartwright.

Con retraso, Cart se dio cuenta de que no había respondido a la sugerencia de la señorita Judith, y ninguno de los dos se había movido desde que Barton huyó con la señorita Samantha. Se enfrentaron el uno al otro, extraños, pero a diferencia de las otras reuniones a las que había asistido desde su regreso a la ciudad, no era una situación incómoda. O, al menos, no para Cart.

—¿Puedo acompañarla a un paseo por el lago, señorita Judith? —aventuró. Su respuesta significaba mucho para él, aunque se dijo a sí mismo que era solo para averiguar más sobre su presencia en la residencia del vigilante que sobre su aspecto físico. Ella era una criatura impresionante, sin embargo. Era mucho más atractiva que su gemela, cuya voz ronca parecía un poco falsa para Cart.

—Jude.

—¿Perdón?

—Mi familia y mis amigos me llaman Jude... abreviatura de Judith —se apresuró a decir—Es que cuando tiene una casa llena de gente, es más fácil que... —hizo una pausa, respirando profundamente— Oh, estoy segura de que no le preocupan esas cosas.

Cart sonrió. Algo que no recordaba haber hecho recientemente, excepto posiblemente en respuesta las payasadas de Theo.

—Jude —murmuró— probando el apodo en voz alta—. Es un nombre encantador, que significa “alabanza”.

Y lo llenó de un poco más de confianza saber que ella estaba tan nerviosa con esta interacción como él.

La sonrisa abandonó su rostro cuando lo miró de cerca. Por qué siempre sentía la necesidad de llenar conversaciones con hechos y fragmentos de conocimiento, Cart nunca lo sabría. Era solo que estaba mucho más cómodo conversando sobre cosas académicas e intelectuales. Su tío solía bromear al decir que si no hubiera nacido noble, entonces seguramente se habría retirado a un monasterio para vivir la vida de un ermitaño estudioso, con voto de silencio, que hacía innecesario el discurso casual.

—¿Está de acuerdo en dar un paseo? —preguntó de nuevo. Su tío se había equivocado gravemente. Cart era inmensamente receptivo a la conversación, siempre que cumpliera un propósito. En este caso, comunicó información importante. Más específicamente, ella había estado en la casa de un vigilante

nocturno en las primeras horas de la mañana. Ella había sido debidamente acompañada si recordaba correctamente. Una pequeña rubia y un caballero no mucho mayor que Cart la habían conducido a un carruaje que había estado esperando.

Había estado un poco preocupado en ese momento. Por lo tanto, Cart no pudo evaluar si el hombre era posiblemente un pretendiente o una relación.

No es que importara en lo más mínimo.

Era solo un corto paseo, visible para los casi cien invitados que pululaban por allí. Luego ella sería devuelta a su hermana y amiga y Cart se olvidaría de todo el encuentro; sus preguntas respondidas.

Su interés en ella no dejaría ninguna impresión duradera en él o en su vida. No es que hubiera sido educado en esta forma de conexión personal con el sexo opuesto.

Con ese razonamiento, Cart levantó una ceja en señal de consulta.

—¿Qué dice usted, señorita Jude?

La pregunta parecía encajar bien con ella. Asintió antes de tomarle el brazo.

—Por favor, simplemente Jude, mi señor. —Un toque de color subió por sus mejillas como si no estuviera acostumbrada a pedirle a alguien que la llamara por un nombre tan informal.

Su tentadora sonrisa envió una punzada de inquietud a través del cuerpo de Cart. Ciertamente, ella entendía que su oferta de pasear era solo eso: una propuesta para pasar unos momentos en la compañía del otro porque estaba en línea con las expectativas de la sociedad en esta situación.

Comenzaron su caminata, Cart tomó nota inmediata de la larga zancada de Jude. No se le exigía que frenara el paso para que ella lo siguiera. Comprensiblemente, esto era algo que le molestaba acerca de las mujeres; los pasos eran demasiado cortos o la vestimenta de turno restringía sus movimientos. De cualquier manera, esto costaba a Cart momentos preciosos que podría gastar de otras formas.

Sin embargo, en este momento, deseó que caminaran un poco más lento. Rozaba su cadera cada pocos pasos y su larga falda se movía sobre sus piernas mientras caminaban. Los dedos de Jude sostenían el brazo del joven de manera más firme de lo acostumbrado. Se preguntó cómo la mano de la joven, privada del suave guante de satén, se sentiría contra su piel; seguramente suave y cálida, pero esos dedos, ¿podrían mancharse con la tinta de escribir cartas o llenarse de callos por el trabajo duro? Sería apropiado

para su posición que fueran largos y libres de cualquier cosa más dañina que el pinchazo de una aguja de punto de cruz.

Estuvo tentado de pedirle que se quitara el guante para asegurarse de que su teoría era correcta. Sin embargo, Cart mantuvo la boca cerrada. Sus labios se sellaron en una línea firme para evitar hacer chistes tontos y se concentró en identificar los arbustos que se alineaban en el camino, muchas variedades comunes mezcladas entre sí.

Por el contrario, su fragancia interrumpió sus meditaciones internas, le hizo imaginar los calurosos días de verano y las frías noches de invierno, todo al mismo tiempo. Un vaso de limonada fría junto con un postre tibio de manzana. El dúo nunca debería juntarse, lógicamente; sin embargo, funcionaron bien en ella. Nunca combinaría los aromas o los sabores, aunque ahora se combinarían y se arraigarían para siempre en su mente.

Cart reflexionó y se inclinó una fracción más en su dirección para ver si el aroma se hacía más fuerte, tal vez se pegaba a su cabello, solo que se volvía más pronunciado cuando la ligera brisa sacudía sus rojos cabellos.

—Milord, ¿está bien?

¿Había hablado con él mientras soñaba despierto y le olía el cabello? Ciertamente, algo no estaba bien, no lo estaba.

—Mis disculpas —se recuperó—. Pensé que había visto a un conocido.

—Si lo estoy reteniendo de algo... o de alguien... —añadió, apartándose para mirarlo—. Mi querida amiga no está lejos. Puedo volver con ella.

Su mirada parecía desafiarlo, pero con qué propósito, Cart no tenía ni idea. Tal vez admitir que había asuntos más apremiantes que necesitaban su atención, o que ella deseaba que cancelara su invitación, permitiéndole regresar a su propia compañía.

Cualquier caballero que mereciera título tal aceptaría la indicación y le otorgaría a la mujer su libertad.

—Por supuesto que no, señorita Jude. Mi presencia aquí fue a petición de Lord Barton y en este momento —señaló hacia el estanque, no lejos de donde estaban, donde caminaban la señorita Samantha y lord Barton—, está comprometido. Esto es beneficioso para los dos, ya que puedo acompañarla por un tiempo y no estará sin compañía hasta que su hermana regrese.

Ella rio nerviosamente, un ligero sonido musical.

—He dicho que no estoy sin la compañía adecuada, Lord Cartwright, tampoco soy una damisela en apuros.

—No quise insinuar que... —Cart no estaba seguro de querer dar a entender nada, solo señalar que la pareja se encontró sola al mismo tiempo —. Solo quise decir que no debe ser una coincidencia que ambos estemos aquí y que nuestros compañeros nos hayan abandonado.

En voz alta, parecía que podría haber insinuado algo completamente diferente.

Jude comenzó a caminar de nuevo, dejándolo inseguro de si ella entendía su explicación o solo buscaba completar su paseo de una manera decorosa como corresponde a una debutante.

—¿Qué negocios tiene con Lord Barton? —Mantuvo su mirada enfocada con recato en el suelo frente a ellos—. No es que quiera entrometerse, mi señor.

¿Podría ser que ella estuviera interesada en él fuera de un paseo informal?

—Soy coleccionista —miró por el rabillo del ojo, mientras medía su reacción ante sus palabras. Olvidó las preguntas que tenía para ella cuando surgió un tema mucho más interesante para Cart.

Cuando ella no respondió, continuó:

—Un coleccionista aficionado, en el mejor de los casos. Colecciono artículos con significado histórico.

Finalmente, ella asintió con la cabeza y Cart se sintió agradecido de que pareciera ser una jovencita con cierta apariencia de inteligencia. Demasiadas noches, cuando no había podido encontrar una razón lo suficientemente convincente para evitarlo, su madre lo había obligado a entretener a las hijas de sus amigas. Afectadas, aburridas, y sin conocimiento de referencias actuales o históricas, aunque supuso que Jude no sería el mismo caso... aunque ella había dicho poco para disuadirlo de la idea de que se había mostrado demasiado interesada en la profesión que había elegido.

—A menudo, me llaman para autenticar una pieza o ubicar una antigüedad que alguien busca obtener —Aventuró otra mirada de soslayo para confirmar que ella no estaba tentada de quedarse dormida con el tema de conversación.

Pero, para su asombro, preguntó:

—Con piezas históricas, ¿te refieres a pinturas, cerámica y libros antiguos? —sintió que la mano que aferraba su brazo apretaba más fuerte con cada palabra, como si la emocionaran tanto como a él.



—Vaya, sí—sus palabras llegaron demasiado ansiosas hasta para él—. Es una ocupación que no muchos londinenses encuentran interesante —Con esto, le ofrecía otra oportunidad de retirarse de su compañía.

—Hay muchos que no reconocerían el valor de una antigüedad aunque le creciera una boca y se lo dijera ella misma.

Su interés era más de lo que Cart podría haber pedido, y ciertamente más de lo que había obtenido de nadie fuera de otros coleccionistas y de su hermana menor, Theo. Incluso su madre era muy escéptica.

—¿Cuál es su adquisición más preciada?

Cart consideró la idea cuando llegaron a la orilla del agua y comenzaron a caminar por el estrecho sendero que los conduciría a un círculo completo alrededor de la masa de agua y de vuelta al otro lado de la fiesta en el jardín.

—Creo que mi pieza más preciada es una alfombra que se dice cubrió el suelo en un templo budista del siglo décimo.

—Fascinante.

—¿Lo cree? —preguntó, apurado de creer en el entusiasmo de su parte. Ella era una mujer de la *alta sociedad*, no estaba acostumbrada a ver cualquier cosa usada y antigua como algo que tuviera algún significado o valor. Si un vestido se usaba en un puñado de ocasiones, se lo arrojaría con el agua del fregadero—. Mi madre estaría feliz con que la alfombra se trasladara a los establos.

Ella rio. No la risa nerviosa, cantarina de antes, sino más bien un sonido que irradiaba desde lo más profundo de ella.

Con retraso, se dio cuenta de que había confesado que vivía con su madre.

¿Las mujeres sofisticadas fruncían el ceño a los hombres que residían en el mismo hogar que sus parientes femeninos? No tenía el dinero para buscar una residencia de soltero, ni debería ser necesario ya que su padre había fallecido hacía mucho tiempo.

Continuaron en silencio, caminando por el camino de tierra apisonada. La vegetación crecida a la altura de la rodilla se enganchaba en la larga falda de Jude mientras les llegaban las risas de alegría lejanas. El cálido sol golpeaba su cara; una sensación a la que no estaba acostumbrado ya que rara vez buscaba las actividades físicas al aire libre.

Cart buscó su mente otro tema de conversación, de preferencia uno que no incluyera a su madre. De hecho, sus habilidades para conversar estaban oxidadas; podría serle de gran beneficio buscar a Theo o a su tutor para tomar una clase de conversación. Sin duda, una tarde de instrucción daría resultado.

Desafortunadamente, no lo ayudaría a superar esta fiesta sin avergonzarse mucho.

Ahora que era un hombre educado en Eton —aunque se le había pedido que abandonara sus estudios a punto de recibir su certificado debido a la falta de pago de los aranceles— debería ser más que exitoso en entretener a una mujer el tiempo que tardaran en dar la vuelta a un estanque pequeño.

Según sus cálculos, con esta longitud de zancada, debería tomar aproximadamente...

—Lord Cartwright —le preguntó, volviendo una expresión seria hacia él—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

Cart asintió mientras alejaba la aritmética de sus pensamientos.

—¿Nos hemos visto antes? —Lo miró con ojos inquisitivos—. Es solo que cuando nos topamos con usted y Lord Barton, fue como si lo hubiera visto antes.

—Ah, bueno, —murmuró—. Yo soy...

Rápido como un rayo, Cart sintió que su bota se enganchaba en algo y que perdía el equilibrio. Soltó el brazo de Jude, y evaluó su trayectoria y velocidad de movimiento. Sus brazos se balancearon salvajemente en el aire, tratando de recuperar el equilibrio. Sin embargo, Cart ya sabía que no tenía sentido y que solo serviría para lastimarse el brazo cuando finalmente cayera al suelo o, peor, se estrellaría contra Jude.

Aun así, Cart no estaba preparado para el momento más humillante de su vida, hasta la fecha.

En un segundo estaba tratando de soltar la bota que había quedado enganchada y al siguiente, el agua le corría por su cabeza al caer, al tiempo que la parte superior del cuerpo se sumergía por completo en el estanque. Las piernas y botas cubiertas por el pantalón lo traicionaron, ya que se negaron a seguir al resto de él hacia el agua, y las rodillas aterrizaron en el barro que bordeaba el agua una vez plácida.

—¡Milord! —llamó frenéticamente la Srta. Jude; sus palabras le llegaron distorsionadas. Sintió un tirón en la pernera del pantalón. La total humillación era suficiente para mantenerlo bajo la superficie del agua hasta que pereciera, o hasta que todos se hubieran ido de la fiesta.

—Cart, ¿está mal herido?

Cart se movió para salir del agua, pero las manos se hundieron en el fangoso fondo del estanque.

—Solo en mi orgullo, señorita Jude, —respondió, todavía rezando para que el fondo del estanque se abriera y lo tragara entero. Lamentablemente, sus poderes no le dieron tanta suerte.

De hecho, sonaba como si esos poderes fácticos se estuvieran riendo históricamente ante su *faux pas*. Volviendo la cabeza hacia el sonido, Cart observó la reunión de personas cerca en la fiesta, que lo miraban divertidas mientras Lord Barton y la señorita Samantha corrían al lado de Jude.

—Mi pobre querida —Lord Barton calmó a Jude probablemente agotada y mortificada—. Debo disculparme por el comportamiento horroroso de Lord Cartwright.

*Comportamiento horroroso de Cart*, quería gritar con fastidio.

¿Y no debería el hombre estar ayudando a Cart a salir del agua turbia en lugar de acercarse furtivamente a Jude?

Solo por principio, Cart sintió el inmenso impulso de rechazar el pedido de representación de Lord Barton y adquirir la antigüedad que el anciano buscaba para su propia colección. Si Cart tenía los fondos necesarios para la compra, seguramente haría exactamente eso, y quemaría la cosa ante los ojos de Barton.

—No teman —dijo Cart, poniéndose de rodillas en el lodo y estirando la mano hacia atrás para desenredar su bota—. Me temo que he vencido todas las probabilidades y he sobrevivido.

—Cart... eh, Lord Cartwright —Jude corrigió rápidamente—. Permítame ayudarlo a recuperar el equilibrio.

Pudo oír a Barton soltar una risita, y al instante quiso desatar su puño en la nariz bulbosa del hombre. ¿Qué había pasado por él? Cart no era de ninguna manera un hombre propenso a los arrebatos violentos, ni siquiera había asistido a un club de boxeo o había presenciado una pelea.

—Dé un paso atrás, señorita Judith —llamó Cart por encima del hombro—. Sería muy *horroroso* de mi parte derramar barro sobre sus zapatos o ropas finas. No busco ofenderla aún más con mi comportamiento.

—Muy sabio de tu parte, Cartwright —Barton trabajó duro para reprimir su alegría, pero Cart todavía podía escuchar su risita—. Escoltaré a las señoritas Samantha y Judith a sus parientes mientras te desenredas y te vas.

Cart suspiró, todavía arrodillado en el barro.

—Siempre tan amable de su parte, Barton. Nuevamente, mis más sinceras disculpas, señoras.

Ni siquiera podía enfrentarse a Jude. Sus mejillas probablemente estaban rojas de vergüenza. Todo lo que pasaba por su mente era lo enfurecida que estaría su madre cuando supiera de su error, y nunca esperaría que Jude estuviera, ni siquiera por amistad, con un hombre tan inepto como él.

# Capítulo cinco

En silencio, Jude les indicó a Sam y a Lord Barton que regresaran a la reunión sin ella. Cuando Sam le lanzó una mirada interrogante, Jude inclinó una vez más la cabeza en dirección a los otros asistentes a la fiesta. Ni ella ni su gemela eran expertas en seguir instrucciones o insinuaciones de los demás o de la otra. Muchos gemelos sobre los que Jude había leído parecían vivir en un constante estado de conciencia con respecto a haber compartido el vientre de su madre, pero desafortunadamente para Jude, ese no era el caso con ella y Sam.

Excepto por su apariencia idéntica, no podrían ser más diferentes.

—Maldito tonto, ignorante rufián — murmuró Lord Cartwright mientras levantaba la pierna y apoyaba las manos sobre la rodilla doblada para ponerse en pie—. Inconcebible, un tonto desatinado. Deberías abstenerte de participar de la sociedad educada, por cierto.

Jude quería reírse de toda la debacle, pero mantuvo su alegría para ella misma. Normalmente, las excursiones sociales caían en la categoría de tediosas o en el aburrimiento total, pero Lord Cartwright era una bocanada de aire fresco, aunque su diversión a este costo era algo que jamás compartiría con él. Ella no buscó herir su orgullo más de lo que ya estaba.

Todos sus movimientos eran calculados y precisos, algo con lo que Jude no estaba familiarizada ya que era propensa a tomar decisiones apresuradas. Salvo el robo del jarrón de la casa de Lord Gunther.

Pero el tropiezo de Cart no fue nada deliberado y Jude sintió cierta responsabilidad por su caída. Lo había estado distraendo, aunque si era sincera, él la había distraído del todo. Sus renuentes sonrisas y su extraña elección de temas le habían interesado mucho. Que pareciera el caballero perfecto era casi una bendición. No hablaba de cosas triviales para apaciguar su naturaleza supuestamente delicada.

Lord Cartwright se puso de pie y se pasó las manos por los pantalones para quitar algo de la suciedad que se aferraba a la tela, con la cabeza gacha en señal de desgracia.

—Si atravieso el borde del estanque y me escondo detrás de los árboles que rodean la propiedad, puedo escapar sin más incidentes —continuó hablando consigo mismo, totalmente ajeno a la presencia de la joven en la orilla—. Pero entonces, ¿cómo voy a viajar a casa? Llegué con Barton. ¿Tal vez un coche de alquiler? ¿Cómo podré conseguir uno?

Lord Cartwright continuó trabajando en su dilema audiblemente, algo que Jude nunca había presenciado. Sin embargo, ciertamente, podía ver el

beneficio de desconcertar a los demás al contar los problemas de uno en voz alta.

—¿Lord Cartwright? —Jude odiaba molestarlo o humillarlo más al alertarlo de su presencia—. El carruaje de mi familia está en la entrada. Puedo hacer que mi cochero lo lleve a casa y luego regresar por mi hermana y por mí.

—Jude... —se volvió para mirarla, el calor trepaba por su cuello —.Debería estar con su hermana... regresar a la reunión... disfrutar de la tarde.

Debería estar haciendo todas esas cosas, sin embargo, Jude no podía abandonar a lord Cartwright en los jardines de lady Haversham para que se enfurruñara. Una rápida mirada por encima de su hombro le indicó que los demás habían regresado a la celebración, que el tropezón de lord Cartwright estaba olvidado por el momento, y que probablemente volvería a contarse durante algunas cenas en numerosas casas de Londres.

En lugar de huir, Jude le ofreció una cálida sonrisa y el brazo; solo deseaba haber tenido el hábito de llevar una toalla con ella.

—No creo que hayamos terminado con nuestro paseo, milord —Cuando él la miró, con la boca abierta, continuó— Por favor, permítame que lo acompañe a mi carruaje. Mi cochero se asegurará de que llegue a casa sano y salvo, sin más... —sus palabras se desvanecieron, sin saber qué decir —...incidentes.

—Soy bastante capaz de asegurarme el transporte a casa —respondió—. No soy una damisela en apuros.

Jude se rio del giro que el joven había dado a sus anteriores palabras.

—Creo que ambos hemos establecido que no somos criaturas indefensas. —Esperaba que su sensibilidad herida mejorara con un poco de persuasión—. Igual que podemos estar de acuerdo en que solicitó un paseo en mi compañía, no por obligación o posesividad masculina, sino porque podemos disfrutar de la compañía de los demás. —Él asintió con la cabeza—. Esto es más o menos lo mismo. No siento ninguna obligación de ayudarlo a partir de la reunión de Lady Haversham; creo que hemos disfrutado de nuestro corto paseo y deseamos que no termine con una nota agria

Y Jude quería desesperadamente aprender más acerca de su ocupación como coleccionista, a saber, si él o alguno de sus socios estarían interesados en el jarrón. Su día había dado un gran giro al conocerlo; un nuevo hogar para el jarrón posiblemente estaba en el horizonte cercano, y dinero para agregar a las arcas de Craven House. Lord Cartwright había dejado en claro que era un

coleccionista aficionado, lo que era un buen augurio para ella y para Sam. Era posible que Cart no tuviera conocimiento previo de los orígenes del jarrón o de su condición actual de robado.

—¿Está segura de que trata de que la vean conmigo? —Hizo un gesto hacia su sucia vestimenta— ¿en esta condición? Tengo muy en cuenta que la posición de una mujer en la sociedad se basa en cada una de sus decisiones, tanto favorables como desfavorables. Nunca desearía que se arrojara una mala luz sobre usted o la señorita Samantha.

Nuevamente con su verborrea que reflejaba la guía de la modestia para la dama.

—¿Siempre se preocupa tanto, milord? —Jude no se molestó en apagar su sonrisa—. Puedo hacer una lista de cosas mucho más preocupantes que el hecho de que me hayan visto en su compañía. Específicamente, lo que dirá su ayuda de cámara cuando vea cómo arruinó su chaqueta y sus pantalones. Es probable que necesite horas para reparar el daño causado solo a sus botas.

Una expresión de sorpresa cubrió la cara de Cartwright y miró su camisa de lino, una vez finamente prensada, su corbata artísticamente atada, ahora flácida alrededor de su cuello.

Jude solo podía describir su mirada como de completo horror al verse a sí mismo. El agua aún goteaba de sus faldones y su cabello sobresalía en todas direcciones.

—Bromeo con usted, mi señor, bromeó Jude—. Pero sugiero que continuemos nuestro camino, lo que eventualmente conducirá al camino de entrada, y al carruaje de mi familia. Daré cualquier excusa que desee sobre su salida apresurada.

—Normalmente no soy tan desastroso —respondió a su oferta—. Es sencillo...

—No hay necesidad de que se explique. —Aunque Jude descubrió que quería saber más sobre él, tan curioso como era con su extraño comportamiento—. Aunque si lo desea, puede hacerlo mientras continuamos nuestro camino.—Jude puso su mano sobre el brazo mojado de su abrigo y dio un paso atrás en el camino, dándole poca opción, sino seguir su ejemplo, o aparecer como el señor poco caballeroso que la rechazó.

No sabía mucho sobre el hombre a su lado, pero tuvo la impresión de que nunca insultaría a alguien tan descaradamente. Y fiel a su evaluación, él se puso junto a ella. Sin embargo, él no caminaba tan cerca como antes, más que probablemente por temor a ensuciarle la falda.



Anduvieron en silencio hasta que llegaron al otro lado del estanque, donde podían continuar recto y alcanzar el camino de entrada o continuar a lo largo del borde del agua y regresar a la reunión más allá. Jude se contuvo y permitió a Lord Cartwright la elección.

¿Se sentiría obligado a regresar a la fiesta o aceptar la oferta de transporte de Jude?

Irónicamente, no eligió ninguno de los dos cuando se detuvo y la encaró, se acercó un paso más a ella y quitándole la mano de la manga húmeda, dijo:

—Ha sido maravilloso conocerla.

—Igualmente, milord —respondió con sonrisa vacilante, insegura de lo que iba a suceder a continuación.

—Espero que no la incomode si le pregunto, pero...

—Se puede pasar por alto cualquier cosa entre amigos —Sus palabras estaban destinadas a animarlo a hablar, pero eso solo hizo que retrocediera un paso mientras él se movía nerviosamente frente a ella—. ¿Cart?

Él movió su mirada de su hombro para encontrarse con la mirada de Jude.

—Por favor dígame si encuentra esto inaceptable. —Hizo una pausa de nuevo, como poniendo en orden los pensamientos y, posiblemente, tomando algo valentía—. ¿Puedo hacerle una visita en una fecha futura?

Fecha futura... Jude quería preguntar exactamente cuándo sería esa fecha.

No solo veía potencial para deshacerse de ese maldito jarrón y poner fin a las extravagantes ideas de ella y Sam, sino que, si era completamente sincera. Jude había disfrutado inmensamente de su corta amistad. Lord Cartwright era más de lo que cualquiera pudiera imaginar. El método con el que Lord Barton lo había despedido era injusto e insultante, por decir lo menos. Sin embargo, invitar a Cartwright a Craven House, su hogar y santuario, era una perspectiva desalentadora.

¿Cómo le diría a un señor de buena reputación que ella vivía en un antiguo burdel? ¿Que su madre, que en paz descansa, había sido la propietaria de casa más fina de caballeros de Londres... y que muchos en la alta sociedad todavía creía que la propiedad albergaba todo tipo de actividades sórdidas, a pesar de que eso no había sido cierto en muchos años?

No, Jude deseaba saber más acerca de lord Cartwright, pero a costa de conocer las transgresiones pasadas de su familia... Jude no estaba seguro. Muchos no veían favorablemente la historia de Craven House.

Continuó mirando, frunciendo el ceño y apretando la boca, esperando su respuesta.

—Me gustaría eso, mi señor. —Ella solo esperaba que la "fecha futura" fuera muy pronto. No cabía duda de que si descubría dónde vivía y a quién llamaba su familia, sin duda cambiaría de opinión acerca de visitarla. Incluso con Lady Haversham patrocinándola a ella y a Sam en sociedad, sus posibilidades de encontrar hombres adecuados a quienes ofrecerles sus manos no eran estelares. Sin una dote de la que hablar y poco para verificar su aceptable linaje, estarían agradecidas de tener segundos hijos u hombres de la clase mercantil superior como esposos.

—Le deseo un buen día, señorita Jude. —Lord Cartwright se inclinó, su cabello húmedo cayó ante sus ojos. Con un rápido movimiento de la cabeza, el caprichoso mechón voló hacia un lado, y nuevamente sintió que se habían cruzado antes en el camino.

—Gracias por su oferta de transporte, pero obtendré mi propio medio de transporte a casa.

Sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y marchó a través del césped ondulante hacia la casa, sus pies chirriaban suavemente en sus botas saturadas de agua.

###

Tan pronto como Lord Cartwright rodeó el costado de la casa de lord Haversham, Jude se apresuró a cruzar el césped hacia donde estaba Sam con Lady Chastain. Ambas mujeres estaban vestidas a la altura de la moda de Londres, pero su aspecto de aburrimiento se hacía notar. Tenían los pies metidos debajo de las faldas mientras rodaban una pelota pequeña de ida y vuelta, probablemente dejada por Neill, el hijo de Lady Haversham.

Lady Chastain se puso de pie cuando Jude se sentó en la manta.

—Regresaré pronto. —Lady Chastain —Ellie— se fue corriendo hacia donde su hermana hablaba con varias matronas mayores. Ella *debía* de estar más que aburrida para buscar ese grupo.

—¿Qué aprendiste de Lord Barton? —Preguntó Jude en voz baja, mientras espiaba para ver si el anciano estaba en alguna parte.

Una mirada adusta cruzó la cara de su gemela y formó arrugas en las comisuras de la boca y sobre las cejas.

—Nada de importancia.

—Eso es bueno de escuchar porque no planeo ser parte de ninguna fechoría futura. Las cosas estuvieron demasiado cerca la última vez y no

puedo exponerme, ni a ti, en esa posición otra vez. Esperamos vender el jarrón.

—Lamento haberte abandonado con Lord Cartwright.

Jude no vio el sentido en ganar la curiosidad de Sam con respecto a la opinión de Jude sobre Cart.

—Lord Cartwright es un hombre bastante agradable. Los pocos minutos que pasamos juntos fueron mucho más esclarecedores que tu tiempo con Barton, supongo.

—¿Cómo? —Sam se enderezó.

—Es un coleccionista —le confió Jude, mientras permitía que el cerebro de Sam funcionara y sacara la misma conclusión que ella había sacado durante su paseo con Cart—. Agente de colecciones y antigüedades aficionado.

—¿Y crees que estará interesado en el jarrón? —La mente de su gemela trabajaba rápido—. Lord Barton dijo que es un conde... parece improbable que un hombre de su categoría tenga un amplio conocimiento de artefactos históricos. Puede ser el hombre correcto a quien acercarse.

—Estoy de acuerdo —dijo Jude al tiempo que se acercaba para asegurarse de que su conversación no fuera escuchada—. No lo he visto por la ciudad, ni parece demasiado conocido. Solo podemos esperar que no sepa del robo del jarrón, o que lo conecte con nosotras.

—No le dijiste nada sobre el jarrón, ¿verdad? —preguntó Sam.

—Ciertamente no. —Jude debería sentirse insultada de que su hermana la considerara tan tonta como para hablar fuera de lugar. Además, no había tenido suficiente tiempo antes de caer al estanque.

—Preguntó si podía llamarme en una “fecha futura”.

—Oh, eso suena prometedor. —Sam levantó una ceja—. Estaba segura de que habrías huido con Barton y conmigo cuando se nos dio la oportunidad, pero obviamente había una razón por la que te quedaste para ayudar al torpe hombre.

Jude estuvo a punto de reprender a su hermana por hablar así sobre Lord Cartwright: la evaluación injusta de su gemela era hiriente. Y Jude no se había quedado atrás para aprender más sobre su interés en las antigüedades o, al menos, no del todo.

Lord Cartwright la intrigaba.

Un hombre de la *alta sociedad*; sin embargo, mostraba todas las señales de un hombre altamente intelectual, educado en las mejores universidades de Inglaterra, sin duda. No solo en las áreas comunes de administración

financiera y de bienes, sino también en historia, aritmética y ciencias. Había conocido a muchos hombres en el corto tiempo que se había movido a través de la élite de Londres que afirmaba ser inteligente. Pero a Jude le parecía que les faltaba más, excepto por la inflada autoestima, ah, y la necesidad de alinear a los demás con sus delirios de grandeza.

Lord Cartwright era diferente; ella lo sabía desde el momento en que se conocieron.

La mirada de Jude se movió a través de la multitud para evitar que Sam notara su ira por el comentario insensible que había hecho, o deducir que había una razón mucho mayor por la que se había quedado con él después de que Lord Barton y Sam habían huido de la desagradable escena.

—Si lord Cartwright llama —dijo Jude con ligereza— lo interrogaré más acerca de su fascinación por las antigüedades. Puede ser precisamente a quien hayamos estado buscando.

—Y si es el indicado, ¿harás lo que sea necesario? —preguntó Sam.

Irritaba a Jude hasta el hartazgo que su familia la viera como la gemela débil, la que se encogía bajo cualquier presión. Incluso Sam pensaba eso de ella. Aparentemente, robar en dos hogares no había cambiado la opinión de su hermana en lo más mínimo. Si Marce, Payton y Garrett supieran todo lo que ella había hecho por voluntad propia, ciertamente pensarían de manera diferente. Y si Sam se veía a sí misma como la líder de la pareja, estaba muy equivocada.

—No temas, estoy dedicada a mi familia y haré todo lo que se requiera para asegurar el dinero que Marce necesita. —Cada palabra que decía era verdad. No había nada más importante para Jude que aliviar la presión que podía recibir su hermana mayor, incluso si eso significaba ponerse en peligro de ser descubierta.

## CAPÍTULO SEIS

Cart permanecía reclinado contra el asiento deshilachado de su viejo carruaje mientras su madre le daba clases a Theo sobre decoro para su primera visita a una modista. Desconocido para él, había un protocolo apropiado que las mujeres usaban cuando iban a la casa de sus modistas. Se tomaban medidas, se hacían las órdenes y se elegían las telas. Todo lo que veía era que cualquier ventaja obtenida de la adquisición de Lord Barton volaba rápidamente de sus manos para pagar las galas de las damas: guantes, zapatos, gorros y vestidos. Era inimaginable cuán poco cubrían sus monedas las necesidades de las mujeres, y Theo aún no se había presentado a la sociedad. ¿Entonces qué? ¿Vestidos de gala formales y tocados? ¿Un faetón adecuado para tomar paseos en el parque?

Cart haría bien en mantener sus opciones abiertas. Los negocios con hombres como Barton no eran agradables a nivel personal, pero proporcionaban los fondos necesarios para mantener a su madre feliz con lo suficiente guardado para la gran presentación de Theo ante la *alta sociedad*.

Gastos, gastos, gastos.

Todo se traduce en una cifra: un chelín aquí o una libra allí.

No había final a la vista, sin duda.

Sería mejor si mantuviera los ojos cerrados como si durmiera mientras el carruaje los llevaba a Bond Street, con sus modistos de moda, negocios, librerías e incluso sombrererías con tocados exquisitamente contruidos y absurdamente adornados que se exhibían en grandes escaparates para atraer a los mejores habitantes de Londres.

Era una forma de vida en la que Cart no estaba interesado: la ópera, los musicales, las veladas de gala, los bailes. Ninguno atraía su interés... hasta su encuentro con la señorita Judith Pengarden. Jude.

Si ella asistía a todas las reuniones sociales, podría cambiar su opinión sobre ellas.

Por ahora, rezó para que disminuyera el tráfico del mediodía y que les permitiera llegar rápidamente a Bond Street y para deshacerse de su madre, así disfrutaría de unas horas ininterrumpidas con Theo para escuchar cómo progresaban sus estudios.

Maldecía su falta de un segundo carruaje o caballo adecuados.

Había sido relegado a ir a visitar a la señorita Jude solo después de dejar a Lady Cartwright y Theo. Y luego lo llamarían para que volviera dentro de una hora para recogerlas.

Como si fuera una maldita enfermera.

Pero no había muchas opciones, ya que había vendido cada uno de los carruajes de su familia menos uno poco después de llegar a casa de la universidad. Ello significó menos manos en los establos con sueldos y gastos de mantenimiento en solo un entrenador. Tan inconveniente como había sido en aquel preciso momento, le había ahorrado a Cart cuatrocientos veintiséis chelines en los últimos años.

Si su madre no hubiera insistido en que las cortinas se cerraran con fuerza, Cart habría llevado consigo su periódico, *Silliman's Journal*, que ofrecía fascinantes teorías sobre geología. La revista había llegado de las Américas solo dos semanas antes y Cart estaba volviendo a leer cada artículo científico con detenimiento para aplicar la información a sus propios estudios.

Sintió que un codo lo golpeaba en el costado.

—Simon —susurró Theo—. ¿Estás durmiendo? Para dar efecto a sus palabras, respiró profundo y emitió un ronquido. Theo soltó una risita y Cart abrió un ojo—. Oh, sabía que fingías.

—Estoy seguro de que no lo sabías —bufó y cerró los ojos una vez más.

—O fanfarroneas o mamá y tú tienen muchas más cosas en común de lo que admites.

Cart volvió a abrir un poco uno de los ojos y observó la sonrisa de Theo antes de rendirse y sentarse derecho.

Inmediatamente deseó no haberlo hecho. Frente a él, lady Anastasia Cartwright había caído en un sueño después de su académica diatriba con respecto a los modales cuando una señora llegaba a Bond Street para gastar su dinero.

Desafortunadamente para Cart, y como para apoyar el reclamo de Theo, su madre se reclinó en la misma posición, en la que Cart había estado momentos antes, incluso los brazos estaban cruzados sobre el pecho.

Theo soltó una risita.

—Por cierto, te pareces mucho más a mamá que a mí.

Cart deseó poder negar las palabras de Theo, pero vio que la mayoría de sus mejores rasgos se reflejaban en la mujer que estaba directamente del otro lado del carruaje: así era, excepto su tendencia a ridiculizar. Esa era una cualidad que encontraba muy desagradable y que nunca trató de imitar.

—Oh, ¿crees que estás lejos de ella? —bromeó. Cuando ella asintió, él continuó—, Esperemos entonces que hayas adquirido el buen tino de nuestro padre y no el de ella —se rio, sorprendiendo a lady Cartwright, que dormitaba, se agitó un poco para luego volver a dormirse. Una parte de él quería despertarla y señalarle que estaba arrugando el vestido. Un vestido por el que probablemente había pagado a su criada una hora más para que lo planchara la noche anterior.

Apartó el pensamiento de su mente. Había repasado esto muchas veces en su cabeza: las posibilidades que tenía de librarse de los continuos gastos de su madre eran elevadas si le daba una considerable asignación para asistir a las reuniones de sociedad. Su esperanza era que un anciano caballero la notara y pusiera la mira en cortejarla, y mejorara así la sensibilidad de su madre o la sacara de las manos de Cart por completo.

Habían pasado varios años y sus esperanzas se habían ido desvaneciendo, temporada tras temporada.

Ningún hombre se interesó por su madre, o al menos ninguno la había cortejado.

Supuso que podía haber cosas que no conocía, pero su habilidad para ver todo lo que sucedía a su alrededor era fuerte. Ciertamente, su madre no pudo haberse escabullido en sus narices para encontrarse con un pretendiente.

Theo le dio un codazo de nuevo.

—Simon, dudo que me hayas escuchado alguna vez.

—¿Qué?, preguntó para ocultar su falta de atención.

—¿Ves? ¿No te lo he dicho? Te he preguntado si me llevarías contigo —suplicó—. No veo la necesidad de nuevos guantes o botas. Prefiero acompañarte en tu encargo. Debe ser mucho más importante que seleccionar el "tono perfecto de color crema" para un nuevo conjunto de guantes que probablemente se teñirá con tinta antes de que pase una quincena, por lo que reciba otra regañina de parte de mamá.

—Sabes que no puedo librarte de tu destino este día. —Normalmente, él habría rescatado a Theo de las garras de su madre; sin embargo, hoy su tarea no era del tipo ordinario—. Pero un día en el futuro, me agradecerás por insistir en que tengas la educación adecuada tanto en tus estudios académicos como... las menos deseables obligaciones femeninas diarias.

Visitaría a Jude, en su casa, y estaba muy nervioso; más de lo que alguna vez se hubiera sentido alguna vez. Sus palmas sudaban, su frente estaba húmeda y su pulso se había acelerado. Ninguna respiración controlada o

cálculos aritméticos ayudaron a calmarse. Su inquietud se había vuelto tan intensa que Cart pensó en acompañar a su madre y a Theo en su excursión de compras. Sin embargo, eso llamaría mucho más la atención que el hecho de que las hubiera acompañado en el carruaje, en lugar de montar, simplemente, uno de sus viejos caballos.

Se negó a llegar hasta la señorita Judith en un caballo apenas capaz de soportar su peso. Eso hubiera sido mucho más degradante que llegar en un carruaje más viejo que él. Su situación financiera era conocida ampliamente en la sociedad citadina, pero una parte de él esperaba que la señorita Jude no hubiera oído hablar de la desgracia de su familia a manos de su tío.

Él se puso rígido. ¿Por qué debería importarle lo que ella pensara de él?

Cart la visitaría porque había dejado escapar la solicitud antes de tomarse el tiempo apropiado para evaluar a fondo sus palabras y las consecuencias que seguirían a su declaración. Si se hubiera tomado el tiempo —y no hubiera estado empapado de un líquido sucio y turbio, de olor ofensivo— Cart habría visto lo equivocado de su pedido y habría moderado la conversación, y la hubiera regresado a una dirección más neutral.

En lugar de eso, lo habían obligado a officiar de escolta para su madre y su hermana en su excursión.

—Si debo ir con mamá, tu deber como mi guardián y anciano sabio requiere que te quedes a mi lado. —Entre los dos, Cart no estaba convencido de que él fuera el hijo más sabio de Montgomery. Theo algún día sería una digna adversaria en cada empresa que emprendiera, pero por ahora, ella estaba continuamente relegada a ser una niña precoz para él, y un niña molesta para su madre.

Su amplia sonrisa que mostraba todos los dientes le dijo a Cart que pensaba que lo había vencido.

—Oh, está bien... —Cart se volvió hacia ella en el asiento—. Mi prioridad como tu guardián es asegurarme de que estés debidamente atendida y todo lo que necesites esté disponible para ti. Gracias a nuestro tío sinvergüenza, debo proporcionar un servicio y cobrar por él para mantener nuestro hogar y proporcionarte una educación adecuada y esos delicados guantes blancos que tanto detesta comprar.

Theo estaba encorvada en su asiento, derrotada.

—Siéntate derecha, Teodora, —su madre escarneció. Ninguno había notado que se había despertado, pero por su expresión adusta, probablemente había escuchado los comentarios sobre su tío, su cuñado por matrimonio



—. También te convendría sonreír: las jóvenes que se arriesgan a fruncir el ceño en exceso crean líneas horribles de envejecimiento.

—Mamá, yo...

—No necesito excusas, jovencita, solo acción —continuó lady Cartwright, al tiempo que desplegab sus brazos, que le habían arrugado el vestido. Tiró de la cortina hacia atrás, el sol de la mañana proyectaba un brillante sendero sobre el asiento entre Cart y Theo—. Ya casi llegamos. Simon, me alegra verte salir de la casa; harías bien en disipar tus tendencias solitarias y en relacionarte más con la sociedad. Mis amigos temen que te estés convirtiendo en un ermitaño del peor tipo.

Theo suspiró a su lado y Cart deseó poder darle lo que ella quería. Un día, ella le agradecería. Él estaba seguro de eso.

—Simon, —llamó su madre, todavía mirando por la ventana—. Regresa a tiempo para recogerlos. No voy a vagar por las calles de Londres como un vagabundo esperando tu regreso.

—Por supuesto, madre. —Cart nunca dejaría a Theo varada, incluso durante las horas más ocupadas del día en la calle más poblada de Londres—. No tardaré mucho y es probable que regrese mucho antes de que hayas completado tus tareas.

El carruaje redujo la velocidad frente a la tienda de sombreros y se detuvo bruscamente.

Le recordó a Cart que había planeado concurrir al el Emporio del Libro de Sir Everheart muy pronto para seleccionar un libro sobre la parte inferior de los carruajes. Con un diagrama adecuado, él y un sirviente deberían estar más que calificados para reparar el aparejo y librarse de los continuos tironeos que sufrían los ocupantes del carruaje. Por ahora, ese mandado debe esperar.

La puerta se abrió, y Cart se apeó para despedir a su madre y su hermana antes de entrar y volver una vez más a su asiento.

En pocos momentos, se movía de regreso a través del tráfico hacia la dirección que Lord Barton le había enviado esa mañana. Cart le había escrito al hombre para confirmar sus negocios, pero de paso también le preguntó la dirección de las señoritas Judith y Samantha. Explicó que tenía necesidad de enviar una carta con una disculpa formal por su comportamiento grosero en la fiesta en el jardín de Lady Haversham.

No es que Cart, de manera alguna, le debía disculpas a nadie, pero no quería correr el riesgo que Barton se guardara la dirección de Jude. Ciertamente, había libros sobre linaje que podía consultar. Aunque no eran

del tipo que prefería tener en su colección privada, y pedirle a su madre su valiosa copia pondría a la mujer en alerta sobre sus actividades.

Algo que Cart evitaba a toda costa.

###

—Buen día, señor —Cart saludó a un anciano que estaba fuera de la casa de la señorita Jude.

El hombre soltó un gruñido apenas audible antes de regresar a su trabajo, empuñando un par de grandes tijeras mientras recortaba los arbustos que bordeaban el camino de entrada.

Cart hizo una pausa para ajustar su corbata, que había almidonado y armado mucho más elaboradamente que de costumbre. Había pasado más de una hora perfeccionando el nudo Maharatta que había visto en uno de las litografías de moda para caballeros de su madre. Representaba a un señor digno y de apariencia astuta, que era la impresión exacta que buscaba cuando visitara a Jude hoy.

Si a los hombres astutos no les importaba la naturaleza inmensamente restrictiva de la moda actual, entonces, lejos estaba Cart, de disuadirlos de sus elecciones. No obstante, anteriormente había decidido no comprometerse a largo plazo con una tendencia. Sin embargo, por esta vez, la corbata se mantendría.

La casa ante él era grande, no tan grande como su propia casa, pero bien mantenida con un jardín bien cuidado. No era ningún secreto que el exterior de cualquier cosa podría estar en oposición a su interior. La propia casa de Cart, por ejemplo, con sus paredes desnudas, las pinturas de su familia habían sido robadas y vendidas por su tío. O su escaso personal; muchos criados de larga data y trabajadores que buscaban empleo en otras residencias de Londres que podrían pagar sus salarios.

|Ciertamente, desde el exterior, la casa de Cartwright daba la impresión de que sus ocupantes eran como lo habían sido durante más de cinco generaciones: ricos, con título y de élite cuando, en realidad, Cart trabajaba día y noche como agente de antigüedades y en la búsqueda de sus propias reliquias familiares.

Por otra parte, Craven House, que así leía el letrero de la fachada ante él, podía ser adentro como era por fuera. No todas las fachadas ocultan secretos detrás de ellas.

Cart se acercó a la puerta y llamó.

Una jovencita abrió la puerta de par en par y su sonrisa creció mientras lo miraba de arriba abajo, de manera similar a como Lord Barton había apreciado a la señorita Samantha. ¿Era esta una forma de saludo socialmente aceptable? De ser así, hizo que Cart se sintiera muy incómodo. Mentalmente, agregó esto a su lista de cosas menos que deseables con las que nunca se contentaría. Justo debajo del nudo Maharatta, eso es.

Cuando ella guardó silencio, Cart cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y cuadró los hombros; la rigidez de su corbata se hizo evidente en el momento.

—Estoy aquí para visitar a la señorita Judith.

—Estoy seguro de que así es.

—¿Está? —Preguntó, cuando la joven no hizo ningún movimiento para invitarlo a entrar.

—Posiblemente. —O la mujer había sido contratada recientemente o tenía modales terribles; Cart no pudo decidir cuál era.

—¿Recibe visitas?

—¿Tiene una tarjeta, milord?

Inmediatamente, se dio cuenta de que era él quien no estaba siguiendo las pautas formales cuando se visitaba a una dama. Con dedos eficientes, Cart encontró su tarjeta de visita en el bolsillo delantero y se la presentó.

—Lord Cartwright...ejemmm... conde. —No tenía ningún motivo para agregar su título; sin embargo, la necesidad de legitimar su visita fue desalentadora.

—¿Está aquí para visitar a Jude —reflexionó la chica— ¿Pero no trae flores u otros regalos?

¿Flores? ¿Debería haber llegado con el ramo en la mano? La sonrisa de Cart desapareció, y con ella, su confianza.

—¿Quién está en la puerta, Payton? —Gritó una voz profunda y autoritaria desde algún lugar del interior—. No estoy esperando a nadie. Si es una entrega, indíqueles que vayan a la cocina.

La niña, Payton, miró por encima del hombro.

—No es una entrega... es un caballero.

—Bueno, entonces hazte a un lado —Una mujer, ciertamente más vieja que Jude pero mucho más menuda y de cabello rubio, dio un paso adelante. Su sonrisa era acogedora, aunque un poco dubitativa—. ¿Puedo ayudarlo, milord?

Si la evaluación de la joven le había puesto nervioso, esta mujer era una fuerza mucho más grande y más seria. Solo la recordaba vagamente como la mujer que había acompañado a Jude en la residencia del vigilante nocturno

—Estoy aquí para visitar a la señorita Judith. —Cart se aclaró la garganta—. Nos encontramos en la fiesta en el jardín de Lady Haversham y aceptó que la visitara en una fecha futura; esta es la fecha futura.

Estaba divagando de nuevo, ofreciendo mucha más información de la necesaria.

—Eso es —concordó—. Un total de dieciocho horas, de hecho.

Dio un paso atrás, abrió más la puerta y le indicó que entrara.

—Espero que reciba visitas —Ninguna de las mujeres había confirmado que Jude se encontraba en la casa—. Me disculpo por no haber traído flores...

—Soy Marce Davenport, la hermana mayor de Jude —La mujer era todo negocio. Cart se debatió entre estrecharle la mano e inclinarse— y esta es Payton, nuestra hermana menor.

—¿Cuántas son? —Preguntó, sin pensar, lamentando las groseras implicaciones de su pregunta—. Mis disculp...

—No es necesario, milord. Somos cinco: Jude y Sam, Payton, yo misma... y Garrett, nuestro solitario hermano, en inferioridad numérica.

—Es un placer conocerlo, Lord Cartwright —dijo Payton mientras cerraba la puerta principal, cortando oficialmente sus medios de escape—. ¿Debo llevarlo a la sala, Marce?

En poco tiempo, Cart fue conducido al salón, una habitación soleada y femenina, decorada por completo en azul pastel. La puerta se cerró tras las señoritas Payton y Marce.

¿Debería uno sentarse al hacer visitas sociales, o permanecer de pie hasta que llegara su anfitriona?

Al mirar el delicado sofá y los sillones que dominaban la habitación, Cart decidió quedarse de pie. Según sus cálculos, las delgadas maderas que servían como patas para cada una de las piezas, probablemente se pandearían bajo su peso, en promedio como lo era según los estándares actuales. Estas cosas habían sido construidas para mujeres de modesto tamaño. Cart no estaba dispuesto a arriesgarse a otra situación embarazosa después de haber caído en el estanque.

Un estante contenía una pila de libros propios de una familia de mujeres: un diario de moda, un tomo de poesía más antiguo y varios libros sobre etiqueta. Era probable que todo se encontrara en la sala de estar de su madre.

Cart sintió la tentación de tomar el libro de poesía, pero se abstuvo de tocar nada. Parecía tener todo lo que habría en cualquier otra casa; pinturas que adornaban las paredes, iluminación aceptable en el pasillo, el encaje de una mujer junto a la ventana, e incluso una capa descartada sobre una silla. Era una casa normal. Mucho más elaboradamente decorada que su casa en este momento.

No del todo lo que él esperaba.

¿Por qué era eso? Simplemente porque no lo llevó a ninguna respuesta sobre por qué había visto a Jude salir de la casa del vigilante nocturno. Ni su hermana mayor ni Jude lo habían reconocido de esa mañana. ¿Podría ser como su hermana siempre acusara, que Cart era demasiado consciente de cosas que otros no notaban?

Un suave clic sonó detrás de él y Cart se volvió para ver a las dos gemelas entrar a la habitación. Para dos mujeres que habían compartido un punto tan difícil durante el desarrollo, no podían ser más diferentes, con la excepción de su aspecto físico que era idéntico.

—Señorita Jude, señorita Samantha —hizo una rápida reverencia a cada una en orden—. Gracias por recibirme sin previo aviso.

—Había dicho que me estaría visitando en una fecha futura —respondió la gemela que sospechaba que era Jude, lo que confirmó lo que había pensado—. Nuestra conversación se detuvo de forma abrupta.

La mención de su desgraciada caída hizo que el calor subiera por el cuello y que la corbata añadiera presión a sus vías respiratorias.

—Sí, le ofrezco sinceramente mil disculpas por mi torpeza —mantuvo su mirada fija en Jude para evaluar su disposición a perdonarlo y fue recompensado con una sonrisa, sus labios se separaron para revelar dientes blancos y lisos, con una ligera sobre mordida. Aunque eso no disminuía su atractivo.

—Lord Cartwright, siéntese y llámeme Sam, —pidió la mujer que se parecía mucho a Jude mientras señalaba una silla que no había notado durante su primer examen de la habitación. Sin duda fue construida más adecuadamente—. Supervisaré el té.

Cart notó el guiño de complicidad que Sam le dio a Jude antes de salir apresuradamente del salón, dejando la puerta entreabierta apenas.

Jude se sentó más cerca de su silla, arreglando su falda para cubrir los pies cruzados. Sin embargo, Cart había ganado una mirada rápida. Sus botas terminaban en el tobillo y vestía medias de color crema que desaparecían y

envolvían sus bien formadas pantorrillas; no es que él conociera la forma de su pantorrilla, pero había visto muchas imágenes representadas en revistas médicas.

—¿Cómo puede distinguirnos?

Su vacilante pregunta lo sorprendió y se tomó un momento para pensar. ¿Cómo podría él *no* distinguirlas?

—Su voz es la diferencia obvia, sin duda —comenzó—. Pero en la reunión, noté su inclinación por los tonos pastel en oposición a la tendencia de la señorita Saman...Sam, hacia colores más atrevidos. No pensé mucho en eso entonces, pero el caso es el mismo hoy. Y usted tiene una ligera sobre mordida.

Levantó delicada mano para cubrirse boca, cerró los ojos en shock.

—Oh, no se ofenda, dijo efusivamente—. Nadie más lo notaría. Solo yo. Y luego está la forma en que mira hacia un lado cuando está reflexionando sobre una pregunta o la respuesta. —No había esperado agregar esa última diferencia, planeaba quedársela para sí mismo, pero quería distraerla de la sobre mordida.

*Es usted un hombre astuto, Lord Cartwright*, sonrió Jude, y regresó las manos a al regazo.

# Capítulo Siete

Lord Cartwright era claramente el hombre más incisivo que había conocido hasta la fecha. En la mayoría de las ocasiones, ella y su gemela aún podían engañar a sus hermanos para que pensarán que una era la otra, siempre y cuando no hablaran. Sin embargo, él había notado algo que Jude ni siquiera había pensado como una cosa que *la pudiera vender*, como Payton decía. Ese pequeño tic o gesto sutil que permitía a un oponente saber si su adversario estaba faroleando.

Se preguntó si era demasiado listo para el juego que ella y Sam estaban jugando. Es decir, el fuego en que habían estado haciendo malabares desde que robaron ese maldito jarrón. Era casi tan arriesgado mantener la antigüedad bajo su techo como deshacerse de ella. Jude había insistido en que la pieza se desechara adecuadamente, en una casa donde sería atesorada, sin daño alguno. Sam había insistido en que no era un perro o un niño, sino un pedazo de arcilla. Jude lo reconocía como arte. Algo que había estudiado y disfrutado la mayor parte de su vida.

—El té debería de llegar pronto —aventuró Jude y de esa forma rompió el silencio.

—No estoy seco, pero gracias.

Jude no podía entender las extrañas conductas de Cart. Era como si él fuera completamente inconsciente de las sutilezas sociales en un momento y que, al siguiente, recitara pasajes de etiqueta al azar. Aunque no era de la alta sociedad, Marce había instruido a sus hermanos en todos los aspectos de las reglas de etiqueta de sociedad: Lord Cartwright, como conde, debería estar bien versado en el decoro social.

—Lo que quiero decir... —dijo— es que una taza de té sería muy apreciada.

—¿Puedo hacerle una pregunta, mi señor? —Siempre había pensado que si uno quería respuestas, era necesario hacer preguntas. Cuando él asintió, respiró hondo y preguntó— ¿Es usted nuevo en Londres... y en sociedad?

Frunció el ceño al pensar.

—No, he vivido en Londres la mayor parte de mi vida, con solo un corto período en la universidad y un tiempo en mi finca, cuando era más joven.

—¿Y el título, lo obtuvo recientemente? —Había comenzado con la serie de preguntas, por lo que bien podría pedir todo lo que quisiera antes de que Sam regresara con su té.



—No, mi padre falleció hace muchos años, antes de que yo alcanzara la mayoría de edad. —Se inclinó hacia adelante como si el cambio de tema resultara cómodo y no uno que le provocara sentimientos de pérdida y tristeza. Cuando su propia madre falleció, Jude también era joven: no estaba preparada para una vida sin la guía de sus padres—. Fui a la escuela y luego a la universidad, solo volví una vez que terminé. —Sus ojos se encontraron nerviosamente—. Una vez que completé los cursos asignados permitidos, regresé a la casa de mi familia y he vivido en Londres a partir de entonces.

—Muy interesante. —De hecho, no fue tan interesante, sino lo normal—. He residido en Londres toda mi vida.

—Lástima —suspiró. La campiña es vasta y hermosa en Inglaterra.

—Es lo que he oído. —Jude pensó rápidamente, tratando de dirigir la conversación hacia el área en la que él era experto—. ¿Cuándo comenzó su interés por el arte y las antigüedades?

Jude sintió la pregunta sutil y persuasiva; indudablemente, la dirección que debía seguir la conversación para que esta visita se considerara un éxito.

—No puedo decirlo con certeza —dijo, su voz cada vez más profunda al sentirse cómodo con el tema—. Siempre he admirado la historia y las ciencias, y con eso surgió el interés en las cosas importantes para esos temas, a saber, los artefactos, los libros y cosas por el estilo. ¿Y usted? Si mal no recuerdo, también ha expresado una gran afición por las antigüedades.

La conversación, aunque inmensamente agradable para Lord Cartwright, a ella ahora le resultaba inquietante. Jude quiso estimularlo a hablar sobre su colección; en especial, qué piezas le interesaron más, no discutir sus puntos de vista sobre el tema. Aunque probablemente podrían conversar durante horas sobre las muchas obras de arte que Jude admiraba.

—En verdad no conozco sobre el asunto, pero encuentro que disfruto inspeccionando objetos de cierta antigüedad y calidad. —Lo único que no era cierto en su declaración era la parte sobre no tener educación. Su habitación albergaba más de cincuenta libros relacionados con el arte, los objetos históricos y las colecciones de los museos, tantos que Sam solía quejarse de la tendencia de Jude al desorden—. No soy más que una mujer que se encuentra con tiempo libre y elige entretenerse con actividades de naturaleza histórica.

—Oh, vamos —dijo, golpeándose la rodilla como si lo que ella había dicho fuera muy gracioso—. Uno tiene el don de coleccionar o no. Es una pasión en la que encuentro un gran placer y... —Hizo una pausa, para encontrar las palabras correctas, lo que posiblemente hizo que perdiera el hilo de

pensamiento—. Si piensa igual que yo, entonces no hay necesidad de pasar como que no tiene aptitud para el asunto, especialmente conmigo.

—Muy bien dicho, milord —y todo lo contrario de lo que ella había esperado que un hombre de ciertos privilegios dijera sobre una mujer educada—. Me encuentro carente de una contraparte que disfrute hablar sobre el tema de las antigüedades. ¿Qué es lo que más le interesa: libros, jarrones o posiblemente... pinturas?

Sonrió, y dejó ver la esquina de la boca, al tiempo que se acomodaba más en su silla—. No puedo elegir uno.

—¿No? Incluso a mí me parece que prefiero ciertos artículos por sobre otros —presionó—.

—Si tuviera que elegir uno... Sus ojos brillaban con alegría, obviamente disfrutando de la conversación y Jude se dijo a sí misma que él también debía de estar a gusto.

Lord Cartwright había sido hasta ahora un hombre amable. Además, había conocido a muchos hombres que no podían mantener una conversación más allá de lo que su última comida había incluido.

—Disfruto los libros, pero mi verdadero interés radica en los artículos de gran relevancia histórica: un cáliz de los grandes Caballeros Templarios, o una alfombra que alguna vez adornara un gran palacio, muy lejano.

Su conversación debería de mejorar el espíritu de Jude, pero ella se detuvo para aprovecharse de Lord Cartwright, tan desprevenido como estaba.

—Debe usted venir a mi casa y ver mi colección —ofreció. Abrió grandes los ojos al darse cuenta de lo que insinuaba su pedido—. Lo que quiero decir...

—Señor mío, —Jude levantó la mano, interrumpiendo otra disculpa—. Sé que no ha querido decir nada malo con su invitación. —Aunque una parte de ella se preguntaba cómo sería el hombre sin su corbata tan almidonada y su tendencia a conversar solo sobre asuntos intelectuales. Sin su muleta, al quitarle lo que lo hacía sentir cómodo, tal vez su camisa de lino, por ejemplo, ¿qué diría él? O mejor aún, ¿qué haría?

Sus manos probablemente se sentirían suaves cuando la tocaran, tan acostumbradas como estaban a sostener cosas delicadas.

Jude miró hacia otro lado, sus mejillas ardían debido a sus pensamientos escandalosos.

Con un rápido movimiento de cabeza, se volvió a concentrar en Cart, quien la miró fijamente, esperando su respuesta mientras la desnudaba en su mente.

Y en todo el tiempo que habían estado solos, la puerta casi cerrada, él ni una vez había apartado la vista de su rostro.

Si su cara ya no había estado ya convenientemente enrojecida, entonces de seguro lo estaba en ese momento.

—Milord. —Jude se concentró, sin permitir que sus ojos vagaran una vez más—. Me encantaría ver todo lo que ha coleccionado.

Ella nunca había sido un joven que tuviera pensamientos inapropiados sobre hombres que acabara de conocer. O sobre los hombres que había conocido más tiempo, para el caso. Siempre era Sam quien tenía un ojo errante, peor que cualquier individuo disoluto. Si esto era lo mucho que Sam tenía que luchar contra sus instintos naturales cada vez que posaba sus ojos en una cara bonita, entonces el cielo ayudaría a Jude porque Cart tenía una figura deslumbrante y un intelecto acorde.

—Ah, eso está muy bien. —Abruptamente, Lord Cartwright se puso en pie—. Me despido, señorita Jude. Hasta la próxima vez que nos volvemos a encontrar.

—Jude se puso de pie, sorprendida por su repentina prisa por partir—. En una fecha futura.

—Bueno, sí —La miró como si ella hubiera dicho la cosa más obvia—. Estoy seguro de que no es apropiado que me visite el mismo día que yo la he visitado.

Fue una broma, un juego de palabras de la reunión en casa de Lady Haversham. Quería decirle exactamente eso, sin embargo, se inclinó y ya se estaba moviendo hacia la puerta.

—Permítame mostrarle... —dijo Jude, alcanzándolo mientras cruzaba la habitación.

Casi chocó con él cuando se detuvo en seco y se volvió hacia ella.

—La Srta. Payton me la acaba de enseñar. Su hogar no tiene corredores sinuosos ni puertas ocultas. Puedo encontrar la salida sin miedo a perderme. No se preocupe.

Jude no había temido nada de eso y no tenía idea de cómo responder.

Y entonces, se adelantó y le abrió la puerta para que se marchara.

—Gracias, señorita Jude. —Ella pensó que estaba a punto de inclinarse de nuevo, lo cual era completamente innecesario. Ella debería de hacerle una reverencia, no al revés—. Ha sido una visita encantadora. Lamentablemente, debo buscar a mi madre y a mi querida hermana al taller de la modista. No

debo llegar tarde. Le enviaré un mensaje con mi dirección y una fecha conveniente en breve.

Huyó de la habitación y se dirigió directamente hacia el vestíbulo, dobló a la izquierda cuando fue necesario, volvió sobre sus pasos con facilidad, y dejó a Jude con más preguntas que respuestas. Ella esperaba que "una fecha futura" coincidiera con "una fecha conveniente", aunque no era que tuviera otra opción.

Su comportamiento había sido desequilibrado la mayor parte de su visita, excepto cuando habían hablado de sus preciosas antigüedades. Había sido muy parecido a la fiesta en el jardín. Cuando discutía de cosas de importancia para él, era un hombre tranquilo, seguro y fuerte. Sin embargo, cuando las cosas se desviaban hacia otros temas, no permanecía tan compuesto.

El eco de la puerta delantera al cerrarse la había alcanzado momentos antes de que Sam corriera a la habitación, sin servicio de té a la vista.

—¿Y? —Preguntó ella, con sus manos en las caderas.

—¿Qué? —Jude no estaba lista para la mirada cómplice de su hermana; probablemente cierto rubor manchara sus mejillas. Todo lo que quería era tiempo para pensar en su respuesta, y en sus indecorosas reflexiones, con respecto a Lord Cartwright. Lo último que quería Jude era discutirlo todo con su gemela.

La mirada expectante de Sam se convirtió en confusión. Con la misma rapidez, ella pareció resolver algo en su mente, pero lo dejó de lado antes de continuar:

—¿Crees que estará dispuesto a comprar el jarrón? ¿Qué tan profundos son sus bolsillos? Debemos obtener un buen precio si insistes en cumplir con tu promesa de no robar más.

El jarrón... por supuesto, Sam estaba haciendo referencia al jarrón y nada más.

Su gemela no tenía idea de la vergonzosa fantasía que había jugado en la mente de Jude durante la corta visita de Lord Cartwright —ni Jude planeaba contárselo. Era una cosa que le pertenecía a ella y solo a ella. No como la habitación compartida o el cepillo y el peine con mango de madreperla compartido o el guardarropa compartido.

No, Cart era de Jude, y solo de ella.

Aunque nadie necesita saber que ella lo había etiquetado así.

Confundiendo en que Sam no tuviera idea de sus escandalosos sentimientos, decidieron planear la visita de Jude a la casa de lord Cartwright.

—Me ha invitado a su casa para ver su colección. —Debería de sentirse orgullosa del progreso que había logrado, considerando que no hace mucho estaba sentada en una habitación húmeda enfrentada a la exposición de sus fechorías, solo para ser rescatada por sus hermanos. Y en breve, con un poco de suerte, le daría a Marce el dinero suficiente para satisfacer cualquier deuda que su hermana tuviera.

Jude y Sam se sentaron muy juntas con la voz baja, temerosas de llamar la atención de Payton.

Una fuerte explosión hizo que ambas mujeres se volvieran cuando la puerta de la calle se cerró de golpe y se echara el cerrojo.

Jude y Sam se pusieron en pie y corrieron hacia la entrada antes de intercambiar una palabra. Su hogar era tranquilo y sereno durante el día, en su mayor parte, por lo que una llegada inesperada ponía en acción a todos los hermanos en cualquier momento.

Al entrar en el vestíbulo, el Sr. Curtis estaba de espaldas a la puerta principal y una mujer pequeña retrocedía fuera del alcance del anciano, sus manos cubrían la mayor parte de su rostro.

—Señor Curtis, —Sam llamó en voz baja mientras Jude corría hacia la mujer—. Jude y yo nos encargaremos.

—Lo adecuado sería mandar a buscar a Lord Garrett ahora que la señora Marce está fuera.

—No es necesario —argumentó Jude. Envolvió su brazo ligeramente sobre los hombros de la mujer y la condujo hacia las cocinas en busca de un bocado y una bebida fría.

—¿Te han seguido? —preguntó Jude mientras caminaban lentamente por el pasillo.

—No lo creo. —Retiró las manos de la cara y Jude comprendió la cruel realidad de su situación. Un ojo ya estaba magullado de un color morado oscuro y tenía el labio partido, la sangre ahora estaba seca—. Lamento todo esto... es solo que no tenía otro lugar adonde ir.

—Has venido al lugar correcto —Sam las seguía de cerca.

—¿Cuál es tu nombre? —Al ver que la mujer tenía reparos acerca de compartir esa información, con los ojos como platos, Jude continuó— Solo un nombre, así que sabemos cómo llamarte.

—Kathleen.

—Es un placer conocerte, Kathleen —dijo Jude mientras entraban a la cocina—. Soy la señorita Judith Pengarden. Mi hermana, Marce, dirige Craven

House. Por favor, siéntate, y te conseguiremos un paño limpio para lavarte la cara y algunos refrigerios.

Sam sacó un taburete que estaba debajo en la mesa larga y áspera utilizada por la cocinera para preparar las comidas.

—Siéntate aquí —La gemela de Jude se ocupó de conseguir un lienzo y de sumergirlo en un recipiente con agua tibia que estaba sobre la estufa.

—Kathleen —Jude sacó el taburete al lado de la mujer y se sentó, mirándola directamente a los ojos, uno de los que ya estaba hinchado —. ¿Quién te ha hecho esto?

Marce había pasado muchas horas enseñando a sus hermanos menores sobre las preguntas correctas que hacer cuando las mujeres llegaban a Craven House. “¿Quién hizo esto?” “¿Tienes algún lugar adonde ir?” “¿Qué puede hacer Craven House para ayudarte?” La mayoría de las mujeres venían con un plan en mente, pero carecían de los medios económicos para ponerlo en marcha.

—Toma esto. —Sam le alcanzó el paño a Kathleen y le puso un plato a su alcance antes de retirarse al otro lado de la cocina. También se les había enseñado a no abrumar a nadie que viniera en busca de ayuda y Jude era, con mucho, la hermana más amigable.

Kathleen presionó la tela húmeda sobre el ojo. Jude adivinó que había sido golpeada antes y sabía que la presión reduciría la hinchazón. La otra mano, ya manchada por sangre seca, se frotó el labio roto.

—Mi doncella —murmuró—. Ella me dijo que podrían ayudarme.

—Por supuesto, Kathleen. —Jude sintió que el familiar corazón roto proyectaba una sombra sobre la habitación. No importa cuántas mujeres y niños viera heridos y maltratados física o emocionalmente, nunca dejaba de estrujarle el corazón y reafirmar lo afortunada que era—. ¿Necesitas un lugar para quedarte? ¿Una posición en un buen hogar?

—Ninguna de esas cosas. —Ella negó con la cabeza y siseó por el dolor que le causaba—. Necesito estar lejos de Londres lo antes posible.

—¿Tienes un lugar adonde ir?

Marce tenía conexiones inconmensurables dentro y fuera de Londres. Si Kathleen temía a alguien o algo, entonces Jude tenía una lista de personas con las que podía contactar, lugares donde nunca encontrarían a la mujer hasta que estuviese lista. Incluso Lady Haversham, la madrina de Jude y Sam, permitía que las mujeres y los niños se quedaran en su orfanato cuando la necesidad era urgente.

—Si no, puedo encontrar un lugar adecuado para ti.

—No, eso no será necesario —la voz de Kathleen era baja y habló lentamente para evitar abrirse el labio una vez más—. Mi hermana vive con su esposo e hijos cerca de Windsor. Es solo que... No tengo los fondos para pagar el viaje.

—Podemos ayudar con eso —dijo Sam desde su lugar al otro lado de la sala—. Incluso podemos reemplazar tu vestido y conseguirte un abrigo de lana abrigado antes de que te vayas.

Jude y Kathleen miraron hacia abajo el atuendo de la mujer como si notase por primera vez la sangre que estropeaba el frente y la manga rasgada.

La barbilla de Kathleen se inclinó y sus hombros se hundieron. La mujer claramente sentía la incomodidad en su situación.

—Sam —llamó Jude para redirigir la atención de todos—, por favor revisa el horario del coche correo para hoy. Le daré a Kathleen algo de tiempo para bañarse y ponerse un vestido nuevo para el viaje —Luego, Jude se dirigió a su nueva protegida— ¿Sabe tu hermana que vas?

—Le escribí sobre mi necesidad de estar lejos de mi padre... Había dicho demasiado, y permitió que sus palabras se desvanecieran.

—Muy bien —dijo Jude—. Nuestra ama de llaves te llevará a cambiar mientras yo voy por el dinero suficiente para tu pasaje a Windsor.

Darla había aparecido en la puerta de la cocina, probablemente notificada por el Sr. Curtis de la llegada de la mujer.

—Por aquí, por favor —indicó Darla.

Kathleen se deslizó de su asiento, abrazó a Jude con timidez y de la habitación detrás del ama de llaves.

—Jude —levantó la vista para ver la preocupación en los ojos de Sam—. Tienes una visita que hacer. Yo puedo con esto.

—No. —Era importante que Jude se ocupara de esto. Era su destino en la vida: ayudar a Marce de cualquier forma que pudiera—. Solo necesito recoger el dinero de la oficina de Marce y luego puedes llevarla a la estación mientras yo voy a la casa de lord Cartwright.

Sam arrugó la nariz mientras se golpeaba los labios con el dedo, pensativa.

—Todo saldrá de acuerdo a lo planeado, lo prometo —dijo Jude, tratando de convencer a Sam—. Por favor, busca el horario del coche postal mientras busco el dinero.

—Bien. —Suficientemente convencida, Sam salió de la cocina después de Darla y Kathleen, seguida muy de cerca por Jude.

Sam corrió a la parte delantera de la casa mientras Jude se dirigía a la oficina de Marce y al cofre donde guardaba dinero en caso de emergencia. También el dinero para el carnicero, el fabricante de velas y las compras diarias en el mercado.

La caja estaba detrás del pequeño escritorio blanco de Marce, en un estante, rodeada de libros sobre moda y etiqueta. Había, incluso, un libro sobre pares del reino. El cofre en cuestión estaba adornado con intrincadas formas marinos pegadas al marco de madera. Cualquiera que entrara a la sala pensaría que no guardaba nada más que adornos femeninos y chucherías inútiles. Jude y sus hermanas sabían que no era así.

Al abrir la tapa, Jude se asomó al interior al tiempo que un grito ahogado dejaba sus labios. Había en la caja apenas lo suficiente para pagar la tarifa de Kathleen con algo de sobra para una comida en una posada en el camino. Las cosas estaban mucho peor de lo que incluso Jude se había dado cuenta. Las noches de juego en Craven House eran cada vez menos populares a medida que pasaban los años. Los caballeros de la *alta sociedad* habían descubierto que la “Casa Craven” de la época de Madame Sasha no regresaría: no había más mujeres de moral laxa, bebida interminable u otra depravación bajo el techo de Marce.

Consideraba que la decisión de Jude de imponer el jarrón a Lord Cartwright era más importante y extremadamente imperativa. La idea de reemplazar el dinero —con mucho de sobra— antes del regreso de Marce de su próximo viaje llenó a Jude de una sensación de utilidad. Solo esperaba que Marce no mirara en el cofre antes de partir.

Seguramente vendría el día en el que a su familia se le encargara ayudar a más mujeres y necesitaran estar preparadas para esa responsabilidad. Era una tarea que ella y sus hermanos habían tomado muy en serio desde el fallecimiento de su madre: ayudar a los necesitados, algo que su madre, Sasha, no había estado preparada para hacer.



## Capítulo Ocho

Cart volvió a acomodar el tintero, moviéndolo un poco hacia la izquierda y luego alineó la pila de correspondencia que había descolocado al mover el tintero. Se enderezó un poco más en la silla y se puso las gafas, pero igual de rápido las quitó. De nuevo, algo el él estaba apagado. Hoy no debería ser diferente a cualquier otro día. Mientras que Cart era parco con respecto al lugar que ocupaban las cosas, nunca había sido alguien que se preocupara por el arreglo exacto de los artículos en su escritorio. Siempre y cuando estuvieran todos allí y no se retiraran, le convenía.

Al pasear la vista por la habitación, notó que había más objetos fuera de lugar o que faltaban, lo que debería ser difícil de detectar en su estudio poco amueblado, que era la biblioteca y que albergaba muchas de sus antigüedades más preciadas. Echó hacia atrás la silla, se puso de pie y se movió por la habitación hacia una engañosa pintura que representaba un paisaje que colgaba cerca de la puerta y bastante lejos de cualquier fuente de luz natural para no comprometer la integridad del óleo.

Fue una de sus primeras adquisiciones y no significó nada en el gran esquema de su colección. La pequeña pintura le había costado poco, pero su padre la había encargado cuando nació Cart: representaba la finca de su familia, una auténtica casa solariega, conocida por él antes de que su vida se arruinara. El fallecimiento de su padre fue solo el comienzo de las cosas. Ahora, Cart no podía viajar al lugar que tenía tan buenos recuerdos para él; un lugar que se había estado pleno de amor y satisfacción. Una madre maravillosa, que había dejado de existir en su antiguo estado y solo el vago recuerdo de un hombre que lo había llevado a recorrer las tierras, que arreglaba techos rotos junto a sus inquilinos y escuchaba sus quejas, era todo lo que quedaba.

El arrepentimiento más grande de Cart era no haber localizado nunca la otra pintura que su padre le había encargado al mismo tiempo: otro paisaje, pero de la vista opuesta de la finca de sus ancestros. Había ido tan lejos como para difundir mentiras sobre el valor de la pintura, anhelando que alguien la encontrara y se contactara con él como comprador de la pieza; por desgracia, nadie había ofertado la otra pintura y Cart seguía hablando de ello cuando se reunía con otros coleccionistas.

Actualmente, la casa de campo estaba llena de recuerdos y pertenencias de otra familia. Cart había sido forzado a permitir que otro lord y sus parientes vivieran en la casa que él había amado por la que recibía solo la renta suficiente para evitar que la propiedad se deteriorara por completo.

Le habían arrebatado a Theo la oportunidad de disfrutar de una existencia despreocupada en el campo, rodeada de personas que habían servido a los condes de Cartwright durante décadas, algo que Cart algún día rectificaría.

Cart miró hacia el gran sillón ubicada cerca de la ventana en busca de luz donde Theo se sentó, acurrucada bajo una manta, leyendo otra novela. Si fuera un libro sobre la formación de las colonias británicas o una historia de piratas y tesoros, no le importaba. Estaba feliz, eso era evidente por la sonrisa que jugaba en el rostro y que llegaba hasta los ojos. Estaba decidido a darle a su hermana menor mucho más de lo que se le había arrebatado a su familia.

El dinero robado regresaba, poco a poco, gracias al trabajo duro de Cart.

Las reliquias y otros tesoros familiares se estaban ubicando de forma lenta pero segura, aunque Cart carecía de los fondos para adquirirlos todos.

Un día, viajaría a la casa de su infancia y recuperaría lo que era suyo, para él, pero principalmente para Theo.

La observó mientras se quitaba una larga trenza del hombro y miraba por la ventana, pensativa. Eran muy parecidos: sus gestos, su aspecto, y especialmente su amor por el conocimiento. Tenía la esperanza de que pronto tuviera los fondos para enviarla a una escuela adecuada para darle la educación que ansiaba. No más tutores, no más vivir bajo el pulgar de su madre, no más no ser quien ella quería ser. Theo tendría la oportunidad de lograr todo lo que había soñado, y no se cortaría, como le había sucedido a él. No habría serpiente en la hierba que sacara la metafórica alfombra de debajo de sus pies. Si ella elegía ser una doctora, o un abogado, o incluso un capitán de un barco, dispuesto a explorar los océanos salvajes, él le daría eso, sin condiciones, sin inconvenientes y sin preocupaciones.

—¿Simon?

Parpadeó varias veces para despejarse la vista que se le había nublado y deseó no haberse quitado las gafas.

—¿Te preocupa algo? —Theo cerró su libro y lo colocó entre su pierna y el brazo del sillón—. Pareces pensativo, como siempre, pero también ha aparecido un brillo en tu frente.

No era apropiado cargar a su hermana menor con sus preocupaciones, así que Cart sonrió y se rio. El sonido sonó débil a sus oídos. Estaba seguro de

que si continuaba en otro segundo se rompería y se convertiría en un suspiro.

—Estoy fenomenal. De verdad —respondió—. Estoy esperando una visita.

—Oh, ¿quién viene?" Theo desarmó el nudo que había hecho con sus piernas, siguió a Cart con la mirada, mientras caminaba de regreso a su escritorio e intentaba parecer normal—. ¿Has encontrado otro tesoro? ¿Puedo verlo? ¿Es el cetro del que hablaste hace unos días?

Esta vez, Cart se rio con ganas, lo que liberó momentáneamente la tensión en sus hombros.

Por mucho que la viera como una joven educada, ella era poco más que una niña. Sabía que era una niña que amaba las cosas brillantes: verlas, abrazarlas e investigarlas.

—No, para tu decepción, pero mi invitada no tiene nada que ver con el trabajo. —Había esperado que ella perdiera interés cuando escuchara esto, sin embargo, había subestimado su verdadera atención. No en sus negocios ni en las muchas antigüedades que pasaron por su hogar, sino en las actividades de su hermano—. Me temo que mi reunión de hoy, más que una visita, en realidad... no es de gran importancia.

—¿Nada de gran importancia, querido hermano? preguntó—. Has reorganizado tu escritorio tres veces, te has puesto y quitado las gafas más veces que eso y ahora estás tratando de anular mi interés en el asunto. Solo puede ser una cosa...

A Cart no le gustó cómo su voz se apagó como si hubiera llegado a la conclusión inevitable que cualquier persona razonable hubiera hecho.

Lo mejor sería que permaneciera en silencio y de ninguna manera alineara su colección de plumas en su escritorio.

—Te visitará una mujer.

Cart levantó la vista desde donde miraba la suave superficie de su escritorio para encontrarse con la mirada de su hermana. Allí, no encontró nada más que certeza.

—¿Por qué piensas eso? preguntó.

—Al principio, sospeché que era un hombre de cierta edad, la edad específica de madre, que venía a verla.

—¿Por qué es eso? —Cart se enorgullecía de ser discreto o, al menos, no completamente legible. Estaba mucho más cauteloso desde su regreso de Eton.

—La forma en que empujaste a mamá fuera de la casa, incluso la has enviado a hacer un mandado para ti. —Theo hizo una pausa y se levantó de la silla. Caminó hacia la puerta lentamente, tocándose la barbilla con el índice

mientras lo hacía—. Pero luego, te has quedado nervioso, has mirado el reloj varias veces e incluso movido hacia el espejo que del pasillo.

—No he hecho tal cosa.

Al menos, Cart no había tenido la intención de detenerse ante el gran espejo para controlar el nudo de su corbata, menos elaborado hoy, aunque aun finamente apretada y anudada. Tampoco había sospechado que él había perturbado su lectura.

—Intento verificar que todo esté bien, eso es todo. Y me disculpo si mis movimientos te han molestado de alguna manera.

—Entonces, sí viene a visitarte una mujer. —Ella saltaba de emoción, al tiempo que juntaba las en su pecho—. Estas son noticias maravillosas.

De ninguna manera comprendió cómo Theo equiparaba la visita de una mujer como una noticia maravillosa o incluso información de interés periodístico—. Viene a ver algunas de mis antigüedades, eso es todo. Ella es una especie de coleccionista, como yo.

—Esto es mucho mejor de lo que he imaginado —dijo Theo, al tiempo que se dirigía a su escritorio y le hacía un gesto para que se pusiera de pie. Ella miró su cabello, cepillado como era debido, su corbata y las líneas de su abrigo. No podía ver más porque él todavía estaba de pie detrás de su escritorio pero se sintió ridículo al tener a su hermana de doce años evaluando su apariencia. Era absurdo, pero lo que le preocupaba aún más era que Cart quería preguntar desesperadamente si le parecía satisfactorio—. Me había preguntado por qué te gustaban más los nudos de corbata. Pensé que sería otra cosa que te habías propuesto dominar pero, ahora, sí, has hecho un buen trabajo.

El reloj del pasillo en el vestíbulo dio una campanada y se puso rígido y colocó sus manos sobre el escritorio frente a él mientras respiraba profundamente.

No podía entender por qué la señorita Jude lo hacía sentir tan... tan... tenso y ansioso.

Ella no era más que otra mujer que conocía. No significaba nada que fuera tan bella como la gran Helena de Troya, a quien había visto en un texto antiguo, si permitía que su cabello castaño rojizo fluyera libremente. Tampoco debería importarle que ella tuviera interés en muchas de las cosas por las que se interesaba Cart.

Ella era simplemente una mujer.

De la misma forma que él era simplemente un hombre.

Y se estaban reuniendo hoy para no hablar de hombres y mujeres, o de cualquier atracción que uno pueda sentir por el otro, el sexo débil.

Un fuerte golpe resonó por el pasillo y se dirigió a su estudio.

De hecho, interrumpió sus pensamientos antes de que se desviarán hacia algo muy impropio, y le impidió abandonar la seguridad de la silla de su escritorio por temor a que todos notaran dónde estaba su mente.

—Theo, ¿no es hora de que comiences tus estudios de la tarde? —Él sabía que ella no podía refutar sus palabras. Después de todo, había planeado para que la llegada de Jude coincidiera con la reunión de caridad de su madre y las clases de la tarde de Theo. Su único error fue pensar que algo saldría como estaba planeado. Ni siquiera la más pequeña de las cosas, una visita social, podría ir según lo planeado—. No puedes esperar a llegar a ser abogada si no estudias como corresponde.

—No estoy estudiando para ser abogada —replicó ella. Sabía que sus palabras la molestarían. Ella tenía poco interés en la ley—. Pero el Sr. LeMaux debería estar esperándome. Te dejaré con tu invitada pero no puedo prometer que no voy a discutir esto con mamá. Una chispa iluminó sus ojos con su amenaza apenas velada.

La pequeña descarada lo estaba chantajeando.

—¿Qué pretendes, Theo? —Se rindió ante su hermana, sabiendo que cualquier cosa que ella pudiera pedir era mucho de lo que pediría su madre si lo supiera.

—El cetro, quiero sostenerlo —cruzó los brazos sobre el pecho.

Fue una petición imposible, especialmente dado que Cart aún no había localizado el artículo.

—No —dijo Cart, mientras oía que la puerta de entrada se cerraba—. ¿Algo más?

Theo sonrió y Cart supo que había sido engañado una vez más. Nunca pensó que le permitiría sostener un cetro legendario que tuviera más de mil años, pero había usado la estratagema para lograr lo que realmente deseaba.

—Me gustaría conocerla.

—Otra cosa imposible de obtener.

Cart temía que estuviera tan bloqueado que comenzara a hablar de ecuaciones matemáticas o del método científico para congelar el agua.

—Vamos, hermano —gimió mientras colocaba sus brazos en jarra—. Debes prometerme algo por guardar tus escapadas de mamá".

¿Escapadas? Una mujer que te visitara durante horas de visita difícilmente podría clasificarse como una *escapada*.

—Haré un trato contigo —cedió—. Te escondes en las sombras de la sala, detrás de la gran maceta con el helecho y puedes echar un vistazo a la señorita Jude desde allí.—Theo comenzó a saltar una vez más—. Pero, no debes decir una palabra. Ella no debe saber que estás mirando.

—Sí, sí. —Theo apenas podía contener su alegría—. Lo prometo, no diré ni pío.

—Y cuando entremos al estudio, ¿continuarás con tu clase?

—Por supuesto —chilló.

—Debo admitir que tu interés en esto me desconcierta —confió—. Pero terminemos con esto. Toma tu lugar e iré a recibir a la señorita Jude como corresponde.

## Capítulo Nueve

Jude comprendió el grave error que había cometido en el momento en que cruzó el umbral y entró en la casa de lord Cartwright. Su indecisión no tenía nada que ver con que fuera una mujer sin chaperón que llegaba a la casa de un caballero sin una compañía adecuada. De hecho, Sam había suplicado ir con ella. Languideciendo sin cesar sobre la utilidad de un hombre como Lord Cartwright. A Jude no le había gustado el tono de su hermana o su insinuación cuando ella había hablado de Cart, a saber, las posibilidades de que él tuviera una colección tan vasta que no notara que faltaban uno o dos objetos.

Incluso la casa escasamente decorada y amueblada que tenía adelante no era lo que la ponía en alerta máxima sobre su entorno y el error crítico que había cometido al aceptar la solicitud del mayordomo de que ingresara. Ciertamente, los escasos adornos del vestíbulo con sus apliques de bronce, la falta del retrato donde una vez claramente había colgado, y el suelo desnudo debería de haberla hecho correr al tiempo que ofrecía sus más sinceras disculpas y huía de la casa de inmediato.

No tenía nada que ver con su presencia inapropiada en la casa de un caballero o el hecho de que Lord Cartwright no era nada rico.

No, Jude quería —*necesitaba*— partir a toda prisa porque actualmente se encontraba en la casa donde casi había sido atrapada mientras escapaba. Que no había notado el vecindario cuando su carruaje la había traído, le habló de su razonamiento severamente comprometido cuando se trataba de Cart. Ojalá hubiera traído a Sam con ella ahora. Al menos habría tenido a una persona con el sentido común para sacarla de esta situación delicada y peligrosa.

—Señorita Jude —Cart la llamó desde el pasillo, en dirección a la única puerta cerrada con llave que había encontrado en su primera visita allí y que había terminado con su decisión de salir de la casa a toda prisa. Era lógico que conservara todos sus tesoros—. Me complace que haya podido venir".

—Milord —dijo Jude, a modo de saludo. Era casi como si él estuviera sorprendido de su presencia. Más extraño aún por la nota y las instrucciones que había recibido con en comida de la mañana, en la que solicitaba su presencia en un momento y lugar exactos.

—Hemos hablado de su colección. Le agradezco la invitación para verla. Jude sostuvo su bolso hasta que Cart se paró frente a ella, sonriendo.

Claramente, no notó que ella estaba preocupada, ni el mayordomo había sonado la alarma a su llegada. ¿Sería posible que la niña que la había descubierto no hubiera compartido más información sobre la apariencia de Jude? La joven que Jude ahora sospechaba era la hermana de Cart. Él *había* mencionado a una hermana; Estaba segura de eso.

—Por favor, venga por aquí.

Cart volvió por donde había venido y Jude lo siguió con lentitud. Miró por un pasillo; esperaba que la niña saltara y señalara a Jude como la ladrona que era, pero la casa estaba extrañamente silenciosa. Como lo había estado la noche en que había entrado por esa ventana sin cerrojo.

—Ah —dijo, tentativamente—. Tiene una hermana, ¿verdad?

—Sí. —Mantuvo la mirada al frente mientras caminaban.

—Los míos siempre están entre mis pies —continuó Jude—. ¿Cómo evita que la suya haga lo mismo?"

—Está en el salón de clases, dedicada a sus estudios.

Jude exhaló un suspiro de alivio, y continuo, veloz, para ocultar su desliz:

—Esa es una cualidad admirable. El aprendizaje, especialmente para las mujeres, es muy importante.

—Mi hermana está lejos de ser considerada una mujer —dijo bruscamente, con cierta dureza.

—No he querido decir que...

—No, no —reflexionó, mirándola rápidamente antes de enfocarse una vez más por donde iba—. No es su comentario, sino la insistencia de mi hermana de que sea tratada como adulta.

—Mi hermana menor, Payton, es muy parecida. —La tensión que sentía Jude se disipó un poco a medida que se adentraron en la casa, al saber que la niña no acechaba en ninguna esquina—. Creo que obtuvo un buen ejemplo de sus travesuras cuando nos visitó el otro día.

—Así es. —La habitación a la que la condujo era aquella a la que no había podido acceder la otra noche, pero hoy estaba sin cerrojo y abierta, casi de manera tentadora.

Lord Cartwright se detuvo fuera de la habitación y giró su atención por el pasillo. Jude miró en la misma dirección pero no vio nada más que una planta en una maceta cerca de una pequeña mesa. Permitted que Jude pasara y que entrara a la habitación antes que él. Se quedó afuera de la puerta. Una expresión de perplejidad cruzó su rostro antes de negar con la cabeza, entrar en la habitación detrás de ella dejar la puerta entreabierta.



No pudo evitar sospechar que él buscaba algo pero no lo encontró donde pensó que estaba.

—¿Ordeno el té?

Siempre parecía inseguro de las normas sociales y el decoro, aunque hoy, parecía estar en completo control de su persona, una nueva confianza había asumido el mando. Al igual que en las otras ocasiones, habían discutido temas relacionados con las antigüedades y el arte de coleccionar.

—Sí, gracias —respondió Jude, aunque había venido por cosas que no incluían comida ni bebida—. A menos que no se encuentre seco, milord.

Este era el hombre que Jude descubrió que le gustaba más; seguro de sí mismo y en control, aunque su lado tímido e inquieto tan frecuente en él. Le interesaba en gran medida la rapidez con la que lord Cartwright cambiaba de actitud.

Su hermano, el único hombre del que ella estaba habitualmente cerca, parecía consistente con esa naturaleza.

La habitación era exactamente como Jude la había imaginado. La mayoría de los coleccionistas eran conocidos por sus habitaciones abarrotadas, llenas de objetos, libros y cosas por el estilo, pero no Lord Cartwright. Estaba a favor de un estudio ordenado y más limpio, libre del caos que Jude tenía tendencia a favorecer. Cada elemento tenía su lugar. Le fue muy útil; sin embargo, no pudo conciliar de qué personalidad provenía esta vida estructurada.

¿Estaba en línea con su naturaleza obsesiva de las cosas o mostraba su confianza?

O posiblemente, había una tercera opción entera que aún no había presenciado.

Jude se sentó en una silla de respaldo alto y examinó la habitación con más detalle cuando Lord Cartwright se apresuraba por la habitación, juntando piezas para mostrarle; después de todo, eso era por lo que había venido. Enmarcada por una gran hilera de ventanas, una lujosa silla estaba apoyada contra la pared con un libro olvidado en el asiento. Imaginó acurrucarse en la silla con el tomo abierto en el regazo, las ventanas que daban a un jardín trasero o a los establos de abajo. Tal vez, un fuego estuviera rugiendo en el hogar y Cart estaría inspeccionando una nueva adquisición, o leyendo un libro cerca. Pasaría una hora antes de que el mayordomo los llamara para la cena y se prepararan para una noche en la casa de juegos o tal vez en una velada. Se reirían y exclamarían que ambos se habían perdido en

sus meditaciones individuales. Parpadeó varias veces para desterrar la imagen y los pensamientos de su mente; apenas conocía al hombre sentado frente a ella. Cualquier futuro que conjurara sería uno basado en falsas impresiones y verdades engañosas.

—Lord Cartwright, ¿puedo hacerle una pregunta? —Jude necesitaba recordarse a sí misma por qué estaba allí; específicamente, para evaluar la posibilidad de que Cart estuviera dispuesto a comprar el jarrón, o mejor aún, a encontrar un comprador para él. Pero todo dependía de su conocimiento y de si Jude podía pasar por alto el problema en que estaría Cart si se encontraba en posesión del objeto robado.

Alzó la vista desde donde se había inclinado para agarrar una pipa de aspecto oscuro.

—Ciertamente. No esperaba nada menos. Somos dos mentes cultas que buscan expandir sus horizontes.

Jude evitó su mirada. Encontraba difícil mirarlo a los ojos, sabiendo que ella había venido a engañarlo. O tal vez era difícil encontrar su mirada porque esperaba que él pudiera ver más allá y descubrir su ardid. De cualquier manera, era un hombre amable, si no desprevenido, que no merecía lo que ella y Sam habían planeado para él.

Pero había cosas más importantes que su propia integridad: su familia y su hogar. Jude recordó el cofre vacío de Marce en la oficina. Velas para mantener a Craven House iluminada. Comida para mantener el hambre lejos. Y un poco de dinero para el carnicero y el panadero también era bienvenido.

Pero eso no sería posible por mucho más tiempo si ella no vendía el jarrón.

Con toda probabilidad, Lord Cartwright nunca se daría cuenta del engaño. Adquiriría el jarrón y lo mantendría oculto aquí en su estudio, o un agente de bolsa que vería el valor del artículo y lo mantuviera oculto por temor a que se lo llevaran y lo devolvieran al Señor. Gunther.

—Jude... ehm... Señorita Jude. —Cart volvió, y se sentó en la silla junto a ella, con la pipa en la mano—. Usted quería preguntarme algo.

Jude mantuvo a raya a su vacilación el tiempo suficiente para hacerle una pregunta; la situación ahora empeorada por la sonrisa abierta que él le dirigía.

—Dice que no solo es un coleccionista, sino que también investiga y localiza piezas valiosas para otros similares a *nosotros*. —No estaba segura de si el énfasis en “nosotros” jugaba en su beneficio o en el de ella, como si ella se pareciera a él. No merecía estar en compañía de ese hombre—. Tengo

un jarrón, regalo de un amigo, de una antigua propiedad en Manchester. Estaba arrumbado en un establo. Es bastante viejo, pero no es lo que me parece interesante.

Él levantó la ceja en señal de interés y Jude supo que había captado su atención con la mística creada alrededor de la pieza.

—Me preguntaba si es algo que lograría llamar su atención. —Jude se detuvo, su capacidad de mentirle a alguien a quien venía a presentarle sus respetos la detenía. Si Cart no fuera tan hábil en distinguir entre ella y su gemela, Jude habría aceptado permitir que Sam apareciera en su lugar—. Solo quiero que pertenezca a alguien que aprecie su belleza y rareza.

—¿Qué sabe de él? —Encantado, Cart se deslizó hasta el borde de su asiento, tan lejos del respaldo, que Jude temió que cayera al suelo a sus pies—. Admito que me siento atrapado por piezas de historia oscura.

—Es ciertamente oscura. No he podido averiguar mucho al respecto, aunque parece adherirse a los rasgos del período geométrico griego. La forma en que se forma el jarrón y la técnica de pintura coinciden exactamente con lo que he investigado. Pero está en excelentes condiciones. —Sus ojos se abrieron ante el uso de la terminología correcta. Ella le permitiría pensar que lo había obtenido a través de medios confiables, tanto mejor si Cart descubriera que fue robado, muy recientemente. Ella reclamaría ignorancia. Y rezaba para que se mostrara misericordioso—. Tendré que consultar con mi hermana para preguntar si a ella, de hecho, le gustaría deshacerse del jarrón, pero...

—No tome mi silencio como una reticencia —dijo, asintiendo con la cabeza—. Me gustaría mucho verlo. Tal vez pueda ayudarlo a datar la pieza, no es que sea excesivamente erudito en jarrones, pero tengo el conocimiento adecuado para investigar más a fondo y una conexión en el Museo Británico.

Su primera reacción fue de horror ante la mención de que la pieza fuera evaluada por alguien en el Museo Británico, ya que seguramente llamaría para cuestionar su posesión del jarrón.

—Oh, no hay necesidad de molestar a alguien tan importante como un experto en el museo; es posible yo pueda traerlo para su evaluación. —De ninguna manera quería que *investigara* demasiado el jarrón. Era su deseo que comprara el jarrón, o la enviara en con otro coleccionista que estuviera interesado. Era un asunto delicado; uno del que ya se arrepentía de haber hecho partícipe a Cart.

—Ciertamente.

Jude sabía que ella había cruzado otra línea. Al igual que todas las otras que había cruzado últimamente, lo hizo con los ojos cerrados. Había sido un shock ser aprehendida, pasar toda la noche encerrada en esa habitación húmeda. Solo eso debería haber sido suficiente para enviar a Jude por el camino recto, uno que no las incluyera a ella y Sam a arriesgar sus respectivas libertades.

—¿Y qué tiene aquí? —Jude asintió con la cabeza hacia la pipa olvidada en las manos de Cart y así cambió el tema fuera de cualquier cosa que tuviera que ver con el Museo Británico—. ¿Es un instrumento musical?

La sonrisa que el joven le dio como respuesta le dijo que había adivinado correctamente, aunque nunca había visto o leído sobre tales antigüedades.

Cart sostuvo la pieza para que ella la tomara.

—Es muy ligero dijo Jude, mientras lo sostenía con el brazo extendido. Giró la especie de tubería de un lado a otro, sin saber cómo se usaba o qué sonido produciría. Estaba compuesto por unos ocho tubos de madera unidos por una cuerda delgada y otra tira de madera larga y estrecha. "¿Qué edad tiene?"

—Es una flauta de Pan o syrinx, comúnmente utilizada por los pastores durante un tiempo de gran tradición —susurró—. Muchos dicen que fue diseñada por el dios griego Hermes.

—¿Esta flauta, justamente? —Preguntó, con incredulidad—. No parece tener más de cien años, a lo sumo. —Se lo devolvió, aterrada de que pudiera soltarlo o peor...

—La adquirí hace poco. —Con cuidado colocó la tubería en el escritorio frente a ellos—. Pero puedo asegurarle que, aunque el vendedor se jactó de la edad de la pieza, es probable que no tenga más de quinientos años.

Jude tragó saliva. ¿Quinientos años? Era difícil imaginar algo tan viejo, aunque el jarrón era siglos más antiguo.

Un reloj sonó en algún lugar fuera del estudio en el que estaban sentados, y los sobresaltó a los dos.

Jude apartó la sensación de inquietud, pero Cart parecía incapaz de aflojar la rigidez de los hombros.

—Señorita Jude. ¿Qué planes tiene para mañana? —Se puso de pie mientras hacía la pregunta y se movía para devolver la flauta a su gabinete.

Su peculiar y habitual comportamiento hizo que luchara para mantenerse al ritmo de los cambios de tema de conversación.

Trató de recordar cómo sería el día de mañana. Jude estaba bastante segura de que no había aceptado asistir a ninguna reunión con Ellie, ni había recibido noticias de Lady Haversham sobre alguna tertulia—. Creo que daré una vuelta por el parque con mis hermanas.

—Encantador —dijo—. La encontraré allí. ¿Qué parque y a qué hora?

—Ummm... —Si esta era su extraña forma de preguntarle si lo acompañaría al parque, entonces era, por cierto, extraña—. Hyde Park...

—Por supuesto —la interrumpió—. Mi madre y mi hermana a menudo toman el aire fresco en Hyde Park.

—Sospecho que a eso de las cinco y media, milord.

—Eso es conveniente para mí —Se movió hacia la puerta, con lo que indicaba que su visita había llegado a su fin—. Llegaré a Hyde Park a la hora predeterminada de las cinco y media. Estaré a pie; espero que me acompañe a dar un paseo.

—Siempre y cuando no termine de la misma manera que nuestro último paseo —bromeó Jude. Cuando su rostro palideció, ella lamentó sus palabras—. Estoy bromeando con usted, y para su tranquilidad, tomaremos un camino lejos del agua.

—Las probabilidades no están a favor de que ocurra una vez más —respondió—. Además, me esforzaré por conservar el equilibrio en el futuro.

Se inclinó precariamente cerca de ella y, por una fracción de segundo, Jude pensó que quería besarla. Sus ojos se cerraron... y esperó.

Pero nada.

Abriendo un ojo, notó que él rozaba la manga de su vestido.

—Una mota de suciedad, probablemente de la pipa, ha caído sobre su vestido. Miró hacia abajo y no vio nada allí—. Pero ya no está.

—Bien, gracias, milord —su respiración volvió a la normalidad mientras continuaba mirando hacia abajo, incapaz de encontrar su mirada. En realidad, tendría que tener más sentido común cuando estaba con él.

—¿Conoce la salida? —Cuando levantó los ojos del suelo para responder, notó que él la miraba a los labios, tal vez había pensado lo mismo momentos antes.

Se despidió en forma directa, una cualidad que Jude normalmente prefería en otros. Pero con Lord Cartwright, su conexión no estaba clara. Ciertamente había imaginado sus labios sobre los de ella. De vez en cuando, lo pescaba mirándola con nostalgia. Pero en momentos como este, parecía frío y desinteresado.

No podía culparlo, ya que ninguno había hecho ningún movimiento para aclarar lo que estaba ocurriendo entre ellos. ¿Eran dos personas que compartían un interés común, o una pareja que encontraba una razón para pasar tiempo el uno con el otro?

Jude pensó en esa pregunta exacta mientras se levantaba para salir de la casa de lord Cartwright.

Lo único que sabía con certeza era que estaba jugando con fuego, pese a toda la modestia de lord Cartwright, era un hombre astuto y era poco probable que pasara por alto las transgresiones de Jude si las descubría.

## Capítulo Diez

Cart dejó escapar un suspiro de alivio tan pronto como oyó que se cerraba la puerta detrás de Jude. Había sido su plan mostrarle todo tipo de antigüedades en su poder, un cortejo intelectual, si se quiere. El par de ellos encontrando un afecto mutuo basado en intereses comunes... eso llevaría a más. ¿Más de qué? Cart no había pensado tanto, lo que era evidente en su casi desastrosa visita. La hora había pasado demasiado rápido, había perdido la noción del tiempo.

Si tenía suerte (no es era que Cart tuviera mucha, pero si así fuera), Jude no sería abordada por Lady Cartwright al salir de la casa.

En general, el tiempo que había pasado con Jude había ido tan bien como podía esperarse.

Al volver a su escritorio, Cart se dejó caer en la silla, se colocó las gafas sobre el puente de la nariz y se acomodó las patillas detrás de las orejas. Un paseo por el parque... mañana a las cinco y media. Abrió la agenda para ver que tenía una reunión a las dos de la tarde. Estaba libre después de eso.

Muy bien, pensó.

No era frecuente que se aventurara a tomar aire fresco o hacer ejercicio más allá de lo necesario que reunirse con alguien, como la fiesta en el jardín con Lord Barton. Incluso durante su tiempo en Eton, Cart no practicaba arquería o equitación como la mayoría de los estudiantes. Era mucho más beneficioso para su futuro que utilizara la biblioteca y otros servicios educativos que ofrecían. Años después de su partida de la universidad, Cart todavía añoraba las horas tranquilas rodeadas de libros de texto, con acceso a los académicos de cualquier campo de estudio.

Cart se resignó a pasar una mayor cantidad de tiempo al aire libre si era algo en lo que Jude participaba regularmente.

—¡Simon Montgomery!

Lady Cartwright entró en la habitación y sacó a Cart del sueño con Miss Jude: una irracional pérdida de tiempo, sin duda. Su madre, vestida a la última moda, o al menos lo que había estado de moda cinco años antes, arrojó el abrigo y el bolso en el asiento que Jude había dejado vacante no hacía mucho tiempo.

—Un carruaje partía cuando llegué a casa. ¿Me visitó alguien?

Él permaneció en silencio, mientras decidía si debía negar cualquier conocimiento de tal cosa.

—Oh, estuviste encerrado aquí y no oíste nada —dijo, y respondió así a su propia pregunta y dio a Cart una forma evitar corregirla. Nadie corregía a Lady Anastasia Cartwright, especialmente sus propios hijos—. Todo este aire viciado y libros mohosos, no es saludable.

Cart se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz; un dolor de cabeza se apoderó de él ante su estridente proclamación. Nada que su madre no hubiera dicho antes. Aunque, de alguna manera, sus palabras sonaron más verdaderas que antes. Tal vez no había sido prudente de su parte dedicarle tantos años a sus estudios, a la búsqueda de las reliquias de su familia y a la búsqueda de artículos para coleccionar. ¿Podría ser su abrumadora necesidad de cazar y recolectar consecuencia de que todo lo que apreciaba se lo habían arrebatado sin ningún tipo de advertencia?

Era solo en su naturaleza, una correlación personal entre su identidad y su necesidad de poseer, lo que lo llevaba a desear lo tangible. Era algo sobre sí mismo que nunca sintió la necesidad de cuestionarse.

Y Cart aún no tenía tiempo para preguntar por qué se sentía de la forma en que lo hacía... simplemente así era.

Especialmente cuando su madre lo tenía atrapado con su mirada implacable.

—Necesitaré un aumento en mi asignación —dijo, obviamente irritada por tener que repetirse y suplicar a su hijo por dinero—. He incurrido en gastos imprevistos que simplemente no puedo evitar.

—¿Otro vestido nuevo, o posiblemente un sombrero muy parecido a los muchos que tienes guardados sin usar en tu vestidor? —El dolor detrás de sus ojos se intensificó. Cart no tenía idea de por qué discutía con ella sobre los gastos. Él le daría el dinero sin importar la naturaleza frívola de sus deseos. Fue la ruina en la que habían caído. Ella lo molestaba por su ineptitud y lo culpaba por los engaños de su tío. Y él fingía ser el hijo ingrato y pillo, que echaría a su anciana madre de su casa si podía apartarse de sus estudios el tiempo suficiente.

Era agotador, y Cart anhelaba librarse de la farsa.

No solo para aliviarse de la presión injusta sino también para que Theo estuviera cómoda. Ella no se merecía una madre y un hermano que estaban constantemente en guerra por cosas triviales. Comprar un vestido nuevo y



gastar una cantidad de dinero que podía comprar una comida completa no era una cosa tan grave como Cart y su madre lo hacían ver.

—Madre —Cart se rindió. El tiempo que le insumiría discutir el aumento de su asignación era mejor pasarlo trabajando—. Mis disculpas por tan insensible comentario. ¿Cuánto vas a necesitar? Lo enviaré a tus habitaciones cuando regrese después de mi cita, o, si lo prefieres, puedo enviar los fondos directamente para liquidar su cuenta.

—¿Manejar mis asuntos como si fueras mi guardián? Ella se sintió ofendida por la oferta, aún más furiosa por su descaro, cuando en realidad, él solo buscaba ayudarla—. Haz que me lo envíen a mis habitaciones. Además, estoy deseando viajar. He estado en este pueblo lleno de gente demasiado tiempo. Es hora de que vea un poco de lo que hay más allá de Londres.

En ese momento, Cart habría aceptado entregarlo en St. James o en el Palacio de Buckingham para terminar con esto. Haría cualquier cosa por no ver la mirada acusadora o escuchar a su madre llamarlo negligente, lo que la llevó a arrojarse a sus pies en busca de fondos, aunque viajar, especialmente fuera de Londres, había sido algo a lo que se había opuesto con vehemencia en muchos años.

—¿Cuánto necesitarás?

Su mentón se contrajo, como demostración de su desdén por el lugar que ocupaba en la sociedad.

—Estoy segura de que veinticinco deberían ser suficientes.

Era casi su asignación mensual completa.

—Buscaré los veinticinco chelines. —Cart no admitiría que no posee esa cantidad que miente sobre su estudio.

—Libras.

Los ojos de Cart se estrecharon y su garganta se contrajo.

—¿Perdón?

Se preguntó si su oído estaba empeorando al igual que sus ojos, ya que definitivamente la había escuchado mal.

—Estoy solicitando veinticinco libras —pronunció las palabras lentamente, como si fuera un bebé que aún trabajara para comprender el idioma inglés.

Su mayordomo no ganaba esa cantidad por año.

—¿Has perdido la cabeza?

Con esa cantidad de dinero, podría viajar al Oriente, o más lejos, y vivir durante años sin tener la necesidad de desear nada.

Su rostro se enrojeció y estampó el pie contra el suelo, al igual que Theo había hecho cuando era más pequeña, antes de abandonar tales formas infantiles de autoexpresión.

—Es mi dinero —chilló—. Tu padre prometió...

—Pertenece al Condado Cartwright —corrigió Cart.

—Del que formo parte por ser Lady Cartwright —respondió ella.

—Madre —Cart masajeó la parte posterior de su cuello para disminuir la tensión acumulada—. La mayoría de los días, me resulta difícil juntar veinticinco chelines. ¿De dónde sugieres que saque veinticinco libras?

—Vende algo. —Era siempre su respuesta. Sin embargo, jamás había ofrecido nada de valor que le perteneciera para vender.

—Si todavía tienes tus joyas a mano, puedo seleccionar algunas piezas y tener los fondos para el final del día.

—No venderás mis cosas —resopló ella, at tiempo que agitaba los brazos violentamente en el estudio—. Dado que tú eres el responsable de la crisis financiera en la que nos encontramos, ¿por qué no te deshaces de todas las cosas inútiles con las que te veo aquí todos los días?

Cómo podía culpar a un chico de dieciocho años por la ruina de su familia era incomprensible. Pasó más años de lo que quería admitir sabiendo que era responsable de los problemas financieros de su familia: innumerables noches evaluando qué podría haber hecho diferente para frustrar los planes de su tío e innumerables días tratando de recuperar todo lo que a su familia pertenecía. Sí, su madre lo culpaba por todos sus problemas, pero no eso no era nada comparado con la culpa que acababa de echar sus pies.

Cart aún no había alcanzado la mayoría de edad cuando falleció su padre. Su tío fue nombrado su tutor hasta que Cart terminara sus estudios. Su madre había sido la única presente, mientras que Julian Montgomery, el único hermano de su padre, robó hasta el último centavo de la propiedad y su traición fue mucho más profunda que eso.

—He trabajado incansablemente durante años para recuperar la riqueza y las posesiones de nuestra familia. —Cart golpeó con la palma de su mano en el escritorio, lo que hizo sonar sus plumas cuidadosamente organizadas. Los ojos de su madre se abrieron de par en par y ella se quedó sin aliento ante su inusual demostración de sus emociones—. Y todos los días, te alegras al decirme que nunca será suficiente para ti, que nunca recuperaré lo que alguna vez tuvimos.

Lady Cartwright se cruzó de brazos y lo miró, como desafiándolo a demostrar que estaba a la altura el título de Cartwright.

—Como quieras. —No cedía, solo buscaba usar la situación en su beneficio—. Estoy de acuerdo en deshacerme de una de mis antigüedades; sin embargo... —dejó que las palabras murieran; no quería saltar directamente al acuerdo que haría con ella, ya que probablemente detectaría que la estaba manipulando—. A cambio de las veinticinco libras, no llevarás a Theo contigo, sino que la dejarás asistir a la escuela que yo elija, lejos de Londres.

*Y de ti*, agregó en silencio.

—Te lo he dicho en repetidas ocasiones, le prohibí ir a una escuela fuera de esta casa y si ella fuera a viajar conmigo, se seguiría supervisando su educación. Cart sabía que la posibilidad de que aceptara su demanda era escasa. Ella era bastante racional y el hacer caso omiso de su oferta tan fácilmente no se ajustaba a su carácter.

—Sin embargo... —suspiró como si considerara seriamente su propuesta—. ¿Cuándo se iría?

—Tan pronto como localice y entreviste a las autoridades de una escuela que encuentre adecuada.

—Treinta libras —Lady Cartwright no era más que inteligente con sus habilidades de negociación—. Y ella no partirá hasta después de que finalice la temporada y me haya decidido por mis propios planes de viaje.

—¿Entiendes que, como Lord Cartwright y el tutor legal de Theo, no necesito tu permiso? —preguntó—. Solo busco mantener la paz en esta casa y hacerte saber mis planes para su futuro, sin importar si impiden los tuyos.

—Arruinarás a las perspectivas que tenga de casarse con la pareja apropiada —acusó Lady Cartwright—. Ningún hombre buscará la mano de una joven mujer con estudios y de mente abierta.

—Creo que juzgas mal lo que los caballeros encuentran atractivo del sexo débil.

—Ciertamente, no es una mujer que busque una carrera como médico o, el Cielo nos ayude a los dos, que estudie leyes.

No podía entender por qué una mujer intentaría estudiar más que bordado en cañamazo y el clavicordio. Sin embargo, los tiempos estaban cambiando. Los roles de los hombres y las mujeres se estaban mezclando y Cart no le permitiría a su única hermana entrar a la vida adulta sin las habilidades y el conocimiento para cuidar de ella y su familia. No importaba

nada que Theodora fuera una mujer y, por lo tanto, considerada menos que un hombre.

Cart se estremeció al pensar qué habría pasado si él hubiera sido una mujer, al llegar a casa para descubrir que alguien había tomado todo lo que debería haberle pertenecido y que debería haber servido para mantener a muchas generaciones por venir. Theo nunca conocería ese destino.

—Escuela para Theodora, y treinta libras para que hagas con ellas lo que quieras —ofreció—. A cambio de que no me pelees por esta decisión.

Fue el mejor acuerdo que Cart podría esperar. Definitivamente valdría las muchas piezas que se vería obligado a vender para juntar los fondos que le había prometido.

—Mamá... —La voz de Theo llegó desde la puerta abierta.

Cart reemplazó su expresión de enojo con una sonrisa de bienvenida para su hermana, con la esperanza de que su madre considerara que debía hacer lo mismo.

—Sí, cariño. —Las palabras fueron tensas.

—La cocinera te está buscando para conversar sobre el menú para la cena. Afortunadamente, Theo parecía ajena al debate sobre su futuro que solo unos momentos antes había estado más caldeado más que nunca.

—Ella te espera en el salón.

Lady Cartwright se volvió, con una sonrisa generosa en los labios, como para demostrarle que todavía tenía el control, al menos en lo que se refería al personal.

—Estoy de acuerdo con tu proposición, Simon. Cumple tus obligaciones con rapidez. Tengo mucho para prepararme.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta y se detuvo brevemente para besar a Theo en la mejilla antes de salir de la habitación con la falda ondeando a su paso.

—¿Sobre qué han estado discutiendo ahora? —preguntó Theo, mientras entraba más en la sala.

—Nos conoces demasiado, pequeña duende —contestó él, esperando distraerla de la pregunta. Cuando se rehusó a levantarse al arrojarle el odiado apodo como anzuelo y solo lo miró fijamente, esperando una respuesta, Cart continuó— No tiene importancia, solo asuntos de adultos.

—No estoy lejos de serlo, Cart.

Se tomó un momento para mirarla de la cabeza a los pies, sorprendido por la verdad de su declaración, aunque nunca lo admitiría. A su edad, muchas

mujeres jóvenes ya se habían prometido matrimonio.

—Te lo aseguro. El tema de nuestra discusión fue tan poco inspirador como la insulsa sopa de pato que Cook hace en cada Navidad.

Arrugó la nariz.

—¡Puaj!

—Exactamente —Cart se relajó en su silla—. Ahora, ¿adónde huiste cuando llegó mi visita? Fuiste muy seria al negociar para verla.

Theo palideció.

—Oh, me di cuenta de que descuidar mis estudios solo para ver por un momento a tu visita no había sido una decisión muy sabia.

—Antes parecías muy convencida —dijo—. ¿Por qué el repentino cambio?

—Tengo casi la edad para deshacerme de estas trenzas y de los vestidos cortos. No me convendría ganar una mala reputación por espiar a los demás. —Theo había estado tomando nota de las estrictas conferencias de su madre sobre el decoro—. Además, quien quiera que sea no puede ser demasiado interesante. Estaba aquí para visitarte, después de todo.

Cart se rio entre dientes.

—Sí, sí, lo sé. Encuentras a tu hermano mayor muy tedioso y aburrido.

Con la risa, volvió un poco de color volvió a sus mejillas.

—Te dejaré regresar a tu aburrida rutina.

Hizo una reverencia exagerada, una que su madre de ninguna manera aprobaría, sus manos levantaron falda lo suficiente para exponer sus medias hasta donde terminaban justo debajo de sus rodillas.

—Puedes molestarme en cualquier momento, dijo Cart, colocándose las gafas en el puente de la nariz una vez más—. Y creo que deberás conocer a mi visitante en algún momento.

Theo sonrió levemente y se llenó de preocupación.

—¿Está todo en orden?

—Es solo que mencionaste “rutina” y me acordé de que debo practicar mi piano antes de que Gustavo llegue para la clase.

—Muy bien. —Cart asintió con la cabeza en señal de despedida, aunque sintió que sus palabras eran forzadas.

Pero había mucho que necesitaba reflexionar antes de su tarde en Hyde Park al día siguiente. Nada de eso tenía que ver con su madre o sus planes de viaje y todo tenía que ver con Jude; a saber, cómo ocultaría que no tenía carruaje para andar al aire libre o un caballo digno para montar.

## Capítulo Once

—He confirmado varias veces, Marce. —Jude podía ver que Garrett estaba en su estado de ánimo ingenioso. Había desatado y descartado su corbata una hora antes, su vaso vacío permanecía al descuido sobre la mesa en la sala de recepción roja y dorada de Marce, y ahora él yacía boca abajo en su sillón bajo, su mano libre jugaba con las borlas doradas colgantes que colgaban de él. Su pose estaba en oposición directa a la exasperación de su tono.

—Pasamos por esto todos los años. Prometo vigilar a las niñas, administrar Craven House lo mejor que puedo y mantener la sala de juegos estable y contentos a los clientes.

Las palabras no hicieron desaparecer las arrugas de la frente de Marce ni sus movimientos agitados mientras estaba detrás de su escritorio.

—Hermana, las cosas saldrán como todos los años —dijo Jude, tratando de ayudar a su hermano. La mueca que él le hizo le dijo a Jude que necesitaba esforzarse un poco más—. Vamos, Marce. Has hecho este viaje cada año desde que nuestra madre falleció. Este año no será diferente. Te alejarás de cuatro hermanos y regresarás a cuatro hermanos.

—Este año es muy diferente. —Marce abrió un cajón y sacó una pila de papelería gruesa con sus iniciales, MD, y la colocó en su estuche de viaje. Luego, se aseguró de que la tinta estuviera bien cerrada y de que no goteara. Colocó el papel en el estuche, junto con varias plumas y el libro de contabilidad de la casa Craven—. Todo está fuera de control.

—¿No querrá decir *todos*? —Payton tuvo el buen sentido de murmurar por lo bajo a Jude y Sam.

Las tres mujeres estaban sentadas en un sofá frente a Garrett, con los cuerpos muy apretujados en un asiento destinado a dos. Cada una tenía su propia razón para guardar silencio cuando Garret y Marce debatían sobre la próxima semana.

Jude no tenía idea de por qué Payton o Garrett intentaban empujar a Marce a realizar el viaje, pero su gemela y ella sabían que unos días sin que Marce las vigilara las beneficiaría enormemente, es decir, les daría la oportunidad de deshacerse... del jarrón

En el vestíbulo, el baúl de viaje de Marce esperaba su salida.

En su salón privado, sus hermanos esperaban su partida.

No había nada fuera de orden.

Parte de la inquietud de Marce era normal, algo que cada uno de ellos notaba cuando el tiempo que permanecía lejos de Craven House se acercaba cada temporada. En los días previos a esta época del año, Marce era aún más dominante que de costumbre. Había hecho el viaje, puntual, como un reloj, desde la muerte de su madre, al igual que Madame Sasha había hecho en su tiempo antes que ella. Marce nunca habló de adónde viajaba o quién enviaba el carruaje que pasaba a recogerla. Cuando eran más jóvenes, Jude, Sam y Payton habían soñado que un príncipe había enviado a buscar a Marce, que el carruaje de viaje bien adornado y adornado con terciopelo verde llegaba cada año para llevarse a su hermana mayor a un lugar lejano: un castillo donde ella era en realidad una princesa.

Sus suposiciones nunca se cumplieron, ni por sí, ni por no. Cuando Marce regresaba a casa después de ese descanso, era una vez más la líder de la familia jovial e enérgica —aunque autoritaria— que amaban.

Marce estaba en lo cierto al pensar que todo estaba fuera de control, más de lo que Jude esperaba que se diera cuenta. No hacía muchas noches que Jude había pasado un tiempo encerrada y, si Marce no hubiera estado en la ciudad, no había forma de saber qué podría haberle pasado.

Nunca habían imaginado que Lady Haversham —con la ayuda de Ellie— tomaría al trío bajo su protección y que lo presentaría adecuadamente en sociedad, pero esa era la realidad. Marce ya no podía encerrarlas en sus cuartos y obligarlas a dedicarse a sus estudios.

Todos sabían que Marce no podía mantenerlas para siempre. En algún momento, necesitarían casarse o encontrar un medio para mantenerse a sí mismas y a Craven House.

Su hogar había sufrido muchos cambios en los últimos años. Ya no era el nombre sinónimo de mala reputación. Atrás habían quedado las muchas salas utilizadas para entretener a los caballeros de la aristocracia, así como las mujeres que sobrevivían al servirlos. Sí, quedaron los restos de los viejos tiempos, específicamente, los juegos de cartas que Marce ofrecía varias noches a la semana para ayudar a las mujeres que buscaban ayuda en Craven House. Las mismas mujeres que Madame Sasha, su querida madre, habrían ayudado al permitirles vender sus cuerpos bajo este mismo techo. Pero Marce había encontrado una forma de evitarlo, dado que esas mismas mujeres maltratadas y abandonadas esperaban un futuro que no incluyera más abusos, sin importar el dinero que hacían.

Sin embargo, se había convertido en una gran carga financiera y estaba afectando a toda su familia.

Jude respetaba las decisiones de Marce, a pesar de que significaban muchos sacrificios para todos. No tenían doncellas para atenderlas, no encargaban vestidos lujosos con regularidad, y algunas veces, las comidas eran poco más de lo que la cocinera podía preparar con productos de la pequeña huerta detrás de Craven House.

Apenas había fondos del infierno del juego para las necesidades más básicas.

Marce insistía en que el sacrificio valdría la pena para todos.

Como ya lo había demostrado.

A Marce —y a sus hermanos— se les permitió vivir en las márgenes de la alta sociedad. No era mucho, pero les garantizaría a todos un tipo de pertenencia. A su vez, su hermana fue lo suficientemente sabia como para usar sus conexiones dentro de la *alta sociedad* para asegurar un trabajo honesto a las mujeres que acudieron a Craven House en busca de ayuda.

Eso significaba mucho secreto y evitar hacer comentarios cuando los pares preguntaban por sus relaciones. La percepción de Craven House entre los *beau monde* no era favorable de ninguna manera. Seguramente, los hombres habían disfrutado de los entretenimientos proporcionados por Sasha, su madre, pero muchos pensaban que eso significaba que Jude y sus hermanas eran mujeres disponibles y de moral libre. Esto solo era eclipsado por las esposas y las relaciones femeninas de los hombres que habían frecuentado su casa en el pasado. Supusieron que aún persistía algo de libertinaje dentro de sus muros, lo que creó percepciones falsas sobre Jude y sus hermanas.

Lo único que Marce hacía para ella era este viaje cada año.

Un suave golpe sonó en la puerta.

—Adelante. —Marce suspiró, al tiempo que se levantaba de su asiento detrás de su escritorio mientras entraba el único sirviente de tiempo completo de Craven House.

—Su carruaje ha llegado, mi señora. —El Sr. Curtis inclinó la cabeza—. ¿Debo recoger sus pertenencias?

Todos contuvieron la respiración, temiendo que Marce cancelara o pospusiera su partida hasta que sus hermanos se calmaran y las cosas volvieran a un estado más ordenado.

El silencio se prolongaba cuando, finalmente, Garrett se puso de pie.

—Marce, sabes que debes irte.



*¿Debe?* Jude miró a la pareja, un mensaje silencioso y una respuesta viajaron entre ellos. Por primera vez en muchos años, Jude cuestionó su cercanía con Garrett. Sabía que él la favorecía, sus personalidades se reflejaban estrechamente entre sí, y que ella era su confidente, pero obviamente había algo que él le ocultaba. Aunque Jude era culpable de hacer lo mismo últimamente.

Marce metió la mano en el cajón una vez más para recuperar una pila de correspondencia, la guardó en su bolso, aseguró la solapa en su estuche de viaje y dio un paso alrededor de su escritorio. Se detuvo delante de Jude y sus hermanas, donde estaban sentadas, quietas pero atentas.

—¿Lamentaré esta decisión? —preguntó Marce, volviendo una dura mirada a cada uno de ellos. Se detuvo cuando llegó a Jude—. ¿Puedes mantenerte alejada de la residencia del vigilante? —No esperó una respuesta, sino que se volvió hacia Sam—. ¿Puedes abstenerte de iniciar un escándalo que pudiera echar solo una tenue luz sobre Lady Haversham? —Era una cabeza más baja que Sam y Jude, pero su postura y su brillo la hacían parecer más alta que Garrett, que medía cerca de seis pies—. Y que no me entere que fueron al salón de juegos mientras yo estaba fuera.

Payton gimió.

—Eso es injusto.

—¿Te gustaría saber qué es injusto? —Las manos de Marce se posaron en las caderas, los labios fruncidos y la voz severa—. Me sacaron de la cama en el medio de la noche para ir a buscar a Jude. Trabajo todo el día para asegurarme de que las tres tengan comida para llevarse a la boca. Tengo que liquidar tus deudas de juego, Payton.

Jude se volvió bruscamente hacia su gemela, quien le devolvió la misma expresión perpleja. ¿Podrían los avisos que su hermana había recibido últimamente ser todos debido a su hermana menor? Pero no, siempre habían sido advertidas contra el gasto excesivo o la solicitud de cosas frívolas. Desde el fallecimiento de su madre y desde que Marce se había hecho cargo de Craven House, las cosas habían cambiado y los fondos normales que solían recibir casi se habían agotado.

—¿Qué deudas? Garrett expresó en palabras la pregunta que se hacía Jude—. No he oído nada de esto, ¿y quién tomaría en serio apostar contra una criatura?

—No soy una criatura.

—Quién no es importante, ya que he manejado la situación sin que nadie haya enterado, incluso todos ustedes. Estuve de acuerdo en no volver a mencionarlo nunca más, pero... —Marce interrumpió la protesta de Payton antes de detenerse y respirar profundamente, su pecho se agitaba, y tiraba de su ajustado corpiño. Ella volvió a su caso una vez más—. Creo que es imprescindible que cada una de ustedes sepa que habrá serias repercusiones si regreso y descubro que alguna se ha metido en problemas. ¿Ha quedado claro?

Garrett levantó la barbilla, indicándoles que se pusieran en pie.

Saltaron del sillón tan repentinamente que ese movimiento las empujó hacia atrás unos centímetros y sus pies rozaron contra el suelo de madera.

—Por supuesto —Sam inclinó la cabeza.

—Muy bien —suspiró Payton.

—No te arrepentirás de tomar las vacaciones como todos los años. —Jude dio un paso adelante y abrazó a su hermana. Las deudas de apuestas de Payton no eran el peor de los problemas familiares: no podía ser lo único que pesaba tanto en los hombros de su hermana; los avisos recibidos apuntaban a problemas mucho más profundos para Craven House—. Nos esforzaremos para no avergonzarlas ni a ti, ni a Lady Haversham en tu ausencia.

Marce envolvió sus brazos alrededor de Jude y le devolvió el abrazo, su pequeña estatura contenía la fuerza de una mujer que doblaba su tamaño.

—Es mejor que no lo hagan. No me arrepentiré de encerrarlas a las tres en sus habitaciones por la próxima década.

Cuando Jude liberó a Marce, Payton y Sam le dieron abrazos rápidos y las tres retrocedieron.

Marce se volvió hacia Garrett:

—¿Estás seguro de que puedes dedicar tiempo a vigilar las mesas de juego?

—¿Te he defraudado?—preguntó. Cuando Marce no dijo nada, agregó—  
¿Recientemente?

Rompió la tensión que había oprimido la habitación desde que Marce los convocó a todos poco después de la comida del mediodía.

Curtis, su criado, carraspeó desde la entrada.

—Mi señora, el cochero dice que si quiere llegar antes de que caiga la noche, debe partir ahora.

Ella asintió con la cabeza al anciano y con una última y penetrante mirada a sus hermanos, Marce caminó hacia la puerta.

—Estaré fuera una semana, como máximo.

Y a solo tres o cuatro horas en carruaje a Londres, si llegaba al caer la noche, como insinuó el señor Curtis. Ciertamente no viajaba todo el camino hasta Bath en tan poco tiempo.

—Que tengas un buen viaje, querida hermana —llamó Garrett, y volvió a su lugar en el salón.

—Mantén a todos fuera de la horca mientras estoy fuera.

—No puedo hacer nada peor que tú, me temo —respondió Garret con una sonrisa.

—Lo digo en serio.

Jude, Payton y Sam guardaron silencio, contentas de ver el encuentro entre sus hermanos mayores.

Era imperativo que Marce se fuera poco después, ya que Sam y Jude tenían que prepararse para un Hyde Park y ninguna quería que su hermana le hiciera pregunta alguna.

Marce entregó su maleta de viaje al Sr. Curtis antes de salir por la puerta abierta. Sus pisadas se escucharon mientras se dirigía al vestíbulo, el anciano a su paso.

###

—¡Pensé que nunca se iría! —Sam cayó sobre su cama, las cuerdas que sostenían la ropa de cama llena de paja crujieron por el peso repentino. Rápidamente habían presentado sus excusas y habían ido a su dormitorio después de que la puerta se cerrara detrás de Marce.

—¿Cómo se supone que debemos deshacernos de ese maldito jarrón con Garrett tan cerca?

Jude había estado preocupada por lo mismo. Era su esperanza que Payton lo mantuviera ocupado mientras ella y Sam hacían lo que tenían que hacer. A saber: deshacerse de ese objeto maldito y, con un poco de suerte, abandonar los senderos de los ladrones para siempre. O al menos esa era la expectativa de Jude. Desafortunadamente, su única opción en este momento era Lord Cartwright. Aunque Jude se despreciaba por tener que engañarlo.

Estaba dividida, a pesar de que era un mal necesario: ayudar a su familia a mantener su hogar significaba mentir y engañar a un hombre que había captado su interés más allá de una hermosa sonrisa.

El intelecto era algo raro de encontrar en Londres. A la mayoría de los hombres les preocupaba el corte de su traje, la noche siguiente en el club de

caballeros o abrirse camino bajo la falda de una mujer desprevenida. Cart era diferente. Ciertamente, había notado la forma en que él se había prendado de sus encantos, pero no limitó sus visitas, por extrañas que fuesen, a cuestiones meteorológicas o chismorreos insignificantes.

Jude no se consideraba de alto intelecto, aunque sabía que sus gustos eran más profundos que la mayoría de los hombres de la *alta sociedad* estaban dispuestos a aceptar. Una mujer que aprendiera historia, cultura y arte no era algo que el *beau monde* normalmente considerara atractivo.

Los señores de su amistad favorecían a las debutantes cuyos intereses radicaban en las tendencias actuales de la moda, en la costura y en otros asuntos del hogar, todo lo que haría de ellas una esposa adecuada.

O los hombres, sin duda muchos a los que Sam había llamado la atención, buscaban mujeres interesadas en el lado más oscuro de la vida londinense. Una noche impropia en Vauxhall Gardens, pasear por los senderos no iluminados donde muchos hacían la vista gorda a las mujeres sin chaperonas y a los hombres que las acompañaban. Jude incluso había visto a hombres que llegaban a Craven House con mujeres con poca ropa, que ciertamente no eran sus esposas, vestidas con un atuendo que no encajaba en ningún lugar fuera de los dormitorios. Las mujeres se sentaban en los regazos de los hombres mientras jugaban mano tras mano, los dos bebían hasta el estupor. Las mujeres se reían y se reían cuando las manos de los hombres vagaban por sus cuerpos y levantaban sus faldas para tocar los secretos ocultos debajo de ellas, pero Marce los espantaba rápidamente de casa cuando llevaban las cosas demasiado lejos y cruzaban la línea de la decencia.

Sam y Jude habían observado actividades como estas a una tierna edad. A Jude le había parecido incómodo, mientras que Sam había quedado cautivada por las escenas que tenían delante. Otra diferencia entre ellas: los asuntos de la carne cautivaban a Sam, mientras que Jude adoptaba una postura más cautelosa.

Sus escapadas nocturnas por las escaleras de los sirvientes para espiar las juergas nocturnas terminaron no mucho después de que comenzaran cuando Marce había tropezado con ellas. Habían sido castigadas y enviadas a su habitación; se les prohibió salir del piso de arriba durante casi un mes. Cuando su hermana amenazó con encerrarlos en su habitación por la próxima década, no había sido una promesa vacía.

—¿Jude? —llamó Sam mientras estiraba el cuello para ver a su gemela. Jude se detuvo unos pasos dentro de su habitación, atrapada en los

muchos pensamientos que pasaban por su mente—. Conoces a Garrett mejor. ¿Cómo podemos evitar que nos delate?

Jude negó con la cabeza, disipando sus preocupaciones y trajo sus pensamientos a la situación actual.

—Creo que el jarrón está seguro donde está y debemos continuar como hasta ahora. Marce está convencida de que estamos dando un chapuzón exitoso en la sociedad. Asistimos a reuniones, actuamos de la manera correcta, recatadas. Continuaremos en esa línea.

Sam frunció los labios.

—Hoy nos prepararemos para nuestro paseo en Hyde Park. Lady Chastain tuvo la amabilidad de permitirnos usar su carruaje abierto. Nos mezclaremos, seremos las jóvenes correctas, y si Lord Cartwright aparece, haré lo que pueda para ayudar a resolver nuestro dilema.

Los ojos de Sam se abrieron con sorpresa cuando Jude oyó la puerta detrás abrirse de repente de par en par.

—Me gustaría dar un paseo por Hyde Park —dijo Payton efusivamente al tiempo que entraba en la habitación—. ¿Por qué no me lo dijeron?

—Tú no vendrás —dijeron Sam y Jude al unísono.

Payton puso los brazos en jarra y miró a sus hermanas,

—Veremos lo que Garrett tiene que decir al respecto, y sobre ese bonito jarrón que apareció en el salón privado de Marce. Estoy segura de que ambas lo han notado, esa cosa aburrida y fea. Uy, y parece viejo. Demasiado viejo para los gustos de Marce, y los colores son los incorrectos. Pensé preguntarle si quería que me deshiciera de la cosa detestable mientras ella no estaba, pero...

—¡No debes tocarlo! —dijo Jude, levantando la voz y exponiendo su secreto.

Payton sonrió.

—¿Qué sabes de ese jarrón? —preguntó Sam.

—Oh, solo que te vi una noche a escondidas con algo debajo del brazo. Y entonces Garrett llamó a Marce temprano una mañana y partieron a toda prisa y volvieron a casa más tarde con Jude a remolque, aunque supongo que nuestra querida hermana no sabe nada del jarrón, ¿estoy en lo cierto? —Su hermana más joven era conocida por su ojo vigilante, que era lo mejor en las mesas de juego, aunque obviamente no tan buena como Jude había pensado, a juzgar por el comentario anterior de Marce en ese sentido—. Piensan que vuestras

actividades han pasado inadvertidas, lo que puede ser el caso con Marce, pero no conmigo.

—No sabes nada —acusó Sam.

—Supongo que es posible, pero también puedo saber mucho más de lo que ustedes dos piensan.

—¿Qué quieres, Pay? —preguntó Jude, la boca se le había secado de repente.

—Continuaré cubriéndolas, pero en algún momento en el futuro, necesitaré que ustedes dos me cubran a mí, sin importar la situación. —Un destello cruzó por los ojos de Payton, ya que sabía que tenía a sus hermanas exactamente donde las quería.

—No podemos permitir que te pongas en peligro y no decir nada. —Jude amaba a la niña, pero sus travesuras eran mucho más traicioneras que las suyas, si los comentarios de Marce sobre sus deudas de juegos eran de creer.

—En este momento, no veo que ninguna de ustedes tenga otra opción más que rendirse a mis demandas. —Ella permaneció en silencio hasta que ambas gemelos asintieron—. Oh, y las acompañaré a Hyde Park hoy.

Sam gimió, escondiendo el rostro en la almohada.

—Vamos, Sam —instó Jude—. Es un pequeño paseo por el parque. Ella no puede molestarte demasiado en tan poco tiempo.

Era ventajoso para Jude tener a su hermana menor en el paseo. Le permitiría pasar un tiempo con Cart, sin que Sam los vigilara demasiado, si el hombre aparecía, claro.

—Ahora que todo está resuelto, Garrett me envió a informarles que el carruaje de lady Chastain ha llegado para recogerlos. —Payton se giró para salir de la habitación al tiempo que lanzaba una mirada por sobre el hombro—. Las veré en el carruaje, no me hagan esperar... nunca hay garantía de lo que podría decir o hacer cuando estoy aburrida.

—Diablillo entrometido —Sam se levantó de la cama con un empujón, se alisó la falda, mirándose al espejo sobre el tocador—. Tenía la esperanza de volver a fijar mi cabello, pero el tiempo no lo permite.

Jude analizó su propia apariencia. Ella no era de las que se ponía un vestido matinal solo para tener que cambiarlo dos horas después por un vestido de paseo. Conforme con esto, Jude se había vestido para su paseo en el parque antes de tomar su comida matutina y ahora, estaba feliz de haberlo hecho.

Esperaba que lord Cartwright favoreciera el estampado de Paisley que había elegido para ese día.

## Capítulo Doce

Cart resistió la tentación de abanicarse la acalorada cara o de quitarse el abrigo. Nunca había entendido la necesidad de que las mujeres llevaran abanicos en todo momento, pero el calor insoportable de la tarde fue suficiente para que deseara que se impusiera la moda que permitiera a los caballeros llevarlos también.

El sol caía a pleno sobre él y ni una brisa se movía entre los árboles. A diferencia de la fiesta en el jardín, donde las ráfagas de viento habían soplado por las áreas abiertas llevando aire húmedo entre la multitud, hoy no se evidenciaba semejante patrón meteorológico. Cart se movió entre las hordas de mujeres finamente vestidas con tocados elaborados y hombres vestidos como si fueran pavos reales que exhibían sus plumas. La escena frente a él era sorprendentemente absurda. Importar la enorme cantidad de tela que adornaba a los miles de miembros de la *sociedad* que se movían a pie, a caballo o en carruajes, ocuparía varios buques mercantes de los grandes.

Había dedicado su tiempo y energía a las antigüedades, pero la inversión mucho más segura y más lucrativa bien podría ser las importaciones. Textiles en particular. La total vanidad que presencié Cart hizo que cuestionara su deseo de ser parte de todo eso. Por nacimiento, él era un conde, uno de la élite de Londres, pero por naturaleza, no permitiría que eso lo definiera a él ni a su futuro.

La multitud que lo rodeaba se movía a paso de tortuga, nadie tenía prisa. Su madre había hablado de los beneficios de las caminatas diarias en Hyde Park, el hacer un poco de ejercicio, pero ni una sola persona se movía lo suficientemente rápido como para aumentar su ritmo cardíaco. De hecho, muchos se mantenían un poco apartados de los caminos y socializaban en grupos.

Claramente, Cart había sido mal informado sobre las razones que la *gente linda* tenía para visitar el parque.

No es que nada de eso le importara, él estaba aquí por una razón.  
Para ver a Jude.

A la señorita Judith Pengarden.



Era extraño llamar a una mujer por su nombre. Su encuentro fue tan rápido y se había convertido en una especie de amistad en la que se habían dado permiso para dirigirse el uno al otro de manera informal. Se había convencido a sí mismo de que su relación se basaba en nada más que un mutuo interés y en posibles relaciones futuras. Ahí era donde terminaba el interés de ella por él, al igual que el de Cart por ella, si era lo suficientemente inteligente.

Tenía que acordarse de dirigirse a ella de forma adecuada ante sus hermanas, para no arrojar ninguna duda sobre la naturaleza de su asociación.

*Si* llegaba a localizar a Jude; el parque era mucho más grande de lo que había imaginado.

Habían pasado años desde que había explorado el terreno con su padre, con e incursionaban en las áreas menos pobladas para perfeccionar sus habilidades. Eso hacía más de quince años, y el arco había sido olvidado hacía mucho tiempo; probablemente<sup>7</sup> robado por su tío.

Sin duda, el área cubierta de follaje no había crecido en tamaño. Examinó el parque una vez más, sus ojos no se fijaron en nadie en particular, para que no lo reconocieran e insistieran en conversar.

Se recordó una vez más que no estaba en contra de la conversación ociosa. Pero él estaba aquí con un propósito, que no era un discurso vano.

Jude había mencionado que habría de llegar en carruaje, por lo que había encontrado un sendero, un gran bucle, donde muchos transportes al aire libre viajaban a paso lento, lo que permitía a sus ocupantes hablar con amigos y conocidos en otros vehículos mientras pasaban. Varios estaban detenidos, sus ocupantes conversaban, otros se hacían a un lado para permitir que hombres y mujeres se apearan y continuaran a pie.

A este ritmo, Cart tenía pocas posibilidades de ver el único carruaje que buscaba, especialmente desde su punto de observación a pie.

No tenía ni idea del color de los caballos o del carruaje. Para un hombre que se enorgullecía de estar bien informado, Cart carecía de ese don de forma exponencial hoy.

Apartándose del sendero, Cart se movió a una pequeña elevación que le permitiría alcanzar un punto de observación más alto. La corta escalada lo dejó sin aliento y deseó que fuera aceptable quitarse el abrigo y la camisa durante los momentos de sobreesfuerzo.

La vista desde allí era indudablemente mejor que desde la base del parque.

Una vez más, escudriñó a la multitud, sus ojos pasaron rápidamente sobre las cabezas rubias y morenas y también carecían de interés para él las mujeres que llevaban tocados extravagantes con plumaje y adornos, ya que Jude no era una mujer que se vistiera con atuendos tan frívolos.

Se detuvo en seco al pensarlo.

Cart no la conocía lo suficiente como para justificar ese razonamiento. Es cierto, habían pasado tiempo juntos en tres ocasiones distintas y ni una sola vez Jude se había puesto un tonto sombrero, pero eso no era de ninguna manera una prueba de que no llevaría uno a un paseo en el parque.

Pensar en Jude claramente le estaba confundiendo la mente... solo esperaba que no nublara su juicio de la misma manera.

La idea de regresar a casa y enviarle a Jude una nota de disculpa era tentadora, se quitaría el abrigo y se desataría el pañuelo que llevaba al cuello.

Una mancha de color castaño con el más leve atisbo de oro atravesándolo atrapó su mirada.

Una mirada más cercana mostró no a una sino a dos mujeres con cabello a juego, una morena entre ellas.

Cart hizo un gesto con la mano, y se sintió un tonto por atraer la mirada de tanta gente mientras intentaba detener el carruaje de Jude. El carruaje abierto estaba directamente delante de su elevada posición cuando los ocupantes finalmente lo notaron. La mujer más cercana a él se inclinó hacia adelante, probablemente para dar la orden de detener el carruaje que se hizo a un lado y permitió así que otros continuaran.

Sonriendo, Cart atravesó el camino donde vio a las tres mujeres que se alejaban del transporte. Se le cerró el estómago. Lo apropiado era entretener al trío de hermanas. ¿Por qué no había pensado en esto antes? Estaba intentando ganar el coraje para hablar con la señorita Jude, ¿pero... también sus hermanas?

Su único encuentro con la señorita Payton había sido espantoso. La joven parecía desinteresada en su presencia en Craven House y había llegado a burlarse de él mientras esperaba en la entrada. La hermana mayor de Jude había regañado a la niña y la había despedido, pero qué razones tendría Payton para hacer sus duras bromas no estaban claras para él.

—¡Lord Cartwright! —Jude llamó mientras llegaba antes que los otros.

—Señorita Judith. Señorita Samantha —Cart saludó con un movimiento de cabeza a la pareja y finalmente se volvió hacia su hermana menor—. Señorita Payton. Es hermoso verlas a todas. Un día tan claro, brillante y acogedor. ¿No

es así? —Sospechó que las mujeres notaron su incomodidad, tanto con el clima como con la presencia de todas.

—Es un buen día, milord —lo saludó la Srta. Samantha—. Jude estaba empezando a preocuparse de que no hubiera venido.

La sonrisa astuta de la señorita Samantha y la risita de Payton le dijeron que la pareja estaba haciendo bromas a su hermana, lo que le molestaba por razones desconocidas. Otra cosa que podría querer analizar en detalle en su tiempo libre.

—La señorita Jude no tiene nada que temer al respecto —Cart intentó rechazar el comentario de la señorita Samantha—. Soy un caballero honorable y puntual. Si doy mi palabra, la cumpliré siempre.

La señorita Payton dirigió a su hermana una mirada peculiar antes de deslizar su brazo por el de la señorita Samantha.

—Ah, bueno, estoy deseando dar un paseo a la orilla del agua, y dado que Lord Cartwright probablemente busca permanecer seco, nos encontraremos aquí después de nuestro paseo.

Payton se rio una vez más de su broma mientras la pareja le sonreía a Jude y la saludaban con la mano antes de comenzar su camino. Aparentemente, las gemelas le habían contado a su hermana menor sobre su debacle en el estanque.

Cart miró a la pareja mientras alejaba, con la cabeza inclinada en señal de estar conversando, los pasos de la señorita Samantha mucho más largos que los cortos de la señorita Payton.

—¿He ofendido a la señorita Payton? —preguntó.

—¿Por qué pensaría eso? —Jude le puso la mano sobre el brazo y comenzaron a caminar hacia un sendero que los mantendría lo bastante lejos del estanque al que las hermanas de Jude se estaban dirigiendo.

—Ella no me dio —hizo una pausa, temerosa de insultar a la hermana de Jude—... la bienvenida más acogedora cuando visité Craven House.

Jude se rió —una risa ligera y airosa, casi la misma que tenía en la fiesta en el jardín— y le dio unas palmaditas en el brazo con la mano libre. Ella continuó mirando al camino delante de ellos.

—¿He dicho algo gracioso? —Había temido insultar a su familia. Ella se había reído en vez de ofenderse—. Me disculpo...

—Lord Cartwright...Cart —se corrigió—, deje de disculparse por cualquier pequeña afrenta que perciba y le preocupe. —Le sonrió y sus preocupaciones, de hecho, se desvanecieron, como temía que le estuviera

sucediendo a su cuerpo por estar bajo el calor—. Pay piensa que es grandioso, no tema.

Pay, diminutivo de Payton. Cart descubrió que disfrutaba de sus diminutivos, tanto como él y Theo tenían apodos el uno para el otro.

Nunca trataré de menospreciar o insultar a su familia, señorita Judith.

Continuaron en un cómodo silencio mientras caminaban por un sendero sombrío, bajo el sol de la tarde. Jude saludaba con la cabeza a conocidos mientras pasaban, pero en ningún momento se detuvo para involucrar a otros.

A medida que el silencio se alargaba, Cart no pudo evitar preguntarse si había arruinado algo, destruido su relación amistosa con esa tendencia suya a preocuparse continuamente y a evaluar su entorno.

Se concentró en colocar un pie delante del otro mientras se aventuraban por un camino menos transitado, y evitaba al mismo tiempo que sus ojos se desviaran hacia la forma en que el vestido de Jude marcaba delicadamente sus pechos, muchos dirían una fracción demasiado ajustado. Como antes, sus pasos se alinearon como si pasaran todos los días caminando lado a lado.

La multitud de excursionistas se deslizaba abajo hasta que caminaron durante varios minutos sin encontrar otra alma. Las ramas que colgaban de los árboles y los arbustos crecidos comenzaron a estrecharse, haciendo que Jude caminase más cerca a su lado para evitar engancharse el cabello o que la vida vegetal invadiera su vestido. La suave tela de su vestido se apretó contra su brazo y trató de convencerse a sí mismo de que no la había acercado y permitido que un lado de su pecho lo tocara, sino más bien que ella se había acercado cada vez más por voluntad propia.

Ella inclinó la cabeza para evitar una rama y un rizo le rozó la cara.

—¿Milord? —dijo, exhalando, mientras se erguía.

—¿Sí, señorita Jude?

—¿Ha tenido tiempo para pensar en el jarrón? —Mantuvo su voz suave y baja como si alguien temeroso escuchara la conversación. Sus susurros habían anticipado una petición de gran importancia. Sin embargo, su pregunta lo tomó por sorpresa. ¿Había acaso deseado que le pidiera algo de una naturaleza mucho más íntima?

Cart ciertamente estaba interesado en la pieza, si no para su propia colección, como un artículo para un cliente a quien le gustara el período de tiempo y detalles de elaboración.

Aunque no buscó darle la impresión de que su interés en ella comenzaba y terminaba con las antigüedades. Los extraños saltos mortales en el estómago y

el cosquilleo en el lugar en que su mano descansaba sobre su brazo indicaban que el interés que tenía en ella era mucho más que simples reliquias de valor histórico.

—He pensado mucho. —Mentira. Verdad: había pensado en *ella* mucho —. ¿Es posible que pueda ver el jarrón? Sería mucho más simple para mí determinar sus orígenes y proporcionarle una evaluación precisa de su valor si pudiera examinarlo.

Finalmente, apartó la mirada del sendero delante de ellos, sonriendo ante su atención.

—Pensé en traer el jarrón hoy, pero no quería arriesgar que algún hoyo en el camino sacudiera la pieza. Es muy delicada.

Cart se concentró en la agenda de eventos de su madre y cuándo ella estaría lejos de casa; después, cuándo Jude podría traer el jarrón y tener un poco de privacidad. Después de su paseo, se encargaría de reunirse con un curador local para evaluar la venta de varios artículos para proveerse de los fondos solicitados por su madre.

—Por favor avíseme cuando esté disponible. Tengo un catálogo considerable de materiales de investigación en mi casa...

—¿Le importaría reunirse en la Biblioteca Circulante de Sir Edwin? —preguntó ella.

Cart no había pensado en la posibilidad de que ella estuviera dispuesta a reunirse en público. Sin embargo, Sir Edwin era muy preferible a cualquier lugar donde pudieran llegar los ojos curiosos de su madre.

—No he visitado la biblioteca en varios años.

—Ha acumulado una extensa colección de antiguos registros con dibujos de insectos hechos a mano —Las palabras de Jude se aceleraron al mismo paso que su emoción, algo que él entendía bien—. Ha sido mi hogar lejos del hogar desde hace un tiempo.

—Si cree que el establecimiento se adaptará a nuestras necesidades, entonces, lejos de mí está disuadirla, señorita Jude — admitió. Incluso si la biblioteca carecía de los libros adecuados para identificar el período y el origen del jarrón, al menos pasaría otra tarde en la compañía de Jude, escondidos entre una gran cantidad de libros, su anterior pasatiempo favorito, que se uniría al recién descubierto—. ¿Su familia está de acuerdo con que pasemos tiempo juntos?

Se detuvo ante su pregunta y se volvió hacia él. Mirándose el uno al otro, sus ojos se encontraron casi al mismo nivel, Jude solo un par de pulgadas más baja que Cart.

—No están en desacuerdo, mi señor.

En cierto nivel, Cart se dio cuenta de que estar de acuerdo con la relación y no estar en desacuerdo significaba dos cosas completamente diferentes. Pero la forma en que lo miraba, los redondos ojos verdes, un libro abierto y sus labios en el más leve puchero, que dejaban entrever, solo un poco de sus dientes tan parejos y tan blancos, un mechón de cabello rojo como palo santo que jugueteaba con un lado de su rostro, lo hizo ignorar sus instintos sobre el asunto.

Con un poco de reticencia, Cart se inclinó hacia delante, permitiendo que el cabello de la muchacha se enrollara alrededor de su dedo. Era tan sedoso como había esperado y provocaba sus sentidos con un toque de perfume a lavanda.

—Señorita Judith —murmuró casi en una exhalación—... Encuentro que todo lo que a usted se refiere de mi agrado.

Ella se quedó congelada frente a él, ambos se olvidaron de respirar. Asustado de hacer cualquier movimiento y romper el nexo que se había formado entre ellos y abarcaba el espacio que los rodeaba.

Cart no podía ser el único que sentía la atracción de estar cerca.

—¿Sientes eso? —preguntó. Había oído hablar de ciertas fuerzas electromagnéticas en acción. Había leído las palabras recientemente en un folleto de ciencia, pero tenía dudas sobre la verosimilitud de los campos de fuerza invisibles que rodean a los objetos y especialmente su habilidad para unir las cosas.

Una fuerza desconocida, magnética o no, estaba jalándolo a él y a Jude el uno hacia el otro.

No podría alejarse aunque quisiera.

Y Cart, ciertamente, no quería alejarse de Jude.

De hecho, anhelaba tenerla más cerca. Deslizó su mano libre alrededor de la cintura de la joven y la acercó cada vez más, sus dedos recorrieron su vestido ligeramente. Las varillas ocultas por su sobrefalda podrían sentirse debajo. Era una libertad que nunca había tomado con una mujer.

Las pocas pulgadas que los separaban en altura eran aparentes; Jude estaba tan cerca que podía sentir su cálido aliento en el cuello mientras levantaba sus ojos hacia él.

Cart esperaba ver preguntas en su mirada, o incertidumbre, pero siguió mirándola; ella se pasó la lengua por los labios para humedecerlos antes de retirarse, con los labios ligeramente separados.

Apretando con firmeza, Cart atrajo a Jude contra su cuerpo, su pecho se presionó firmemente contra el suyo y sus manos se aferraron a sus hombros. Incluso sus muslos descansaban uno contra el otro. Una conexión, tanto emocional como física, que nunca se permitió a sí mismo, ni sintió que alguna vez quisiera. No estaba en contra de dejar que otro estuviera tan cerca, pero no era algo necesario para sus objetivos de vida.

Pero ahora, después de esto, ¿cómo se conformaría con algo menos? Esta unión no solo de cuerpos sino también de mentes era algo que lo cautivó por completo.

Los dedos de Jude se agarraron de sus hombros y él supo que ella también sentía la conexión.

Cart liberó su rizo, sus dedos le rozaron la mejilla para luego detenerse en el cuello expuesto.

El siguiente momento pasó rápidamente, pero también duró lo que parecía siglos.

Respiró el aroma de lavanda de su cabello y la dulzura de su aliento, como si hubiera disfrutado de mermelada con pan tostado en su última comida. Sus labios se encontraron y Cart se perdió.

Perdido en la sensación de un contacto tan íntimo, los suaves y carnosos labios de Jude presionaron su boca mucho más rígida. El leve roce de sus bocas se convirtió en algo más profundo, más sensual, cuando las manos de Jude se movieron desde sus hombros hasta enredarse en su pelo justo encima del cuello. No había tiempo para que Cart examinara su falta de conocimiento sobre el acto físico de besarse. Ciertamente, él también fue informado en el aspecto emocional del acto. Pero a medida que el ritmo se aceleraba y sus labios encontraban su propio ritmo, cualquier timidez por parte de Cart fue olvidada.

Los distantes sonidos de risas, las ruedas de los carruajes y los cascos de los caballos se desvanecieron por completo cuando todos sus sentidos se centraron en Jude y en sus dedos que aferraban su cabello y que tiraban de él ligeramente. Incluso el perfume de ella disminuyó, reemplazado por la sensación que emanaba de ella: el suave vestido, el pelo rozándole el rostro mientras sus bocas se movían, la sensación de su pulso acelerado en el cuello donde descansaban sus dedos.

Y sus labios contra los suyos, que de repente se desvanecieron cuando la sintió retroceder ligeramente y algo extraño rozó su labio inferior. Le sobresaltó darse cuenta de que era su lengua. Nunca había leído que se hiciera algo así durante un beso. Lo sorprendió, pero al mismo tiempo, también le dio una sensación de euforia al momento.

Su mano acarició le acarició espalda mientras la de ella seguía acariciando su cabeza.

La sensación después de la sensación lo sacudió.

No era de extrañar que los grandes hombres cayeran de rodillas ante los placeres de la carne. Algo más de tiempo, y Cart caería más pesado que la mayoría, pero encontraba todo sobre Jude intoxicante.

De repente, Jude se puso rígida en sus brazos, las manos cayeron a los costados y los labios se congelaron contra los suyos.

—¿Has oído eso? —Ella murmuró contra sus labios, todavía cerca.

—No, yo... —Cart comenzó a escuchar algo que venía de los arbustos no muy lejos.

—Es un crujido —Jude se apartó por completo de sus brazos, al tiempo que observaba a ambos lados del camino—. Tal vez sea hora de que regresemos.

Cart quería gritar su desacuerdo, atraerla de nuevo hacia él y terminar lo que habían comenzado, sea lo que sea. En cambio, él asintió.

Advirtió que tenía un hermoso tono de rosa cuando se llevó las manos a las mejillas antes de recorrer rápidamente con ellas su vestido, miraba en todas direcciones, menos a él.

Otra nueva experiencia; ¿Qué debería decir o hacer uno después de un beso particularmente placentero? Un beso que dejó a una persona mentalmente borrosa sin una pista de cuánto tiempo había pasado. Ciertamente no era la primera vez que se sentía así en su presencia, pero parecía empeorar cada vez que se encontraban.

Se pasó los dedos por el cabello en un intento de domesticar con sus manos errantes los mechones rebeldes que estaban fuera de lugar. Afortunadamente, él había dejado sus lentes en casa o probablemente los hubieran golpeado en la cara.

—Señorita Judith...

La risa, seguida de pasos, sonaba por el camino por el que habían andado. Con pesar, su momento a solas había llegado a su fin, a su gran desilusión.



Jude finalmente lo miró, una expresión indescifrable en el rostro, pensativa, pero al mismo tiempo, cansada, como si ella también hubiera experimentado algo nuevo y placentero y estuviera triste de ver que terminara.

—Ahí están ustedes dos —la voz grave de Sam se hizo más profunda con la sugerencia—. Pensé que íbamos a necesitar aventurarnos hacia el interior del camino para encontrar a los dos.

—Mis disculpas si las dejé esperando mucho tiempo —Cart se apresuró a ofrecer una explicación por su ausencia prolongada—. Estábamos haciendo nuestro camino de regreso a su carruaje en este momento. Permíteme acompañarlas a todas al camino principal.

Cart miró a Jude y le ofreció el brazo. Con gusto puso su mano sobre él y se movió, una vez más, a su lado. Su rubor había disminuido y su respiración había vuelto a la normalidad, aunque notó que sus labios estaban un poco más llenos que lo habitual.

Algo que haría bien en recordar en el futuro: besarse era algo peligroso; dejaba su marca para que el mundo lo viera si uno no tenía cuidado.

# # #

Cart se detuvo y alzó la vista hacia el letrero de madera oscilante que proclamaba con orgullo a *Lewis Stanford - Subastas*. El lugar, sus olores, ruidos y patrones, era muy familiar para él. Era el lugar donde Cart había pasado innumerables horas revisando documentos escritos y buscando habitación tras habitación sus reliquias familiares. Había encontrado bastantes gracias a todos sus esfuerzos.

Pero hoy era diferente.

Él no estaba aquí para buscar un valioso tesoro o para hacer una oferta por uno recién descubierto.

Cart respiró hondo, levantó la gran caja que había arrastrado desde su casa, cargó en un coche de alquiler y descargó aquí, en sus brazos y empujó a través de la puerta. Una campana sonó, anunciando su llegada.

—Buenos días, milord —saludó el Sr. Stanford cálidamente—. No lo esperaba hasta fines de la próxima semana. ¿Qué tiene aquí? —El comerciante se alejó del estante de los libros que estaba organizando cuando Cart dejó el cofre en el suelo.

Era algo que Cart esperaba que nunca tuviera que hacer, pero con la demanda de su madre de mayores fondos, no tenía otra opción. Por lo tanto,

había pasado la noche anterior reuniendo cualquier cosa de valor significativo de la que pudiera separarse. Todos eran objetos de poco o ningún valor sentimental, pero eso no disminuía el sentimiento de pérdida que sentía incluso antes de entregárselos al señor Stanford.

—Traje algunas piezas sueltas para vender, cosas que estoy seguro otros apreciarán mucho más que yo —mintió Cart. Rara vez se había encontrado con otro coleccionista que atesorara una obra de arte de valor histórico mejor que él, pero ahora no era el momento ni el lugar para angustiarse por la difícil decisión que había tenido que tomar—. Pensé que podría interesarle algunas o todas las piezas: varias pinturas, algunas estatuas e incluso un anillo legendario que pudo haber pertenecido a una reina egipcia.

El hombre miró a Cart sospechosamente antes de acercarse corriendo para mirar, incapaz de resistir el atractivo de cualquier cosa con la que pudiera obtener ganancias.

Cart giró el pestillo del cofre y lo abrió de par en par para revelar los tesoros que había adentro.

Desvió la mirada y se enfocó en los objetos alrededor de la desordenada habitación como si estuviera interesado en una compra.

—Eche un vistazo. Hay mucho que encontrará de su gusto.

Al alejarse, Cart levantó una estatua de cerámica de una diosa griega del mar, Anftrite, e inspeccionó las espléndidas habilidades de escultura necesarias para crear una pieza tan exquisita. La pieza no era particularmente antigua, pero mantuvo su atención para evitar ver al hombre hurgar entre sus cosas en busca de cualquier cosa que llamara su atención.

Stanford masculló exclamaciones de excitación varias veces mientras rebuscaba en el cofre.

—Treinta y cinco libras para todo el lote. —La totalidad del lote estaba más cerca de las cuarenta y cinco libras según las estimaciones de Cart, pero necesitaba el dinero ahora, no mañana o dentro de quince días. Él no tenía la libertad de regatear con el hombre.

—Veinticinco, ni un chelín más —replicó Stanford.

—Absolutamente no —refutó Cart—. Me insulta que resista mi precio de venta.

—Milord —Stanford se encogió de hombros—, no soy más que un humilde hombre de negocios que busca mantener a su familia.

—¡Pamplinas! —Cart no podía creer el descaro del hombre—. Usted no está casado y sé que recientemente ha comprado una granja en las afueras de

Londres; no intente engañarme, Stanford.

—Treinta libras —cedió, y levantó las manos con disgusto—. Un hombre no puede ganarse la vida honestamente a esos precios.

Era el precio que Cart esperaba obtener por contenido del cofre aunque pero le dolía separarse de los artículos.

—De acuerdo —dijo, con los dientes apretados.

Sinceramente esperaba que su madre apreciara todo lo que había hecho para rectificar su situación actual. Tenía que ser la última vez que solicitaba un subsidio tan grande o, a continuación, se verían obligados a deshacerse de las cosas de primera necesidad.

—En otro orden de cosas —dijo Cart, su irritación hacia el hombre se disipaba con rapidez—. ¿Has escuchado algo sobre la pintura que he estado buscando?

Stanford enarcó una ceja ante el interés de Cart. Cart sabía que si el hombre realmente encontraba la pintura de su padre, el precio sería alto. Casi siempre, Stanford era un honesto comerciante y subastador de objetos de colección. Pero en otros días, incursionaba en negocios de tipo más ilícito, ya sea en artículos robados, perdidos u olvidados hacía tiempo. Era la principal fuente de información de Cart cuando fue contratado para encontrar una antigüedad, y la gran mayoría de las veces, el hombre podía ubicar la pieza o dirigir a Cart en la dirección correcta.

—Ni una palabra, milord —Stanford negó con la cabeza, decepcionado de no haber tenido éxito en su búsqueda—. No creo que la pintura esté en Londres, ni siquiera en Inglaterra. He hecho lo que me había ordenado y ofrecí una recompensa por la pintura o cualquier información sobre su paradero... pero nada.

No todas las empresas que Cart había emprendido tuvieron éxito, pero esta era personal. La pintura de su familia, encargada por su padre, la última de esas ellas.

Significaba mucho para él y la necesidad de localizarlo nunca disminuiría.

—Por favor, pregunte otra vez y avíseme si llega a saber algo.

—Por supuesto, Lord Cartwright. De esta forma. Stanford condujo a Cart hasta la parte posterior de su tienda que albergaba su caja de seguridad, donde el hombre contó las libras acordadas y se las entregó a Cart— Aunque apreció el trato, entiendo su dolor por dejar ir estas piezas —El hombre parecía satisfecho de que la transacción se hubiera completado y ahora podía

jactarse de su gran adquisición—. Me aseguraré de que las piezas se vendan a personas que sean merecedoras de ellas.

—Hágalo, Stanford —Cart dio media vuelta para irse, al tiempo que guardaba los fondos en el bolsillo de su abrigo para mantenerlos a salvo, hasta que estuviera obligado a entregárselos a su madre.

—¿Lo veré la próxima semana?

—Me temo que no. Tengo otros compromisos. —Cart hizo todo lo posible por parecer abatido de perderse la subasta de este mes—. Envíe un mensaje si hay algo que esté disponible y que pueda interesarme.

Con un gesto de asentimiento, Cart salió de la tienda, con destino a casa y su madre, Lady Cartwright.

## Capítulo Trece

Jude se sentó, con un libro abierto en el regazo, esperando que sus hermanas se fueran. El tutor de Payton llegaría en breve, y Samantha partiría a Haversham para tomar el té con lady Haversham y la señora Jakeston. Era la oportunidad perfecta para que Jude tomara el jarrón y se escabullera de Craven House sin que su hermano mayor lo notara. Le habían dicho que visitaría a Lady Haversham con Sam. Eso daría a Jude varias horas de tiempo para que ella y Lord Cartwright investigaran el jarrón, lo que Jude no necesitaba. Sabía todo lo que había que saber sobre el artículo, especialmente que no podía arriesgarse a que lo vieran en un lugar público.

Pero no tuvo más remedio que sugerir la biblioteca para la reunión; era eso o arriesgarse a ser reconocida en la casa de lord Cartwright. Su suerte en pasar desapercibida no podía durar mucho, y la niña no podía permanecer en su salón de clases de forma indefinida.

Habían acordado que Jude aceptaría cualquier cifra que Cart quisiera gastar por la pieza y que se lavarían las manos, y dejarían a Lord Cartwright sufrir el castigo por poseer el artefacto robado.

Sam no se arrepentía de su plan, pergeñado antes de haber encontrado un coleccionista adecuado para comprar la pieza y, desde luego, mucho antes de conocer a Cart.

Jude no tenía más que remordimientos en este momento.

Lo que más le dolía era darse cuenta de que su mayor sentimiento de culpa era haber conocido a Lord Cartwright, tropezar con él en la fiesta en el jardín de lady Haversham, y luego engañarlo para que se hiciera amigo de ella.

¿Y su mayor remordimiento?

Que haya permitido que la besara.

Una mentira que se había estado diciendo durante los últimos días desde su paseo en Hyde Park.

No había permitido que la besara; ella había iniciado el beso. Se había aprovechado de él acercándose en esa zona boscosa y presionando sus labios contra los suyos.

El primer beso de Jude.

Y había sido una farsa. Fue un beso dado bajo falsos pretextos.

Pero sabía que el tiempo se acababa para Craven House, si los avisos eran de creer. Marce le debía dinero a alguien y vender el jarrón era la única forma en la que Jude podía ayudar con la situación. Su hermana mayor no hablaría de los peligros que les esperaban si los requerimientos de la nota no eran satisfechos, pero a Jude y Sam no les costó mucho imaginar las consecuencias. Los echarían de su casa y no tendrían ningún lugar adonde ir.

Eso le dejaba unos pocos días para deshacerse del jarrón y obtener el dinero, lo que hacía de Cart su única opinión.

Más vergonzoso era que esperaba que sus labios se encontraran de nuevo, tan pronto como fuera posible.

Y eso no tenía nada que ver con el jarrón ni con salvar su casa.

Sintió que las mejillas se encendían ante sus pensamientos indecentes. Mirando alrededor de la habitación, confirmó que ninguna de sus hermanas le prestaba atención. Sam hojeaba las revistas de chismes como lo hacía cada semana y Payton permanecía inactiva, mirando por la ventana nada más que a los arbustos que bordeaban el camino. Su hermana menor y su capacidad para refugiarse en sus propios pensamientos, preocupaban a Jude, pero últimamente no tenía tiempo de explorar los estados melancólicos de su hermana. Marce y Sam estaban felices de haber disipado su lloriqueo juvenil y mezquino. Jude no estaba convencida de que un reposaba Payton fuera mejor que una señorita egoísta y llorona.

Tal vez le tomaría a alguien especial alejarla de sus reflexiones y presentarla a...

Jude se detuvo, alejando el pensamiento de su mente. Sin embargo, se abrió paso de nuevo. Ya no le quedaba nada más que cerrar los ojos y permitir que su mente divagara; a nadie le molestaba que sus pensamientos exploraran los anhelos que acababan de despertar en ella.

Primero, ella recordó la sensación de sus labios, tan diferente de lo que había imaginado. Eran posesivos de la manera más inspiradora, firme y dominante. Y en total desacuerdo con el hombre que los poseía. Cart había asumido un papel dominante durante su abrazo, pero no había estado seguro de sus acciones y se retiró cuando sintió que la lengua de la muchacha le rozaba el labio.

Había sido sabio de su parte que la rodeara con sus brazos o Jude probablemente se hubiera derrumbado cuando se le aflojaron las piernas, traicionándola.

¿Sería tan atrevido en la Biblioteca Circulante de Sir Edwin?

Imaginó una cita a escondidas entre las numerosas y estrechas estanterías de libros o un beso robado en una de las salitas que bordeaban la sala principal de lectura. Su pecho se puso tenso y su respiración aumentó, pensando en las posibles oportunidades de estar en sus brazos.

Nadie la conocería allí; había mentido cuando afirmó que la biblioteca era como un segundo hogar para ella. Jude había visitado el archivo solo dos veces, y las dos veces habían sido en horas de la madrugada antes de que la mayor parte de su familia hubiera abandonado sus habitaciones. Sí, había explorado las muchas secciones -ciencia, historia, periódicos-, pero había dudado de que la vieran en el lugar por miedo a que cuando los artículos empezaran a desaparecer en Londres, alguien recordara haberla visto revisado los volúmenes antiguos sobre asuntos similares. Su interés en la historia y los artefactos no debía verse comprometido por su decisión de robar el jarrón. Sus actividades ilícitas debían terminar, antes de que fuera demasiado tarde y de que pudieran a su familia con cualquier maldad.

Y así, Jude se había mantenido alejada de un lugar que sabía que le encantaría si tuviera más oportunidades de explorar sus tesoros.

Explorando tesoros, oh, cuánto le complacería explorar a cierto hombre que pronto llegaría a la biblioteca.

—Señorita Samantha, señorita Judith—llamó Darla, su ama de llaves. Jude abrió los ojos para ver a Darla en la puerta abierta—. El carruaje las está esperando.

Jude actuó desinteresadamente mientras Sam se ponía de pie, sus fotos de moda olvidadas ante la perspectiva de visitar la casa de Lady Haversham durante las horas de mayor audiencia.

—No me siento del todo bien—exclamó Jude—. Creo que me quedaré en casa, extiende mis más sinceras disculpas a Lady Haversham y a la señora Jakeston.

—No puedes abandonarme—dijo Sam sin entusiasmo. No había nada que su hermana disfrutara más que ser la única gemela.

—Estoy segura de que podrás arreglártelas sin mí esta vez.—Jude se había sentido agotada por las incesantes preguntas de Sam sobre el jarrón: cuándo se habría ido, cuándo tendrían el dinero y por qué Jude no había forzado su relación amistosa con Lord Cartwright. Lo que su hermana ignoraba era que su *relación* con Cart había superado lo que era apropiado y si Jude tenía algo que decir al respecto, se aventuraría en un territorio

escandaloso. Fue por muchas razones por las que Jude no le estaba contando a Sam sus planes para el día.

—Te esperaré aquí para que puedas contarme las noticias de cómo fue tu tarde.

Jude estaba cerrando sus apuestas sobre la necesidad de Sam de sentirse importante y funcionó.

—Muy bien. —Sam sonrió, su vestido verde claro complementaba su cabello enroscado en la coronilla.

—Yo puedo acompañarte —llamó Payton desde su lugar en la ventana—. De todos modos, estoy en mi último año de estudios. Perder una lección no me hará daño.

—Eso no será necesario —Por supuesto, Sam no deseaba que su hermana acompañara y usurpara la espléndida atención de una recién llegada debutante—. Eres demasiado joven, e inexperta para el salón de Lady Haversham. Imagina si avergonzaras a Marce. Se molestaría muchísimo.

—Buenas tardes, queridas hermanas. ¿A quién están molestando ustedes tres ahora? —Garrett entró en la habitación y se inclinó ligeramente para darle un rápido beso en la mejilla al ama de llaves. Altamente inapropiado, aunque era inclinación de Garrett empujar los límites y sorprender a las personas siempre que fuera posible—. ¿Debo encerrarlas a todas hasta que Marce regrese? Eso significaría más trabajo para mí, y saben que aborrezco el trabajo de cualquier tipo.

Sam se cruzó de brazos y le dirigió una mirada mordaz.

Payton se rió, un sonido incontrolado de alegría, una rara ocurrencia.

—Por qué siempre crees que estamos en algo malo, nunca lo sabré —exclamó Sam, ofendida, antes de pasar a su lado para seguir a Darla fuera de la habitación.

—Siempre sabe cómo hacer una salida dramática —Garrett entró en la habitación y se tiró en el sofá, de forma muy similar a como lo había hecho el día en que Marce partió para su viaje—. Para haber sido un burdel, esta casa es sin duda la residencia más aburrida y tediosa de toda Inglaterra. ¿Es esto lo que hacen las damas todo el día?

—Hermano, has traído la triste sombra del aburrimiento contigo —bromeó Jude—. Por desgracia, no será de nuestra mano que veas alboroto alguno mientras Marce esté lejos. Estamos tomando su advertencia de corazón y evitando problemas.

—¿Y en qué ocupará tu día, mi hermana más querida y favorita?



Sus palabras irritaron a Payton, como él había querido. No había nada que molestara más a su hermana menor que sentirse extraña. Marce y Garrett estaban vinculados por los muchos años que pasaron juntos antes de que su padre falleciera y su madre decidiera a tener otros hijos. Sam y ella estaban cerca, por razones obvias, pero con Marce y Sam fuera, Payton deseaba desesperadamente ser la hermana favorita de su único hermano.

Fiel a su forma, Payton se levantó con un fuerte bufido y siguió a Sam fuera de la habitación.

—Ciertamente sabes cómo limpiar una habitación de mujeres —dijo Jude con una sonrisa—. ¿Cómo esperas llamar la atención de una dama adecuada y engañarla para que se case contigo?

—Compañía femenina, nunca me ha faltado. No temas.

—Dije mujer *adecuada*.

—Las mujeres apropiadas de la *alta sociedad* están al acecho en cada esquina —suspiró mientras se pasaba el brazo por la cara— y esos tipos de mujeres nunca serán engañados, como dices tú, por un simple hijo menor sin título o dinero. Además, si tú y Sam son una muestra de lo que constituye un comportamiento aceptable para las jóvenes debutantes, entonces estoy más que contento por estar lejos de tu tipo monótono.

—¿Mi tipo monótono? Rió Jude.

—Me escuchaste correctamente —Se movió para sentarse y arrojó una almohada dorada en la dirección de su hermana—. Eras mucho más divertida antes de que tuvieras la mira puesta en ser aceptada en sociedad, hasta se podía contar con que Payton se riera de vez en cuando, pero ahora...

Jude ansiaba compartir con su hermano exactamente lo poco femenina e inconformista que ella y Sam habían sido últimamente. Una parte de ella sabía que él encontraría una salida para ellas, arreglaría todo antes de que todo saliera mal, y evitaría que lord Cartwright se enterara de que era un completo fraude.

Por desgracia, le había jurado a su gemela que mantendría todo entre ellas, que nunca le diría a ninguno de sus hermanos lo lejos que habían ido para ayudar a Marce y conservar su hogar.

—Lamento que encuentres a su familia tan desagradable, querido hermano.

—Jude se puso de pie, mirando el jarrón acurrucado inconscientemente en la mesa detrás del sillón que ocupaba Garrett.

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Pensé que podría visitar mi club de esgrima —cerró los ojos y suspiró con exageración—, o tal vez ir a Tattersall. No estoy seguro, pero debo regresar para prepararme y organizar esta noche.

Jude necesitaba hacerse con el jarrón y salir de inmediato si quería llegar a tiempo para encontrarse con Cart. Sería desastroso si él pensara que había cancelado sus planes.

—Creo que me retiraré a mis aposentos. —Jude se puso en pie y de deslizó hacia la mesa. La posición de Garrett hacía que fuera imposible para él vigilarla. Recogió las estampas de moda de Sam para disimular y agarró el jarrón antes de girar hacia la puerta—. Por favor, mándame llamar si necesitas ayuda con algo.

—Ciertamente —dijo, mientras agitaba su mano en señal de despedida—. Disfruta de tu tarde.

—Tengo intenciones de hacerlo. —Jude supo el error que había cometido en el momento en que las palabras salieron de su boca. No eran las palabras, sino la forma en que las había dicho.

—Garrett levantó la cabeza del diván y, con la mirada, siguió a su hermana hacia la puerta—. ¿Qué tienes ahí?

Jude levantó la mano que sostenía las estampas.

—Sam se olvidó sus cosas. Las devolveré a nuestro dormitorio. Con picardía, colocó el jarrón a su lado y rezó para que su falda lo ocultara de la vista.

Ella se deslizó fuera de la habitación y subió con rapidez las escaleras a su dormitorio. Una vez adentro, sacó un bolso de debajo de la cama y lo dejó sobre el tocador, abierta. Sería necesario envolver la delicada antigüedad en algo suave y no abrasivo para su caminata a la biblioteca circulante. Ella tomó el chal olvidado de Sam que colgaba flojamente a los pies de la cama. Ofrecería el cuidado y la protección suficiente para su corto viaje, y con un poco de suerte, Jude no volvería con la pieza, sino con una bolsa llena de billetes.

Sintió una puntada de arrepentimiento que se enterraba profundamente y que tomaba fuerzas mientras colocaba el jarrón en la bolsa.

Pero Jude no podía darse el lujo de sentirse culpable por usar a Cart. Su familia necesitaba el dinero y él estaría encantado de tener el jarrón.

Debía pensar que era un intercambio justo, cualquier cosa para aliviar el inmenso remordimiento que la atormentaba cuando se apresuró a irse de Craven House. No sería prudente analizar la razón detrás de su culpa por

haber engañado a Lord Cartwright. Una cosa era cierta, no era porque deseara besarlo de nuevo. Sus posibilidades de cumplir ese deseo, si alguna vez él descubriera su engaño, serían nulas.

## Capítulo Catorce

Cart vagó por un pasillo que albergaba lo que la biblioteca llamaba su *Sección Antigua*, que sin duda era una broma, ya que la fila solo contaba con aproximadamente ochenta y dos libros de diferentes tamaños. Según los cálculos de Cart, esa era lo máximo que una estantería de esas dimensiones y construcción podría soportar antes de que los estantes cedieran con el peso.

No valía la pena considerar la idea ridícula de que estos ochenta y dos libros contenían todo el conocimiento registrado sobre cualquier cosa *antigua*. En su propia biblioteca, Cart tenía el doble de esta cantidad solo dedicada a la historia de los patrones del clima en todo el mundo conocido.

¿Por qué había permitido que Jude lo convenciera de que la Biblioteca Circulante de Sir Edwin le ofrecería todo lo necesario para datar y registrar los orígenes de su jarrón?

Ciertamente porque eliminaba la posibilidad de que Jude y Lady Cartwright se encontraran cara a cara. La última vez que Jude había visitado su casa había estado demasiado cerca para su comodidad. No es que quisiera ocultar su incipiente amistad con Jude, solo esperaba evitarle la afilada lengua de su madre.

El lugar era bastante acogedor; albergaba una gran sala llena de mesas, sillas y sofás para que los visitantes se sentaran y leyeran, o visitaran a conocidos. La temperatura no era sofocante ni fría, sino algo intermedio, lo que mejoraba la energía necesaria para retener cualquier libro leído allí. Era un ambiente que favorecía el aprendizaje, si no hubiera tanta gente y voces con las que lidiar.

Llegó al final del pasillo donde había estado curioseando, debatido entre la nerviosa anticipación de cuándo llegaría Jude y el temor que ella hubiera cambiado de opinión y hubiera cancelado la visita y buscó en la sala principal a Theo, que lo había acompañado con deleite al saber que visitarían una verdadera biblioteca circulante. Cart había buscado con regularidad las pequeñas áreas en el *White's Gentlemen's Club* que tenían volúmenes mínimos pero que ofrecían mucho espacio para que uno se refugiara de querer alejarse de un hogar excesivamente ruidoso.

No había tal silencio en este lugar: a Theo le parecía grandioso, pero dejaba muchas cosas que desear para Cart. Lo único positivo era que, debido a la naturaleza pública del establecimiento, Jude no necesitaba traer una acompañante, o eso había dicho unos días antes en el parque.

El parque.

Cart sacudió la cabeza para librarse de los pensamientos que se arremolinaban en las fronteras de su subconsciente.

Imágenes que se repetían una y otra vez... algunas muy reales, mientras que otras eran más de naturaleza imaginaria.

Pero incluso con los pensamientos ya acallados, todavía podía sentir la calidez de sus labios sobre los suyos y la suavidad de la piel que sus guantes no cubrían cuando había cruzado definitivamente los límites y le había acariciado la brazo por debajo de la manga. El momento lo había tomado por sorpresa, tanto que había huido en el momento en que dejó a Jude con sus hermanas. Su mente gritó que necesitaba tiempo para reconciliar lo que el beso había significado para los dos. Ciertamente no había fomentado la intimidad, pero tampoco la había detenido cuando se dio cuenta de su intención. Sin dudas, él no había sido el primero en retroceder.

Pensar que alguien podría desviado de su camino y haberlos visto... Jude habría quedado arruinada, así atrapada en el abrazo de un hombre. Se estremeció al pensar qué habría sido necesario de su parte si hubieran sido descubiertos. Una confesión sobre temas que nunca trató de decirle; un lado de él que esperaba mantener alejado de ella.

Él era un mendigo.

Él había sido estafado y privado de la mayor parte de su herencia por un pariente de confianza.

Él era un tonto probado. Una desgracia familiar.

Él se *ganaba la vida* para mantener a su familia alimentarla y vestirla.

Y, discutiblemente, lo peor, vivía con una arpía de madre, que le recordaba todos esos hechos cada vez que ambos frecuentaban una habitación al mismo tiempo.

Finalmente ubicó a Theo al otro lado de la gran sala haciendo lo mismo que él, deambulando por una sección mucho menos grandiosa y organizada de lo que debiera de haber sido. Aunque lejos, Cart alcanzó a leer el cartel sobre la estantería: *Novelas (Aventura, misterio e intriga)*.

Sonrió, sabiendo que su hermana había encontrado el área perfecta para sus gustos, lo que la haría pasar una tarde mucho más agradable, lejos de la

atenta mirada de su madre. Probablemente encontraría un libro lleno de cuentos de piratas de capa y espada, de alguna princesa o doncella. Las historias inventadas que no proporcionaban un verdadero aprendizaje, pero que enseñaban a los jóvenes que la creencia en el imaginario era un pasatiempo que valía la pena.

Para él, ese momento había pasado cuando supo que su tiempo en la universidad había terminado y debió regresar a Londres de inmediato. Ni siquiera tenía los fondos para contratar un carruaje adecuado; su madre tampoco le había enviado uno. Había mendigado suficiente dinero a un profesor para viajar en un coche correo que habría de dejar Eton antes del amanecer una mañana, y atravesado las veinticuatro millas de Windsor a Londres en espacios estrechos.

Hizo un pequeño saludo con la mano a Theo cuando miró en su dirección y se metió de nuevo en la fila, sin querer que tropezara con él y con Jude... si alguna vez llegaba.

El reloj en lo alto de la habitación principal sonó una vez.

Jude no estaba retrasada. Era él el que había llegado temprano, sin saber cuánto tardaría la caminata.

Cart se concentró en calmarse. No serviría que ella se encontrara con él tan nervioso que le transpirara la frente y las palmas de las manos.

Su respuesta física a ella no tenía el mínimo sentido y temía que se debiera principalmente a la reacción emocional hacia su persona, o simplemente al pensar en ella. El sedoso cabello castaño rojizo. O ña estatura, alta en comparación con la mayoría de las pequeñas debutantes. A pesar de que encontraba su delgadez agradable a la vista y cómoda para caminar lado a lado. También podría ser su forma de reírse cuando hablaba en voz alta en lugar de analizar algo en su mente.

Su mente... su cuerpo definitivamente tuvo una reacción positiva a su mente. No habían hablado del clima u otros temas triviales desde su primer contacto.

Era refrescante y aterrador al mismo tiempo.

—¿Lord Cartwright?

De repente, ella estaba de pie frente a él, había aparecido de la nada, o tal vez se había manifestado a partir de sus pensamientos. Se había deslizado en la biblioteca en forma inadvertida, a pesar de que Cart había mirado hacia las puertas a menudo.

No se habían visto desde el paseo en el parque y las imágenes encerradas en su mente no le hacían justicia. Su belleza en verdad quitaba el aliento, especialmente con el abrigo largo y oscuro abotonado hasta la garganta y el cabello parcialmente suelto que descansaba en los hombros.

—Espero no haberle hecho esperar demasiado —dijo, al tiempo que sus ojos evitaban su mirada.

Quería decirle que esperaría una eternidad si eso significaba que eventualmente viniera a él. En cambio, respondió:

—No, en absoluto. Pude examinar la selección mientras esperaba.

Se mantuvieron separados unos metros, en silencio.

—¿Nos sentamos? —Hizo un gesto hacia una pequeña mesa con dos sillas, separada de la sala principal—. Permítame llevar su abrigo y su bolso. Debe de ser pesado.

Ella soltó el bolso sin problemas y lo siguió hasta la mesa donde él le tendió una silla para que se sentara, esperando que fuera lo correcto. Inclino la cabeza mientras se desabrochaba rápidamente el abrigo y se lo daba.

—Espero que el viaje hasta aquí haya transcurrido sin incidentes —dijo, en un intento de conversación mientras se sentaba frente a ella.

—La caminata fue enérgica y refrescante, aunque sin incidentes.

—Ha venido caminando —tartamudeó— ¿Sola?

—Es de día y las calles están concurridas. Se lo aseguro, fue bastante apropiada.

El se sorprendió al darse cuenta de que no era lo apropiado de la caminata lo que le preocupaba sino su seguridad.

—No estaba cuestionando su respetabilidad.

—Es bueno saberlo, porque alguien, con seguridad, consideraría muy indecente el tiempo que pasamos juntos en el parque.

Lamentaba haberlo besado, deseaba que nunca hubiera ocurrido.

Sabía que esta posibilidad existía y no debería sorprenderse de que expresara su preocupación por sus acciones en ese día.

Su mano se posó en la de él, que descansaba sobre la mesa, y sonrió.

Ella estaba siendo amable, aunque le comunicaba firmemente que no habría otro beso en el futuro. Se le hizo un nudo en el estómago, ¿qué otra cosa podían significar sus palabras y gestos?

Ella lo compadecía. Al menos, ella tenía la amabilidad de continuar su amistad.

Cart se aclaró la garganta, decidido a mostrarle que también podía pasar por alto lo que habían hecho y continuar una relación adecuada.

—¿Puedo ver el jarrón?

Le dolía que obviamente no la hubiera impactado con el beso. O que lo hubiera hecho, pero que desde entonces hubiera cambiado de opinión.

Cart la miró mientras tiraba de la bolsa hacia ella y sacaba del interior un paquete envuelto. Jude había tenido mucho cuidado al empacar el precioso jarrón antes de abandonar su residencia. Era algo digno de admiración, porque había tantos que abusaban de las antigüedades y les causaban daños irreversibles, pero no Jude. Ella había envuelto el jarrón con un chal de ganchillo de algún tipo.

—¿Le gustaría desenvolverlo? —Le preguntó y sostuvo el objeto hacia él.

Quería quitar la tela y ver qué secretos había debajo con desesperación: su corazón palpitaba y su respiración se aceleraba ante la anticipación. Era casi lo mismo con cualquier pieza nueva que contemplaba. Era urgencia y, actualmente, la única cosa que podía aliviar su decepción ante la reacción de Jude, o la falta de ella, a su beso.

Cart tomó el paquete y desenrolló el material que protegía el jarrón con lentitud.

La pieza era liviana, casi ingravida en sus manos cuando retiró lo último que quedaba del material que lo había envuelto. Cart no podía dejar de jadear.

Quería devolverle el jarrón a Jude, actuar como si no lo hubiera visto y permitir que su relación diera un paso atrás: una afición mutua por las antigüedades, una sed de conocimiento histórico, el disfrute del mundo académico, pero sabía que tenía que inspeccionar el jarrón. Asegurarse de que sus sospechas fueran correctas, sin dejar ninguna duda en su mente de que la mujer que tenía adelante era un fraude.

Volteando la pieza de costado, Cart identificó los sutiles matices anaranjados creados por el artista, la base rugosa y el golpe que Lord Gunther le había dado.

Mantuvo su mirada fija en el jarrón, porque estaba seguro de que sus ojos revelarían su enojo, su conmoción y su total incredulidad.

—¿De dónde sacó esto? —preguntó en un susurro.

—Es hermoso, ¿no es así?

Por un momento, Cart sintió simpatía por ella. Ciertamente, no sabía que el jarrón había sido robado o que Cart había sido contratado para encontrar la pieza, recuperarla a toda costa para devolverla a su propietario. No podía ser



la mujer sin corazón que veía ante él, una mujer que jugaba con sus emociones y lo usaba para su propio beneficio.

—Pregunté dónde lo ha obtenido —Su voz era profunda, casi un gruñido cuando pronunció lentamente cada palabra.

—Se lo he dicho, yo...

Sus palabras se perdieron debido los fuertes golpes que sentía en la cabeza.

—¿Cuándo lo ha conseguido?

—Hace tiempo.

—¿Hace cuánto tiempo? —insistió—. Precisamente.

—Varios meses, supongo —respondió ella—. Lo he mantenido a salvo y alejado de la luz natural hasta que lo traje aquí. Para usted.

—Lo compraré —dijo.

Todo comenzó a tener sentido: su encuentro casual en la fiesta de Lady Haversham, su pretendido interés en él y su obsesión por las antigüedades. Su presencia fuera de la casa del vigilante nocturno fue suficiente para convencerlo de que los problemas con las autoridades probablemente no eran algo nuevo para ella. Cart había sido un tonto una vez más.

—¿Cuánto quiere por el jarrón?

En sus manos sostenía el objeto que Lord Gunther le había encargado localizar hacía casi tres meses: un jarrón que aparentemente había desaparecido de la vista y ni un solo coleccionista había sido abordado para que comprara la pieza robada.

No podía mirarla, porque si lo hacía, vería a la mujer que había estado escondida de él desde su forzada reunión. No era la mujer hermosa, encantadora e inteligente a la que había llegado a apreciar, a quien esperaba ver, sino una intrigante, intrigante... una charlatana.

—¿No es por eso que estamos aquí? —Preguntó ella—. Debemos investigar la pieza y descubrir un precio apropiado.

—Pagaré cualquier cosa. Por favor, nombre su precio.

No podía soportar mirarla mientras le devolvía el jarrón a regañadientes. Se le revolvió el estómago ante la idea de permitirle caminar desde la biblioteca circulante con el jarrón en su poder, pero no tenía otra opción.

—Cincuenta libras —dijo Jude con confianza—. Creo que es un precio justo.

*¿Un precio justo que pagarle a un ladrón?* Cart quería preguntar. Debería alertar a las autoridades correspondientes de inmediato y permitirles manejar la situación y devolver el jarrón a su legítimo propietario.

En cambio, se escuchó a sí mismo responder:

—Es un precio razonable.

Cart quería alejarse de esta mujer, salir de esta habitación sin aire y poner distancia entre ellos. Después de todo lo que había pasado, todavía era tan crédulo como lo había sido cuando era un joven señor, cuando había recibido el título. Había sido una presa que tenía muchos depredadores que intentaban cazarlo.

No estaba seguro de lo que le hería más: de que se hubieran aprovechado de él otra vez o de que hubiera sido *ella*.

El jarrón podría caer al suelo y romperse en mil millones de pedazos y a Cart no podría importarle menos. Todavía estaría abrumado por la enormidad de su traición.

Se levantó bruscamente y su silla arañó el suelo, lo que hizo que otros miraran hacia el origen del ruido.

Asintiendo con la cabeza y haciéndoles señas con la mano, él se volvió para finalmente encontrar su mirada: su ignorante e inocente mirada.

Cincuenta libras. La miserable cantidad de dinero no estaba ni cerca de lo que valía la pieza. En la mente de Cart, el jarrón no tenía precio, así como su antiguo y raro origen con el que ningún otro tesoro se comparaba.

Y ella había pedido cincuenta miserables libras.

Quería reírse, pero se contuvo. Y pensar que él había tenido la mitad de esa cantidad no hacía mucho tiempo antes de dársela a su madre.

Si estaba jugando con él, entonces era la tonta más grande, ya que el jarrón podría alcanzar casi diez veces esa cantidad en la subasta de Stanford.

—Le enviaré un mensaje cuando tenga los fondos que solicita —dijo con una reverencia cortante. No es que ella mereciera tanto respeto, pero Cart necesitaba mantener bien escondido su enojo o ella y el artefacto probablemente desaparecerían—. No será mucho tiempo, unos días como máximo.

—Puede quedarse con la pieza —insistió con sonrisa tranquilizadora y empujó el jarrón hacia él mientras ella también se ponía en pie.

—Así no es como se hacen tales cosas, señorita Judith.

La sonrisa se esfumó de su rostro mientras lo examinaba y notaba su actitud repentina y reservada.

—Oh, confío en usted, Cart.

Intentó una vez más darle la pieza, pero cuando dio un paso atrás, Jude la envolvió con rapidez en el chal y la guardó en su bolso que sostuvo cerca de su cuerpo.

Cart sostuvo su abrigo para que deslizara los brazos y tiró de ella sobre los hombros con más fuerza de la necesaria. Su significado estaba claro.

Ella se giró hacia él, bajó las pestañas mientras analizaba su comportamiento.

Su tarde en la biblioteca había terminado, para no repetirse. Lo más alejado de su mente de repente fue lo único que había estado pensando todo el día. Quería salir de la biblioteca y nunca volver a ver a Jude, pero primero tenía que recoger a Theo, lo que significaba que tenía que quedarse lo suficiente para que Jude se fuera antes de localizar a su hermana.

Y dentro de unos días, tendría que enfrentar a Jude nuevamente: el ladrón.

—Buen día, señorita Jude.

—Fue un momento encantador —dijo con cautela, mientras intentaba atraerlo a una nueva conversación—. Me encantaría que se repitiera.

Se había expresado de forma más terminante que nunca. Sin embargo, ella estaba de pie frente a él... sin hacer ningún movimiento de partir y le había hecho saber sus intenciones de que planeaba continuar con su plan. Estaba más versada en el arte del engaño de lo que Cart sospechaba. Si no hubiera descubierto sus fechorías, no dudaría en aceptar su pedido de pasar otra tarde juntos.

Los segundos pasaban lo que hacía que Cart se pusiera nervioso. Se ajustó el abrigo y acomodó su corbata artísticamente atada, tirando de las esquinas. Ella esperaba que él respondiera. Cart tenía miedo de que si abriera la boca, nada bueno saliera de ella y la atención se dirigiría hacia ellos.

Con una última mirada, se colgó el bolso sobre el hombro y se dio vuelta para irse, con el ceño fruncido por la preocupación.

Cart se relajó con alivio cuando ella dio el primer paso hacia la abarrotada sala principal.

## Capítulo Quince

La tarde de Jude con Lord Cartwright no había salido como estaba planeado, en absoluto. Ciertamente, estaba encantada con la perspectiva de librarse del jarrón y ganar libras para pagar las deudas de Craven House antes de que Marce regresara a casa.

Era lógico pensar que la única emoción que Jude debería sentir era alivio. Sin embargo, la había embargado cierta inquietud y preocupación por la actitud de Cart mientras estuvieron juntos. Sam había insistido en que los hombres eran de una raza diferente cuando se trataba de hacer negocios, pero el profundo cambio de humor de Cart era algo más que un enfoque singular de la transacción en cuestión.

Se había vuelto retraído y abrupto, incluso más que de costumbre.

Tenía poco sentido. Incluso cuando había sido tan valiente como para expresar que estaría de acuerdo en pasar otra tarde juntos, él no había dicho nada. No mostró ni siquiera un mínimo de interés ante su sugerencia.

Le preocupaba que él supiera, posiblemente, del jarrón y que había sido robado unos meses antes, pero no había visto notado que lo hubiera reconocido. Normalmente, sus emociones se expresaban claramente a través de sus gestos y expresiones faciales. Pero en la biblioteca, se había puesto una máscara de desinterés.

No desinterés en el jarrón, sino en ella.

Había sido imprudente ser tan atrevida como para estrecharlo en sus brazos en Hyde Park. Claramente, no había querido besarla. ¿Qué otra explicación había para su tratamiento de hielo?

La respiración entrecortada cuando Payton y Sam se tropezaron con ellos en el camino había reflejado cómo se había sentido ella. No había imaginado su reacción a su intimidad.

Jude se sentó entre una anciana viuda y un juvenil barón, aunque muy duro de escuchar. Ella esperó la oportunidad de escabullirse de la reunión, brindando suficiente tiempo para que repasara repetidamente lo que había ocurrido entre ella y Cart.

Si alguien se preguntaba dónde estaba su hermana, no lo habían dicho en voz alta, aunque pocos de los asistentes estaban familiarizados con ella. Mientras que su hermana gemela habría pasado la noche riéndose

tontamente por una broma hecha por uno de sus compañeros de cena, Jude se vio obligada a gritar cada palabra al barón sordo o contener la respiración mientras la anciana viuda se inclinaba para compartir continuamente chismes tras chismes sin valor sobre los otros asistentes. Todo el tiempo, Sam se escondió en la sala de retiro de las damas, con un vestido que era exactamente como el de Jude.

No podía hacer otra cosa que sonreír, asentir y actuar como si la noche fuera el momento más fascinante que hubiera tenido en toda su vida. Al menos, ese había sido el único consejo de Marce para sus hermanas en su debut en la sociedad. La única forma de *hacer amigos* y asegurar una posición favorable era hacer que todas las personas que entretenían pensaran que eran realeza.

Y así su noche había progresado de socializar en el salón con mujeres y hombres de diferentes edades y estados, a una cena de sopa de faisán y pato con una amplia variedad de verduras que solo se podía cultivar en un invernadero lejos de Londres. Con solo la parte musical del evento, Jude contaba los momentos hasta que pudiera desaparecer en las áreas más oscuras y desocupadas de la casa.

Con el tiempo corriendo rápidamente hasta el regreso de Marce y la poco exitosa venta de Jude del jarrón hasta el momento, se habían visto obligadas a robar otra obra de arte. Esta vez, sería una pintura. Sería mucho más fácil de obtener. Y eso era lo que Jude necesitaba. Ella había sido testigo de cuando el Sr. Curtis recogía otra misiva del ruinoso estado financiero. Cuando ella le preguntó al respecto, él había desviado sus comentarios de preocupación y le había dicho que lady Marce le había dado instrucciones estrictas para recoger cualquier correspondencia y dejarla directamente en sus habitaciones privadas.

Jude miró a la cabecera de la mesa y deseó que su comida llegara a su fin.

Su tarea de mezclarse y pasar inadvertida estaba funcionando, incluso Lady Haversham no había mirado en dirección a Jude desde que se habían sentado a cenar seis cursos completos atrás.

—Señorita Judith —gritó Sir Glassgow, a solo dos pulgadas de su oreja—. ¿Puedo solicitar su compañía durante la parte musical de la noche?

Jude hizo todo lo posible por ocultar su estremecimiento ante aquel pedido proclamado a viva voz. En el otro lado de ella, la viuda Jenkins sonrió como un gato que había robado la carne de la cena.

—En mi época —la viuda se inclinó para susurrar con complicidad, su mal aliento era más una declaración que sus palabras—. Haría mucho más que

ser su acompañante, mientras una joven tonta destrozara su arpa con un solo.

Jude miró bruscamente a la mujer mayor, por una vez esperando que ella continuara. Pero ella solo hizo un guiño como si Jude supiera lo que habría hecho hace cuarenta años.

Todas las formas en que Jude podía castigar a su gemela comenzaron a correr por su mente: tinte negro en su tratamiento capilar, tachuelas en sus pantuflas, cebollas aplastadas en su polvo facial... Lo más probable es que las tres; sin embargo, una noche de obsequios musicales prometida a Sir Glassgow fuera una retribución adecuada.

Ya era hora de que Jude no fuera la única en sacrificarse en todos los esquemas, todo mientras Sam bailaba el vals y disfrutaba inmensamente del tiempo. Esa noche no habría ningún marqués distinguido ni un duque tremendamente apuesto para Sam; no, solo sería un barón con problemas de audición para ella.

Jude bajó la mirada hacia su plato, un humor adusto se apoderó firmemente de ella. Habían pasado varios días desde que había tenido noticias de Cart después de que había terminado abruptamente su visita a la biblioteca. Ciertamente, él había abandonado todas sus visitas de forma abrupta, pero esta vez se había sentido diferente, su comportamiento no se parecía a nada que ella alguna vez le hubiera visto exhibir previamente. Sus hombros habían estado tensos y se había negado a mirarla a los ojos.

No es fuera débil, sino que le dolió la forma en que la había tratado y que luego (lo peor) la hubiera evitado.

Pensó que habían estado acercándose. Incluso se atrevió a llamarse amigos.

Especialmente después del beso en el parque.

Tal vez no debería haberse esforzado por imponerle el jarrón y, en cambio, encontrar a otro caballero desprevenido, con el que no tuviera relación. El precio de venta era mucho menor de lo que el hombre en la tienda de subastas le había dicho que valdría una pieza similar.

Ella había actuado de manera impropia en el parque. Esa debía de ser la razón del cambio drástico de Cart. Después de haber robado el jarrón, Jude había vivido durante semanas temiendo cada golpe en la puerta de Craven House, pensando que alguien la había visto salir de la casa de lord Gunther o sospechaba que estaba implicada en el robo. Pero nadie había venido y su paranoia por de ser atrapada se había desvanecido tanto que no había considerado inmediatamente que Cart sospechara que había robado el jarrón.

Jude había prometido esperar otro día antes de enviarle el mensaje. Tal vez le resultaba difícil reunir las libras o había encontrado un coleccionista que estaba interesado pero que necesitaba tiempo para hacer lo mismo.

—¿Señorita Judith? —Preguntó el barón a su lado.

El hombre la miró expectante.

Probablemente era un hombre muy amable y atento, uno que sería el marido perfecto para cualquier mujer que le prestara un momento de completa atención, pero esa no era Jude. O, al menos, ese no era Jude esta noche. Ella tenía algo importante que alcanzar, algo que estaría mucho más segura olvidando.

—Me sentiría honrada de que me escoltara a la parte musical de nuestra velada —dijo Jude con una sonrisa brillante—. ¿Me recogerá después de que disfrute de una bebida con los hombres?

Sir Glassglow se inclinó precariamente hacia adelante, lo que provocó que la corbata rozara la sopa, para mirar a la cabecera de la mesa. ¿Podría ser que ambos desearan que la comida terminara rápidamente?

—Mientras prometas recordar mi pedido.

—Estoy más que convencida de que nuestros caminos estaban destinados a reunirse esta noche, señor —dijo Jude con una leve sonrisa. Fue suficiente para tranquilizar al hombre, ya que sonrió a su vez y se volvió hacia la joven a su derecha.

—Señorita Orellana, ha sido una comida tan maravillosa...

¿Por qué le molestaba así que el barón fue tan rápido para dirigir su atención a otra mujer que también estaba disponible?

Incuestionablemente porque Lord Cartwright solo tenía ojos para ella cuando estaban juntos. Conocía las expresiones y gestos únicos de ella. Se atrevió a discutir temas que probablemente no serían favorecidos por otros hombres de la *alta sociedad*. Nunca una vez le había preguntado cuánto valía: su linaje. Por lo tanto, él nunca había descubierto que ella era el fruto ilegítimo de una relación amorosa ilícita entre su difunta madre, la propietaria de Craven House, y su padre, un par del reino de alto rango.

Todos los demás hombres que había conocido no habían sido tan firmes como Cart, parecían creer que ella y Sam eran intercambiables. Un par... aunque no mejor que un solo ser.

Jude necesitaba recordar que no estaba allí para socializar, ni para dejar ninguna impresión duradera. Era la gemela que podía mezclarse con el grupo y pasar inadvertida cuando surgía la necesidad. Hasta que llegara el momento,

ella debía sonreír, parecer encantadora y recatada y, bajo ninguna circunstancia, llamar la atención indebidamente hacia sí misma. Esto significaba horas de discusión sobre los inclementes patrones climáticos de la temporada, adular la elección de la nueva tela de Lady Ferguson, y asentir como una gallina, sin una pizca de sentido en la cabeza.

Era agotador.

Había pensado que actuar como una debutante reservada y sin pretensiones sería simple, pero le costaba mucho esfuerzo parecer vacía y dócil. Lo único que podría empeorar la situación era que alguien le pidiera que aplicara sus talentos femeninos al piano. Esa sería la única solicitud condenada a mortificar a Jude y a Sam.

El barón aclaró su voz y le dio unos golpecitos.

Jude se concentró en la mesa para ver que todos los platos se habían retirado, incluido el de ella, mientras se había perdido en ensoñaciones y todos estaban preparándose para que los hombres que se retiraban a la biblioteca para llenar los vasos hasta el tope de bebidas espirituosas, mientras las damas se reunían en el salón de juegos y entretenimientos musicales.

Mirando por encima del hombro, Jude asintió con la cabeza al sirviente que esperaba para tirar de su silla hacia atrás y luego se puso de con el resto de los concurrentes a la fiesta, mientras colocaba su servilleta de tela sobre la mesa desnuda frente a ella.

Era su señal para escapar del grupo lo antes posible, segura de que Sam tomaría su lugar en el salón hasta que comenzara la música.

Lady Haversham sonrió en su dirección, y probablemente notó la incomodidad de Jude. Ella devolvió la sonrisa de su patrona.

Habían aceptado la invitación de la duquesa a esta cena solo esa mañana. Lord Cartwright no había hecho ningún contrato con ella sobre el cambio del jarrón por dinero y Marce regresaría a Londres antes de que terminara la semana, lo que significaba que su hermana mayor se vería obligada a conciliar sus deudas. Si ella y Sam tenían alguna esperanza de deshacerse del maldito jarrón y deslizar los billetes en el salón privado de Marce sin previo aviso, tenían que trabajar rápido. O encontrar otra forma mucho más sencilla de obtener el dinero que necesitaban.

Eso llevó a Jude a aceptar con agrado la amable invitación de Lady Haversham para encontrarse con ella en la cena anual del Duque de Chamberlain. Ayudó que el duque se jactara de que sus riquezas sobrepasaban a las de la familia real.



Jude se puso en línea con los otros invitados que salían de la habitación, pero evitó llamar la atención de los hombres que no estaban acompañados. El grupo se dividió: mientras los hombres continuaban hacia el estudio del duque y Jude iba detrás de las mujeres que se acercaban al salón de la duquesa. Poco a poco, para no levantar ninguna sospecha, Jude comenzó a disminuir el ritmo al detenerse cada pocos metros para inspeccionar una mesa del vestíbulo o una pintara en la pared. Ni siquiera los apliques de la pared escapaban a su escrutinio: los preciosos candelabros de plata nunca habían sido tan cautivadores y llamativos como lo fueron esta noche. Ella fue tan lejos como para pasar el dedo por el marco de un gran paisaje que colgaba un poco torcido en el pasillo.

Desde una habitación en el interior de la casa, se había cerrado una puerta, lo que confirmaba que los hombres estaban a salvo dentro del estudio. No saldrían sino hasta el fin del tiempo asignado para disfrutar de un momento de paz lejos de las persistentes voces femeninas de sus esposas, hermanas y madres. Ni siquiera el atractivo de las seductoras debutantes era suficiente para que un hombre renunciara a una bebida fuerte y un cigarro.

Jude se detuvo por completo ante una gran pintura al óleo dorada que representaba a un hombre —probablemente el ancestro fallecido del duque— de nariz bulbosa y escarlata, y papada manchada y flácida. Si el artista había tratado de favorecer al señor, entonces Jude se estremeció al imaginar si hubiera pintado la obra con mirada honesta.

Levantó una ceja mientras consideraba las circunstancias de la vida del hombre. Su nariz teñida de rojo y su rostro hinchado seguramente se debían a una indulgencia exagerada con las buenas bebidas espirituosas y a un régimen alimenticio poco saludable. De manera similar, probablemente pasó muchas noches lejos de su esposa y cuando estaba en la residencia, trataba de evitar su propia descendencia. Ese era el camino de la clase privilegiada.

Pensar que estaba robando a un rico y depravado señor para dárselo a los menos afortunados y oprimidos le permitió dormir por las noches. Sin embargo, el descanso nocturno no había sido pacífico últimamente. La causa de su incordio no era algo que le gustara considerar. Había pasado semanas diciéndose a sí misma que era ese maldito jarrón y el riesgo que su posesión le costaría lo que la atormentaba cada noche, pero que apenas había empezado a perder el sueño después de conocer a un conde muy específico. Y ella se negó a especular sobre su último cambio de humor. Cerró los ojos como por propia voluntad y se imaginó el abrazo de ella y de Cart a lo largo del sendero

de Hyde Park, sus brazos seguramente a su alrededor, pero lo bastante suaves como para permitirle escapar si así lo deseaba.

La risa femenina recorrió el pasillo y apartó a Jude de sus pensamientos.

Solo tuvo un breve tiempo para ubicar el lienzo y sacarlo a su carruaje mientras Sam se deslizaba para ocupar su lugar con los asistentes a la fiesta. Habían convencido a Lady Haversham para que les permitiera encontrarse con ella en la cena, en lugar de viajar juntas con el único propósito de mantener a la duquesa lejos de sus nefastas actividades. Era una mujer inteligente y perspicaz, que no demoraría en alertar a la hermana de Jude y Sam sobre las transgresiones en su guardia. Lady Haversham no había encontrado nada sospechoso en que Sam se quedara en casa debido a un espantoso dolor de cabeza.

Habían considerado oportuno pedirle al señor Curtis que mantuviera el carruaje cerca si Jude descubría que necesitaba irse temprano. Si el anciano se daba cuenta de sus idas y venidas a altas horas de la noche y de sus extrañas solicitudes, se lo guardaba para sí.

Con una última mirada hacia la puerta parcialmente abierta del salón, Jude caminó tranquilamente hacia el comedor formal desde donde habían partido. Descubrió que no albergaba lo que buscaban. No, el lienzo se mantendría en una cámara mucho más grande donde más invitados pudieran admirar la maestría del artista. Como no había sido colgado en el comedor, el siguiente pensamiento de Jude fue el gran salón de baile: una parte de la casa que no se había usado para la pequeña reunión que se llevaba a cabo esa noche.

Jude sabía que el riesgo era grande, pero como las puertas dobles del salón de baile estaban en lo alto de la gran escalera: las escaleras principales eran el camino más simple.

El vestíbulo estaba desierto, todos los sirvientes estaban encargados de acomodar a los invitados en el salón y el estudio; incluso el mayordomo estaba trabajando duro lejos de su puesto junto a la puerta principal. Esto le permitió a Jude un momento dirigir la mirada hacia el rellano de arriba y a las puertas dobles firmemente cerradas. Esperaba no haberse equivocado al suponer que el lienzo se podía encontrar allí adentro, porque la suerte de Jude se estaba agotando rápidamente.

Solo necesita subir las escaleras, agarrar el lienzo y salir por la puerta sin ser vista — mucho más simple que irrumpir en una casa a través de una ventana sin balcón y huir después de ser vista.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —Preguntó una voz tranquila detrás de ella, lo que hizo que Jude saltara de susto mientras gritaba de miedo—. Las damas estarán en el salón.

Jude se enderezó y colgó una sonrisa de agradecimiento en el rostro antes de volverse y enfrentar a un joven sirviente, no mayor que Payton.

—Oh, cielos. Este es el momento más embarazoso de mi vida. Jude se tomó la parte trasera del vestido, mientras bajaba la mirada al suelo delante del sirviente—. Me temo que mi vestido se ha roto. No estoy en condiciones de una sostener conversación educada. Tenía la esperanza de encontrar la sala de descanso de las damas para ver si podía arreglar el vestido.

La sonrisa de la niña se convirtió en un gesto de preocupación.

La sala de las señoras está en ese pasillo. —Ella asintió con la cabeza en la dirección de donde había visto Jude y desde donde aún podían oírse las conversaciones de las mujeres—. Voy a buscar mi costurero para arreglarlo.

Jude sintió una punzada de remordimiento por engañar a la chica.

—Eso sería muy amable de tu parte.

La sonrisa del sirviente regresó y se dirigió hacia las cocinas.

Su tiempo ahora se había reducido significativamente. No le tomaría mucho tiempo a la niña viajar a su dormitorio, recoger su costurero y regresar antes de encontrar a Sam esperando en la sala de retiro.

No había forma de evitarlo: Jude se tomó la falda, y la levantó para luego bajar las escaleras de dos en dos. Dio crédito a sus hermanas por su habilidad para subir escaleras rápidamente, ya que las habían subido y bajado en Craven House en su juventud. Al llegar al primer rellano, se dio la vuelta y se apresuró a subir al último tramo, para detenerse al lado de las puertas dobles que admirara desde abajo.

Miró por encima del hombro hacia el vestíbulo vacío que había debajo y se volvió para tomar la perilla. Gracias a las bisagras bien engrasadas, la puerta se abrió en silencio, para revelar una enorme habitación que brillaba con todos los adornos dorados de los candelabros, apliques de pared, sillas y otras decoraciones. La sala rezumaba riqueza, privilegio y prestigio, tanto que a Jude le costó trabajo respirar al verla.

El piso de mármol estaba pulido hasta que brillar y temió resbalarse cuando le puso un pie calzado sobre él. Las cortinas estaban descorridas, lo que permitía que la luz de la luna invadiera la habitación, reluciera en todas las superficies y brindara cierta visibilidad en la oscuridad.

Había escapado a su mente considerar encontrar una vela para iluminar su camino hacia la habitación. Afortunadamente, el espacio estaba vacío excepto por las sillas que se alineaban en una pared y la obra de arte colgada con cuidado en marcos de diferentes tamaños. Las pinturas que adornaban el centro de cada pared eran mucho más grandes que la que buscaba, por lo que concentró su búsqueda en las piezas más pequeñas y menos chillonas. También sabía que el artista se había centrado en el paisaje: Jude pasó dos cuadros con niños y uno de gran animal de granja.

Si Sam la había enviado a otra misión tonta, Jude se iba a enojar.

Al doblar la habitación hacia la tercera pared, apareció un paisaje: un paisaje ondulado con un cielo azul sin nubes y una formación rocosa desigual que cortaba dos campos por la mitad. Tenía que ser la pintura descrita en el artículo publicado varias semanas atrás. No era más grande que una bandeja de plata y estaba alojado en un marco estrecho. La pieza no parecía vieja ni especial de ninguna manera; no podía ser más vieja que la propia Jude. Es extraño que fuera tan valioso.

Tomando la pintura con ambas manos, Jude la levantó de la clavija en la que colgaba y admiró el objeto de cerca. Ciertamente, el área y la vista capturadas por el artista eran impresionantes, pero las pinceladas reales parecían apresuradas e inconexas; la forma y la textura exactas de la pared de roca no se reconocieron ni retrataron completamente.

Jude le preguntaría a Cart su opinión sobre la pieza, si alguna vez la contactaba sobre el jarrón. Tenía la intención de visitarlo sin previo aviso, por inapropiado que fuera, pero el tiempo se le estaba acabando. Independientemente de lo que ella y su hermana hicieron con la pintura, tendría que hacerse rápidamente.

Por ahora, solo necesita llevarse la pintura de esta casa sin que sonara la alarma, otra vez.

Tendría tiempo de sobra para pensar en Cart y su peculiar comportamiento cuando estaba fuera de la casa del duque, y ella y Sam estaban a salvo en casa.

Jude colocó el paisaje bajo su brazo mientras caminaba desde el salón de baile y cerraba las puertas detrás de ella sin hacer ruido. Caminó de puntillas hasta el borde del rellano y se asomó para ver si la doncella había regresado y estaba buscándola para remendar el vestido supuestamente desgarrado pero, para gran placer de Jude, el piso inferior estaba vacío.

Bajó las escaleras con más precaución que cuando los había subido unos momentos antes, por miedo a dejar caer la obra de arte. La puerta de entrada

estaba a solo unos pasos de distancia; si pasaba inadvertida lo máximo posible y no la atrapaban, su noche sería un éxito. Su respiración se incrementó con la anticipación de la libertad, especialmente sabiendo que la pintura no sería echada de menos hasta que un sirviente entrara al salón de baile, muy poco probable esa noche.

Tirando de la puerta solo lo suficiente para que ella y la pintura se deslizaran por ella, Jude cerró la pesada puerta de entrada y examinó el camino circular que tenía delante. Se produjo un momento de pánico cuando no vio de inmediato al Sr. Curtis y su carruaje cerrado. Estiró el cuello para buscar en la línea de otros coches, pero se mantuvo oculta en las sombras fuera de la casa.

Con gran alivio, Jude vio al señor Curtis desplomado en la caja de su viejo carruaje. Con un poco de suerte, el hombre mayor estaría profundamente dormido y no se daría cuenta de que Jude había deslizado la pintura en el maletero del carruaje antes de regresar a Craven House.

Las sombras que bordeaban el camino la mantuvieron oculta cuando pasaba carruaje tras carruaje hasta el único que no tenía blasón alguno que denotara el linaje ancestral. Jude se arrastró hasta la parte trasera del carruaje de la Casa Craven, abrió el maletero y deslizó la pintura a un lugar seguro.

*Maldita seas Samantha por ser la bonita hermana socialité,* murmuró. No fue culpa de Sam adquirir una actitud agradable mientras que Jude heredaba otras cualidades útiles, incluida su habilidad para mezclarse y pasar inadvertida en las habitaciones más abarrotadas. Pero por una vez, le gustaría disfrutaría no ser la que arriesga el cuello cuando llevaban a cabo sus planes. Sin embargo, Jude sabía que sus habilidades no incluían cautivar a un público o distraer a los asistentes a la fiesta lo suficiente como para no notar un cambio de voz cuando Sam tomara su lugar.

Jude se deslizó dentro de su oscuro carruaje y esperó el regreso de Sam. Pronto estarían en camino... sin que nadie lo supiera.

## Capítulo Dieciséis

Cart contaba las grandes grietas en el suelo pulido; seguía cada surco hasta que se encontraba con otro y se ramificaba en, incluso, más grietas, en redes, que se conectaban con aquellas. Las hendiduras habían sido barridas y pulidas tantas veces a lo largo de los años, que si la gente seguía con los dedos los trazos de las líneas, no se podían detectar las depresiones. Sabía que esto era cierto porque le había planteado la teoría a Theo varios años atrás y habían pasado la tarde con las manos en el suelo, para demostrar la suposición de Cart.

El edificio, Montagu House, había sido construido hacía más de cien años, encargado por el duque de Montagu, luego abandonado y dado como obsequio como parte de la Ley del Parlamento de 1753 y allí se estableció el Museo Británico, que se inauguró en 1759. Era el fascinante relato del legado de un padre abandonado por un hijo en favor de una vida más elegante en Whitehall.

El hijo realmente le había hecho a toda Inglaterra un gran favor con sus acciones. Ahora, el enorme edificio albergaba libros, manuscritos, monedas y dibujos de una historia increíble. En las últimas dos décadas, el museo incluso había adquirido la Piedra Rosetta, la colección de esculturas de Townley y las esculturas del Partenón. Montagu House ejercía una atracción poderosa sobre Cart, debido al hecho primordial que era un lugar de aprendizaje gratuito. Le permitía enseñar a Theo todo tipo de antigüedades que mucha gente nunca encontraría en sus vidas.

Unos años antes, Lord Cummings, un conocido de Eton, había contactado a Cart para informarle que había aceptado un nuevo puesto como curador. Desde entonces, Cart había sido invitado al museo para cenar con Cummings después de las horas de visita y participar en los exámenes de las nuevas adquisiciones, y restauraciones de piezas más antiguas. Solo había alimentado el deseo de Cart de seguir el camino en el campo académico y de las antigüedades.

Sin embargo, hoy era uno de esos días en que Cummings había solicitado la asistencia de Cart durante las horas de museo para ayudar a identificar el lugar y la fecha exactos de un dibujo en carbonilla. Era precisamente lo que Cart habría disfrutado y hubiera estado satisfecho tan solo hacía unos días. Pero hoy, Cart no podía concentrarse, especialmente a medida que pasaban los

minutos sin que Cummings llegara a la gran entrada para recoger y acompañar a Cart a las salas interiores del museo.

Se paseaba, siguiendo una grieta particularmente irregular hasta que se dividió en tres, luego seleccionó la cresta que se movía hacia la zona principal y hacia los muchos madrugadores que se congregaban en la impresionante sala de historia. Es probable que la mayoría estuviera presente para ver las esculturas del Partenón, ya que era la exhibición más nueva y que constituía la nota importante. Estaba de acuerdo con la extraordinaria presencia, con los cuerpos sin rostro grabados en piedra. Incluso, corría la leyenda que hace mucho tiempo, las piezas no eran blancas, sino pintadas en colores vivos; colores que se habían deteriorado con el paso del tiempo.

Era, en gran medida, la razón por la que Cart sentía lo mismo que él sobre las piezas de arte de naturaleza histórica: debían conservarse, conservarse de una manera que mantuvieran su belleza para las generaciones por venir.

Afortunadamente, Lord Cummings tenía una mentalidad similar.

No lastimaría demasiado a Cart si Cummings olvidara su cita. La atmósfera del edificio le traía una calma que lo había eludido por un tiempo. Primero, su atracción por Jude, tan abrumadora que había permitido que bajara la guardia y olvidara el sentido común. Luego, el descubrimiento del jarrón... en su posesión. Inmediatamente saltó a la conclusión de que ella había robado la pieza. Sin embargo, eso era completamente irracional, al igual que la mayoría de sus pensamientos en los últimos tiempos. ¿Por qué una mujer de la *alta sociedad*, de una familia sólida, necesita robar un jarrón?

No había lógica en esa conclusión y Cart se enorgullecía de su lógica.

Había pasado mucho tiempo examinando en detalle las opciones. ¿Cómo había llegado el jarrón a su posesión? ¿Sería posible que la hubieran engañado para que comprara una pieza robada? Pero, ¿por qué comprarlo solo para darse la vuelta y venderlo? Y, si ella se lo hubiera comprado a alguien, ¿a quién? ¿Y por qué la historia inventada de que se encontraba en un establo? Había evitado responder a las preguntas sobre el tema, y él lo había permitido.

Estaba demasiado cerca de la situación. De ella. Eso estaba entorpeciendo sus sentidos, lo que lo llevó a creer que lo que parecía ser, no lo era en absoluto.

No podía permitirlo.

Levantó la vista para darse cuenta de que había vagado por una parte del museo que estaba más concurrida, que albergaba pequeños objetos de origen

griego, desenterrados una década antes cuando un grupo de exploradores había tropezado con una ciudad sepultada por un deslizamiento de lodo o un desprendimiento de rocas, quinientos años antes. Todo estaba en perfecto estado de conservación: la cerámica, las monedas, las herramientas y las telas usadas por una comunidad antes desconocida para el museo.

La exhibición era fascinante, pero Cart había estudiado todo con gran detalle a lo largo de los años. Uno de sus pasatiempos habituales era permanecer de pie contra la pared, sin que nadie lo advirtiera y observar a las personas que iban y venían mientras descubrían las maravillas del museo. Había llevado a Theo con él varias veces en el último año, pero se cansaba de mirar a los demás y no dar un paso al frente para discutir las exhibiciones con ellos. Cart se resignaba a mimetizarse con el fondo. Su hermana, sin embargo, era más la mariposa social. Él no podía culparla por eso. Muchas veces, anhelaba ser el que buscara compañía y no a encerrarse como un recluso, un inadaptable de la sociedad.

Cart, estaba apoyado contra una pared, oculto a la vista por una gran estatua mientras la gente entraba a la habitación. Sus voces resonaban en los techos elevados y él recogía retazos de las conversaciones. Le gustaba mucho poder escuchar las opiniones de las personas sobre las piezas sin tener que unirse a la conversación. Un hombre pensó que una moneda debía estar hecha de latón puro y, por lo tanto, carecer de valor, excepto por su valor histórico. Poco sabía el hombre que la capa de bronce solo cubría el oro sólido en su interior.

Otra mujer admiraba una tela, deteriorada por el tiempo y cubierta de cientos de kilos de tierra y escombros y comentaba sobre la naturaleza básica de la coloración. Se habría asombrado de saber que cada hilo se había teñido a mano con bayas trituradas e insectos para obtener el poco pigmento que tenía.

Pero Cart se guardaba esos conocimientos y escuchaba sin interferir. Todos los visitantes del museo tenían derecho a su propia experiencia, ya fuera que ello suscitara un mayor interés en el arte y las antigüedades o una confirmación personal que la naturaleza primitiva de las culturas pasadas era irrelevante.

Afortunadamente, la naturaleza y las creencias humanas no lo fascinaban. No se sentía obligado a disputar sus nociones irracionales e ilógicas de la historia.



Una risa ligera seguida de una risa mucho más profunda atrajo la atención de Cart de un grupo de jóvenes a los que les había resultado divertido acariciar una estatua masculina desnuda hacia un grupo de damas más familiar. Al principio, pensó que su mente estaba tan absorta en sus pensamientos que la había imaginado. Pero eso no explicaría la compañía de la señorita Samantha y la señorita Payton a su lado.

Aquí de todos los lugares: uno de los santuarios más grandes de Cart y el refugio sobre cualquier otro.

Se movió ligeramente hacia la derecha para esconderse de la vista detrás de la estatua en la entrada de la exhibición.

Sabía que debería haberse escabullido de la habitación, enviar sus excusas a Cummings por la cita perdida y regresar a casa, o ir a cualquier lugar, que no fuera el museo, pero se encontró atascado. Necesitaba verla y juzgar su verdadera naturaleza sin aviso. Sabía, por sobre todos, que las personas podían mudar su apariencia exterior para cumplir con éxito la percepción que otros tenían de ellas.

Por mucho que detestara admitirlo, eso era precisamente lo que había hecho Jude: utilizar los intereses, los hábitos y la personalidad de Cart contra él. Era exactamente lo que había temido desde la desaparición de su tío y su regreso a Londres.

Jude estaba ataviada con un simple vestido de color amarillo pálido con botas negras y un discreto sombrero, mientras que su gemela estaba adornada con un llamativo vestido azul de un material brillante, con guantes negros hasta el codo. El tema de los gemelos era algo que Cart no había prestado ninguna atención, pero la correlación entre dos individuos de apariencia similar con una completa falta de unidad, realmente lo intrigaba.

—¿Nos podemos ir ahora? —Preguntó la hermana menor de Jude, desplomándose en un banco en el medio de la sala—. Me duelen los pies y es probable que haya más de una docena de cosas que preferiría estar haciendo antes que estar aquí.

—Acabamos de llegar —Jude gritó por encima del hombro sin apartar los ojos del crudo dibujo que inspeccionaba—. Además, yo no les pedí que me acompañaran.

—Sabes que Garrett no te permitiría salir de la casa sin chaperón —resopló la señorita Samantha, sentada al lado de la señorita Payton en el banco—. No nos dieron la libertad de elegir nuestra distracción de la tarde.

Cart quiso reírse del ceño fruncido que Jude le envió por encima del hombro, hasta que recordó su poco honesta posesión del jarrón que pertenecía a lord Gunther.

—¿No les encantan los auténticos trazos de carbonilla de este dibujo? — Preguntó Jude a sus hermanas—. El artista solo contaba con herramientas rudimentarias; sin embargo, creó una imagen tan elegantemente abstracta—. Cuando ninguna de las dos mujeres respondió, Jude miró intensamente a la pareja—. Vamos, simulen un poco de interés o me esforzaré por utilizar cada minuto hasta la hora de cierre inspeccionando cada artículo, pintura y escultura en este museo.

—Oh, la habilidad experta del hombre en capturar la luz precisa en su monótona vida es cautivante querida hermana —La señorita Samantha estaba sentada en el banco, mientras inspeccionaba la pintura como si fuera una dama de la *sociedad* que inspeccionaba la aceptabilidad de una joven debutante de Almack's—. ¿Qué haríamos con todo nuestro tiempo extra si no estuviéramos atrapadas aquí apreciando todas estas obras maestras asombrosamente antiguas?

Las hermanas eran ciertamente divertidas en sus travesuras, al igual que Cart asumió que él y Theo lo serían si no hubieran nacido con diez años de diferencia. Su hermana estaría en línea con Jude, pasando horas explorando cada exposición y discutiendo cada pieza con gran detalle.

Cart anhelaba pasear al lado de Jude y disfrutar del museo con ella. Sin embargo, eso no era posible de ninguna manera. Su confusión sobre el jarrón y su particular atracción hacia ella confundieron su cerebro, que era normalmente de alto rendimiento. Era como si su cerebro lógico no estuviera tomando las decisiones, sino más bien dejándolo al otro más errático.

Debería estar furioso con Jude, exigir respuestas, estaba furioso con ella. Esa era la razón principal por la que no la había contactado desde el encuentro en la biblioteca. No podía confiar en sus acciones y sentimientos cuando ella estaba cerca. Era como si todo lo que había construido en torno a su vida: honestidad, integridad y aprendizaje, no importara cuando ella le sonría o cuando rozaba su brazo. Por primera vez en años, se encontró con una situación, una persona, que no pudo analizar. No eran sus reacciones hacia ella. Sabía dónde apuntaban los hechos en la situación, pero su instinto gritaba algo diferente.

Permaneció escondido entre las sombras y observó la forma en que su vestido se arremolinaba alrededor de sus pies mientras se movía con rapidez

de un tesoro a otro en la habitación, como si no lograra llegar a cada uno, leer las pancartas y seguir, Comenzaría a desaparecer antes de que tuviera la oportunidad de estudiarlos a todos.

La forma en que flotaba por la habitación con una sonrisa en el rostro, llamaba por sobre el hombro a sus hermanas para que observaran detalles importantes y se movía por entre los visitantes al museo y saludaba a unos y a otros, mostraba cuánto apreciaba todo. Era raro ver a alguien tan cautivada en las exhibiciones como ella.

Observó mientras el trío avanzaba hacia la siguiente sala de exhibiciones. Salió de su escondite, anhelaba seguir sus formas en retirada, pero no pudo. No había decidido qué hacer con el jarrón ni con ella. Ciertamente, su cliente, Lord Gunther, merecía recuperar la pieza, pero si hoy demostraba algo, era que estaba mucho más confundido sobre el destino de Jude en toda esta debacle.

—¿Simon? —llamó Cummings. Cart se volvió con una sonrisa y vio a su amigo, un hijo menor y, por lo tanto, vivía de una carrera que le apasionaba —. Espero no haberlo hecho esperar demasiado.

—Por supuesto que no, estaba disfrutando de la exhibición.

El hombre alzó la frente cuando miró por encima del hombro de Cart a las mujeres que se movían más adentro del museo.

—Sí, claro. ¿La exhibición?

Cart no estaba preparado para hablar sobre Jude o de sus complicados sentimientos hacia ella con nadie, menos aún con Cummings.

—Así es. Sabes que me encanta pasar el tiempo viendo a otros disfrutar del museo.

—Como yo —asintió Cummings, de acuerdo—. Si vinieras más de una vez cada quince días, la verías con mucha más frecuencia.

Cart lanzó una mirada de reojo a Cummings y se adelantó hacia una de las pequeñas vitrinas para estudiar el martillo y la cesta tejida.

—¿Cuánto tiempo me has estado observando?

—Oh, el tiempo suficiente para saber que no estabas estudiando los objetos expuestos, sino otra exhibición mucho más viva.

Cart entrecerró los ojos y notó la sonrisa petulante de su amigo, quien deslizaba las manos en los bolsillos y se balanceaba hacia adelante, apoyado sobre los dedos de los pies, satisfecho de sí mismo.

—Eso es absurdo.

—No estoy de acuerdo, Simon... errr, milord —Cart dio un paso al lado de la vitrina y fingió leer la tarjeta mientras continuaba—. Es simplemente la naturaleza humana. Obviamente, algo que nunca te ha afligido antes.

—¿Vienen a menudo?

—Ciertamente has sido descubierto. —Cummings hizo un gesto de levantar las cejas como en shock y luego puso los ojos en blanco cuando Cart no encontró la gracia en esas acciones—. *No* vienen a menudo, pero la pelirroja, una de las pelirrojas de todos modos, viene cada pocos días. A veces acompañada por su gemela o la niña más joven, otras veces de una mujer menuda de cabellos rubios. Sin embargo, otros, ella viene sola. He necesitado expulsarla en varias ocasiones cuando descubrí que vagaba por las salas mucho después de cerrar.

Cart tenía un montón de preguntas que se agolpaban en su mente. ¿Ella se fue con algo? ¿Quién la acompañaba cuando ella estaba sin sus hermanos? ¿Había peligro en ir caminando sola sin una acompañante?

Pero no había sido esa la razón de Cart para aceptar la invitación de Cummings a ayudarlo en la restauración y evaluación actualmente en curso en el museo.

—Visité la tienda de Lewis Stanford esta mañana y compré los artículos que me pediste. —Cummings caminó sin rumbo fijo hacia la siguiente vitrina de vidrio pequeña, mientras sostenía un juguete infantil de metal oxidado y con tierra aún adherida a su superficie—. Los compré en nombre del museo, por lo que el hombre estuvo más que feliz de hacerme un precio justo, ya que su nombre figuraría en la exposición cuando se exhibieran.

—Te agradezco la amabilidad, amigo mío. —Cart lo siguió mientras caminaba hacia otra vitrina, por entre un par de matronas envejecidas vestidas con atuendos de Londres. El plumaje del sombrero de una de ellas se balanceaba peligrosamente cerca de una vitrina mientras se inclinaban para inspeccionar la pieza— Reuniré los fondos y compraré las piezas en cuanto pueda.

—Los enviaré a tu casa.

—No será necesario. —Cart sacudió la cabeza ante la generosidad de su amigo—. Me sentiré mejor cuando haya conseguido el dinero suficiente para volver a comprarlos.

Cuando entregó el baúl de sus preciadas piezas a Stanford y obtuvo el dinero que necesitaba su madre, Cart nunca había imaginado volver a ver ninguna de las antigüedades, pero cuando fue a ver a Cummings al museo, le

había pedido un gran favor. Afortunadamente, él había aceptado y comprado todo el baúl de Stanford.

—Sé que honrarás la deuda, Cartwright —Cummings le dio una palmadita en el hombro—. Nunca antes me has fallado. Ni cuando estuvimos juntos en Eton ni después.

—Aprecio nuestra buena relación.

—Entonces espero verte más seguido —Cummings hizo una pausa antes de dirigirse a Cart—. Tal vez te interese una posición de consultor para el museo en el futuro. Es una posición paga, no mucho, un pequeño estipendio.

—No lo sé...

—Vamos, es más que suficiente para recuperar tu baúl.

—Tendré que pensarlo —respondió Cart—. Tengo muchas cosas en juego ahora.

—Espero que lo hagas. —Cummings pareció complacido con la respuesta, que Cart realmente consideraría la oportunidad. Estaba en lo cierto, Cart necesitaba el dinero y quería recuperar su baúl con desesperación—. ¿Nos retiraremos a la parte de atrás?

Cart echó una mirada apresurada a la habitación, pero Jude y sus hermanas no estaban a la vista, probablemente ya estaría en el fondo del museo—. Sí, creo que eso sería lo mejor. Podemos discutir la posición en detalle.

## Capítulo diecisiete

Jude caminaba del brazo de sus hermanas. El par estaba mucho más jovial después de su partida del museo y de la insistencia de Payton en detenerse a tomar un helado de camino a casa. Jude había estado de acuerdo, sabiendo que la distracción era muy bienvenida. Retrasar su regreso a Craven House y a los problemas que la esperaban allí fue muy agradable. Era improbable que Lord Cartwright le hubiera enviado una misiva sobre el jarrón en el corto tiempo que ella había estado fuera y mentiría si dijera que no estaba preocupada. Y temerosa.

Se había sentido cómoda en los meses posteriores al robo en la casa de lord Gunther. Después de las primeras semanas cuando nadie había llegado a detenerla a ella o a Sam, habían comenzado a moverse en sociedad una vez más como si el hecho nunca hubiera sucedido.

Se suponía que fuera solo una vez: el pago era suficiente para liquidar algunas de las deudas que Marce enfrentaba en Craven House y ver por las necesidades para continuar el buen trabajo de su hermana. Pero hasta el momento no habían tenido éxito en deshacerse de la pieza, lo que hizo que fuera necesario que Jude aceptara mucho menos de lo que originalmente habían previsto para el jarrón.

Las cosas eran un desastre y Jude se culpaba por eso.

Sam continuó, no afectada por sus fechorías. Desafortunadamente, Jude no podía darse ese lujo. Y ahora, se había visto obligada a involucrar a lord Cartwright en sus dudosos asuntos. El bienestar de su familia debería ser de suma importancia para ella: que continuaran teniendo un hogar, suficiente alimento para comer y que sus sirvientes ya viejos no fueran arrojados a las calles. En cambio, Jude no podía dejar de pensar en cómo esto afectaría a Cart si reconociera que el jarrón había sido robado. O peor aún, que alguien viera el jarrón robado en su casa.

Quería dejar de preocuparse por el hombre, apenas más que un extraño para ella, mientras que su familia había estado cerca durante toda su vida. Era obvio que tuviera sentido que ella fuera su prioridad, no un caballero al que se había atrevido a besar, una vez, y del cual, desde entonces, no había recibido muchas respuestas. Era probable que pensara que era una mujer de moral

ligera por ser tan descarada al besar a un hombre en un parque público donde cualquiera pudiera verlos.

Doblaron la esquina para ver Craven House y un carruaje en el camino de entrada. Jude sintió un vacío en el estómago. Marce había regresado y no había podido reunir el dinero que necesitaban. Había fallado una vez más.

—¿Quién podría venir a esta hora del día? —Preguntó Sam—. Ha pasado la hora de visita.

El transporte que tenía ante sí no era tan nuevo y tan compuesto como los carruajes que recogían a Marce todos los años sin excepción. El exterior necesitaba un buen fregado y los caballos del frente ya habían pasado su mejor momento.

Al pasar junto a los caballos, Jude vio a una pequeña figura de pie en la puerta de entrada que se preparaba para llamar.

Jude sintió cómo la chispa de familiaridad se encendía en su interior.

Conocía a la pequeña figura de largas y oscuras trenzas a la espalda, el delantal blanco cruzado y anudado a su alrededor. El vestido solo le llegaba a la mitad de la pantorrilla, impecables medias blancas debajo, que se perdían dentro de las suaves botas para niños.

Esto no era como debiera. Jude temía que algo estuviese ciertamente fuera de lugar.

—¿Puedo ayudarte?— llamó Jude a la figura, que se volvió, con la mirada asustada y los ojos muy abiertos, una expresión que coincidía con la que había visto cuando había huido de la casa de Cart.

—¿Es usted la señorita Judith Pengarden? —preguntó ella, con voz nerviosa.

—Así es —Jude hubiera querido negar la pregunta, darse la vuelta y caminar de regreso por donde había venido, y no afrontar la conversación que sabía tendría lugar a continuación—. ¿En qué puedo ayudarte?

La niña miró a las dos hermanas de Jude a quien dirigió una mirada suplicante.

—¿Podemos tener un momento a solas?

La chica no planeaba exponer la escapada de Jude. Al menos no todavía.

—Seguro —dijo Jude, al tiempo que le dirigía una sonrisa a Sam, quien le devolvió la mirada en cuestión—. Por favor, lleva a Payton adentro, hermana. Iré enseguida.

Sam debe de haberse dado cuenta de quién era la niña y se apresuró a entrar con su hermana menor a cuestas. Por mucho que Jude hubiera querido a

Sam a su lado, era imperativo que Payton no descubriera lo que habían estado haciendo: acudiría a Garrett con lo que encontrara, sin hacer preguntas. Jude no podía permitir que eso sucediera. Estaba demasiado cerca de deshacerse del jarrón y de poder proporcionar a Marce el dinero que tanto necesitaba.

—¿Te gustaría entrar? —preguntó Jude. La niña cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, con inquietud—. Podemos hablar en el salón.

La niña miró la puerta abierta de Craven House y a su carruaje, que la estaba esperando.

—No —tartamudeó—. Solo será un minuto. ¿Podemos hablar aquí?

Jude no tenía idea de qué intenciones tenía la chica al venir aquí, pero obviamente sabía quién era Jude.

—Por supuesto. —Aunque estuvo de acuerdo en hablar con ella, de seguro no sería Jude la que comenzara la conversación.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi hermano?

Jude retrocedió un paso, aturdida. Esperaba oír acusaciones por irrumpir en la casa de la niña, seguidas de sus intenciones de alertar al magistrado, pero no esto.

—No creo que hayamos sido presentadas formalmente —dijo Jude, vacilante. Si ella iba a discutir sus asuntos personales, entonces lo era correcto que tuvieran una presentación formal—. Tú debes de ser Lady Theodora —Cuando la niña asintió, ella continuó—. Como sabes, soy la señorita Judith Pengarden.

—Es un placer verte... otra vez.

Jude no podía ignorar la referencia a su único y breve encuentro. La chica la evaluó con una mirada astuta, muy similar a la de Cart.

—Ahora que hemos hecho las presentaciones oficiales, volveré a preguntar —dijo Theodora en palabras—. ¿Cuáles son tus intenciones con Lord Cartwright, mi hermano?

Esto generalmente se hacía al revés: un padre o pariente mayor preguntaba a un caballero sobre sus intenciones hacia una mujer, aunque esta situación no era menos hostil.

—Sé quién eres, qué has hecho, aunque no sé por qué. —Theodora hizo una pausa, para permitir que Jude hablara.

—Me disculpo por haberte asustado esa noche. —Esperaba que una disculpa suavizara la expresión severa de la niña—. No fue mi intención.

—Esa noche no me interesa. Bueno, no específicamente esa noche —se corrigió—. He notado que mi hermano tiene un cierto afecto por ti. Ha



comenzado a soñar despierto, pasar horas sin hacer absolutamente nada y descuidar sus habituales pasiones. Me resulta muy desconcertante.

—Entiendo en qué forma puede preocuparte —estuvo de acuerdo Jude, sin saber qué decir a continuación.

—Es muy preocupante, de hecho —asintió Theodora—. Lo que, a decir verdad, no encuentro tan horrible. Mi hermano... Bueno, ha pasado muchos años velando por mi madre y por mí, mientras que se ha apartado de sus verdaderos deseos e intereses. Ahora, parece prendado de ti. —Hizo una pausa una vez más, al tiempo que examinaba a Jude de la cabeza a los pies—. Y, no obstante ser una criatura deslumbrante de gran elegancia y encanto, al igual sobre las que los grandes poetas escriben soneto tras soneto, necesito saber tus intenciones con él. No quiero verlo herido ya que me temo que no siempre estaré cerca para cuidarlo.

Lady Theodora hablaba como una mujer tres veces mayor; cada palabra destilaba madurez, intelecto y equilibrio. Podía sentarse en cualquier salón de Londres e interactuar con el decoro social que se esperaba de ella. Era una hazaña impresionante con la que Jude aun luchaba.

La dura verdad era que Jude no podía responder la pregunta de la niña. Desde el fondo de su corazón, podía decirle a la joven que no tenía nada más que intenciones honorables en lo que respectaba a Cart. Sin embargo, en su mente, Jude sabía que ella se estaba aprovechando de él de muchas maneras.

—Tenemos muchos intereses en común —confesó Jude, pensando en el día que había pasado en el museo y añorando que Cart hubiera estado allí con ella en lugar de sus hermanas. Habrían disfrutado de caminar entre las exhibiciones, de hacer una pausa para hablar de cualquier pintura, escultura o artefacto que les hubiera llamado la atención. Cart habría tenido infinidad de conocimientos para compartir con ella, como lo hacía cada vez que se encontraban. Y tal vez, ella podría saber algo de interés que él no supiera—. He disfrutado de pasar tiempo con él.

—¿Eso es todo? —cuestionó Theodora y puso las manos en jarra sobre las caderas, como desafiando a Jude a mentir—. ¿Solo un conocido con el que te encanta pasar tiempo?

Jude miró a la chica y mantuvo la boca cerrada. Esta era la hermana pequeña de Cart. Si alguien merecía respuestas, era ella. Pero Jude no podía decidirse a compartir con Cart sus verdaderos sentimientos, ¿cómo podría abrirse ante una chica que acababa de conocer?

—Eso es todo —dijo Jude secamente—. Y, si le place, espero continuar conociéndolo. —Sus palabras se suavizaron a medida que avanzaba. No tenía nada en contra de esta chica, y sin duda le agradaría si continuaban su asociación—. ¿Has satisfecho tu interés en mí y en Cart... Lord Cartwright?

Jude podía decir por la manera en la que había inclinado la cabeza mientras seguía evaluando a Jude que no había respondido por completo a sus preguntas, pero finalmente, Theodora se encogió de hombros.

—Llámame Theo, todos lo hacen, para horror de mi madre. Pero ten en cuenta que pronto partiré para la escuela, lejos de Londres y no podré cuidar de mi hermano. No lo lastimes. No sabe que he venido, y le convendría que esta pequeña visita quedara entre nosotras—. Levantó la mano, tendiéndole un sobre a Jude, uno que no había notado que tuviera la niña—. Creo que esto es para ti. Un hombre lo entregó mientras me preparaba para tocar la puerta.

La chica giró sobre los talones, le dio a Jude una rápida despedida mientras subía a su carruaje. El conductor cerró la puerta detrás de ella, tomó asiento e hizo que el vehículo se moviera rápidamente.

Dejó a Jude mirando fijamente la misiva en su mano, claramente marcada, *Aviso de Mora*.

Mientras Jude necesitaba pensar en la abrupta visita de Theo y en la amenaza apenas velada sobre su partida, había cosas más importantes entre manos, a saber: la correspondencia que ahora sostenía en la mano. Era la primera vez que podría inspeccionarla apropiadamente sin que el Sr. Curtis o su hermana se la arrebataran de inmediato y hubieran desaparecido.

Las manos de Jude temblaban un poco, aunque no sabía si era por el angustioso encuentro con Theo o la carta que sostenía.

## Capítulo Dieciocho

La puerta se abrió de golpe y Cart escuchó, sin apartar la mirada del papel que tenía ante él, cuando unos pies ligeros entraron en la habitación.

—¿Simon?

—¿Qué? —Cart levantó la vista de la carta que había estado escribiendo y miró a Theo, quien estaba de pie en la puerta abierta del estudio, retorciéndose las manos con nerviosismo. Le costó quitarse el ceño fruncido que sabía le cubría la frente y que, probablemente, asustara a su querida hermana. No estaba acostumbrado a cambios tan drásticos en su estado de ánimo. Hacía solo unos días, pensó que estaba enamorado, pero ahora sabía que era el más tonto de Inglaterra, y posiblemente del extranjero—. Mis disculpas, Theo. Por favor entra.

Ella se apresuró a la silla que estaba frente a su escritorio, como si temiera que si se arrepentía le pidiera que se fuera. Por una vez, no llevaba ningún libro debajo del brazo, ni se la veía con la nariz pegada a antiguos tomos, ni tutor alguno que la siguiera haciéndole preguntas sobre literatura, historia o ciencia.

Algo estaba muy mal, ya que con todo esto, ella no hacía contacto visual con él y, aparentemente consideraba el desgastado piso bajo sus pies más digno de su atención.

—¿Dónde has estado? —inquirió, al tiempo que suavizaba el tono severo de hacía un momento—. Cuando regresé, me informaron que estabas fuera 'haciendo un mandado'.

—Lo estaba —confirmó Theo, tropezando con las palabras—. Pero volví rápido.

Se había preguntado qué mandado podía emprender una niña de doce años, pero era probable que su madre la hubiera arrastrado para hacer otra visita social a alguna matrona de buena reputación.

—Muy bien —No la presionaría para que le diera más detalles, no tenía tiempo. Tenía muchas cosas en que pensar, la menor de las cuales era el paradero de sus relaciones femeninas cada minuto del día. Además, Theo era la única persona en su vida en la que podía confiar sobre todas las demás. Él la cuidaba y la colmaba de la mayor atención posible, y a cambio, ella lo adoraba.

Cart intentó volver a concentrarse, pero la quietud antinatural de Theo llamó su atención una vez más. Ella no parpadeó ni se molestó.

—¿Qué te aflige, muñequita? —preguntó. Ese era un apelativo que había usado su padre, pero no de forma afectuosa, sino más bien con la señorita que solía colgar de él en todo momento.

Mantuvo los ojos fijos en el suelo y Cart se dio cuenta de que estaba mucho más molesta de lo que había pensado. Medir las respuestas emocionales y las señales de otros nunca había sido el punto fuerte de Cart.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Lo hizo con timidez, algo que nunca hubiera deseado. A menudo se aprovechan de los mansos, como Cart había descubierto hace mucho tiempo.

—Puedes preguntarme cualquier cosa —dijo con más fuerza de la que pretendía—. Theodora, por favor, sabes que ningún tema está prohibido entre nosotros. —Se habían vuelto muy cercanos desde su regreso a Londres; había dejado a una simple niña, pero había vuelto para descubrir que su única hermana había crecido hasta la máxima femineidad, una belleza con un intelecto no igualado por ninguna otra mujer que conociera, excepto una...— Soy tu hermano. Me preocupo por ti y tu felicidad por sobre todo lo demás. No pareces feliz en este momento, lo que me fastidia mucho

—No soy infeliz, solo estoy preocupada. —La frente de Theo se arrugó con inquietud mientras continuaba retorciéndose las manos—. Sin embargo, no quiero molestarte entrometiéndote en tus asuntos personales. Como has repetido una y otra vez, no son de mi interés ni de mi madre.

Cart había pedido a su madre que se mantuviera alejada de su vida personal, pero nunca le había dicho lo mismo a Theo.

—Estoy seguro de que tus preocupaciones no se serán tan entrometidas. — Se quitó las gafas y las dejó a un lado, permitiéndole concentrarse mejor en ella a través de la gran extensión de su escritorio.

—¿Fue con la señorita Judith con quien te has encontrado en la biblioteca?

—Sí, ¿por qué? —La pregunta lo dejó perplejo. No recordaba haberle dicho su nombre a nadie, aunque conocía la tendencia de su hermana a escuchar sus reuniones, especialmente cuando tenía algo que ver con las antigüedades.

—¿Puedo preguntar dónde la conociste? —Theo se miró las manos y sintió que, de hecho, había sobrepasado los límites—. Es solo... yo no...

—Nos conocimos en una fiesta al aire libre no hace mucho tiempo — respondió. Sentimos un cariño mutuo por los objetos históricos y de colección.

—Oh —se puso de pie, con la mirada todavía fija en el suelo—. Te dejaré trabajar.

—Theo, vuelve —llamó cuando ella se dio vuelta para irse—. Por favor, siéntate. La señorita Judith y yo solo somos conocidos, nada más—. *Seguramente nada más*; su relación había pasado de conocidos a poco más que una mujer que él creía conocer en algún momento del pasado. Aunque verla atravesar la exposición en el Museo Británico más temprano en el día de hoy, le había mostrado un nuevo lado. Al menos, ella no había mentido sobre su interés en la historia.

—¿Pero te gusta? ¿Disfrutas de su compañía? —insistió Theo, todavía detrás de la silla que había dejado vacante.

—Por supuesto, es una persona educada, y sabes que me atraen las personas de naturaleza ilustrada. —Había pensado que Jude se había educado, pero resultó que solo se refinó en el arte del robo.

La herida que había causado la doble cara de la joven aún era demasiado fresca y demasiado profunda para que Cart la discutiera sin sentir un dolor en el pecho y la pena... dolor debido a la pérdida de alguien a quien había querido y lamentaba que fuera tan simple para otros engañarlo.

—Arriesgaste que se encontrara con mamá cuando te visitó no hace mucho tiempo.

—Pregunta lo que realmente quieres saber, Theo. —Cart suspiró, cruzó las manos sobre el escritorio y cubrió así la carta que había estado intentando escribirle a lord Gunther, Deseaba que toda conversación sobre Jude terminara.

—Debería irme —Theo arrastró los pies y miró la puerta abierta detrás de ella. Nunca había visto a su hermana tan aprensiva.

—Siéntate. —La orden resonó con fuerza y el primer instinto de Cart fue disculparse por su tono enérgico, pero no lo hizo. Algo andaba mal en su casa, con su querida hermana, y él descubriría exactamente qué era. Tantas cosas parecían fuera de su control últimamente —principalmente el comportamiento de la señorita Judith— pero no permitiría que eso sucediera con los miembros de su familia—. Explícate.

Theo se demoró mientras giraba la silla una vez más y se sentaba pesadamente, la silla retrocedió unos centímetros y rayó el pulido piso de madera.

—¿Te preocupas por ella?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Sin embargo, lo es —argumentó Theo.

—No, no lo es, te lo aseguro —Hizo una pausa, al tiempo que se masajeaba el puente de la nariz para calmarse—, o se interpondrá entre tú y yo. —Esa era la única suposición de Cart sobre por qué Theo se había interesado por Jude, un interés negativo que habría dicho que era infundado solo unos días antes—. Además, la nuestra no será una amistad que perdure.

—Es triste escucharlo, querido hermano.

—¿Y eso, por qué? Cart entendía por qué iba a ver a Jude solo una vez más y luego quitaría de su vida a la mujer y cualquier idea sobre ella, pero el interés de Theo lo desconcertó.

—No tiene importancia si dices que la relación no durará —dijo con naturalidad, incluso asintió con la cabeza al pronunciar la última palabra.

Nunca dejaba de sorprender a Cart lo adulta que era Theo con solo doce años de edad. Hablaba con la gracia y los modales de una mujer del doble de sus años.

—¿Y si nuestra relación se extendiera? —No es que Cart estuviera listo para pasar por alto o perdonar a Jude su robo. En realidad, había considerado la opción de entregarla al magistrado y presentar cargos por su crimen, pero rápidamente descartó la idea. Sin importar sus deplorables acciones, él no la enviaría a la torre, ni la encarcelaría con otros infractores comunes. Él no tuvo la valentía de preguntarle airadamente si ella fue la que robó el jarrón de la casa de Gunther—. No es que diga que sucederá así, sino que quisiera me ilumines sobre cómo te afectaría eso.

—No tenía intención de decírtelo después de que ella nos visitara el otro día. —Theo se detuvo e hizo contacto visual con él antes de continuar—. Es evidente que te preocupas mucho por ella, y ella por ti.

No era una pregunta, sino una afirmación, una que él no la refutaría. Principalmente porque no estaba seguro de cómo se sentía con respecto a Jude.

Y lo que Theo sabía de los sentimientos de Jude por él.

La parte racional de él sabía que debería cortar sus lazos con ella, alejarse antes de verse envuelto en cualquier trama que estuviera gestándose. Sin embargo, la parte de él que había despertado sus conversaciones y sus besos, le rogaba que se aferrase a ella y la mantuviera cerca.

Cart nunca había estado tan en desacuerdo consigo mismo.

Las decisiones —y el camino que había seguido— siempre habían sido claras para él. No fue tan simple ni sin complicaciones con Jude.

Y de ser sincero, Cart no quería para nada que Jude no fuera complicada. Fue su complejidad lo que lo atrajo, y mantuvo su atención, sea para bien o para mal.

—Fue ella quien irrumpió en nuestra casa —murmuró Theo.

Cart se enderezó y negó con la cabeza. Debió haberla oído incorrectamente, después de todo lo que había presenciado con ella hasta el momento, ¿y ahora esto?

—Por favor, repite lo que acabas de decir.

—Fue la señorita Judith a quien vi huir por el salón esa noche.

—Debes de estar equivocado —siseó Cart—. Ni una sola vez me dijiste que fue una mujer la que irrumpió en nuestra casa.

—¿Qué sentido hubiera tenido? —Preguntó Theo, dolida por el dolor que sabía había causado a su hermano—. Mamá me ordenó que guardara silencio, que nada bueno saldría de difundir que habíamos sido víctimas una vez más. Teme que ya seamos el hazmerreír de Londres y que esta noticia probaría que los chismes son correctos al llamarnos así.

—Entonces, ¿por qué me lo dices ahora? —Se escuchó a sí mismo preguntar, pero su temperamento se había inflamado tanto, que tenía poco control sobre sus palabras.

—Creo que su conducta puede ser el resultado de algo más que eso... aunque al principio no lo sabía.

Cart contó hasta diez en silencio, para intentar calmar su enojo antes de decir algo que dañara su estrecha relación con Theo—. Me permites que sea yo el que me preocupe por los chismes, eres solo una niña. —Fue extremadamente desalentador escuchar a su hermana agonizar por la opinión que la sociedad tuviera sobre la familia Montgomery—. Ahora, volvamos a tu opinión sobre Jude..., digo, la señorita Judith es la mujer que entró en nuestra casa, que es algo horrible de hacer, por cierto.

—Es más que solo una opinión, querido hermano —dijo y se hundió en la silla—. He verificado mi primera suposición y encontré que mi noción original era verdadera y correcta.

Cart quería sonreír ante la estrategia de usar el método científico y la construcción hipotética básica para convencerlo de su declaración.

—¿Y cómo confirmaste tu hipótesis?

Ante su pregunta, Theo no reprimió la sonrisa.

—Te convencí de que me permitieras acompañarte cuando ibas a la biblioteca a verla de nuevo.

—Eres un diablillo. —Había pensado que había sido él a quien se le había ocurrido la idea de que ella lo acompañara. Otro ejemplo más de lo fácil que podía ser manipulado. La idea le dolió, sabiendo que ahora él no se daba cuenta más de los trucos de la gente que hace cinco años.

—Es mucho peor que eso —admitió Theo.

—¿Cómo podría ser peor?

—Hoy visité su casa.

—Theo... —Cart sintió que su ira aumentaba aún más—. ¿Por qué lo harías?

—Esa no es la parte importante, Simon —se apresuró a decir—. Cuando llegué había un hombre. Pensó que yo era un miembro de la familia de Jude y me dio una nota destinada a alguien en su casa.

—¿Por qué debería esto disminuir mi furia por sus acciones? —En el fondo, Cart esperaba que Theo pudiera ofrecer alguna excusa válida para las acciones de Jude.

—Ciertamente no abrí la correspondencia privada.

—Por supuesto, te abstuviste de tales acciones —dijo—. ¿Pero qué viste?

—La carta estaba claramente marcada con las palabras *Aviso Final: Mora. Deudas vencidas*. No sé de quién era la misiva, pero ciertamente es de una naturaleza importante, ¿no es así?

Cart asintió.

—Simon —continuó Theo—, sé que tienes planes para que me vaya a pulir mi educación.

—Así es..

—Y también escuché a mamá hablar de su intención de viajar.

—Sí —confirmó Cart—. Me sorprendió su decisión de retirarse de la sociedad por un tiempo. Jamás se me ocurrió que ella pudiera desearlo.

—Con mamá lejos y yo en la escuela, tengo miedo por lo que harás —Lo miró fijamente por primera vez desde que entrara en la habitación; tenía en cuenta sus reacciones a sus preocupaciones—. Me preocupo por ti y me preocupa tu futuro.

—Te parece cada vez más a nuestra madre, muñequita.

—No se puede basar todo un futuro en objetos inanimados cuando hay tantas cosas vivientes y respirando en el mundo —dijo Theo.



Cart quería alejarla de sus preocupaciones, convencerla de que no eran válidas en absoluto. Pero conocía su tendencia a rodearse de cosas inanimadas, porque esas cosas nunca podrían lastimarlo.

—Dime que no tendré que preocuparme por ti mientras no esté, porque si tengo que hacerlo, me rehusaré a ir.

—No puedes hacer eso, no lo permitiré, Theo —replicó—. Además, soy yo quien se preocupará por tu futuro, no al revés. Soy tu hermano mayor, es mi tarea asegurar tu futuro, y el de mi madre.

—Pero no a expensas del tuyo —Theo negó con la cabeza como si él hubiera compartido las noticias más tristes que había escuchado—. Prométeme que escucharás a la señorita Judith, que escucharás de verdad sus palabras y tratarás de comprender sus acciones.

—Aun no puedo decidirme —Cart no quería escuchar lo que esa mujer tenía que decir, no podía pensar en una razón válida que pudiera presentar para justificar el robo en su casa.

—Pero si ella viene a ti...

—La escucharé, muñequita —Cart se masajeó la parte posterior de su cuello, sentía un dolor de cabeza que amenazaba tomar el control.

—Tal vez no esperes a que ella venga a ti.

—Aprecio tu preocupación de hermana, Theo —Era el único aspecto de su relación que más apreciaba. Querían lo mejor el uno para el otro, sin reservas.

—Entonces, ¿qué planeas hacer? —Theo levantó el ceño como si desafiara a Cart a tomar una decisión sobre su curso de acción.

Poco sabía que Cart había estado debatiendo su próximo movimiento en los últimos días, y que aquella confesión no había sido su elección más fácil. O más clara.

###

Después de que Theo se fuera de su estudio, Cart rompió la carta que había estado redactando para lord Gunther, y decidió dar la noticia por medio del criado.

Le había llevado aproximadamente veintinueve minutos controlar los nervios, tomar su abrigo y llamar a un coche para que lo dejara en el porche de lord Gunther.

Le había tomado exactamente veintinueve segundos arrepentirse de sus acciones pero era demasiado tarde para cambiar de rumbo. Paseaba por la

habitación privada de recepción de lord Gunther y esperaba la llegada del señor. Cart contaba sus pisadas al tiempo que iba de un lado de la habitación hasta el extremo más alejado, cerca de las ventanas que daban a los jardines traseros. Le tomó catorce zancadas cruzar el espacio, aunque normalmente estaría más cerca de los dieciocho. Pero con la agitación que sufría, su paso normal se había alargado considerablemente.

Su tensión provenía de su alocada idea de cómo recuperar el jarrón de Lord Gunther, y mantener la mano de Jude en secreto, quitarle todo riesgo de ser detenida y castigada por el robo y proporcionarle las libras que claramente necesitaba con desesperación. No había forma posible de reunir las cincuenta libras que pidió para comprar el jarrón, especialmente después de haberle entregado a su madre ese dinero unos días antes. Necesitaba la fortuna de Gunther... no había otra opción en la que él pudiera pensar.

Todavía estaba recuperándose de la revelación de Theo. No estaba seguro de si podría aceptar la horrible naturaleza de su supuesta relación con Jude: le había mentado, lo había usado y él le había permitido hacerlo. E incluso con todo eso, se dispuso a ayudarla.

Ella era la culpable de su incapacidad para razonar y encontrar una solución a su problema actual, un problema que también, convenientemente, fue causado por ella.

—Lord Cartwright —la voz de Lord Gunther resonó detrás de él —. ¿Teníamos una reunión programada para hoy? No lo estaba esperando.

Cart reprimió el impulso de decirle todo a Gunther: dónde encontrar su precioso jarrón y quién era el culpable de toda esta debacle. En cambio, sacó una nota doblada del bolsillo interior de su abrigo y se la entregó al hombre.

—¿Qué es esto? —Preguntó Gunther mientras lo agarraba, dándole la vuelta como si no tuviera intención de leerlo.

—Perdone mi intrusión, pero recibí esta misiva hace poco tiempo y pensé que era lo suficientemente urgente como para venir de inmediato —mintió Cart; la mentira escapó fácilmente de la boca. Esto era algo que necesitaría analizar más tarde. En profundidad—. Se sabe que he estado buscando el jarrón y alguien ha traído información.

—¿Quién es? —Gruñó Gunther al tiempo que daba vuelta la nota —. Enviaré al magistrado inmediatamente —Antes de que Cart pudiera disuadirlo, Gunther tiró del cordón de la campana para llamar a un sirviente.

—Milord... —Cart intentó detener a Lord Gunther mientras leía la nota.

—Esta nota no está firmada. —Agitó el papel en el aire—. Esto no nos dice nada, excepto que alguien dice tener mi jarrón: sin nombre, sin indicaciones, sin uso. ¿Qué está pasando, Cartwright?

Cart se concentró en mantener contacto visual, se negó a apartar la mirada y confirmar las sospechas del hombre—. Estoy tan desconcertado como usted, Milord —dijo Cart, al tiempo que sacudía la cabeza para afirmar aún más sus palabras. Por dentro, Cart estaba más enojado de lo que nunca recordara, incluso justo después de que las fechorías de su tío fueron expuestas, pero no podía permitir que Jude y su familia sufrieran. Jude era una mentirosa, una mujer engañosa, pero ¿qué clase de caballero sería Cart para permitir que una mujer necesitada se fuera sin ayuda?— Llegó esta mañana. Mi mayordomo me dice que fue entregada por un mensajero contratado, que no sabía nada importante y se le indicó que no esperara respuesta.

Sobresaltado, Cart se dio cuenta de que incluso si su tío hubiera acudido a él después de todo lo que había hecho, Cart lo habría aceptado y hubiera hecho lo posible para ayudar al hombre.

—¿Y esta persona solo solicita cincuenta libras para devolver el jarrón? —Cuando Cart asintió con la cabeza, Gunther se puso a recorrer el mismo camino que Cart había hecho momentos antes—. ¿Cómo sabemos que esta persona tiene el jarrón? ¿O que una vez que tengan los fondos, será devuelto?

—No lo sabemos —contestó Cart con toda honestidad, excepto que sí conocía a la persona que tenía el jarrón y que no dudaba que lo entregaría cuando recibiera el pago. Se negó a creer que ella lo había engañado sin una buena razón—. Si lo desea, me encargaré de la transacción y asumiré toda la responsabilidad. Tomaré el rescate y lo cambiaré por el jarrón; si no hay jarrón, volveremos a donde estábamos antes de llegar hoy, con sus cincuenta libras todavía en la mano.

Esperaba que su actitud segura fuera suficiente para convencer a Gunther de confiar en que todo iría como era debido.

Cart esperó en silencio mientras el hombre continuaba paseando de un lado a otro. Cart quería de hacer lo mismo. En cambio, se concentró en el papel tapiz que cubría la pared a cada lado de la chimenea, contó los muchos remolinos y memorizó el complejo patrón. Era información inútil pero le daba cierta tranquilidad, algo que podía controlar, los números, la velocidad para contar y la consistencia del patrón. Después de varios minutos, estaba seguro de poder cerrar los ojos y dibujar el patrón de memoria.

—Mañana por la mañana haré que mi hombre le envíe los billetes. — Devolvió la carta a Cart, quien la guardó en el bolsillo, sabiendo que dispondría de ella en su propia chimenea tan pronto como regresara a casa —. Por favor, infórmeme cuando las cosas estén hechas. El hombre agarró el hombro de Cart y lo apretó—. Agradezco por todo lo que está haciendo.

¿En qué momento había comprometido Cart su integridad para sentir solo un pequeño grado de culpabilidad que debería pesarle en este punto?

Cart se alejó un poco del hombre, lo que hizo que la mano de Gunther no lo alcanzara.

—Las antigüedades son mi pasión. —La declaración era tan cierta como lo había sido antes de que él tuviera la desgracia de conocer a la señorita Judith y sería igual de cierta después de que ella se hubiera alejado de su vida —. La pasión se extiende a mi propia afición de coleccionar y la salvaguarda de todas las cosas de naturaleza histórica.

El hombre mayor asintió cuando Cart habló, claramente alentado por su declaración.

—Entonces le deseo buena suerte, Lord Cartwright.

Cart se inclinó rígidamente y aceptó los buenos deseos del hombre, aunque no los merecía.

—Conozco la salida. Que tenga buenos días, milord.

Mientras huía de la casa de Lord Gunther, notó que sus pasos ya no eran seguros y largos, sino cortos y apresurados, casi como si huyera de algo. Cuando, de hecho, sintió que estaba corriendo hacia algo. O más bien, *alguien*.

Su sentido de obligación hacia Jude no conocía límites, y rayaba en lo irracional. Ahora estaba decidido a sacarla de la difícil situación en la que se había metido.

Con el dinero, no debería de tener ninguna razón para robar... y él cumpliría su palabra de que nunca más se pondría en peligro.

## Capítulo Diecinueve

—Basta para mí —declaró Jude, arrojando sus cartas boca arriba sobre la mesa.

—No es justo —gimoteó Payton—. Debes terminar la mano. Así es como debe ser.

—Estás celosa porque Jude ha ganado casi todas las manos cuando piensas que eres un maestro en las cartas —dijo Sam con una sonrisa, sin molestarse en levantar la vista de la hoja de chismes que estaba leyendo.

—¡Cómo te atreves! —Payton se levantó de su asiento con furia y se lanzó hacia Sam, que estaba recostada en un sofá a unos metros de distancia.

—Baja los humos —dijo Sam con ligereza.

—Epa, epa —dijo Garrett, envolviendo sus brazos alrededor de la cintura de Payton que volaba por el aire hacia la gemela de Jude—. No seas un aguafiestas —ella ha ganado en buena ley desde hace casi una docena de rondas.

—Cualquier jugador puede exigir el derecho de recuperar su dinero antes de que el otro jugador abandone la mesa —citó Payton las reglas seguidas en los salones de juego de caballeros, como White y su propia casa, Craven House—. ¿No es así, Garrett?—Se retorció para liberarse de su agarre, los ojos aún fijos en Sam, que se reclinó con facilidad pero había dejado el papel a un lado en caso de que Garrett fallara.

—Así es, pequeña descarada... —Soltó a su hermana menor pero la mantuvo asida fuertemente por la muñeca—. Sin embargo, se te ha dado la oportunidad de cambiar tu suerte. Eso fue hace cuatro rondas.

—Antes de que perdieras un mes de tu mesada, podría agregar —continuó Sam, al tiempo que se sacudía una mota de polvo invisible de la falda, como si no se preocupara de que Payton le saltara encima de nuevo—. Pero me aseguraré de que Jude compre algunas bonitas cintas para el cabello con tu dinero. Algo que se adapte a nuestros cabellos de color castaño rojizo pero no que resulte tan agradable el cabello de un color más oscuro.

Jude sonrió, sabiendo que sus disputas no servirían para nada, ya que cada chica siempre volvía a poner su asignación en la oficina de Marce cuando su hermana estaba ocupada en otras cosas. Marce nunca mencionó la moneda devuelta y Sam, Jude o Payton tampoco abordaron el problema.

—¡Tramposos! —Gritó Payton, zafándose de Garrett—. ¡Todos ustedes son tramposos ladrones!

—Payton —El tono repentino y dominante de la voz de Garrett hizo que incluso Jude lo mirara—. Eso no solo es injusto, sino también antideportivo. No se repetirá de nuevo, dentro o fuera de esta casa.

Jude nunca había notado la gran similitud de Garret con su única hermana, Marce, hasta ese momento exacto. El tono y la severidad de su orden coincidían con los de su hermana mayor, aunque Payton no iba a ser disuadida de continuar con su berrinche.

—Ustedes dos —Payton señaló primero a Jude y luego a Sam, que ahora se ocupaba en inspeccionar sus uñas cortas— están confabulando.

—¡Dije, *basta!* —Las narinas de Garrett se encendieron y Jude esperó a que perdiera por completo los estribos—. Ustedes tres son como una jauría de perros rabiosos. ¿Cuándo aprenderán a confiar en los miembros de tu familia? Son las personas ajenas a ese círculo quienes te harán daño.

Jude miró entre Sam y Payton, cada una miraba a su hermano sin decir una palabra. Incluso la ira de Payton disminuyó cuando sus palabras se hundieron.

—Se tienen unas a otras y eso es mucho más de lo que la mayoría tiene —continuó—. Estas mezquinas disputas no tienen sentido y no conseguirán que ninguna de ustedes llegue a ninguna parte. Y en todas las manos de cartas. Despreciable.

De nuevo, a Jude se le hizo creer que el significado de Garrett era mucho más profundo de lo que cualquiera de ellos podía entender. Sospechó que tenía mucho que ver con el medio hermano mayor de Garrett. El hombre había rechazado cualquier relación con Marce o Garrett después de la muerte del padre y había heredado la propiedad, arrojando a Marce, Garrett y a su madre a la calle fría el mismo día.

Pero, Garrett y Marce habían dicho hace mucho tiempo que el hombre estaba muerto para ellos, y que su madre se había asegurado de que todos tuvieran un hogar seguro que nunca les quitarían.

—Payton —dijo Jude, levantándose de la mesa—. No tenía intención de cobrar nuestra apuesta.

—No tiene nada que ver con el dinero. —Payton se reclinó en su silla—. He trabajado muy duro... y parece que no soy una jugadora aceptable.

—¿Qué quieres decir con que has trabajado duro? —Preguntó Garrett desde el aparador de las bebidas, donde sirvió otro trago.

—Cree que puede contar las cartas —Sam no tuvo ningún remordimiento al decirle la obsesión secreta de Payton a Garrett mientras agarraba la revista de chismes nuevamente y lo extendía sobre su regazo—. Le dije que es una pérdida de tiempo, porque cuando se case, todo será en vano. Aprovecharía mejor el tiempo si leyera las revistas de chismes.

—¿Por qué? —Payton recogió las cartas descartadas y se preparó para barajarlas—.

Entonces, ¿puedo estudiar a todos los hombres disponibles y seleccionar un objetivo?

—Objetivo —Jude se rió de la elección de palabra de Payton, un término muy preciso, de hecho.

—Eso no es para nada lo que estoy haciendo —resopló Sam—. Solo trato de evitar enredarme con un hombre desfavorable, especialmente uno conocido por ser un disoluto.

—¿Para que puedas ser la única disoluta en la relación? —Payton continuó presionando al devolver a Sam sus duras palabras de antes—. No necesitas saber nombres, solo elige a un hombre lo suficientemente mayor como para ser tu padre...

Jude se tapó la boca para reprimir la risa ante el comentario precoz de Payton, feliz por el momento de distracción, que le permitía olvidar el hecho de que Cart había mantenido la distancia entre ellos.

—Señorita —dijo Garrett después de que hubo drenado otro vaso de oporto con una mancha de coñac, disgustado por el mal gusto—. No se maten en mi guardia.

—Les llegaron unos fuertes golpes a la puerta del frente de la casa.

Todos miraron el alto reloj de la esquina. Era apenas pasado el mediodía y ciertamente ninguno de ellos esperaba a nadie. Era raro que alguien viniera a llamar a Craven House, especialmente desde que Ellie se había casado con Lord Chastain.

—Los invitados no deberían llegar sino dentro de algunas horas — reflexionó Garrett en voz alta mientras escuchaban que la puerta de entrada se cerraba después de que el Sr. Curtis atendiera a la llamada—. ¿Quién de ustedes está en problemas?

Bromeaba, pero Jude miró rápidamente a Sam, quien se encogió de hombros en respuesta. Ninguno de los dos había salido de la casa desde la noche anterior. Cuando llegaron a casa, Garrett había estado debidamente ocupado, tanto que aún no había notado la nueva pintura que colgaba en el

vestíbulo, pequeña como era. Oculto a simple vista parecía ser el mayor secreto de su familia, incluso Marce no veía ninguna razón para esconder su cofre de dinero.

Jude esperaba que su suerte se mantuviera y no fuera el magistrado el que buscaba a ninguna de ellos. O que fuera otra carta que exigía el dinero por deudas pendientes.

Pero cuando Curtis entró en la habitación y la miró directamente, Jude temió que su tiempo fuera de los confines de los alojamientos del magistrado estuviera a punto de terminar. En su mente, pensó en todas las cosas que le pediría llevarse con ella: su peine y su conjunto de cepillos —no porque fuera vana de ninguna manera, pero su cabello se anudaba con bastante facilidad— y su cálida manta hecha a mano hacía tantos años. El ama de llaves de Jude siempre había aborrecido el frío. Tal vez algunos libros para mantenerla ocupada durante su tiempo libre. Triste, pero eso era todo lo que poseía, además de su ropa, y ciertamente no tenía lugar para su armario de vestidos elegantes y guantes de cabritilla. No a dónde iba. Todo lo demás permanecería aquí en Craven House.

Señorita Judith —Curtis asintió con la cabeza como si supiera que la enviaba personalmente a la torre. Si tuviera la suerte de entrar en un buen alojamiento para para ladrones, probablemente sería relegada a un alojamiento mucho peor en Newgate—. Tiene un visitante. ¿Quiere que lo haga pasar aquí?

Jude miró a Garrett, a quien el visitante sorpresa le había despertado el interés. Luego a Sam, que había vuelto a leer, sin mostrar interés. Payton comenzó a barajar sus cartas una vez más, esperando que uno de sus hermanos se deslizara en la silla que Jude había dejado vacante.

—No estoy esperando a nadie Aunque, en verdad, sabía quién la esperaba en el vestíbulo, y posiblemente le había traído las cincuenta libras que había pedido para el jarrón. —Me reuniré con él en la salita de Marce.

Estaba ubicado hacia el frente de la casa, pero también no muy lejos de la entrada lateral de Craven House. Permitía a los invitados especiales de su hermana ir y venir sin temor a que los vieran desde la calle.

—Volveré —dijo Jude casualmente por encima del hombro. Con gran suerte, ninguno de sus hermanos la siguió mientras ella salía de la habitación donde el señor Curtis esperaba afuera.

Le tendió una pequeña tarjeta antes de continuar,

—Me pidió que le diera esto.



Jude se sintió aliviado de que Curtis no hubiera anunciado el nombre del hombre a todos.

Mirando hacia abajo, encontró lo que esperaba ver.

*Conde de Cartwright*  
*Simon Montgomery*

Estaba escrito en letra negrita y pesada, obviamente impreso por el mejor calígrafo de Londres. Sin florituras o letras elegantes. Exactamente lo que ella esperaba de Cart, nunca exagerado o imaginativo, con la excepción de su corbata.

—¿Quiere que lo conduzca a la salita, señorita Judith?

—No, gracias, señor Curtis —dijo Jude al colocar su mano en el brazo del anciano con tranquilidad—. Lo iré a buscar al vestíbulo y lo conduciré yo misma.

—Serviré el té.

Si bien Jude no disfrutaría más que una tarde con Cart, conversando cómodamente y debatiendo temas de interés mutuo, también sabía que necesitaba cambiar el jarrón por los billetes y sacar a Cart de la casa antes de que Garrett decidiera echarle una mirada a su invitado. O (Dios la ayude), la sala de juego de Craven House comenzara a recibir invitados para la reunión de la noche.

También buscaba ocultar la verdadera naturaleza de Craven House, ya que no se reflejaría bien en ella si Cart no entendiera el razonamiento detrás de los esfuerzos nocturnos de Marce.

Sin embargo, era posible que Lord Cartwright ya conociera el pasado secreto y más oscuro de Craven House y que hubiera decidido pasarlo por alto. Eso era más de lo que Jude podía esperar que hiciera cualquier hombre de la *alta sociedad*.

Curtis asintió y giró en dirección a las cocinas y dejó que Jude se dirigiera al vestíbulo. Mientras se movía silenciosamente por el pasillo, escuchó a Cart murmurando, posiblemente números...

—Lord Cartwright —Jude lo saludó formalmente por si alguien acechaba en las cercanías—. Encantador de su parte que viniera a visitarme.

Se inclinó ante ella, un poco demasiado rígido y demasiado bajo.

—Señorita Judith.

Cuando él no dijo una palabra más y vio que los ojos vagaban por la entrada, Jude continuó:

—Había esperado noticias de usted hace unos días.

—Ah, bueno, algunas cosas llevan su tiempo —respondió.

Como en la biblioteca, algo no andaba bien con Cart.

—Podemos hablar más tranquilos aquí —Jude movió el brazo en dirección a la salita de privada de Marce—. Justo por aquí.

—Por supuesto, señorita Judith —dijo Cart y dio el primer paso en la dirección que Jude había señalado. Empezó a hablar mientras caminaban hacia la habitación, con un poco de normalidad o lo que fuera normal para Lord Cartwright—. Mis más sinceras disculpas por no haber venido antes.

Abruptamente, dejó de hablar y se detuvo en seco y se concentró en la pequeña pintura que colgaba en la pared.

—¿Milord? —Preguntó Jude mientras sus ojos se estrechaban en el paisaje y su mano se alzaba para tocarlo.

—Esta pintura...

—Es impresionante, ¿verdad?

—No estaba aquí en mi última visita.

—No —confesó—. Es de reciente adquisición.

—Yo... no puedo... dónde...

Parecía tan cautivado como lo había estado ella cuando lo había tomado.

—¿Puedes imaginar un lugar más hermoso en todo el mundo?

El malestar de Jude creció cuando él reconoció claramente la pintura, la que ella había tomado la noche anterior.

—Puedo —respondió Cart.

—Y pensar que está en Inglaterra —Jude se puso de costado, quitó los ojos de él y miró la pintura que atraía su completa atención. Mentiría si dijera que no le molestaba que los meros objetos atrapasen su atención por completo, pero sintió que era más que solo la belleza de la pintura lo que lo había capturado. Era como si estuviera mirando algo completamente familiar para él mientras ella se había convertido en algo que él no reconocía.

—Vine aquí para intentar salvarla, señorita Judith —notó que la tristeza se deslizaba en la voz, como si hubiera perdido algo verdaderamente valioso—, pero veo que no puedo.

—¿Qué quiere decir, milord? —No tenía forma de saber que ella había tomado la pintura solo unos días antes en un intento de salvar su plan para ayudar a Marce. El aire a su alrededor se electrificó, y Jude sintió que la conexión entre ellos desaparecía. ¿De qué serviría negar el robo de la pintura? En cambio, no diría nada.

Estaban uno al lado del otro, sin mirarse, sus voces se mantenían el tono igual que si hablaran sobre el té. El pánico invadió cada miembro de su cuerpo.

—Es un ladrona —Si no hubiera endurecido sus rodillas ante la acusación, se habría desplomado con el golpe de sorda furia de la declaración—. Una vulgar ladrona. Debería haber sonado la alarma a la primera señal de advertencia. Debería haberla conocido por lo que realmente es cuando vi el jarrón robado de Lord Gunther en su posesión.

Jude contuvo la respiración, incapaz de hablar mientras su corazón latía fuera de su pecho.

—¿Lo sabía? —Preguntó ella. Lo había sabido todo este tiempo, pero no le había dicho nada al magistrado sobre ella y hasta se había ofrecido comprar el jarrón.

—¿De dónde ha sacado esta pintura? —Se notaba que destilaba veneno en cada una de sus palabras, una rabia que Jude nunca pensó que fuera capaz de experimentar.

Ella solo podía mover con la cabeza la cabeza de un lado a otro —en señal de negación, de remordimiento, en total incredulidad de que todo lo bueno que estaba tratando de hacer pudiera ser destruido de esta manera, por el único hombre que pensó que algún día podría entenderla.

Le pregunté: *¿dónde* ha conseguido este cuadro? Elevó la voz con ira, que pareció rebotar en las paredes y viajar hacia las profundidades de la casa.

Si ella no lo calmaba pronto, Garrett y sus hermanas vendrían corriendo.

—Lord Cartwright, por favor...

—Por favor, ¿qué? —Finalmente se volvió hacia ella, como si se hubiera olvidado de la pintura—. Por favor, ¿que no la exponga por la ladrona que es? Por favor, ¿no envíe a las autoridades? Por favor, ¿no pregunte cómo una pintura, encargada por mi padre antes de su muerte, vino a parar a su pared? Usted me pide mucho, señorita Judith.

—No lo hice... —Afortunadamente, él la interrumpió y evitó así que otra mentira cruzara sus labios.

—Usted no es la víctima aquí —Levantó la barbilla y la miró desde arriba como desafiándola a que lo negara.

Pero todas sus palabras eran verdad.

###

Cart temblaba, no exteriormente, sino que en su interior había sido conmovido hasta lo más íntimo por la profundidad de su naturaleza engañosa. Había rezado para que su posesión del jarrón tuviera alguna otra explicación razonable. Algo que su mente racional podría asimilar y reconciliar; cualquier cosa que le permitiera procesar y comprender sus desviadas acciones y regresar a la época, no hace tanto tiempo, cuando la consideraba una mujer perfecta.

La miró a los ojos de color verde musgo y notó, por primera vez, las manchas de avellana salpicadas en su interior. Pero no podía permitir que este nuevo descubrimiento atenuara su furia. No permitiría que le quitara el dolor que sintió por su traición.

—¿La conozco? —Sostuvo su mirada intensa y parecía marchitarse ante él —. ¿Todo ha sido un ardid para hacerme quedar como un tonto?

Ella solo negó con la cabeza otra vez cuando se acumularon las lágrimas en los ojos, que amenazaban con brotar...

No permitiría que sus tácticas femeninas lo disuadieran de obtener la respuesta que buscaba, las respuestas que necesitaba para avanzar, en la dirección que esas respuestas lo llevaran.

—¿Le interesan las antigüedades o es solo un medio para llenar sus bolsillos? —Cart había sido testigo de su pasión por la historia de primera mano en el museo, pero incluso ahora, no podía confiar en sus ojos. Cart tenía tantas preguntas que invadían su mente—. ¿Qué más ha escondido en estas cuatro paredes?

La mano del joven salió disparada y la agarró del codo mientras la alejaba del vestíbulo. Necesitaba respuestas y gritarle en el vestíbulo no era el camino ni el lugar para alcanzarlas.

—Venga, busquemos un poco de privacidad para discutir su comportamiento criminal en detalle.

—No —Se plantó con firmeza y tiró de Cart para que se detuviera a solo unos pasos por el pasillo del vestíbulo—. No he hecho esto para lastimarlo.

Cart le apretó el brazo y la atrajo hacia sí, la cara a escasos centímetros de la de ella.

—Maldita sea que lo ha hecho.

—Cart... —la palabra llegó en un sollozo—. Te lo aseguro...

Tus palabras y promesas no significan nada —siseó—. ¿Pensaste en

hacerme parecer el tonto más grande de lo que ya soy ante la sociedad?

—Esto no tiene nada que ver con...

Ante eso, Cart se echó a reír, una risa maníaca que incluso a él asustaba. Estaba claro que si no controlaba sus emociones, perdería su ventaja sobre ella—. Tiene todo que ver conmigo.

En su corta vida muchas otras personas se habían aprovechado de él: su tío, su madre y ahora, Jude. Y no se había enterado de nada hasta que fue demasiado tarde.

Ella se apartó y él le soltó el brazo.

—Si tan solo me escucharas.

Él bufó.

—¿Escuchas... tus medias verdades y mentiras descaradas?"

No había nada más que ella pudiera decir. Nada de lo que ella le había dicho se basaba en la verdad. Las cosas que Theo había compartido sobre la familia de Jude no significaban nada para él ahora. Estaba equivocado al haber esperado lo mejor con ella. En realidad, se había puesto en peligro para desenredar el lío que se había hecho.

—Dime, ¿tu familia sabe acerca de todo esto? —Cuando ella abrió grande los ojos, él continuó—; Tu gemela, muy probablemente. Debería llamar al magistrado y contarle sobre ustedes dos. Pasar un tiempo encerrada en una celda para pensar en tus acciones te haría bien, estoy seguro.

Debería haberla visto por lo que era mucho antes de que le mostrara el jarrón y ciertamente antes de que hubiera visto la pintura de su familia colgada en la pared. Directamente a la vista de todos como para restregarle su habilidad en la cara. Y él había estado tan cegado por ella que no había notado la pintura en su primera visita a Craven House.

Cart no podía controlar sus sentimientos o confiar en sus instintos en lo que a Jude se refería, de hecho, todo estaba basado en la realidad.

Y entrar a su casa y asustar a Theo... y entonces, intentar ganar su perdón. ¿Qué juego jugaba Jude?

—Supongo que ya habías puesto tu mirada en mí por algún tiempo — reflexionó Cart en voz alta.

—Hasta la fiesta en el jardín de Lady Haversham, no tenía idea de tu existencia. Te lo juro. —Fue su turno de tomarlo del brazo, y tirar de él ligeramente hacia la privacidad de la salita, pero él no lo permitió.

Una habitación con una puerta cerrada solo conduciría a un momento privado. Cart no confiaba en estar completamente aislado con la mujer que

tenía delante.

—¿Crees que alguna vez pueda confiar en otra palabra que salga de tu boca? —Hablaban solo con preguntas y acusaciones, en lugar de sus hechos y lógicas habituales. Todo en Jude lo hizo arrojar la razón y la precaución al viento—. Dudo mucho que puedas darme una explicación sensata de cómo llegaste a poseer un jarrón robado o la reliquia preciosa de mi familia.

—¿Puedes al menos darme la oportunidad? —Preguntó ella—. Me debes al menos eso.

—¿TE LO DEBO? —Su voz resonó por el pasillo hacia el vestíbulo, irreconocible incluso para él cuando Jude se apartó de él—. Déjame aclarar una cosa. No te debo nada. Estás en posesión de algo que pertenece a mi familia sin una explicación plausible, has tratado de enredarme en tratos ilícitos y, sobre todo, has puesto en peligro mi integridad. Y luego, si eso no fuera suficiente, has involucrado a mi hermana en todo esto. No solo has lastimado mi posición dentro de la comunidad de anticuarios, sino en la sociedad en general. Esto no solo me perjudica, no me importa mi posición con la *gente linda*, sino que has traído un nuevo tipo de peligro a mi hermana. La sociedad la juzgará por las acciones de su hermano. No voy a arruinar su vida por un escándalo del que no ha participado. ¿Me oyes?

La oferta de Cummings para officiar como consultor en el Museo Británico corría por su mente, sin duda una oferta que no podría aceptar.

—¿Qué está pasando aquí? —Gritó una voz masculina detrás de él—. ¡Aléjate de mi hermana, canalla!"

Cart tomó aliento y se dio cuenta de que en algún momento sus manos se habían convertido en puños. Cuando los soltó, mantuvo la mirada de Jude; necesitaba que ella viera su ira por su engaño al que lo había sometido.

—Dije que dejara a mi hermana. ¡Ahora!

—Esto no ha terminado, señorita Judith —escupió Cart antes de darse vuelta y descolgar la pintura a su padre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el otro hombre.

Cart solo miró al hombre, desafiándolo a que lo detuviera en su tarea de retirar la pintura de su familia. Aunque lo reconoció como el hombre que había salido de la casa del vigilante nocturno con Jude y Marce. Su hermano, sin duda.

Hizo una pausa ante el hermano de Jude, sabiendo que le debía algo a este hombre, incluso si no era la verdad completa.

—Mis disculpas por irrumpir en su hogar, señor, pero le convendría vigilar mejor a su hermana.

—Por qué... yo... —tartamudeó el hombre.

Pero Cart no hizo una pausa para darle una explicación más detallada. Metiendo el retrato enmarcado bajo su brazo, caminó hacia el vestíbulo y salió directamente por la puerta, ignorando a la gran cantidad de personas que permanecían atónitas ante su furiosa partida.

Con fuerza, Cart cerró la puerta detrás de él.

Había terminado su relación con la señorita Judith y se prometió que nunca volvería a pronunciar su nombre, ni se embarcaría en un camino único que la beneficiara de ninguna manera.

Y había una cosa en la que Cart podía confiar... sus propias promesas.

## Capítulo Veinte

—¿Quién diablos era ese? —demandó Garrett, mientras caminaba hacia ella.

Jude quería huir. Tener la oportunidad de estar sola para pensar en todo lo que Cart había dicho, en todas las acusaciones que le había lanzado. Las pinturas, el jarrón, los libros antiguos, todos eran objetos, cosas... las cosas podían reemplazarse y nadie había salido lastimado por el robo. Nunca pensó que sus acciones podrían herir a otros; todo lo que había hecho era aliviarlos de piezas que apenas notaron. Sin embargo, Cart estaba herido profundamente.

Pero ya no podía engañarse a sí misma y pensar que eso era cierto, porque Cart estaba ciertamente herido. Jude deslizó la mano en el bolsillo de su falda y tocó su tarjeta de visita, el papel se sentía áspero y desigual contra su piel.

—Ese era Lord Cartwright —respondió Sam desde donde estaba, fuera de la vista.

Jude nunca tuvo la intención de lastimar a nadie, especialmente a Lord Cartwright, aunque eso no era del todo cierto... sabía que existía la posibilidad de herirlo y se había arriesgado con muy poco remordimiento o previsión. Jude no había dedicado tiempo a reflexionar sobre las consecuencias permanentes de que Cart se encontrara en posesión de arte robado, ni había realmente comprendido la magnitud del daño que le infligían a la gente.

—¿Y por qué ha venido a ver a Jude solo para gritarle, en su propia casa —Garrett hizo la pregunta a la casa en general, como sospechando que alguien le daría una respuesta, aunque no era probable que fuera Jude— para luego salir con una pintura que estaba colgada en nuestra pared? El hombre ciertamente no tiene sentido. Mejor será que alguien empiece a darme las respuestas que busco.

En lugar de eso, Jude giró en redondo y se dirigió hacia el salón privado de Marce y el jarrón.

—¡Vuelve aquí! —Gritó Garrett—. No te alejes de mí.

Pero Jude se había enfrentado a la ira suprema de Cart y eso la había asustado mucho más que la falsa bravata de su hermano.

—Voy a hablar con ella —dijo Sam a Garrett y siguió a Jude por el pasillo.



Una cosa favorable, porque Jude iba a necesitar la ayuda de su gemela si iba a devolver el jarrón a Lord Gunther y arreglar las cosas con Cart.

—Cierra la puerta —dijo Jude bruscamente cuando Sam la siguió a la habitación.

—¿Qué está sucediendo?

Jude había ocultado muchas cosas a Sam últimamente, incluso sus reuniones con Cart y, especialmente, el beso y la creciente atracción que Jude sentía por el hombre.

—Devolveremos el jarrón.

—¿Qué? —Preguntó Sam, con desconcierto—. Eso no es posible. ¿Qué pasará con nuestra casa?

—Todas las esperanzas de vender el jarrón se han esfumado y Lord Cartwright está más que preparado para enviar a buscar a las autoridades. —Jude estaba segura de que nunca cumpliría esa amenaza, pero aseguraría la ayuda de Sam. Sam era demasiado vanidosa y egoísta como para correr el riesgo de ser llevada a Newgate, por cualquier suma de dinero—. Date prisa, no tenemos tiempo; es probable que haya mandado a buscar al magistrado y pueda tocar a nuestra puerta en cualquier momento. No habrá nada que Garrett o Marce puedan hacer por nosotros en ese momento.

Sam continuó mirándola, paralizada de miedo, cuando Jude recogió el jarrón y se asomó por la puerta.

—Garrett se ha ido. Podemos salir por la puerta lateral, pero necesitare de tu ayuda para devolver esto sin que me atrapen.

Su gemela solo asintió.

—Debes mantener ocupado al Señor Gunther y también a sus sirvientes.

—¿Cómo cielos esperas que haga eso? —chilló Sam.

—Siempre te sientes cómoda siendo el centro de atención —le aseguró Jude—. Estoy segura de que encontrarás una manera de distraer a su familia el tiempo suficiente para que yo vuelva a colocar el jarrón dentro de la casa.

—¿Pero qué pasa si no puedo?

—No hay otra opción. —Jude dejó el jarrón a un lado y acercó a Sam y la envolvió con los brazos; estaba rígida—. Hacemos esto último y se termina. Todo se acabó. Dejamos que las cosas sucedan como tengan que suceder. Si Marce se queda sin ideas para solventar Craven House, entonces encontraremos otras formas, legítimas, de ayudar.

Teodora obviamente le había contado sobre su visita a Craven House a su hermano, lo que lo enfureció aún más, algo que Jude entendió. Le había

mentido a la joven, tal como le había estado mintiendo a Cart todo este tiempo.

Sam se echó hacia atrás y miró a Jude, sus ojos eran espejos perfectos. Jude sabía que en sus profundidades tenían verdades muy diferentes.

—Vamos a terminar con esto —suspiró Sam—. Asegúrate de que no nos atrapen.

—Haré todo lo que esté en mi poder, te lo aseguro.

Después de deslizarse por la entrada lateral, el paseo hasta la casa de lord Gunther transcurrió sin incidentes, a pesar de que Jude notó que Sam miraba por encima del hombro como si esperara que el magistrado se abalanzara sobre ellas en cualquier momento.

Jude estaba un poco más tranquila, sabiendo que Cart no podía, no le *haría* eso a ella, al menos no antes de permitirse calmarse, y posiblemente darle la oportunidad de explicarse. Él no era un hombre que tomaba decisiones precipitadamente sin pensarlo de antemano con detenimiento, aunque su comportamiento errático la hacía temer que no lo conociera tan bien como suponía.

Incluso si le daba un día, no pasaría por alto sus crímenes por mucho tiempo, y eventualmente haría lo que sabía que era lo único que apaciguaría su necesidad de justicia: la entregaría al magistrado.

Con un poco de suerte, el tiempo suficiente para devolver el jarrón y demostrarle a Cart que ella no era la mujer horrible que aparentaba ser.

Jude se escondió en la esquina de la casa cuando Sam levantó la mano y llamó a la puerta de Lord Gunther. Ella esperaba que estuviera en la residencia. De lo contrario, su artimaña debería ser mucho más complicada.

La puerta se abrió y Sam le entregó su tarjeta al mayordomo.

—Estoy aquí para ver a Lord Gunther. ¿Recibe visitas esta tarde? La voz de Sam parecía un tanto tensa y aguda, pero el sirviente no pareció darse cuenta ya que la puerta se abrió para permitirle la entrada, a las dos.

Ahora, Jude esperaba. Sam le había asegurado que podría crear suficiente distracción para que Jude se deslizara dentro de la casa sin ser vista si le dieran cinco minutos. Si había algo en lo que sobresalía su gemela, era en ganar la completa atención de una habitación. ¿Pero también desviar a una familia de sirvientes? Parecía más de lo que incluso Sam era capaz de hacer.

Fiel a su palabra, Jude escuchó el grito de una mujer y luego el sonido de algo grande que se estrellaba contra el suelo y luego el estallido de vidrio. Luego vinieron los gritos frenéticos de otras varias mujeres, probablemente doncellas que iban de un lado a otro con rapidez.

Jude se arrastró hacia la puerta de entrada y presionó su oreja en ella. Escuchó fuertes pisadas en las profundidades de la casa, pero ninguna directamente detrás de la puerta. Miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie la estaba mirando. Afortunadamente, la entrada delantera estaba oculta por hiedra cubierta de maleza y otras plantas en macetas, por lo que era imposible que nadie viera nada más que sus pies, a menos que estuvieran cerca.

La puerta se abrió con facilidad y Jude entró en el vestíbulo desierto. El jarrón estaba seguro en su bolso. Echó un vistazo alrededor de la entrada para encontrar un lugar adecuado para colocar el jarrón; en algún lugar donde se notara inmediatamente, y su vuelta se anunciara a Cart. Ciertamente, la mesa junto a la entrada principal era demasiado visible y obvia.

Se movió más allá en el vestíbulo mientras sonaban otra ronda de pasos y llamadas apresuradas dentro de la casa. Jude no estaba segura de lo que Sam había inventado para mantener a la familia en un frenesí, pero estaba eternamente agradecida por ello.

Otras dos mesas en el vestíbulo estaban abarrotadas de arreglos florales u otras cosas que no dejaban espacio para el jarrón sin que Jude tuviera que mover los objetos a diferentes lugares. Era su intención hacer que el jarrón pareciera como si nunca hubiera sido robado a Lord Gunther, solo fuera de lugar dentro de la casa grande.

Por un pasillo a su izquierda, Jude escuchó la voz de Sam.

—Estoy muy bien. Debo de haberme desmayado. ¡Oh, mire el espantoso lío que he creado. Debe disculpar mis atroces modales, milord.

Jude se estaba quedando sin tiempo. Revisó el área de nuevo y vio un pequeño estante montado en la pared, ocupado solo por un pequeño retrato enmarcado. Mover un objeto del tamaño de su palma era mucho mejor que una mesa entera que albergara una estatua, una planta y una vela.

Luego de sacar el jarrón de su bolso, Jude tomó la imagen, la reemplazó con la pieza de cerámica delicadamente pintada y la giró para mostrar su lado más impresionante a la habitación en general; necesitaba que el jarrón se encontrara rápidamente. Satisfecha, se movió con rapidez a la mesa que estaba junto la puerta principal y movió una estatua de una mujer que leía a un grupo de niños en sus rodillas.

Jude se detuvo por un segundo para reflexionar sobre el valor de la pieza antes de negar con la cabeza y recordó que eso era exactamente lo que la había llevado a la situación en la que se encontraba en la actualidad.

Mientras colocaba el retrato al lado de la estatua, Jude abrió la puerta y salió al oír voces que volvían al vestíbulo.

—Ciertamente no necesita llamar a un médico, milord. Voy a estar muy bien después de un breve descanso. Lamento haber interrumpido su día.

—¿Volverá a visitarme, o permitirá que la visite? —Jude oyó a un hombre preguntar mientras ella cerraba la puerta sin hacer ruido y bajaba corriendo los escalones para esperar la partida de Sam.

Acababa de pegarse a la pared de la casa cuando la puerta se abrió de nuevo. Al mirar por de la esquina del edificio, Jude vio a su hermana salir de la casa de Lord Gunther, con una sonrisa cansada en el rostro y la palma de la mano pegada a la frente.

—Mi carruaje está un poco más adelante —dijo Sam, mientras se quitaba la mano de la frente para apuntar en dirección a varios carruajes estacionados por el camino. Incluso saludó con la mano en esa dirección para convencer al hombre—. ¿Ve a mi cochero? Está listo para mi partida. Le deseo un buen día, milord.

Lord Gunther debe haber estado de acuerdo en que Sam podría esperar sola a su cochero o que su humilde condición no requería que la acompañara, porque la puerta se cerró y Sam bajó corriendo las escaleras hacia donde Jude esperaba.

La mano de Sam una vez más presionaba la frente; se podía ver el dolor claramente grabado en su rostro.

—¿Qué hiciste? —preguntó Jude, al tiempo que fruncía el ceño con preocupación.

—Dijiste que necesitabas una distracción lo suficientemente grande como para entretener a toda la casa, así que me desmayé —confió Sam, con una mueca.

—¿Qué te pasó en la cabeza? —Jude se adelantó para quitarle la mano a Sam.

—Aposté a que el desmayo no sería suficiente, así que decidí que se necesitaba un poco más de teatro. —Sam retiró la mano y reveló un golpe que ya estaba empezando a hincharse—. Entonces, con mi caída tiré una pintura de la pared y una mesa auxiliar. Creo que mi apuesta valió la pena y que muy bien podría prepararme para las tablas. ¿Cuánto crees que podría ganar trabajando en el salón de apuestas?

—Oh, Sam. —Jude tocó ligeramente el chichón—. No quise que te lastimaras con nada de esto. Debemos regresar a casa y colocarte una

compresa, o es probable que su cara haya cambiado a todos los tonos de azul por la mañana.

Sam apartó la mano de Jude.

—Te aseguro que sanaré y que el dolor durará mucho menos tiempo que si nos apresara el magistrado.

Jude nunca imaginó que su gemela arriesgaría su propia seguridad por ella. Era mucho más de lo que Jude podría haber pedido, a pesar de que sus intrigas habían sido un esfuerzo conjunto desde el principio.

—Muy cierto, hermana —reconoció Jude—. Vamos a estar lejos de aquí.

—Pero —dijo Sam y deslizó su brazo alrededor de Jude mientras se dirigían hacia Craven House— si Lord Gunther cumple su promesa de visitarme, tú tomarás mi lugar. El hombre ciertamente no es de mi agrado.

—De acuerdo. —Jude haría cualquier cosa, si solo Lord Cartwright se enterara de la devolución del jarrón y perdonara a Jude sus transgresiones. Incluso si eso significaba que nunca se volvieron a ver, era insoportable imaginar que pensaba lo peor de ella para siempre.

## Capítulo Veintiuno

Con la ira infundiendo cada hueso de su cuerpo, Cart saltó de su carruaje antes de que se detuviera por completo frente a la casa de Lord Gunther. Incluso su viaje a casa para devolver la pintura de su familia al lugar que le correspondía no le había disminuido la rabia contra Jude y la situación en la que lo había situado. En algún momento, había tomado una decisión con respecto a qué hacer, tal vez no fuera esa la conclusión más pensada, pero era un camino sólido que estaba dedicado a tomar.

Era simple. Devolvería el dinero a lord Gunther, le diría el nombre de la mujer que le había robado el jarrón y le dejaría manejar la situación como le pareciera. De esa forma, Cart no sería responsable del destino de Jude. Las consecuencias de sus acciones descansaban únicamente sobre sus hombros, no sobre cualquier decisión que Cart tomara o de algo que no hiciera. Sin lugar a dudas, creía que merecía algún tipo de castigo por sus actividades ilícitas, pero ¿eso incluía ser detenida por el magistrado? No era para que Cart dijera ni decidiera.

Se estaba alejando de toda la situación y del destino final de Jude. No podía poner en peligro su propio futuro por una mujer que no podía ser honesta con él.

Cuando cerró la puerta de Craven House detrás de él, fue para siempre. La señorita Judith tenía que ser eliminada permanentemente de su vida, especialmente si recuperaba algo parecido a su yo normal. Fue similar al curso de acción que había tomado después de que su tío, Julian, se hubiera fugado de Inglaterra con gran parte de la fortuna de su familia. Cart había dejado atrás la escandalosa traición de la familia al hacer justamente eso, seguir adelante, no pensar en lo que podría haber hecho para evitarlo. Simplemente había tomado la decisión de no permitir que volviera a suceder.

Y él había fallado una vez más. Pero esta vez, tendría la oportunidad de asegurarse de que la sociedad no presenciara su caída en desgracia.

Un hombre que pasa dos horas leyendo el periódico de Londres por la mañana en lugar de hacer un intrincado nudo en la corbata. Un hombre que dedica tiempo al estudio, sin debatir sobre la hora social apropiada para visitar a una mujer. Un hombre dedicado a restaurar el prestigio y las

tradiciones de su familia en lugar de despilfarrar el dinero en frívolas sutilezas que la sociedad considera necesarias, como las tarjetas de visita que había encargado la semana anterior.

Ese era el hombre a quien Cart necesitaba volver.

Sensato, seguro de sí mismo, decisivo.

Subió los escalones hasta la casa de lord Gunther con el puño preparado para llamar, pero la puerta de entrada se abrió para revelar al mismísimo Lord Gunther.

Un muy furioso Lord Gunther.

—Lord Gunther —dijo Cart, sus palabras cortaron la mirada entrecerrada de Gunther.

—Cartwright —siseó—. Me sorprende que muestre su cara aquí otra vez.

—¿Disculpe? —Cart se paró en el porche cuando el hombre no hizo ningún movimiento para invitarlo a entrar—. ¿Está todo bien?

—¿Bien? ¡Nada más lejos! —Con cada palabra, Gunther apuntaba con el dedo el pecho de Cart—. ¿Cree que soy un maldito tonto? ¿Cree que puede aprovecharse de mí de esa manera y salirse con la suya?

Cart se sentía lleno de inquietudes por las duras palabras del hombre. Algo había sucedido desde que se había encontrado con él y le había pedido el dinero que Jude había solicitado para el jarrón.

—Milord, no entiendo bien a lo que se refiere.

Gunther dio otro paso hacia Cart y lo obligó a retroceder.

—¿Cree que puede entrar en mi casa y mentirme, para tomar mi dinero y desaparecer?

—No he desaparecido, milord —tranquilizó Cart—. Estoy aquí, con su dinero. Palmeó el bolsillo superior de su abrigo donde tenía el sobre—. Si me permite entrar, se lo explicaré todo.

—No tengo dudas de que ha tenido tiempo suficiente para inventar otra estratagema alocada que contarme.

—Milord, por favor —dijo Cart y levantó las manos en señal de rendición—. Permita que nos retiremos a su oficina y discutamos lo que haya sucedido para afectar negativamente su opinión sobre mí.

Gunther se hizo a un lado y Cart entró, para seguir al hombre a través de la entrada hacia el pasillo que conducía a su estudio.

—Siéntese —ordenó Gunther, al tiempo que cerraba la puerta detrás de él.

Cuando Cart se sentó, sus ojos se posaron en el objeto sobre el escritorio de Gunther.

—El jarrón —susurró Cart.

—¡Sí, el jarrón! —Lord Gunther resonó mientras se movía detrás del escritorio y se sentaba.

Cart aún estaba en pie, demasiado sorprendido como para decir o hacer algo.

—¿Le importaría explicar cómo apareció el jarrón en mi casa? Levantó las cejas en señal de pregunta—. Puedo asegurarle que mis sirvientes buscaron cada centímetro cuadrado de esta casa antes de que lo contactara para que me ayudara a encontrar la pieza robada. Imagínese mi completo asombro cuando salí con un invitado hoy y me volví para verlo, en un estante de la entrada.

—¿Cómo? —Cart estaba mucho más aturdido que furioso. Había dejado Craven House hacía menos de dos horas, con la intención de decirle todo a Lord Gunther y ponerse a merced del hombre. Y de alguna manera, Jude lo había vencido. La mujer era exasperante y entrometida—. Milord, he venido hoy a devolverle su dinero.

Gunther entrelazó los dedos, a modo de campana, y luego la deshizo, todo mientras mantenía su mirada endurecida en Cart.

—Estoy seguro de que esa era su intención.

—Puedo asegurarle que así es.

—¿Y qué de esta nota que recibí, en la que se ofrecía el jarrón a cambio de cincuenta libras?

Supo desde que había usado la mano izquierda para garabatear la nota de que algún día llegaría a arrepentirse; hoy era ese día. Y por la actitud enojada de Lord Gunther, ese día también podía ser mañana y pasado mañana.

—Estoy tan desconcertado como usted. —Cart se sentó pesadamente en el asiento que Gunther le había ofrecido—. Después de no haber recibido más comunicaciones de la persona que supuestamente posee el jarrón, vine hoy a devolverle sus fondos y discutir otras opciones para encontrar la pieza —Para mostrar sus honorables intenciones, se quitó el sobre del bolsillo y lo colocó sobre el escritorio. . Con dos dedos, Cart empujó el sobre hacia Gunther, que solo lo miró, sin hacer ningún movimiento para tomarlo y contar su contenido—. Verá, estaba en camino a discutir las cosas con usted. Posiblemente la persona nunca tuvo el jarrón y, por lo tanto, tampoco intención de reunirse conmigo para el realizar el intercambio.

—Eso todavía no responde cómo apareció la pieza en mi casa. —Gunther suspiró—. Estoy muy contento de tenerlo de nuevo en mi poder, no me



malinterprete, pero todo parece demasiado conveniente, y usted es la única persona en el centro de todo.

—Estoy de acuerdo, parece extraño, pero centrémonos en su reaparición y no nos concentremos en las otras cosas. —Cart desvió la conversación de quién podría haber tomado el jarrón y luego devolverlo sin ser descubierto. La mujer tenía agallas, de hecho. Había llegado con la intención de explicarle a Gunther exactamente la estafa de la que había sido parte, pero de alguna manera, Cart había terminado protegiendo a Jude —una vez más. Aunque se había jurado a sí mismo que no lo haría.

—Si eso es todo, milord... —Cart se puso de pie, empujando la silla hacia atrás en el piso de madera— me marchó.

Gunther también se levantó.

—No confunda mis intenciones, Cartwright. Planeo investigar este asunto más a fondo y descubrir qué sucedió. Y a partir de ahora, nada en usted parece honorable. Ciertamente es una ventaja que tenga un título, pero una vez que todo se sepa, eso puede ser lo único que tenga a su favor.

—Sin duda yo también voy a investigar esto —repuso Cart, en respuesta a la amenaza del hombre. Y Cart conocía el único lugar donde encontraría las respuestas que buscaba: el único lugar donde se había prometido nunca volver a ir, sin importar lo mucho que deseara ver a la mujer que vivía allí —. Conozco la salida.

—Así es —dijo Gunther en señal de despedida y asintió con la cabeza hacia Cart antes de darse la vuelta y marcharse.

Otra coincidencia conveniente, sin duda, era que Craven House estaba a pocos pasos de la casa de Lord Gunther, mucho más cerca de lo que estaba la casa de Cart.

Para concentrar sus pensamientos y calmar su ira hacia Jude, comenzó a contar los pasos mientras caminaba y dejó atrás su carruaje. La tenue luz del atardecer dio paso a una brisa nocturna mucho más fría a medida que Cart avanzaba por la calle escasamente concurrida. Cuanto más caminaba, menos carruajes pasaban y la cantidad de personas a pie disminuía. Era la hora del día en que la mayoría de la sociedad estaba llegando a su entretenimiento nocturno: la hora de la cena se acercaba con rapidez.

Cart ignoró los gruñidos de su estómago y se dio cuenta de que no había probado bocado desde su desayuno con Theo.

En solo ochocientos treinta y cuatro zancadas, Cart dobló una esquina y apareció Craven House. Todas las habitaciones de la planta baja tenían las

luces encendidas.

Jude no le había dicho que su familia tenía reunión esa noche y la casa le había parecido tranquila cuando él había estado allí temprano ese día. Aunque, no era que hubiera estado muy consciente de lo que lo rodeaba debido a su enojo con ella. Era muy poco probable que compartiera con él los planes que tenía para la noche, ya que tampoco le había dado muchas oportunidades de hablar.

Pero estaba preparado para hacer eso, permitirle hablar, darle su versión antes de darle un ultimátum.

Detener sus actividades criminales o la entregaría al magistrado.

No podría continuar como era sin ser atrapada en algún momento. Si eso sucediera, Cart no podría ayudarla. No importaba nada que hubiera sido Jude quien había irrumpido en su casa, había sido Jude quien le había mentado acerca de dónde había conseguido el jarrón, había sido Jude quien le había dado falsas esperanzas para su futuro.

Tenía haber consecuencias para sus acciones: una deuda que debía pagarse.

No debería preocuparse por ella, ni por su seguridad, pero el hecho era que aún lo hacía... mucho más de lo que se había dado cuenta.

La cruda realidad era que su seguridad estaba en peligro debido a sus sentimientos hacia ella.

La mitad racional de su cerebro sabía que no existía ninguna mujer de quien se había demostrado era una mentirosa mereciera cualquier otro sentimiento, sino desprecio de su parte. Entonces Cart pensó en el beso puro que habían compartido. No había habido escondite para ninguno de ellos en ese momento. No se había sentido desanimada por sus tendencias peculiares o porque en su paseo anterior había terminado boca abajo en un estanque con barro que saturaba su ropa y sus botas. No había cuestionado su misteriosa aparición en la fiesta en el jardín de lady Haversham, que había interrumpido por completo su tan vida ordenada.

Todo sobre él y sus prioridades había cambiado desde que conoció a Jude. Tanto es así, que apenas reconoció en quién se había convertido. La peor parte fue no saber si lo había cambiado para bien... o para mal.

Un carruaje se detuvo en el camino circular que tenía delante del que se aparearon tres hombres, cada uno de ellos vestía abrigos mucho mejores que el suyo, con las botas tan pulidas que brillaban a la luz que se filtraba desde la puerta abierta del carruaje. Incluso un hombre portaba un bastón, lo que le

hacía parecer decididamente distinguido. Cart nunca había pensado en usar un bastón... extraño que un hombre que parecía lo suficientemente viril debilitara su aspecto mediante el uso de un bastón.

Cart mantuvo una estrecha vigilancia sobre el trío mientras se acercaba a la puerta, que se abrió sin que golpearan para anunciar su llegada.

Estaban esperando a los hombres, pero ¿a quién exactamente habían llegado a ver?

Cart supo más de los hombres cuando se rieron de algo dicho por quien los saludó en la puerta. La persona se quedó fuera de la vista de Cart. Sintió que perdía el juicio y sintió una primitiva necesidad de seguir a los hombres a la casa y exigir saber la razón de su visita a la casa de Jude.

Nunca había sido un hombre que sacara pecho y exigiera nada a los demás. Todo eso cambió cuando Jude entró en escena. Estos hombres no pertenecían a Craven House. Y ciertamente, no pertenecían a ningún lugar cerca de Jude. Parecían los pavos reales tan frecuentes en la sociedad en estos días. No se habría sorprendido al descubrir que el trío era uno de conocidos sinvergüenzas.

Sin pensarlo dos veces, Cart marchó hacia la puerta abierta justo cuando el mayordomo la cerraba, casi destrozando la nariz de Cart. En lugar de llamar —como haría cualquier otro caballero que se preciara de serlo—, Cart tomó con firmeza el picaporte y lo abrió de una vez y pasó por sobre el umbral sin anunciarse.

No fue hasta que se hubo plantado con solidez en la casa y que los tres hombres se hubieran volteado para saludarlo a él y a varios otros —sirvientes por como estaban vestidos, sorprendidos por su llegada improvisada— que Cart comprendió la sensación abrumadora que recorría su cuerpo y se hacía cargo de sus acciones.

Celos.

Los celos al rojo vivo lo recorrieron cuando uno de los hombres dio un paso al frente para saludarlo.

—¿Lord Cartwright? —Preguntó el hombre con una sonrisa.

Cart no dijo una palabra, no confiaba en controlar su temperamento si hablaba.

—Gideon, duque de Davies —dijo el hombre de cabello oscuro a modo de recepción—. No hemos tenido el placer de conocernos, aunque he oído hablar de su gran trabajo de Lord Barton. Estoy feliz de conocerlo. Este es Lord Humberton y Sir Giles.

Cart hizo un gesto con la cabeza a los tres hombres cuando se presentaron.  
—Lord Cartwright es un académico conocido por su amplio conocimiento de antigüedades —dijo Davies a la sala en general—. No nos encontramos en Eton solo por un corto año.

—Buenas noches, milord —se inclinó Sir Giles—. ¿Jugará con nosotros en una ronda en la mesa de juego?

La invitación de Giles no hizo nada para empañar el mal humor de Cart.

—Estoy aquí para ver a la señorita Judith, pero gracias por la invitación a jugar. Tal vez en otro momento.

—Enviaré a buscarla, milord —contestó Curtis, el hombre mayor, y partió arrastrando los pies por el corredor lejos del gran del ruido que salía de una habitación a la derecha de Cart.

—Fue bueno verlo, Cartwright. —Davies le palmeó el hombro en señal de camaradería y se dirigió hacia la fiesta—. ¿Quién está listo para perder supreciado dinero conmigo? Giles, espero que hayas traído el dinero que te da tu esposa antes de salir esta noche.

Cart observó a los hombres mientras desaparecían por el pasillo, la risa aún flotaba hacia él. Nunca entendería el gesto de palmear a otro hombre en el hombro para demostrar camaradería. Parecía más un castigo que un medio de mostrarle a otro que le importaba.

A su alrededor, los sirvientes volvieron a sus tareas; ninguno se detuvo para saludarlo ni hacerle ningún comentario. Eso lo complació más que tener que charlar inútilmente sobre asuntos intrascendentes con extraños mientras esperaba la llegada de Jude al vestíbulo.

Notó que no colgaba ninguna pintura nueva donde había estado la obra de arte de su padre que había quitado más temprano ese día. Al menos no había salido de la residencia de lord Gunther e inmediatamente localizado otro objeto precioso para robar. Era ridículo pensar que realmente había podido salirse con la suya al robar el jarrón y devolverlo, todo sin que nadie lo notara.

La capacidad de Jude para entrar a su hogar sin remordimiento, su culpa era tan grande que la hacía retroceder y le molestaba. Había visitado su casa y se había comportado como si fuera la primera vez.

—Lord Cartwright... — Cart se giró hacia la escalera principal cuando Jude se precipitaba hacia abajo, al tiempo que lanzaba una mirada nerviosa hacia la entrada—. ¿Qué está haciendo aquí?

Su ira regresó rápidamente.

—Me parece insultante que necesite hacer tal pregunta.

Jude lo tomó del brazo y lo empujó en la dirección que Curtis había tomado, lejos de las risas y ruidos bulliciosos que venían de lo más profundo de la casa.

—Por favor, venga conmigo al saloncito privado de Marce. Podemos hablar allí sin interrupción.

Era la misma habitación a la que había intentado llevarlo más temprano ese día; afortunadamente, por el momento, su mente no se consumía con el deseo de tomarla en sus brazos y besarla profundamente. Cart consintió y le permitió llevarlo por el pasillo.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Cart se alejó instantáneamente de ella; necesitaba la distancia para mantener sus pensamientos en línea. Esta era su última oportunidad para verla. Para evitar la necesidad de regresar, era imperativo que dijera todo lo que necesitaba antes de salir por la puerta.

—¿Por qué arriesgarse una vez más para devolver ese maldito jarrón?

—No me has dado otra opción, milord —dijo, abriendo los brazos en señal de derrota. No le gustaba aceptar la derrota, pero en esta situación, era una necesidad—. No soy la persona horrible que crees que soy. Y la única manera de demostrártelo fue devolver la pieza a la casa de Lord Gunther.

—¿Y qué has demostrado eso, excepto que eres más temeraria de lo que sospechaba? —acusó.

—Fue para demostrarte que me importa.

—¿Qué, exactamente? —Desafió Cart—. ¿La necesidad de poseer cosas que pertenecen a otros? ¿La necesidad de demostrar tu habilidad como ladrona? ¿La necesidad de ver si puedes evadir la soga del magistrado una vez más?

—¡Ninguna de esas cosas me importa! —gritó, dando un paso hacia él. Levantó la palma de su mano para detenerla.

—¿Y qué?

—Que me preocupo por ti —su confesión debería haber significado algo, aplacado su furia hacia ella, o por lo menos, le había dado una pausa sobre sus verdaderos motivos, pero no hizo ninguna de esas cosas. Solo lo convenció de que, además de ser una hábil ladrona, también tenía experiencia como manipuladora—. Cart, he sentido afecto por ti desde el momento en que noté que cruzabas el césped en la fiesta en el jardín de Lady Haversham.

Una mentira, por cierto. Usaba las emociones y sentimientos que sentía por ella en su contra.

Su alma era tan fría como su delicada piel de porcelana.

Por un breve instante, Cart solo quiso huir, alejarse de ella lo más posible. Él nunca podría entender a una mujer como ella. Las motivaciones de Jude eran extrañas para él; un ciclo perpetuo de mal uso y engaño provocado por una mujer que sin duda carecía de corazón. Incluso su beso estaba manchado para siempre en su memoria por su naturaleza deshonesto.

## Capítulo Veintidós

Jude no había planeado ver a Cart hasta que estuviera lista para contarle todo: el pasado de su familia, sus luchas actuales y cómo la abrupta entrada en su vida había cambiado todo lo que había pensado que quería para su futuro.

Habría sido importante para ella resolver todo el caos en el que vivía antes de hacer las paces con él. Le debía tanto. Jude sabía que le debía mucho más que eso, posiblemente mucho más de lo que tenía para dar. Pero primero, había decidido resolver y remediar todo de una vez por todas. Había acabado con su pasado como ladrona y aceptaba que era algo que nunca podría volver a hacer. En primer lugar, nunca lo había deseado; sin embargo, sus opciones para ayudar a su familia eran casi inexistentes.

No podía buscar empleo en los talleres, Marce nunca lo permitiría. Era reacia a dejar a su familia para dedicarse a ser institutriz, niñera o dama de compañía, aunque ese destino parecía mucho más deseable que Newgate o la Torre. Era solo ahora, frente al desprecio de Cart por ella, que se dio cuenta de que sus opciones eran mucho más de lo que había pensado en un principio. Sus dedos eran más que hábiles para conseguir trabajo remendando ropa. O podría vender algunos de sus mejores vestidos. No debería de haber aceptado la primera idea que se le ocurrió de ayudar a su familia, sino haberlo pensarlo de otra forma, menos criminal, para mantener el hogar de su familia —pero había necesitado el dinero rápidamente. Su plan no había funcionado en lo más mínimo y probablemente hubiera ganado más dinero empleándose como dama de compañía.

Cualquier cosa para evitar estar aquí de pie, mientras el hombre al que quería le clavaba cuchillos con la mirada, aparentemente tan enojado que permanecía del otro lado de la habitación. Obviamente la encontraba tan repelente que no podía estar a unos metros de ella.

—Sé que no tienes motivos para creer todo lo que he dicho —la voz de Jude se quebró de dolor, la angustia interior finalmente había brotado a la superficie—. Pero juro que he sido honesta contigo. Sobre mis sentimientos, al menos. —Apartó la mirada, su cabello caía sobre su rostro, incapaz de mantener el contacto visual ya que las muchas cosas de las que había sido menos sincera llenaban sus pensamientos. Eran mucho más que las cosas sobre las que había sido sincera.

Se volvió hacia él mientras se apartaba de ella y comenzaba a pasearse por la pequeña habitación, al tiempo que movía los labios como si recitara un poema o como si estuviera contando, pero ningún sonido salió de ellos.

Sus labios.

Jude desvió la mirada una vez más, sabiendo que nada bueno saldría de perderse en sus labios o lo ancho de sus hombros. O la forma en que el cabello castaño claro le caía sobre la frente, al igual que el cabello suyo propio, mucho más oscuro, lo había hecho momentos antes. O la forma en que, incluso ahora, el puente de la nariz mostraba pequeñas depresiones en las que se apoyaban sus gafas cuando trabajaba.

¿Por qué no había notado todas sutilezas antes?

Antes de que fuera demasiado tarde.

—Irrumpiste en mi casa, Jude —su expresión era en blanco, ilegible—. Asustaste a mi hermana pequeña hasta la muerte.

—Puedo explicarlo —se apresuró a decir Jude—. Fue un error. Un malentendido.

—Estoy comenzando a creer que toda nuestra relación es un error que, para mí —hizo una pausa antes de continuar— es mucho peor que cualquier malentendido.

—No digas eso, Simon —Jude no estaba seguro de dónde había venido eso. Ella había usado su nombre de pila en lugar de su título o de su apodo preferido. Quería demostrarle que se conocían más allá de formalidades o incluso de los apodos socialmente aceptables. Quería creer que lo conocía más profundamente que eso, y que él lo reconocía también—. Hemos sido mucho más que eso... nuestro beso.

—No te atrevas a echármelo a la cara. Ya has dejado en claro que fue otro error del que te arrepentiste. Supongo que vas a decir que me aproveché de ti, arruiné tus posibilidades de un buen matrimonio.

—Por supuesto que no. —Eso nunca había pasado por su mente—. Yo nunca...

—¿Y qué hay del beso? —preguntó—. ¿Fue tan falso como todo lo demás? No me sorprendería si hubieras planeado todo, y te hubieras reído a mis espaldas con tus hermanas de la manera crédula en que reaccioné a tus atenciones.

—Ellos no saben nada —Jude necesitaba que él le creyera, que entendiera todo lo que había sucedido entre ellos—. Fue un momento para nosotros y solo para nosotros.



—Entonces, ¿no soy digno de mencionar a tu familia?

—Estás hablando en círculos, Cart —dijo Jude—. Si menciono nuestro beso a alguien, es porque busco atraparte para que te cases conmigo, pero si no se lo cuento a nadie, entonces nuestra relación me avergüenza. —La cabeza le daba vueltas con tanto que pasaba su mente. Había mucho más de lo que podría compartir con él en el tiempo que tenían.

Cart dejó caer la cabeza sobre las palmas de la mano. Se restregó la cara como si pudiera borrar todo lo que había pasado pero no pudo... y ambos parecieron reconocer ese hecho como innegable.

—No pueden ser las dos cosas —Jude dio un paso hacia él, esperando que la dejara acercarse. Necesitaba estar cerca de él, más de lo que hubiera cualquier cosa en la vida... alguna vez—. Dime qué puedo hacer para arreglar todo esto.

—No puedes hacer nada —dijo y desvaneció así todas sus esperanzas—. Lord Gunther planea arruinar mi reputación. No se me confiará más en hacer lo único que amo, la única cosa que me brinda la felicidad suprema.

—No puede hacer eso.

—Indudablemente, puede, Judith —Cart hervía.

—¿Cómo? Él no sabe nada.

—Intenté ayudarte — admitió—. Redacté una nota solicitando las cincuenta libras a cambio del jarrón. Tomé las cincuenta libras de Lord Gunther y luego, misteriosamente, el jarrón reapareció en su casa.

—Pero...

—Y ahora, Gunther me considera un fraude y un Lord que no es digno de serlo. —Los hombros de Cart colapsaron; la gravedad de la situación finalmente se le vino encima—. Me arruinará a mí, a mi familia".

—No eres un fraude, Cart —dijo.

—Lo sé, pero él no lo sabe.

—Es un malentendido...

—No —dijo Cart, mientras apretaba los puños a los costados del cuerpo al tiempo que se dirigía hacia la puerta—. Fue otro error. Pensé que podría ayudarte, salvarte de ti... pero estaba muy equivocado. Y los únicos que sufrirán somos mi familia y yo.

—No —Jude sacudió la cabeza hacia adelante y hacia atrás con tanta fuerza que se mareó—. No quise que esto sucediera. No tenía la intención de que nada de esto sucediera.

—A veces la intención tiene poca influencia sobre las consecuencias. Hará bien en tomarse en serio este sabio consejo, señorita Judith Pengarden.

—No te vayas. —Jude intentó adelantarse para bloquear su partida, cualquier cosa para mantenerlo aquí y hablar. Si solo siguieran discutiendo todo, funcionarían y podrían llegar a un acuerdo—. Por favor, Simon.

Pero él la evitó.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Garrett desde la puerta, ahora abierta—. Pensé que lo había echado antes.

Su hermano se levantó y bloqueó la retirada de Cart mientras miraba a la pareja.

—Garrett, por favor —suplicó Jude—. Permítenos un poco de privacidad para hablar.

—No haré nada por el estilo.

—No te preocupes —interrumpió Cart—. No tengo nada más que decir y me iré. Que tengan buenos días los dos.

Jude vio como Garrett se hacía a un lado y dejaba salir a Cart de la habitación antes de que retrocediera para impedirle que lo persiguiera.

—Muévete, Garrett. —Jude empujó contra su pecho, rogándole que le permitiera seguirlo.

—No, déjalo ir.

Jude golpeó el pecho de su hermano con el puño, su frustración se convirtió en un profundo dolor en su interior, que amenazaba con consumirla por completo, si no podía evitar que Cart se fuera. Lágrimas espontáneas rodaron por sus mejillas mientras apoyaba su cabeza contra el hombro de Garrett, su fortaleza se esfumaba de ella.

Su hermano acariciaba su cabello mientras lloraba, sus hombros temblaban con cada sollozo desgarrador.

—Shhhh... —la calmó—. No todo está perdido.

No tenía idea de lo que había ocurrido entre ella y Cart, pero sus palabras le proporcionaron consuelo. Si Cart nunca la perdonaba, al menos tenía a sus hermanos y Craven House. Aunque Jude no se daría por vencida. Haría que Cart la escuchara.

Jude se estremeció cuando escuchó el portazo de la puerta principal cuando Cart se fue.

No podía evitar tener miedo de no verlo nunca más, de no poder explicarse jamás. La forma en que las cosas quedaban no era lo único que ella quería que él recordara si nunca se cruzaban de nuevo.

A medida que pasaron los minutos, Jude se calmó, las lágrimas se secaron y los sollozos disminuyeron. Los sonidos de las mesas de cartas nocturnas de Craven House invadieron la salita privada de Marce, trayendo consigo la realidad de dónde estaba Jude y de cómo había estropeado todo. También trajo la sensación de que ella podía arreglar las cosas con Lord Cartwright. Llevaría trabajo.

Algo a lo que ella rara vez se rehusaba.

Levantando su cabeza del hombro de Garrett, dijo:

—Gracias. Lamento que te hayas enterado de mi momento de debilidad.

—Mi querida hermana —dijo Garrett, empujándola con el brazo extendido para poder mirarla directamente—. Eso no fue debilidad sino el punto de partida de una fuerza creciente dentro de ti.

Parecía que cada hombre con el que se encontraba ese día estaba lleno de sabiduría mientras luchaba por captar las nociones más simples.

—Ahora recuérdame otra vez, ¿quién era ese hombre —Garrett frunció el ceño— y cómo estás familiarizado con él?

—Su nombre es Simon, Lord Cartwright —confesó Jude. Se parecía mucho a Garrett. No recordaba cuando Sam lo había nombrado a Cart hace solo unas horas—. Nos conocimos en la fiesta en el jardín de Lady Haversham no hace mucho tiempo.

—¿Por qué tengo la idea de que te importa este hombre como algo más que un simple amigo...? —Su voz se apagó, esperando una respuesta, pero no la presionó para que admitiera algo inmediatamente. Ella permaneció en silencio—. No es mi intención curiosear, pero como el miembro masculino más viejo de la familia, es mi deber ver que no te haga daño.

Jude soltó una risita, permitiendo que su desesperación desapareciera cuando el sonido llenó la habitación.

—Oh, ¿crees que estoy bromeando? —Preguntó Garrett con el ceño fruncido mientras se erguía un poco más alto y le dirigía su mirada más seria—. Estoy muy preocupado por tu futuro, Judith.

—Mi futuro —sofocó otra risa—. Si hay otro miembro de Craven House cuya vida es más caótica que la mía, es la tuya, Garrett. Como puedes ver, no estamos en posición de ayudarnos mutuamente.

Rompió contacto visual y se dirigió con paso firme hacia las ventanas.

—No es una broma, Jude. Entiendo que nunca he sido el miembro más sólido y robusto de esta familia, pero maldición, eres mi hermana. Si te lastimó, entonces vengaré tu honor.

Honor —Jude reflexionó. ¿Tenía algún honor que valiera la pena vengarse?

—Soy yo quien lo lastimó.

—No tú —disputó, volteándose hacia ella, con una expresión de negación en el rostro—. Eres amable, atenta y, de lejos, la más compasiva de todos nosotros.

Fueron exactamente esas cualidades las que hicieron que Jude se sintiera en la posición en la que estaba.

—Como sea —continuó— es todo por mi culpa.

—¿Qué has hecho? ¿Quizás pueda ayudar? Tal vez no arreglar todo, pero puedo darte algún consejo. —Comenzó a caminar de nuevo—. Si Marce estuviera aquí, sabría cómo resolver todo esto.

—Ni siquiera sé por dónde empezar con todo lo que hice para causar daño a Lord Cartwright.

—¿Qué tal lo peor que tiene en tu contra? —insistió—. Podemos comenzar allí.

—Le robé—. Jude se movió hacia el interior de la habitación y se dejó caer en el sillón frente a la chimenea—. No directamente, aunque lo intenté también, pero él me encontró en posesión de una pintura perteneciente a su familia. También le mentí sobre varias cosas.

—¿Eso fue lo que se llevó esta mañana? —Las fosas nasales se encendieron con la agitación. Cuando Jude asintió, continuó—, No puedo creer que todo esto haya sucedido justo debajo de las narices de Marce. Ella estará tan enojada con lo que has hecho. ¿Por qué pensarías alguna vez que podrías escapar de los problemas?

—Todo ha sido terrible.

—Tienes toda la razón —dijo, furioso. ¿Para qué necesitas ese dinero?

—Fue para ayudar a Marce a pagar las deudas de Craven House —confesó, feliz de que Garrett ahora finalmente entendiera por qué hizo lo que hizo—. Si hubiera vendido la pintura, le habría dado el dinero a Marce.

—¿Qué te hizo creer que Marce necesitaba que te pusieras en peligro? —Preguntó, atónito.

—Han llegado notificaciones de deuda pendiente —dijo—. ¿Cómo podía no ver que lo que ella había estado haciendo era por todos ellos?

—¿Dónde crees que está Marce en este momento? —retrocedió; sus ojos no mostraban emoción, su ira había desaparecido en algún momento para ser reemplazada por el desprecio. Cuando Jude negó con la cabeza, continuó—

Está cobrando una deuda que se le debe y hará las paces con todo tan pronto como regrese a Londres. Te has excedido y has creado muchos problemas, Judith.

El uso continuo de su nombre completo provocó que volvieran las lágrimas en sus ojos una vez más.

Una lágrima corrió por su mejilla y contuvo un sollozo. Sin querer, había lastimado a tantas personas que quería.

—Dijiste que él es Lord Cartwright, un conde, ¿correcto? —Su actitud se suavizó una vez más cuando vio que Jude luchaba por contener sus emociones.

—Sí. ¿Lo conoces? La pregunta escapó en un grito.

Garrett guardó silencio mientras reflexionaba sobre el nombre y fruncía el ceño y el rostro mientras se golpeaba su barbilla con su dedo índice.

—No personalmente, pero sí recuerdo haber escuchado algo sobre su familia hace varios años.

—¿Y bien? —Jude lo fulminó con la mirada, esperaba que continuara.

—No lo sé con certeza —dijo, sentado en el sillón al lado de ella— ...y tendría que hablar con Marce para estar seguro, pero creo que los periódicos estaban llenos de chismes alocados sobre que su tío había robado para Francia no mucho antes de que Lord Cartwright llegara a la mayoría de edad, y desangró los cofres de la finca y los dejó secos antes de su huir. Creo que cuando el hombre estaba ausente en la universidad, su tío vendió reliquias familiares preciosas, muebles e incluso una propiedad que no le correspondía, si se cree en los chismes.

Si el corazón de Jude podía hundirse más de lo que ya estaba, era probable que lo tuviera en los pies en este momento.

—Se dice que su propiedad estaba al borde de la ruina y que se enfrentaba a la prisión por deudas por las fechorías de su tío.

A Cart le habían quitado todo sin su conocimiento o sin la oportunidad de defenderse a sí mismo o a su título, y Jude había hecho lo mismo.

—No —suspiró.

—Sí, recién hace poco que comenzó a restaurar el apellido y las propiedades —reflexionó Garrett. Puso su mano sobre la de ella, apretándola suavemente—. Se corre el rumor que ha tomado una posición paga para hacer frente a eso. —Normalmente, su hermano se burlaba de la idea de que un caballero de la *sociedad* estuviera asociado con la clase obrera. Ahora, ella solo escuchó tristeza en su tono.

Y Cart iba a perder todo lo por que había trabajado, gracias a ella.

Tenía todo el derecho de despreciarla.

## Capítulo Veintitrés

*Linaje contaminado.*

Cart leyó el titular por quinta vez, incapaz de procesar cómo una fuente de noticias de buena reputación escribiría una historia tan mordaz sobre él. Era repugnante, era degradante y, lo peor de todo, tenía algo de verdad.

Tras lanzar el Post de la mañana a un lado, Cart recogió el tenedor y empujó la comida fría y olvidada en su plato. Tenía que comer algo. Estaba hambriento, pero no se atrevió a comer ni un bocado cuando llegó a casa la noche anterior. Podía sentir que iba perdiendo las reservas de energía con cada respiración que tomaba. Había estado tan frustrado con la situación, con Jude, que no había dormido en absoluto.

Había hablado una y otra vez de cómo había estado tan inconsciente a sus engaños. Luego de todos estos años de estar de vuelta en Londres después del fallecimiento de su padre y el uso indebido de su tío de la finca, Cart había que se habría dado cuenta de que algo andaba mal. Debería haber sido capaz de evitar que el Tío Julian destruyera toda la herencia familiar, pero la verdad estaba clara ante él. Al igual que con Jude, Cart había estado completamente ignorante de las actividades de su tío.

Tal vez su linaje estaba contaminado, o más exactamente, *él* estaba contaminado.

Dejó el tenedor y una doncella apareció de la nada para recoger los platos, todavía amontonados con la comida habitual de la mañana de la cocinera.

Lord Gunther había estado justificado al divulgar los detalles de la desaparición y reaparición del jarrón. Que eso significara que el nombre de Cart como el agente de antigüedades acusado de encontrar el jarrón era desafortunado, especialmente dado que todos los detalles sórdidos relacionados con la nota de rescate y el dinero exigido para la devolución del jarrón también se habían incluido en la historia. Era probable que todo Londres leyera la historia como si se tratara de un cuento policial moderno, completo con la misteriosa reaparición del jarrón en la casa de lord Gunther. La única parte que el diario no consideró oportuno informar fue que el dinero del rescate había sido devuelto a Lord Gunther. Sospechosamente, esa pequeña información se había omitido por completo.

Solo podía imaginar la vergüenza que esto le ocasionaría a su familia, especialmente a Theo. Cart había estado entrevistando internados para que asistiera la temporada siguiente. La posibilidad de que una escuela de buena reputación la aceptara ahora con el escandaloso pasado y presente de la familia era poco probable. Ella era una inocente en todo esto.

Maldijo a Jude por haber fijado su mirada en él, por atraerlo con su mente brillante y, sobre todo, por hacerle creer que podría haber más besos como el primero.

Sin embargo, no fue todo lo que ella había hecho. Cart lo sabía.

Su comportamiento irracional y su juicio alterado podían haber sido el resultado directo de su asociación, pero él era responsable de sus propias acciones y reacciones. Nunca había sido de esos tontos libertinos que se habían echado la precaución por la borda y aprovechaban el día, solía decir su padre. Su vida había sido de estudio, aprendizaje, reflexión y acción, pero había perdido de vista todo eso en lo que a Jude se refería.

Y él sufriría las consecuencias.

—¡Simon! —chilló lady Cartwright, entrando en el comedor.

Cart hubiera querido quedarse con su plato para distraerse durante la diatriba de su madre.

—He recibido una nota esta mañana.

—Oh —dijo Cart, con expresión serena enmascarando su mal humor —. Dime más.

—No vas a creer esto —continuó como si él no hubiera hablado. Un sirviente saltó hacia adelante para retirarle la silla y otro, puso un plato con pan tostado y mermelada ante ella, que ni siquiera se detuvo para agradecerle —. Mi atención y asistencia ya no son necesarias en la Casa Chrissely. ¿Puedes creer eso, Simon?

Se devanó los sesos tratando de recordar qué era la Casa Chrissely, aunque su nombre ni siquiera le sonaba vagamente familiar.

—La organización de caridad a la que pertenezco, para la salvación de mujeres impuras de condición dudosa —dijo alrededor de un bocado de pan —. No pueden hacerme esto. Te lo aseguro, seré una fuerza para tener en cuenta. Si piensan eliminarme sin motivo después de mis muchos años de servicio, dedicación y dinero, están equivocados.

—*Mi* dinero —murmuró Cart. Fue un insulto que su madre no merecía —. Además, solo hace quince días me dijiste que planeabas partir de Londres después de la temporada.



—El dinero de tu padre —refutó. Cuando Cart solo resopló, agarró la publicación y fingió desinterés, Lady Cartwright también resopló—. En cualquier caso, no puedo entender lo que he hecho para merecer el despido. Mi esposo, tu padre, era un hombre poderoso. Tú... —miró a su único hijo con expresión de dolor en su rostro— también eres un conde. No pueden hacerme esto, sin importar cuales fueren mis planes futuros.

Cart no dejó de percibir lo que había querido decir. Su propia madre todavía lo veía como un fracaso, un hombre que no era digno del título de estado Cartwright. Ella lo consideraba un hombre tonto, crédulo, fácilmente influenciado sin el sentido común necesario para dirigir su familia.

Una vez que pusiera los ojos en el periódico de la mañana, todas sus acusaciones estarían basadas en la realidad, al menos en lo que respecta a la sociedad.

—¿Qué sugieres? —preguntó, mientras tomaba su té.

Ella nunca le pidió su opinión, y mucho menos ayuda con un dilema real que estuviera tratando de resolver.

—¿Qué sugiero sobre qué? —Cart jugó como si no estuviera seguro de lo que ella dijo.

—La Casa Chrissely —dijo ella. Su taza de té volvió a la mesa y la delicada porcelana golpeó el platillo con más fuerza que de costumbre—. Estoy tentada de escribir una carta de refutación desdeñosa y enviarla a cada una de las presidentes. Eso les mostraría que no pueden jugar conmigo.

Una pequeña parte de él deseaba estar de acuerdo y permitirle redactar las cartas y enviarlas con mucha fanfarria, pero eso solo lastimaría más a Theo.

—Madre, ¿no colaboras con otras organizaciones benéficas de igual importancia?

—¿Por qué?, ¡sí! —se burló—. ¿Qué clase de dama de moda sería si no usara mi influencia para ayudar a los menos afortunados?

—¿Qué clase?

—No lo estás tomando en serio, Simon. —Le dirigió una intensa mirada. La misma que alguna vez lo había hecho acurrucarse debajo de la cama cuando era joven, pero que ahora solo hacía que sintiera lástima por ella—. Estoy tratando de establecer un ejemplo favorable para Theodora; bueno, tan favorable como sea posible con la mísera cantidad de dinero que me asignas.

—Sabes que ambos tenemos una asignación similar, puedo argumentar que superas con mucho a Theo y a mí juntos. —Su cartera probablemente sufriría

más cuando su madre se fuera de viaje. Cart sacudió el periódico para acomodar un pliegue y localizó la historia que había estado leyendo antes de notar el artículo que nombraba a Lord Cartwright como el hombre que había caído en desgracia con Lord Gunther. Por fortuna, no habían impreso su nombre completo, pero sin duda era suficiente para que muchos adivinaran a quién se aludía la publicación—. Además, tú no has hecho nada, soy yo quien ha ofendido a los poderes que existen en la sociedad y ha ganado una mención en la publicación.

Se hizo silencio en la habitación. Y nada se movía. No oía a su madre masticar la comida, beber su té o tomar un cuchillo de mesa para apuñalarlo. Por último, debería de sentirse afortunado. No es que un cuchillo en las manos de su madre estuviera mal, ya que al menos le proporcionaría un poco de distracción.

—¿Qué has hecho esta vez para manchar aún más a esta familia? — preguntó furiosa.

Sus palabras no fueron más que una velada acusación, lo que era mucho más peligroso que cuando lo había acusado en voz alta para que cualquiera quisiera escuchar. Esta pregunta era solo para él, no para los que estaban a su alrededor para reflexionar sobre todas las cosas vergonzosas que Cart había hecho.

Si fuera sabio, dejaría el artículo para que lo leyera y saldría de la habitación. Tal vez podría pasar el día en el White en su sala de lectura. No habían adquirido material de lectura nuevo y valioso en meses, pero la distancia sería la acertada cuando su madre comenzara a atacarlo. Las miradas desdeñosas que recibiría en el White no serían menos brutales que la cruel embestida de su madre.

Por otro lado, huir podría ser lo mejor para él, pero no en su club de caballeros, sino más lejos. Fuera del alcance de la sociedad y lejos de Lady Cartwright. Ciertamente, entonces, la gente se olvidaría de él y del hazmerreír que había hecho de sí mismo. Con el tiempo, la conexión de Theo y Cart llegaría a ser borrosa y la *sociedad* olvidaría su asociación con él. Para el momento en que la presentaran en sociedad, sería un recuerdo lejano para todos los involucrados. Los últimos recuerdos persistentes de un nombre común, pero nada más.

—No hagas que te pregunte otra vez, Simon Montgomery —siseó ella—. Muy bien. Puedes ser Lord Cartwright, un conde por derecho propio, pero sigo siendo tu madre, y la matriarca de esta familia.

¿Su madre? Cart quería reírse del término.

Qué bueno hubiera sido tener una madre después de que su padre muriera repentinamente. Ni siquiera lo había enviado a buscar a Eton.

Qué tranquilizador hubiera sido tener a su madre a su lado cuando descubrió la falsedad de su tío. Lady Cartwright lo había tratado con franco desprecio desde su regreso de la universidad: sus planes de viajar fuera de Londres, sin importar el costo para él, valían la pena para su casa.

Cómo se deleitaría con una madre que elogiara sus muchos logros en la recomposición de las arcas de la familia. Sin embargo, su madre seguía pensando que su único hijo era un tonto, un hombre que no podía tomar las riendas del legado Cartwright.

Era inocente de todo lo que Lady Cartwright lo responsabilizaba.

El robo de su tío Julian de la propiedad Cartwright probablemente comenzara mucho antes de que falleciera el padre de Cart. A pesar de que había estudiado minuciosamente cada estado de cuentas desde que regresó de Eton, Cart no había visto retoques en las entradas, ni fondos tomados sin autorización por el administrador.

Pero aun así, todo había desaparecido.

Y la única persona que quedaba para culpar era Cart.

Estaba más que cansado de asumir la culpa. Totalmente agotado. No había una persona en toda Inglaterra que arrojara la culpabilidad de la ruina de su familia a un simple niño, que era lo que había sido cuando todo había ocurrido.

Tenía que terminar.

—Aquí puedes leerlo por ti misma, madre —Dobló tranquilamente el periódico con el artículo vergonzante al frente y al centro antes de dárselo a Lady Cartwright—. Pero, mantén tus comentarios venenosos sobre mi idoneidad como conde para ti. No me interesan tus quejas y tu autocompasión de tus relaciones malditas.

Cart hizo un movimiento para ponerse de pie, un sirviente apareció de la nada para retirar su silla hacia atrás. Debería sentirse victorioso en lugar de vilipendiado, por finalmente hablarle a su madre en lugar de acobardarse en su presencia.

En cambio, se sentía vacío... y solo.

Ni una sola alma a la que llamar su amiga.

Estaba absolutamente en contra de traer a Theo a esto, ya que sabía que las tensas condiciones de vida no escapaban a su atención.

Como si se tratara de sus propios pensamientos materializados, su hermana menor entró en la habitación, la nariz tan pegada a un libro que estuvo a punto de chocar con Cart, quien intentaba retirarse del comedor antes de que su madre terminara de leer el artículo que detallaba su caída.

—Simon —llamó, sin molestarse en levantar la vista para ver si él estaba incluso en la habitación—. Hay algo terriblemente mal. —Corrió hacia la palma extendida de su hermano—. ¡Oof!

—Baja un poco la velocidad, muñequita —dijo—. ¿Qué puedes encontrar terriblemente mal en un libro? —Inclinó el libro para ver la portada— ¿eso tiene casi cien años?

Ella le dirigió una sonrisa cómplice, como si estuviera orgullosa de encontrar algo erróneo en un libro que Cart había estudiado una docena de veces.

—Esto, mira aquí. —Theo señaló la página frente a ella; bajó el libro para que Cart pudiera inspeccionar lo que había estado revisando—. ¿Ves este mapa?"

—Sí, es un mapa de Inglaterra, hecho por Robert Morden alrededor de 1695.

Su estrecha mirada le dijo que estaba impresionada por su habilidad para localizar el nombre del cartógrafo en las preguntas.

—¿Ves algo en esta página?

—Cielos, Theo —suspiró, levantando el pesado libro de mapas de sus manos extendidas—. Es un mapa, probablemente copiado desde el original por uno de los muchos asistentes de Morden.

—Por favor, mira más de cerca, Simon —suplicó, su entusiasmo de haber encontrado algo único se reflejaba en su voz.

Como su madre no había considerado apropiado reprenderlo todavía, Cart miró más de cerca el mapa, siguiendo el borde de Inglaterra en todos los sentidos. Inspeccionó brevemente el nombre de cada condado, seguido de las áreas periféricas, incluido el canal. Nada parecía estar mal, o tal vez era que últimamente estaba muy distraído. La conclusión era que su mente no estaba tan aguda como siempre.

Lo que fuera que Theo le preguntaba para él, no podía detectarlo.

—Me rindo, Theo. ¿Qué has encontrado?

—¡Mira! Su pequeño índice aterrizó en las letras del nombre de su gran país... y estaba etiquetado como Angland. Ella soltó una risita de triunfo ante sus agudas habilidades de observación—. No lo puedo creer.

—¿Algo que nuestro querido Simon no ha notado? —dijo Lady Cartwright a gorgoritos desde la mesa detrás de él—. Oh, Theodora, saca la cabeza de las nubes; si no fuera por mí, estaríamos viviendo en la casa de indigentes.

—Madre —advirtió Cart. Habían acordado hace mucho tiempo mantener su animosidad entre ellos y fuera de los oídos de Theo—. ¡Theo, eso es fascinante!

—¿Milord? —llamó Squires desde la entrada—. Esto acaba de llegar para usted.

En la bandeja de plata, había un único sobre de color crema. Sin indicación de quién era el remitente.

—Llegó por mensajero solo hace unos momentos —respondió Squires a la pregunta no formulada de Cart—. El hombre no indicó que se necesitaba una respuesta y se fue antes de que pudiera preguntarle sus señas.

—Gracias, Squires —Cart levantó la carta de la bandeja.

—Lady Theodora, su tutor de idiomas ha llegado y la espera en la sala de estudios. —Squires colocó la bandeja vacía debajo del brazo, se inclinó y salió de la habitación. Probablemente regresara a su puesto en la puerta principal.

—Muñequita —dijo Cart mientras le tiraba de la trenza—. Date prisa y ve a estudiar.

Con una sonrisa rápida, Theo salió dando saltos de la habitación, feliz de haber impresionado a Cart.

—¿Simon? —Llamó lady Cartwright desde la mesa.

Miró hacia arriba para ver a su madre todavía estudiando la publicación.

—¿Sí?

—Creo que es mejor que encuentres una escuela para Theodora con rapidez,

—Estoy de acuerdo, madre. —Por primera vez en muchos años, estaban de acuerdo en algo—. Redoblaré los esfuerzos para encontrar una escuela para Theo.

—Muy bien, y con este nuevo desarrollo de los acontecimientos, puede ser mejor que me aleje de Londres con la misma prisa.

Cart salió de la habitación, y su incredulidad por los dichos de su madre, que le concedió el internado para Theo, quedó eclipsada por sus últimas

palabras: distanciarse de Londres y muy pronto.

Su desaprobación hacia él estaba tan arraigada en cada una de sus acciones y pensamientos, que había perdido de vista el vínculo que los había unido, un vínculo que había considerado irrevocablemente roto años atrás.

Y ahora ella lo dejaría con sus propias locuras: abandonarlo para reparar el daño que había causado su asociación con Jude. Por una vez, estuvo de acuerdo en que era algo que merecía.

Cart siguió camino hacia su estudio, con la carta casi olvidada en su mano cuando miró hacia abajo y vio la misiva dirigida no a él, sino al magistrado.

## Capítulo veinticuatro

Jude estaba sentada, esperando, las manos descansaban ligeramente sobre el regazo, el cabello perfectamente peinado, y una sonrisa en el rostro. Hubiera querido decir que su sonrisa era brillante y tranquilizadora. Pero a medida que pasaban las horas, ella sentía que iba de vivaz y contenida a ansiosa y agotada. Sam había señalado los círculos oscuros en forma de media luna debajo de cada uno de sus ojos, el único signo de su cansancio que era incapaz de enmascarar.

El sueño, la reparación profunda, era imposible de alcanzar cuando pesaban tantas cosas sobre una persona. A pesar de su agotamiento, Jude sabía que había tomado la decisión correcta, posiblemente por primera vez en mucho tiempo.

Y se había resignado a aceptar las consecuencias.

Las palabras de lord Cartwright habían dado vueltas en su cabeza toda la noche; la intención tenía que ver poco con las consecuencias. Era cierto más allá de cualquier hecho que Jude supiera.

El artículo en el periódico de la mañana solo había fortalecido la decisión que había tomado la noche anterior. El nombre de Cart había sido levemente disimulado. Desafortunadamente, las acusaciones e insinuaciones de Lord Gunther no. Estaba agradecida de que su carta se hubiera marchado en las hábiles manos del señor Curtis antes de tomar un refrigerio liviano y mudarse al salón delantero para esperar su destino. Si hubiera leído las muchas cosas horribles que Gunther había dado al columnista de chismes como forraje para el *beau monde*, siempre listo para el escándalo, entonces le habría hecho una visita al anciano, y... bueno... habría hecho algo de lo que no habría tenido remordimiento alguno.

No era propensa a actos de violencia. De todos modos, Jude había apretado su puño varias veces esa mañana y lo había golpeado en el aire vacío frente a ella, deseando que fuera Gunther.

El hombre había recuperado su jarrón, y sus cincuenta libras. ¿Por qué no podía haberlo dejado ahí? Si ella no estuviera tratando desesperadamente de cambiar sus costumbres, habría regresado a su casa y habría robado de nuevo la maldita antigüedad.

Lord Gunther debería considerarse afortunado por la intervención de Cart en la vida de Jude.

Echó un vistazo al reloj que estaba junto a la puerta. Casi mediodía.

¿Por qué tardaban tanto?

Había planeado las cosas a la perfección: Sam y Payton habían sido invitadas a tomar el té con lady Chastain y su hermana, la señora Jakeston. Garrett se había ido esta mañana mientras todas sus hermanas estaban en la cama y no volvería hasta más tarde ese día. Incluso había enviado al ama de llaves a un tonto encargo para comprar una mermelada de ciruela que supuestamente esperaba a Jude en el mercado. El señor Curtis era el único sirviente presente, aunque trabajaba en los establos la mayoría de las mañanas.

El sudor en su frente se acumuló una vez más y Jude sacó su pañuelo del bolsillo para limpiarlo apresuradamente.

Su pie marcaba un ritmo errático en el suelo, el ruido amortiguado por la alfombra debajo de los pies.

Había elegido sus robustas botas de montar con suela gruesa. Los cordones estaban atados fuertemente, constriñendo su tobillo. Los frenéticos latidos de su corazón le recorrían el cuerpo, causándole dolor en la parte inferior de la bota.

Cerrando los ojos, Jude permitió que los olores y los sonidos de la casa de su familia la inundaran, invadieran y se arraigaran en su subconsciente. El aroma del pan caliente en la cocina en toda la casa. Se escuchaba un fuerte crujido cada cierto tiempo cuando las tablas del piso se acomodaban bajo el peso de la casa. Si se quedaba sentada muy quieta, Jude podía sentir una ligera corriente en la cara desde una ventana abierta al otro lado de la habitación.

Todo en su casa estaba a salvo... seguro... como siempre.

Era un hogar caótico, pero lleno de amor y lealtad.

Los hermanos de Craven House eran conocidos por sus bromas y peleas, pero eran un grupo ferozmente leal.

Jude no cambiaría eso por el mundo, ni por una montaña de monedas o un título elegante y un hogar o la oportunidad de viajar por el mundo.

Sin embargo, *sí* había algo por lo que valía la pena renunciar a su hogar y la familia.

Amor.

Había llorado la mayor parte de la noche con solo pensar en la palabra.



Ciertamente, ella amaba a su familia. Por supuesto, ella amaba su hogar. Y sí, le encantaron sus vestidos de fiesta y codearse con el *beau monde* de Londres.

Fue solo en las últimas horas que Jude se había dado cuenta de que amaba una cosa más que todo el resto combinado, y eso la petrificó.

No el amor en sí, pero saber que ella había causado la angustia y el dolor que siempre le impedirían reclamar ese gran amor.

Debido a sus acciones, ese amor estaría siempre fuera de su alcance.

Las manos enguantadas temblaban donde estaban inmóviles sobre su regazo.

Si Marce estuviera aquí, nunca permitiría que Jude hiciera lo que estaba haciendo. Era su forma de entrar en acción y rescatar a sus hermanos menores, incluso a partir de sus propios y tontos errores.

Su hermana debía regresar a casa de su viaje cualquier día, posiblemente en cualquier momento. Si Jude iba a llevar a cabo su plan, entonces necesitaría hacerlo de inmediato. Tenía que confesar todas sus fechorías al juez de inmediato y limpiar el nombre de Cart; eliminar la culpa y el escándalo que le ocurriría a su familia a causa de ella.

Jude se resignó a dejar ir a Lord Cartwright, a no volver a verlo nunca más, pero necesitaba saber cuánto significaba para ella. Toda su relación no fue un error. Ella no se arrepintió ni un momento.

Si pudiera volver el tiempo atrás, se habría caído en ese estanque con él, y se habría quedado allí mientras se reían de su bochorno social. Ella lo habría invitado a encontrarse con ella en la biblioteca durante una tarde para explorar todos los secretos que el lugar escondía. Lo invitaría a cenar con su familia, jugar una ronda de whist con Payton y retirarse a otra habitación con Garrett para hablar sobre asuntos de actualidad y beber tragos fuertes y espirituosos. Habrían salido a la pista de baile en el gran baile de una matrona de moda, las personas voltearían las cabezas para verlos y causarían revuelo en su majestuosa combinación: Jude con su alto y esbelto cuerpo y su llamativo cabello rojo brillante y Cart con su elaborado nudo de corbata, aire inteligente, y cabello castaño dorado, artísticamente peinado. Se reirían toda la noche, discutirían todo tipo de cosas consideradas inadecuadas para una simple mujer. Otros se congregarían a su lado mientras Cart contaba historias de sus adquisiciones más preciadas.

Serían la comidilla de todo Londres, no por su riqueza o título, sino por su amor mutuo.

Eran todas las esperanzas y deseos.

Ella nunca entraría a un salón de baile de su brazo. Tampoco viajarían y verían las muchas maravillas del mundo juntos. Tampoco compartirían una comida en la compañía de los demás.

El reloj sonó fuerte. Doce veces

Afuera, el sol estaría directamente sobre la cabeza y la niebla de las horas de la mañana se habría disipado. La gente se aventuraría en breve, con destino a Hyde Park, Rotten Row o Bond Street. Sus horas se llenarían con la elección de la tela perfecta para un vestido nuevo, encargar la papelería perfecta para escribir cartas, el paseo con conocidos y conocer a otros aristócratas en los clubes de esgrima.

Para muchos, el día apenas comenzaba, pero para Jude, su vida, como ella la conocía, sabía que terminaría pronto.

Solo aguardaba el golpe a la puerta de entrada, si es que se detenían para anunciar su llegada en vez de simplemente irrumpir en la casa para atraparla.

Una parte de ella quería que la espera terminara; un final para su destino claramente escrito.

Finalmente un fuerte golpe resonó por toda la casa, un sólido puño golpeando la puerta con intensidad.

No iban a irrumpir, después de todo.

Jude se puso de pie. Pasó las manos por la parte delantera de su falda para suavizar las arrugas. Luego, echó un vistazo al pequeño espejo en la pared para verificar que su cabello todavía estaba bien peinado, La masa de rizos castaños asegurados sobre la cabeza con solo unos pocos mechones escapando de la red que la sostenía. El dolor en sus tobillos se desvaneció con el movimiento.

En el fondo, los golpes en la puerta continuaron sin cesar.

Había una pequeña maleta de viaje junto a la puerta por si le permitían llevar algo con ella. Tenía sus útiles de escritura, cálidas medias de lana, su cepillo y un camisón. Nada de valor relativo, pero cada uno esencial para ella, y mucho más de lo que ella merecía tener.

Le lloraban los ojos, pero parpadeó para contener las lágrimas. Nunca más se despertaría en la cama al lado de Sam ni pasaría las tardes discutiendo con Payton por una sospechosa carta que encontrara en el suelo. Todavía le quedaban muchas cosas por aprender, como dónde estaba Garrett cuando no estaba en Craven House, o qué tan lejos viajaba Marce cada año para su excursión.

Y eso era solo el comienzo.

Nunca llegaría el día en que tuviera tiempo de conocer a Theodora. A partir de su breve encuentro, Jude sentía que la niña se parecía mucho a su hermano, pero al mismo tiempo conservaba su propia individualidad. Se había esfumado su oportunidad de conocer a la formidable Lady Cartwright, su madre.

Cart apenas había empezado a mostrarle todos los tesoros que había coleccionado.

Alzó los dedos para tocarse los labios. Casi podía sentir la boca de Cart apretada contra la de ella, imponiéndose y aun así, cediendo a ella. La sensación de sus manos que presionaban contra su espalda y la mantenían cerca, separados solo por una pulgada. La sonrisa vacilante después de besarse había sido, en realidad, lo que más la había cautivado: era como si hubiera descubierto un nuevo tesoro, uno que valía más que todo lo que había reunido antes.

Durante un breve tiempo, Jude creyó que ella era ese tesoro para él.

La única cosa por la que una persona renunciaría a todo lo demás.

Amor.

Cart era exactamente eso para ella.

Tanto así, que estaba dispuesta a renunciar a su libertad para mostrarle lo mucho que significaba para ella.

Había llegado el momento y los golpes en la puerta no habían disminuido, ni lo harían después de lo que había hecho.

Jude caminó penosamente desde el salón y se detuvo ante la gruesa puerta de madera.

Respiró profundo, agarró el pomo, y se preparó para abrir la puerta.

Algo en ella le dijo que había cometido un terrible error, que debería correr, dejar Craven House atrás y distanciarse del destino que le esperaba si abría la puerta.

—Judith Pengarden—gritó una voz familiar desde el otro lado—. Abre esta puerta inmediatamente o me veré obligado a derribarla.

La confusión que sintió fue reemplazada con rapidez por alivio cuando retiró la mano del pomo de la puerta y dejó caer los hombros.

Insumió todo su esfuerzo no abrir la puerta de par en par y arrojarse a sus brazos.

El alivio que inicialmente sintió cuando escuchó la voz se desvaneció para transformarse en inquietud.

Cart no debería estar aquí. No estaba destinado a presenciar su nueva humillación. Tal vez hubiera venido para asegurarse de que ella obtuviera lo que se merecía. La idea de que él mirara al magistrado alejarla de su casa, probablemente disfrutando de su desgracia, hirió a Jude en el corazón. Él no era un hombre sin corazón o cruel.

Aunque ella lo había lastimado profundamente. La cruda realidad hizo que la noticia de Garrett sobre el pasado de Cart fuera aún más evidente. Había sido herido por un hombre que debería haberlo apreciado. Su propia carne y sangre. Jude no podía imaginar las emociones que deben haberle alcanzado con el engaño de Jude.

Puso la palma de la mano contra la sólida puerta cuando Cart comenzó a golpear de nuevo.

Quería dejarlo entrar, no solo en la casa, sino también en su vida. Desnudarle el alma. Podía confiar en que él trataría su corazón con cuidado, pero después de todo lo que había hecho, ¿cómo podía esperar que hiciera lo mismo?

Esta vez, permitió que las lágrimas cayeran y que grabaran un sendero sobre las mejillas, que gotearan de su barbilla y mandíbula. Las afortunadas aterrizaban en el cuello de su vestido, mientras el resto continuaba hacia el piso, pequeñas gotas se acumulaban a sus pies.

—Escuché que caminabas hacia la puerta —gritó por encima del sonido de su puño golpeando contra la puerta—. Tus pasos son tan reconocibles como tu voz. Abre la puerta, Jude.

Si ella abriera la puerta y le diera entrada, nunca cumpliría con la misión de entregarse por sus crímenes y entonces él de ninguna manera vería cuánto ella realmente se preocupaba por él. Era la única manera.

—Vete, Cart —susurró. Cuando sus golpes se detuvieron abruptamente, supo que él la había escuchado o percibido que ella había hablado. Tenían esa conexión, el par de ellos. O tal vez fuera solo porque él estaba en sintonía con ella de una manera muy extraña. Jude no lo entendía, ni lo necesitaba. Ella lo amaba, mucho más de lo que amaba. No había nada a lo que ella no renunciara para confirmar ese amor.

—Por favor, déjame en paz.

—Ciertamente, no lo haré —dijo, su voz volviendo al volumen normal—. Estás siendo irracional e impulsiva.

No sabía nada de lo que estaba pensando ni de cuántas horas había sopesado sus decisiones antes de llegar a la conclusión a la que había llegado,

mucho más de lo que había discutido sobre robar ese maldito jarrón o la pintura de la familia de Cart. Era el hombre típico que pensaba que ninguna mujer era tan astuta como para tomar una decisión sobre su futuro.

—No sabes nada de mis decisiones —respondió ella.

—Te vas a meter en problemas mucho peores si continúas con esto.

—¿Por qué estás aquí?

—Para evitar que continúes por este tonto camino —dijo—. Te estás poniendo en grave peligro.

Pensaba detenerla en su empresa de robar. Eso debe ser. ¿La consideraba tan insensible que no se había visto gravemente afectada por la forma en que sus acciones lo habían herido? ¿Que podría continuar su vida como si nada hubiera sucedido —a ninguno de los dos?

Dejó caer la mano de la puerta.

—No me iré —dijo de nuevo—. Según mi estimación, tengo al menos cuarenta y ocho horas hasta que mi hambre sea agobiante. Puedo sentarme en este porche todo el día y la noche, si eso es lo que se necesita.

Jude imaginó a sus hermanas regresar a casa y encontrar a Cart sentado en la entrada. O peor aún, que todavía estuviera allí cuando los invitados llegaran esta noche a jugar a las cartas. Su instinto le dijo que Garrett le exigiría que se fuera mucho antes.

Pero nada de eso sucedería, porque el magistrado llegaría y se la llevaría antes de que se pusiera el sol.

## Capítulo Veinticinco

La mano de Cart había comenzado a latir después de solo unos momentos de golpear la puerta de madera de Craven House. Ahora, estaba insensible y colgaba inerte a su lado. Necesitaba estar dentro de la casa para poder disuadirla, mostrarle que no todo era tan horrible como ella creía.

Tal vez había perdido demasiado tiempo mirando el sobre antes de abrirlo.

—Jude —el tono grave de su voz transmitía el dolor que había intentado mantener dentro de él—. No me iré. Tómate el tiempo que necesites, pero estaré esperando. Aquí.

Cart apoyó la espalda contra la puerta y se deslizó hasta el suelo, sin importarle si se ensuciaba la camisa blanca de lino o si se le arrugaban los pantalones. Sacó la carta de su bolsillo y la leyó una vez más:

*Estimado señor Featherstone, JP,*

*Yo, la señorita Judith Pengarden, soy responsable del robo y devolución del adorado jarrón de lord Gunther. Soy consciente de que mis acciones fueron incorrectas y estoy lista para asumir la responsabilidad de todo. Nadie más sabía de mis crímenes.*

Había firmado la carta con una *J* apresurada.

Featherstone, el magistrado con jurisdicción en varias millas alrededor de su casa. La carta no había sido pensada para él y se estremeció al pensar en el esquema sin sentido que ella había inventado. Esta era una confesión seria de un crimen que no quedaría impune, si la ira de Lord Gunther hacia Cart le decía algo.

Jude y toda su familia serían marginados y públicamente avergonzados por sus delitos. Incluso si Jude se escapara de ir a Newgate, nunca escaparía del escándalo. Sus posibilidades de encontrar un buen esposo o un empleo serían nulas. Y la sociedad tenía muy buena memoria para tales cosas. Su nombre y retrato circularían en todos los periódicos y pasquines de chismes durante los próximos meses. Sus invitaciones a soirées y cenas desaparecerían ya que ninguna anfitriona se arriesgaría a tener un ladrón en medio de ellos. Sí, ella podría aparecer como la criatura misteriosa por un tiempo, pero eso también se desvanecería. Quedaría sería relegada a una vida en las sombras, la oscuridad sería su única forma de vida.

¿Y para qué?

Para borrar el nombre de Cart, ciertamente no. Cart era un par del reino, un conde. Es probable que muchos lo vieran de manera diferente, tal vez incluso susurraran a sus espaldas sobre su culpa en el fiasco de Gunther, pero el chisme desaparecería mucho más rápido que si Jude recibiera cargos por sus crímenes. Habría consecuencias duraderas para Cart, pero nada que el tiempo no pudiera reparar. Le había devuelto las cincuenta libras a Gunther y, en verdad, el único recurso del señor fue ir al periódico con la historia sensacionalista. Eso era todo lo que era: ningún magistrado podía ofrecer ninguna prueba de que Cart estuviera involucrado de algún modo con el robo y la devolución del jarrón.

En cuanto a la opinión que tuviera la sociedad sobre Cart, no le interesaba. Además de algunos hombres que había conocido en la universidad y sus muchos conocidos de negocios, toda la sociedad y su altanería nobiliaria podían irse directamente al diablo.

Había reaccionado de forma exagerada ante la situación y había tratado a Jude horriblemente. Había llegado a un acuerdo con eso antes de ver su nombre en el correo esta mañana. El artículo difamatorio sobre él tampoco había cambiado su opinión.

Todo había estado fuera de su control desde que conoció a Jude, y era exactamente lo que había necesitado. Vivir no se trata de controlar cada aspecto de tu vida, tanto que no te entusiasme ni cree ninguna sorpresa. Su vida había sido mundana y rutinaria desde que regresó a casa desde Eton. Había pensado que si creaba un entorno libre de cualquier cosa fuera de lo común, cada día progresaría como el anterior, con orden y consistencia. Entonces la vida no volvería al agitado momento inmediatamente posterior a su regreso de la universidad. Mantendría un control firme de su vida y continuaría controlando el futuro de su familia. Se aseguraría de que su hermana nunca pasara por la confusión que él se había visto obligado a soportar y que nunca necesitara renunciar a algo que apreciara.

Siempre había supuesto que había prosperado en la coherencia; que había contado sus pasos, había hecho sus cálculos, y estudiado cualquier tema que resultaba fuera de su alcance.

El torbellino y el cambio que habían venido con Jude deberían haber reafirmado ese hecho en su mente.

En cambio, lo hizo cuestionar su vida hasta el momento. El orden, la coherencia y la rutina conducirían a un futuro sombrío con poco placer y, desde luego, sin sorpresas.

No era la forma en la que quería continuar, porque una vez que se aseguró una escuela para Theo, eso solo lo dejaría a él y a su madre... y su colección. Con su hermana lejos, solo lo dejaba apreciar todo lo que había logrado. Su madre estaría encantada de vender cada pieza de su preciada colección.

Pero no Jude.

Ella pudo haber sido deshonesta sobre las razones de su interés en él, pero había observado su pasión por el arte y la historia de primera mano, al igual que había sido testigo de su reacción al beso en Hyde Park. Había sido tan afectada por su intimidad como él, eso era algo que ninguno de ellos podría haber simulado.

—Jude.

—Sí. —Su voz sonó a escasos centímetros, como si ella también estuviera sentada contra la puerta.

—Eres tan impredecible —reconoció Cart.

—Lo sé pero...

—Y astuta —continuó, interrumpiéndola— y extraordinaria... e impresionante... e inteligente... y todo. Tú, Judith Pengarden, eres todo.

—También soy una mentirosa —suspiró. Casi podía escuchar caer sus lágrimas— y una ladrona...

Cart no respondió a sus palabras. Ella era ambas cosas, pero eso no cambiaba nada sus sentimientos hacia ella.

—¿Por qué? —Era la pregunta que nunca había hecho porque temía que la respuesta lo deprimiera aún más—. ¿Por qué lo haces?

—Lo hice —dijo ella—. No tengo planes de robar de nuevo.

—¿Por qué? —Preguntó de nuevo.

—Por mi familia —confesó—. Marce trabaja sin descanso, día y noche. Trabaja para cuidarnos, cuidar de cualquier mujer que venga a Craven House en busca de un refugio seguro, y no vive su propia vida. Nada de esto es lo que elegiría cualquier mujer para su futuro, pero nunca se queja.

—¿Ella sabe todo? —Cart no podía creer que su hermana mayor le permitiera a Jude ponerse en peligro por una cantidad de dinero.

—No. Samantha y yo pensamos en este plan para ayudar a Marce.

—¿Y ella acepta el dinero sin preguntar de dónde vino?

Jude rió entre dientes.



—Cielos no, habíamos planeado meter el dinero en su saloncito privado o agregarlo al dinero que se trae de la sala de juegos. Ella no tiene ni idea de nada de esto.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —Preguntó. No estaba seguro de por qué lo mencionó y dudaba de que ella lo recordara en absoluto.

—Sí, por supuesto —dijo ella—, la fiesta de Lady Haversham..

—No, antes de eso —No recordaba y Cart mentiría si no admitía, al menos para sí mismo, que le dolía—. Te topaste conmigo afuera de la residencia del vigilante nocturno, la mañana después de que irrumpiste en mi casa.

Si ella solo lo hubiera visto mejor, cuestionado sus razones para estar allí, y no hubiera sido engañada por sus atenciones en la fiesta en el jardín de Lady Haversham, tal vez no estarían en esta situación.

—¿Eras tú? —Preguntó ella—. Ese día en la fiesta, le dije a Sam que me parecías familiar. Y realmente no quise entrar a tu casa. Me indicaron esa casa, pensando que era la residencia de Lord Asherton.

Aunque no estaba seguro de creerle, el razonamiento detrás de sus acciones tenía sentido para él ahora.

Cart reflexionó sobre el nombre pero no conocía al hombre o su dirección.

###

—Él tiene, supuestamente en su poder, varias hojas de una biblia de un valor inimaginable. —Jude inclinó la cabeza hacia la puerta, insegura de por qué necesitaba compartir esa información ya que solo la hacía parecer una persona aún más horrible—. No es que tenga relación con mi situación actual.

—No puedo ayudarte si te entregas al magistrado.

Ella contuvo el aliento.

—¿Cómo lo sabes?

—Me entregaron una nota en mi casa, y estoy seguro de que no es para mí.

—No es así —respondió ella. Maldijo al Sr. Curtis y forma de entrometerse. Había pensado que había encontrado algo que necesitaba atención en los establos y esa era la razón por la que no había visto ni escuchado de él desde que había partido antes para entregar la misiva. Sabía que Cart vendría y la desanimaría de su decisión cuando leyera la carta.

—Cart —susurró—. Tengo que hacerlo.

—No necesitas hacer nada por el estilo —desafió; su voz se elevó en señal de frustración.

—Lo siento. Perdón por todo lo que hice. Perdón por el dolor que te he causado —dijo en un sollozo. Había sido demasiado para seguir soportando. Él finalmente le permitía hablar, explicarse, y todo lo que podía hacer era llorar—. Nunca quise lastimarte ni a ti ni a tu familia. Lo juro. No tenía intención de engañarte cuando nos conocimos. Fue solo que Sam vio una oportunidad para deshacerse de ese maldito jarrón y aun así obtener una pequeña porción del dinero que habíamos planeado. Era nuestro último intento, lo juro, pero todo estaba tan confuso en ese momento. Jude respiró hondo para centrar sus pensamientos. Podría volver a enojarse en cualquier momento y partir. Ella necesita darle su versión antes de que él se fuera—. Necesito demostrar cuán verdaderamente arrepentida estoy. Sé que puede que nunca me creas del todo y que no merezco tu perdón, pero tampoco tu familia merece la vergüenza y la desgracia causadas por mis acciones.

Él estaba tan silencioso al otro lado de la puerta. Ni siquiera podía oír su respiración.

Jude temió que hubiera tenido suficiente de sus explicaciones y se hubiera ido.

—Durante este tiempo, en ninguna ocasión, pensé en cómo esto afectaría a otros, excepto a mi propia familia —continuó, sin poder detenerse, incluso si Cart ya no escuchaba—. Soy una persona egoísta, Cart, pero quiero cambiar. Necesito cambiar, incluso si eso significa revelar mi secreto al magistrado y a mi familia. Mi intención nunca fue lastimar a nadie y mi castigo será perder el amor y la lealtad de tanta gente. Incluso tú.

—Tal vez tu penitencia se pueda cumplir sin perder nada.

Ella se sintió aliviada de escucharlo hablar finalmente.

—Fuiste tú quien me dijo que la intención no influye en las consecuencias.

—A veces no soy un hombre inteligente —le confió con una risita débil—. A veces, más veces de las que admitiré, tengo poca noción de lo que digo, especialmente cuando interactúo socialmente y, lo peor de todo, en lo que se refiere a las emociones. Ninguna de las dos es concreta y definitiva, sino que siempre cambia y crece.

—¿Crees que la magnitud de mis acciones no justifica una consecuencia grave? —Preguntó—. Te lastimé y eso debería recibir el castigo más duro que puedas imaginar.

—Solo soy una persona, Jude. —Lo escuchó moverse, los botines golpeaban el suelo mientras permanecía de pie—. ¿Por qué hacerme daño, de todos, sería lo más importante y terrible para ti?

Sabía que las palabras iban a salir de sus labios y Jude ni siquiera intentó callarlas.

—Porque te amo.

—Abre la puerta, Jude.

No podía enfrentarlo, no ahora, no después de su confesión.

No podría soportar si dijera que no sentía lo mismo. No podría soportar si dijera que no podía mirar más allá del dolor que había causado y de su engaño. Cart debería mantener a su familia y su bienestar antes que a nadie y ella los había mancillado ante la sociedad. Su hermana merecía algo mejor que tener gente que hablara a sus espaldas sobre el pasado de Cart.

—Por favor —suplicó.

Pero todo sería más fácil de aceptar si lo enfrentara ahora y escuchara directamente de su boca que él no sentía lo mismo por ella.

Haría las horas solitarias más llevaderas, saber que sus sentimientos no eran recíprocos y que Cart había dicho lo que pensaba y se había alejado de ella.

Su futuro no estaba seguro, pero ella no lo llevaría con ella. Se merecía años de felicidad, una familia, amigos y aceptación; no podía darle nada de eso, no adónde iría.

Una ruptura limpia, sin ataduras ni obligaciones entre ellos.

Sin duda, Cart buscaba lo mismo.

Cierre. Sin secretos ni remordimientos sin decir.

A partir de este momento, ella y Cart no tenían garantizado nada.

Con manos temblorosas, Jude se movió y giró la llave en la cerradura.

Cart empujó la puerta de par en par mientras ella daba un paso atrás, vestido de forma tan masculina como siempre, con su fina camisa de lino, su corbata de colores crudos y relucientes botas Hessians. Su cabello era lo único fuera de lugar, como si hubiera pasado las manos por él muchas veces mientras le rogaba que abriera la puerta.

Su cara era una máscara de confusión y dolor.

Las emociones exactas que corrían a través de Jude.

—Has estado llorando —Cart rozó la mejilla de Jude con los dedos y siguió el camino que las lágrimas habían dejado. Si tan solo fuera tan simple eliminar todas las cosas malas entre ellos—. Ven ahora —dijo, tomándola de la mano. Las palmas de sus manos encontraron y los dedos se entrelazaron; encajaban perfectamente—. Sin lágrimas.

—No creo ser capaz de detenerlas. —Estaban de pie, uno frente al otro, a menos de un pie de distancia, con las manos todavía entrelazadas—. Decir adiós es mucho más difícil de lo que nunca hubiera soñado. —Esa era la razón exacta por la que había planeado nunca tener este encuentro con él. Una vez que el magistrado se la llevara, ella había decidido no darle la oportunidad de visitarla, no porque hubiera tenido muchas esperanzas de que alguna vez fuera a buscarla.

Decir adiós era admitir que las cosas habían terminado y que todo lo que había experimentado en el corto tiempo que habían estado juntos se habría ido y que todo lo que le quedaba serían recuerdos. Maravillosos recuerdos. Ella los abrazaría fuertemente, los reviviría a menudo, y nunca los dejaría desvanecerse. Todo al mismo tiempo, Cart seguiría adelante. Ciertamente, recordaría a la mujer que lo había traicionado con sus mentiras. La mujer que lo había atraído con un beso apasionado, la mujer que se había quedado a su lado después de caer en un estanque ante un montón de personas y la mujer en la que nunca podría confiar. Debido a Jude, él sería cauteloso con cada nueva persona que conociera; evaluaría sus motivaciones e intentaría descifrar si sus intenciones eran puras.

Ella le había hecho esto, y nunca podría perdonárselo.

Miró fijamente sus ojos color café, notó que la confusión se había desvanecido y que la línea apretada de su boca se había relajado.

—Señorita Judith Pengarden —dijo, una pregunta no formulada en su tono.

—Sí, Lord Cartwright. —Ella despreciaba el uso de nombres formales entre los dos, pero ella quería desesperadamente que se quedara, que siguiera hablando... pero sobre todo, que nunca la dejara ir.

—Voy a besarte ahora —Tomó con fuerza la mano de ella, y la acercó a él. Le envolvió el otro brazo alrededor de su cintura, y la arrastró aún más cerca mientras sus labios capturaban los de ella.

Jude no tuvo tiempo de decir nada o de protestar, aunque eso era lo más alejado de su mente.

Por el momento, ella simplemente se concentró en mantener el ritmo, su beso era mucho más exigente esta vez. No había nada vacilante o tímido en la forma en la que su boca se apretaba sólidamente contra la de ella, persuadiéndola para que se separara los labios, mientras su lengua rozaba ligeramente su labio inferior. Podía sentir su mano acariciarle la espalda baja.

Finalmente, sus labios abandonaron los de ella y ella respiró hondo mientras le daba pequeños besos a lo largo de la mandíbula y recogía así

cualquier lágrima perdida que pudiera haber quedado. Él le soltó la mano y la llevó a la mejilla, los dedos acariciaron el lado opuesto al que él había besado y luego acariciaron suavemente su cuello.

Un gemido escapó de Jude mientras intentaba controlar sus sentidos.

Los labios de Cart llegaron a su oreja y mordisquearon su lóbulo antes de trazar un camino de regreso a sus labios entreabiertos. Sus bocas se encontraron nuevamente como si estuvieran acostumbrados el uno al otro y encajaron tan perfectamente como sus manos. Las lenguas bailaron cuando los labios encontraron un ritmo propio.

Jude quería que esto durara para siempre.

—No quise que nada de esto sucediera, pero estoy muy agradecido por todo lo que ocurrió, por ti. —Jude estaba frente a él, en todo su ser, ya no estaba dispuesta a ocultar nada. Ella no escondería quién era o qué quería. Y nunca había deseado nada más que el hombre que estaba frente a ella.

— Me han confundido, engañado y herido en el pasado —respiró, sus labios aún tan cerca de los de ella. Jude no podía moverse, temía que dejara de hablar, pero necesitaba, desesperadamente, escucharlas, justo cuando necesitaba escuchar las suyas—. Temía que hubieras hecho lo mismo: que me usaras para obtener solo lo que buscabas.

—Nunca.

—He vivido sobre la base de hechos, números, teorías probadas y conclusiones conocidas, pero no eres ninguna de esas cosas. No puedo alojarte en una caja pequeña ni tengo explicaciones para la inmensa responsabilidad y la adoración que siento por ti, a pesar de todo lo que has hecho. No puedo reconciliar nada de eso, no para mi propia satisfacción o la tuya. Debería irme... Debería sacarte de mi vida y de mi mente; sin embargo, cada vez que lo intento, encuentro que no puedo. Cada pensamiento que tengo gira en torno a ti. Tu presencia destierra de mi mente el solo pensamiento racional. Eres una tentación, y me siento impotente para resistirla.

—No sabía nada de ti o del pasado de tu familia cuando nos conocimos —confió—. Debes creerme.

—Nunca creí que fueras la mujer insensible a la que apuntaban tus acciones,

Ella se encogió por el uso del término insensible, ya que nunca había tenido la intención de dañarlo en modo alguno—. Solo había tratado de ayudar a mi familia... y sí, lamento completamente la forma en que lo hice y la herida que te causé, especialmente.

No había otro lugar en el que pudiera estar feliz y contenta más que en los brazos de Cart. El abrazo fue fuerte y dominante. Pero Jude sentía que nunca la restringiría ni trataría de domarla de ninguna manera.

Demasiado pronto, él retrocedió. Jude sintió que el vacío gigante entre ellos regresaba, a pesar de que sus brazos todavía la abrazaban.

—¿Te entregarías al magistrado solo para mostrarme que me amas? — Hizo la pregunta en un tono de completo desconcierto, buscaba con los ojos la verdad del asunto—. ¿Dejarías a tu familia, tu libertad y tu futuro para demostrarme cuán arrepentida estás?

—No —Jude negó con la cabeza con vehemencia. Ella no quería otro malentendido entre ellos. Nunca más—. Daría todo por ti... solo por ti. No para demostrar ningún punto ni mostrar mi remordimiento, sino para verte mirarme como lo estás haciendo en este momento.

El rostro se nubló una vez más de confusión y se apartó ligeramente de ella.

—¿Cómo es eso?

—Como si fuera la única cosa que notas en la habitación, incluso con un valioso jarrón al alcance de la mano o un cetro forjado con el acero más fuerte. —Jude hizo una pausa, y recordó cada momento en el que había notado la mirada—. Como si estuvieras empapado y cubierto de barro del estanque hasta las rodillas, pero aun así apenas pudieras apartar tu mirada de mí para darte cuenta de la multitud de espectadores.

—Me sentí avergonzado en ese momento —confesó, el rubor subió desde el cuello de su camisa—. Mi gracia salvadora, si mal no recuerdo, fue un par de ojos de gacela de color verde musgo que se mantuvieron unidos a los míos, al menos hasta que pude gatear desde el agua. ¿Había tanta gente mirando?

Jude se rió de su expresión, con los ojos abiertos, el horror escrito en toda su cara.

—No, ciertamente no tantos. Sólo un centenar más o menos de lo más selecto de Londres.

Habían vuelto tan fácilmente al compañerismo ligero y burlón que compartían. Algo que Jude apreciaba más que nada. Le daba esperanza. No es que la hubiera perdonado, pero que tal vez algún día lo haría y podrían establecer algún tipo de amistad más allá del perdón que un beso prometía. Anhelar algo más estaba destinado a hundirla.

—¿Qué demonios está haciendo él aquí de nuevo? —La voz profunda de Garrett tronó desde detrás de Cart—. ¿Y por qué te está tocando la espalda?

Cart se tensó ante las ásperas palabras.

—Oh, Garrett —le recriminó una voz familiar y reconfortante—. Deja de pavonearte y de darte corte. Estoy segura de que nuestra Samantha puede explicar todo si solo te calmas.

—¡Esa no es Samantha! —Garrett se llevó las manos a la cabeza como si se preguntara por qué era la única persona en la sala que reaccionaba ante la escena que tenía adelante.

Jude se quedó mirando mientras Marce abría grandes los ojos y luego se estrechaban.

—Judith Pengarden, lo explicarás en seguida, pero primero, Garrett, cierra esa puerta antes de que Londres sea testigo del abrazo en nuestro vestíbulo.

## Capítulo Veintiséis

Cart aceptó un vaso de bebida espirituosa, sin saber qué licor específico contenía, pero temeroso de rechazar la oferta del hermano de Jude. No era frecuente que tomara algo más fuerte que un jerez, ya que inhibía la mente y desaceleraba aún más su capacidad de discernimiento. No era un hecho ampliamente aceptado, pero uno que Cart había visto de primera mano con su padre.

El grupo se había retirado a una habitación completamente desconocida para él. Albergaba los libros contables de la casa y muchos otros y que incluía un pequeño escritorio, claramente diseñado para la delicada estructura de una mujer, a diferencia de un hombre adulto. En otros hogares, podría ser referida como una especie de oficina, pero los tonos sorprendentemente femeninos de lavanda y verde mar disiparon la idea de inmediato.

La paleta de color era tan abrumadora y molesta que Cart no se veía capaz de concentrarse en nada académico en esta sala. Incluso ahora, su ojo se sentía atraído por una pequeña lámpara sobre el blanco escritorio; su pantalla estaba adornada con borlas verdes y un adorno dorado y enjovado. El accesorio parecía completamente inadecuado para sostener una vela sin quemar toda la casa. Debería mencionarle algo a la hermana de Jude antes de partir, si lograba salir de esta habitación con el pellejo intacto.

Con el ir y venir y el enojado murmullo provenientes de Garrett, Cart apostaría en *contra de* su supervivencia. No es que fuera un apostador. No, eligió invertir en hechos y lógica. Por el momento, la lógica y su instinto visceral corrían parejos.

Lo único que le daba cierta serenidad era la hermana mayor de Jude, quien inmediatamente abrazó a Jude después de que Cart la soltara y luego la condujo a esta habitación, dejando a Cart con solo dos opciones: irse medio inadvertido o seguirlos.

Había un solo lugar en el que Cart quería estar: junto a Jude.

A pesar de todo lo que había hecho; había sido todo menos sincera, había hecho lo que tenía que hacer para ayudar a su familia. Cart no podía culparla por eso. Él había hecho lo mismo desde que regresó de la universidad. Había abrazado lo que la mayoría de la sociedad veía como desagradablemente torpe. Con mucho esfuerzo y energía, había trabajado duro. A pesar de que no



estaba trabajando duro en un campo o construyendo estructuras, usaba sus habilidades y conocimientos adquiridos durante incontables horas de aprendizaje para alcanzar el nivel de un estimado experto en antigüedades. No es una pequeña hazaña en el mundo de la academia. Si a Cart se le hubiera dado el lujo de elegir su propio camino en la vida, probablemente trabajaría para un museo o universidad donde podría continuar estudiando las preciosas piezas que adoraba.

Posiblemente incluso participe en una excursión a tierras lejanas en busca de objetos nuevos y raros.

Pero como par del reino, esa no era una opción para él, y estaba resignado a ese hecho.

Se había dedicado a hacer de su hogar un lugar de aprendizaje. A Theo le asignó los mejores tutores que pudo encontrar, a pesar de que significaba más chelines para él. Cart no solo buscó sus propias reliquias familiares, sino que también había acumulado una colección bastante impresionante de otros artefactos y pinturas.

La esperanza era que el futuro conde de Cartwright, después de que Simon fuera olvidado por mucho tiempo, continuaría en su lugar y preservaría todos los objetos de importancia histórica.

Fue solo desde que conoció a Jude que Cart se había dado cuenta de la existencia tan solitaria que se había impuesto a sí mismo. Ninguna cantidad de posesiones en el mundo podría aliviar o reemplazar a un compañero. Aunque no solo cualquier compañero. Había sobrevivido todos estos años con la compañía de Theo, pero era el momento de que viviera su propia vida, explorar lo que Inglaterra tenía para ofrecer, y decidir su propio camino, lo que dejaba a Cart para recoger los trozos de él que quedarán.

La pieza más estratégica estaba justo frente a él: una mujer que había conocido, que sabía muy en su interior, estaba destinada solo para él y solo para él. Una mujer que lo había sacado de su existencia mundana y rutinaria sin apenas esfuerzo. Una mujer dispuesta a renunciar por completo a su vida: familia, hogar y futuro.

Era una dedicación que nunca había imaginado posible, especialmente dirigida a él.

Ciertamente, había visto el inmenso amor que sus padres habían compartido y su madre nunca se había recuperado de la repentina muerte de su padre. Pero también había sido testigo de las secuelas de ese amor: la actitud

dominante, malhumorada y áspera de su madre, en la que se había vuelto retraída y en absoluta parecida a la mujer que lo había criado.

Esas eran las consecuencias del amor.

Él había estudiado todos esos aspectos. Sus padres compartieron un gran amor, pero cuando su padre se perdió demasiado pronto, su madre sufrió. El amor perjudicaba a muchas más personas de las que ayudaba.

O, al menos, ese había sido el resultado de los hechos en su breve estudio sobre el tema llamado amor.

Él no quería eso para él o para Jude.

Sin embargo, en algún lugar del camino, durante su corto viaje, Cart hizo un nuevo descubrimiento.

Amar a Jude, cada aspecto maravilloso, emocionante e inquietante de ella, valía años de dolor, angustia y amargura que podría experimentar si alguna vez la perdiera.

Su viaje juntos valdría mucho más que cualquier objeto, pintura o tomo antiguo que pudiera recolectar.

Pero, ¿cómo expresarle eso a ella?

—Marce, Judith, —rugió Garrett—. Dejen que lord Cartwright y yo hablemos en privado.

—No, Garrett, te amo pero...

Garrett levantó su mano, deteniendo la protesta de Jude.

—Esta es una discusión de caballeros. Me encargaré de esto y te haré saber a qué términos llegamos.

*¿Términos?*

*¿Términos?* —Llamó Jude, reflejando los pensamientos de Cart, no por primera vez—. No soy ganado para que me negocien y me vendan, hermano. ¡Marce, di algo! —Se volvió hacia su hermana en busca de ayuda.

Cart no estaba al tanto del funcionamiento interno de la familia, pero siempre había sospechado que Marce, la matrona de la casa Craven, tenía el control, desde el momento en que los había visto al salir de la residencia del vigilante nocturno.

—Jude —comenzó Cart, sin saber cómo reaccionaría ella ante lo que tenía que decir—. Tal vez tu hermano y yo...

—Absolutamente no —Jude se movió a su lado—. Esto, todo esto, es entre nosotros. Nadie más.

—No hemos sido presentados formalmente —dijo Marce, dando un paso adelante y tomando el control de la situación—. Es muy bueno volver a verlo, Lord Cartwright. ¿Puedo presentarle a mi hermano, Lord Garrett? Garrett Davenport, Lord Cartwright, pero creo que muchos lo llaman Cart.

—Cartwright —gruñó Lord Garrett—. Si las mujeres quieren estar presentes, entonces preguntaré por ellas... ¿cuáles son tus intenciones con mi hermana?

Cart reconoció a Lord Garrett por lo que era, un hermano aterrorizado por su hermana menor. Era una sensación que Cart bien podía entender, al ser él mismo hermano mayor. Pero apaciguar la ira que acompañaba a sus sentimientos de terror era otra cosa completamente distinta.

—¿Mis intenciones? —Preguntó y colocó su vaso, sin haberlo probado, en una pequeña mesa. Cart sintió que la conversación que se avecinaba iba a necesitar de todo su ingenio—. Yo... bueno...

—Lord Cartwright —Jude le puso la mano sobre el brazo y él se volvió para mirar sus profundos ojos verdes. Dentro de ellos, notó que sus emociones eran tan inquietas como las suyas, que rodaban como las verdes colinas de las propiedades de su familia—. No le respondas.

—Mis próximas palabras no serán dirigidas específicamente a él, ni a tu hermana, aunque respeto mucho su supervisión de tu cuidado y bienestar. — Cart hizo una pausa para calmar sus nervios. Lo que sucedió luego cambiaría su vida, y la suya, esperaba, para mejor—. Señorita Judith Pengarden —dijo, tomándola de ambas manos y mirándola solo a ella. Los otros en la habitación se desvanecieron mientras se perdía en su rostro, su pequeña sonrisa, y la forma en que trataba de ocultar su irritación con todos los presentes—. No hemos tenido un conocimiento de larga data y completa apertura. En la naturaleza más baja de nuestra relación, creo que hemos llegado a conocernos a un nivel que muchos otros no logran en muchas décadas.

—¿Qué significa eso, Cartwright? —Preguntó Lord Garrett antes de vaciar su vaso—. Eres uno de los hombres más extraños que he conocido.

—Shhhh —lo calló Marce—. Cállate y toma notas, mi querido hermano. Creo que estás presenciando lo que muchos llamarían una propuesta del tipo más romántico, sobre la que solo puedes leer de los mejores poetas de nuestro tiempo.

Cart escuchó sus voces, pero se desvanecieron en el fondo. Todo lo que podía ver era a Jude, que le sonreía con la mayor honestidad que había visto en ella.

Y eso era todo lo que necesitaba para seguir hablando...

## Capítulo Veintisiete

Jude estaba de pie, cautivada por sus palabras, por su tono, por cada aliento. Ella nunca había sido testigo de Cart de una manera tan imperiosa; era enérgico en su mirada y tenía confianza en la forma en que la tomaba de las manos, con firmeza, pero con delicadeza que solo él poseía.

En algún lugar detrás de ella, y muy lejos, Jude sintió que la puerta de la oficina de Craven House se abría y cerraba cuando Garrett y Marce se marcharon, dándoles la privacidad que necesitaban.

Estaba lista para darle todo a Cart, pero decirle a su hermana y a su hermano lo que ella y Sam habían estado haciendo todos estos meses, era demasiado; sin embargo, con Cart a su lado, tal vez algún día podría hacerlo.

—Señorita Judith Pengarden —Cart comenzó de nuevo, sin quitarle nunca los ojos de encima cuando sus manos la soltaron y enmarcaron su rostro —. Nada en mi vida me ha preparado para ti. Eres todo lo que no soy: astuta, aventurera, espontánea, valiente. Podría recitar tus cualidades todo el día y nunca se me acabarían las palabras. Pero tu mejor cualidad es que me asustas hasta la muerte... me obligas a reconocer todo lo que falta en mi interior.

—No te falta —protestó, con los ojos muy abiertos.

—No exteriormente, sino en mi corazón. —Cart no sabía cómo hacerle entender algo de lo que apenas se estaba dando cuenta. Levantó las manos juntas y desenredó sus dedos antes de colocar la palma sobre su pecho —. ¿Sientes eso? —Preguntó. Cuando ella asintió, sin palabras, continuó:

—Ese es mi corazón que late. Golpea con más fuerza que nunca antes... debido a ti. Me siento vivo, no perdido en mis estudios de cosas antiguas. Estoy aquí, estoy presente... y eso es todo gracias a ti. El cambio que siento dentro es todo por ti, Jude.

—Pero mentí sobre tantas cosas. —Era lo único que lamentaba de todo y, finalmente, sería lo único que se interponía entre ellos. Su corazón continuó latiendo bajo su mano, firme y seguro—. ¿Cómo puedo ser responsable de este cambio?

—Puede que no hayas sido completamente honesta conmigo, pero como dijiste antes, nuestra conexión va mucho más allá que la superficie. Debajo de nuestras deficiencias, estamos vinculados en un nivel más primitivo y

trascendente de lo que yo sabía que existía. Tú ni una vez notaste mis rarezas y yo veo a la mujer detrás de tus acciones.

Sus palabras eran demasiado hermosas para guardar esperanzas, Jude lo sabía.

—Le he traído el escándalo a su familia, he empañado su buen nombre incluso más que tu tío.

—¿Cómo sabes eso? —Su rostro se ensombreció y ella sintió que él se retiraba, pero no lo permitió.

—Garrett me contó sobre el engaño de tu tío, sus mentiras y su desaparición. —Retiró la mano de su pecho y movió la palma de su mano hacia la de ella—. Siente los latidos de mi corazón mientras te cuento esto... Nunca he conocido a alguien con más compasión y comprensión que tú, Cart. Para ser un hombre racional, puedes mirar más allá de lo que ha sucedido en nuestra situación y apreciar verdaderamente mis acciones. Nunca, en un millón de años, intenté hacerte daño, de ninguna manera. —Sabía que su corazón se aceleraba mientras confesaba sus pensamientos más íntimos, el ritmo sin duda se sentía en su mano—. Daría cualquier cosa por volver y comenzar de nuevo. Yo también, si lo exigieras, me entregaría por mis crímenes. Limpiaría tu apellido y asumiría la responsabilidad de todo.

—Nunca querré eso. —Él levantó los dedos hacia sus labios—. Hay un momento en que la felicidad es mucho más importante que cualquier otra cosa. Si soy feliz, mi familia será feliz, y la sociedad verá esa felicidad y, con suerte, celebrará con nosotros.

Nosotros. Jude no supo qué decir. Eso mismo continuaba dando vueltas en su mente. Había intentado ignorarlo, alejarlo de sus pensamientos, pero era lo único que volvía una y otra vez—. Pensé que habías dicho que toda nuestra relación había sido un error...

—Sí, pero si lo recuerdas, también dije que la intención tiene poco que ver con las consecuencias; bueno, tu intención era usarme para deshacerte de cierto jarrón robado... pero las consecuencias no son nada de lo que ninguno de nosotros hubiera podido prever.

Lo miró, cuestionaba con la mirada sus palabras y su significado. Por un breve segundo, Jude temió que su corazón se hubiera detenido. No quería otra cosa más que dejara de hablar, porque si no lo hacía, nunca se dirían las palabras condenatorias que temía fueran dichas. Podía conservar este momento en su memoria para siempre y desterrar todo lo que siguiera. Bajó la mirada hacia donde una vez sus labios rozaron sus nudillos.

—Mírame, Judith —ordenó.

—No puedo arriesgarme. —No quería que dijera nada más. Su corazón continuaría latiendo con todo lo que había dicho anteriormente, pero si su amor no era correspondido, sus palabras de despedida la harían trizas; era algo de lo que nunca se recuperaría. Su voluntad se habría ido, su llama estaría extinta.

—Diré lo que tengo que decir de todas formas, Jude.

—¿Tiene que terminar de esta manera? —Preguntó ella.

—Judith —suspiró. Nunca, en toda su vida, se cansaría de oír su nombre en sus labios, y temía que esta sería la última—. Tu intento puede haber sido deshonesto, pero las consecuencias son puras y sinceras... y están completamente fuera de tu control.

—No puedo escuchar más...

Soltó los dedos e inclinó la barbilla para mirarla a los ojos, pero ella los cerró con fuerza.

—Pero lo harás, me lo debes.

No podía estar en desacuerdo con eso cuando abrió los ojos una vez más para ver su intensa mirada.

—Las consecuencias son que me he enamorado profundamente de ti, de cada parte de ti. La parte que me hace cuestionar cada decisión que he tomado en mi vida. La parte que me aterroriza ante la perspectiva de que las cosas se apoderen de mi vida que no son rutinarias o que incluso me son conocidas vagamente. La parte que disipa todas mis nociones previas sobre el amor y su poder sobre las personas. Con mucho gusto le daré amor a la influencia para controlar cada uno de mis movimientos contigo. —Finalmente se detuvo y pudo ver ternura en su mirada—. Tú, y este amor que estoy dedicado a explorar, valen más que cualquier antigüedad u objeto.

Jude sabía el gran significado detrás de sus palabras. No solo era más importante que cualquiera de sus valiosos objetos de colección, sino que también le decía que era mucho más importante que el escándalo que había creado por sus transgresiones. Estaba dispuesto a dejar atrás todos sus problemas y enfrentar el futuro, lo que fuera que eso implicara, juntos, uno al lado del otro.

—Lo que intento decirte, Jude, es que con mucho gusto abandonaré todo lo que poseo para tenerte a mi lado.

Se estaba quedando sin palabras para expresar todo lo que quería decir, Jude lo sabía. Era, por mucho, lo que más le había escuchado hablar que no

tuviera que ver con su pasión por las antigüedades y coleccionarlas.

—Lord Cartwright —Jude parpadeó varias veces para desterrar las molestas lágrimas que amenazaban con abrumarla una vez más—, nunca te ordenaré que renuncies a nada.

Por primera vez desde que llegó a la oficina, su confianza se sacudió y Jude vio la duda en sus ojos.

—Me abriré camino a través de todo y todos para permanecer a tu lado a partir de hoy.

Obviamente, era lo único que necesitaba oír, porque las palabras apenas habían salido de su boca cuando sus labios estuvieron sobre los suyos, sellando su pacto.

Una vida, juntos.

Un amor inquebrantable.

Una eternidad en los brazos del otro.



## Epílogo

Jude entraba en la casa de Cart como si fuera la primera vez y llegaba tarde.

—Squires —la voz de Cart retumbó mientras caminaba con confianza hacia el vestíbulo para saludarla a ella y a su familia—¿Puedo presentarte a la señorita Judith Pengarden? Jude, este es mi mayordomo de confianza, el señor Squires.

Se miraron el uno al otro, sonriendo. Jude había visitado varias veces e interactuado con muchos miembros del personal de Cart, la última vez fue la tarde anterior de camino a la casa de lord Gunther. Pero esta vez fue claramente diferente.

—Señorita Judith —dijo el anciano mientras se inclinaba ante ella—. Es un honor conocer a nuestra futura condesa. Todos le damos la bienvenida a usted y a su familia.

—Y permíteme presentarte a Lady Marce Davenport, Lord Garrett, la señorita Samantha Pengarden y, finalmente, la señorita Payton Samuels. —Fue una frase kilométrica y Jude sintió algo de sorpresa y gran satisfacción de que Cart se hubiera tomado el tiempo de aprender los muchos nombres de su familia —Y no cuestionar sus inconsistencias—. Todavía tenían mucho que aprender el uno del otro, cada uno con sus propios secretos, anhelos y esperanzas de compartir. Afortunadamente, tuvieron muchos años para lograr todo.

El hombre reconoció a cada uno por turno antes de indicar el camino hacia la sala de donde venía Cart.

—Lady Cartwright y Lady Theodora los esperan a todos en el comedor.

—Mis disculpas por nuestra llegada tarde —se apresuró a decir Jude—. Espero que no hayamos arruinado la cena para todos.

—Por supuesto que no, señorita Judith —confió Squires—. Será sido refrescante tener una velada que no esté dentro del control total de Lady Cartwright.

—Ahora, buen hombre —rió Cart entre dientes, se acercó al lado de Jude y le ofreció el brazo para escoltarla hasta la comida, que esperaba—. Nos hemos divertido con la incomodidad de mi madre, pero no la dejemos esperando un momento más.

Garrett se puso al lado de Marce para escoltarla, mientras que Sam y Payton se tomaron del brazo.

—Por aquí —gritó Squires y se dirigió hacia el comedor.

Cart vaciló y permitió que los hermanos de Jude los precedieran al otro lado del vestíbulo.

—¿Milord? —Jude cuestionó su reticencia a seguirlos, temerosa de que hubiera cambiado de opinión acerca de su próximo anuncio de compromiso—. ¿Pasa algo?

La miró como si ansiara que la mirara así todos los días, para siempre.

—En realidad, todo está perfecto, como debería ser y te ves radiante esta noche. No puedo recordar un momento en que mi vida haya sido más perfecta.

Sintió sus mejillas enrojecer por el orgullo y el amor en sus palabras.

—¿Estás seguro de que nuestro encuentro con Lord Gunther salió según lo planeado? Había sabido que tendría que asumir la responsabilidad de sus acciones en algún momento, y afortunadamente, Lord Gunther había acordado reunirse con ellos el día anterior—. Si bien escuchó atentamente, y entendió que todo había sido un malentendido, ¿crees que el daño ha sido reparado?"

Cart sonrió al sentir que la felicidad lo inundaba.

—¿No has visto el Post de hoy? Ante la mirada inquisitiva de Jude, continuó— Lord Gunther volvió a hablar con el Post —como creo que se complace en hacerlo— y canceló su declaración anterior y anunciaba a Lord Cartwright, es decir, Yo... —Cart levantó las cejas con sorpresa—, como su nuevo asociado en la adquisición de tres nuevas piezas para su colección.

Todo era demasiado bueno para ser verdad.

—Y, de seguro, quiere algo a cambio.

—En parte, ver su nombre en el Post una vez más —Cart hizo una pausa, un aspecto severo se apoderó de su rostro y puso a Jude en alerta—. Ah... y que lo invitemos a nuestra boda, con la esperanza de profundizar su relación con la linda y encantadora, sus palabras, tenlo en cuenta, señorita Samantha Pengarden.

Ambos rieron, la melodía dulce e incontrolada resonó por los pasillos de la casa Cartwright.

Mientras ambos dejaban de reírse, Cart contempló su exquisito vestido, la miraba de la cabeza hasta los dedos de los pies, ida y vuelta, admirando claramente el vestido que Marce había insistido en encargarle a su hermana menor para celebrar su cena de compromiso.

Jude había elegido un vestido de un color más atrevido de lo que era su costumbre habitual. El satén era de un verde intenso y vibrante que hacía que su pelo castaño rojizo pareciera arder y sus ojos brillar. Nunca había sido su elección destacar entre una multitud, pero con el anillo de rubíes y diamantes que su futuro esposo le había regalado, Jude sabía que ningún otro color le haría justicia.

—¿Estás lista para conocer a la mujer formidable que es mi madre? — Preguntó.

Jude cuadró los hombros y alzó la barbilla, esperando convencer no solo a él sino a sí misma de que estaba preparada para el desafío de conocer a su futura suegra y a Theodora, otra hermana para agregar a su creciente lista de admiradas y queridas relaciones femeninas.

—Pero recuerda —Cart se inclinó cerca y susurró—. Te amo, adoro todo sobre ti, y eres la que elegí para compartir mi futuro.

Su afirmación parecía tener algún significado que Jude no podía captar por completo, pero cuando le dio un beso casto en la mejilla, el significado no hacía diferencia.

La amaba. Y más que nada, ella lo amaba.

Nada más importaba. No cómo se desarrollara esta noche, ni cómo la sociedad reaccionara ante su repentino compromiso y su próximo matrimonio.

—¿Una casa de mala reputación? —Gritó una voz desde la dirección a la que Squires había llevado a sus hermanos—. ¿Eres qué? ¡Simon! Esto es inaceptable e inapropiado... ¿Vives en una cueva de iniquidad?

Cart levantó una ceja en señal de pregunta.

—Craven House no es lo que parece, pero ciertamente es algo de lo que todavía tenemos que hablar, milord.

—Entonces espero con ansias los muchos días —y noches— explorando todos los temas de conversación sobre los que aún tenemos que conversar. — Su sonrisa regresó, rápida y segura, algo que rápidamente se estaba acostumbrando a ver. Había desaparecido su naturaleza pensativa y distante, y había sido reemplazada por un hombre que estaba constantemente presente, ya no perdido en sus propios pensamientos, sino viviendo cada momento para ella, con ella—. ¿Vamos, mi amor?

Ella inclinó la cabeza y se movieron hacia el comedor mientras la llamada de asistencia de la madre de Cart continuaba. Las risas de Payton y Sam se interrumpieron para saludar a Jude y sabía que, con Cart a su lado y el apoyo de sus hermanas, ella y Cart vivirían una vida llena de amor y felicidad.

Mucho más que una ladrona común como se merecía.  
Pero su última y más importante tarea estaba completa.  
La señorita Judith Pengarden había robado con éxito su conde: Simon Montgomery, Lord Cartwright.  
Pero muchos sugerirían que fue Lord Cartwright quien le había robado el corazón a la señorita Judith mucho antes de que ella hubiera tomado el de él.

### **Libros de Christina McKnight:**

#### **Serie Craven House**

El ladrón roba a su conde

La Señora Encanta a Su Marqués - Próximamente, diciembre de 2016

La señora atrapa a su duque - Próximamente 2017

El jugador apuesta por su barón - Próximamente 2017

#### **Una serie de Lady Forsaken**

Shunned No More, A Lady Forsaken (Libro Uno)

Forgotten No More, A Lady Forsaken (Libro dos)

Depreciado cada vez más, una dama abandonada (libro tres)

Navidad cada vez más, A Lady Forsaken (Novella)

Hidden No More, A Lady Forsaken (Libro Cuatro)

**¡Disponible en todos los minoristas!**

#### **Título independiente**

El asedio de Lady Aloria, A de Wolfe Pack Novella

**¡Próximamente!**

Theodora, Lady Archer's Creed (Libro Uno)

Adeline, Lady Archer's Creed (Libro tres)

#### **Sobre el Autor:**

Christina McKnight es una amante de los libros devenida en escritora. Desde muy joven, su madre la animó a contar sus propias historias. Ella escribe desde entonces.

Christina disfruta de una vida tranquila en el norte de California junto a su familia, su vino y litros de café. Ah, y sus libros. . . ¡no olvides sus libros! La mayoría de los días, la podrás encontrar escribiendo, leyendo o viajando por el gran estado de California.

Síguela en **Twitter**: @CMcKnightWriter

**Mantente al día de sus lanzamientos:** [www.christinamcknight.com](http://www.christinamcknight.com)

**Da “Me gusta” a la página de autor de Christina en  
FB: ChristinaMcKnightWriter**

### **Notas de la autora**

Gracias por leer *La ladrona roba su conde, Craven House Series (Libro uno)* .

Si te gustó *La ladrona roba su conde*, asegúrate de escribir una breve reseña en

Amazon, Barnes and Noble, o Goodreads.

¡Me encantaría saber de ti!

Puedes contactarte conmigo en:

Christina@christinamcknight.com

O escribirme a:

PO Box 1017

Patterson, CA 95363

www.ChristinaMcKnight.com

Visita mi sitio web para obtener obsequios, reseñas de libros e información sobre mis próximos proyectos, o conéctate conmigo a través de las redes sociales en:

Twitter: @CMcKnightWriter

Facebook: [www.facebook.com/christinamcknightwriter](http://www.facebook.com/christinamcknightwriter)

Goodreads: [www.goodreads.com/ChristinaMcKnight](http://www.goodreads.com/ChristinaMcKnight)

Regístrese para mi boletín de noticias aquí:

<http://eepurl.com/VP1rP>

Hay muchas personas a las que me gustaría agradecer por acompañarme en el viaje emocional de escribir este libro.

Para Marc, mi increíble novio, que continúa a mi lado en el caos total que es mi proceso creativo. Gracias... tu amor y dedicación nunca dejan de sorprenderme. Espero algún día ser tan desinteresada y compasiva como tú.

Para Lauren Stewart, mi compañera de crítica y mejor amiga: me empujaste a explorar nuevas rutas de pensamiento que nunca soñé que fueran posibles. Si estuviéramos en una verdadera relación, sería una basada en la codependencia, pero en el buen sentido. Mi escritura no sería lo que es sin tus comentarios, críticas, sugerencias y orientación.

También me gustaría agradecer a las maravillosas mujeres que me han apoyado, tanto en mi carrera de escritora como en mi vida, incluidas (entre otras): Debbie Haston, Angie Stanton, Theresa Baer, Roxanne Stellmacher, Laura Cummings, Dawn Borbon, Suzi Parker, Jennifer Vella, Brandi Johnson y Latisha Kahn. Sé que me estoy olvidando de muchos... Todos ustedes han sido muy pacientes y han apoyado maravillosamente mis excentricidades.

Un agradecimiento muy especial a mi editor, Chelle Olson, adicto al detalle (literalmente), su habilidad y profesionalismo superan todo lo que esperaba. Chelle Olson puede ser contratada por correo electrónico [literallyaddictedtodetail@yahoo.com](mailto:literallyaddictedtodetail@yahoo.com).

Además, un agradecimiento especial al editor histórico, Scott Moreland. ¡Bienvenido a mi equipo!

Y a mi corrector de pruebas, Anja, gracias por embarcarse conmigo en un nuevo viaje.

Diseño de cubierta y sobrecubierta y diseño del sitio web: Sweet 'N Spicy Designs.

**Finalmente, gracias por apoyar a los autores “indie”.**

## Capítulo Ocho

Cart volvió a acomodar el tintero, moviéndolo un poco hacia la izquierda y luego alineó la pila de correspondencia que había descolocado al mover el tintero. Se enderezó un poco más en la silla y se puso las gafas, pero igual de rápido las quitó. De nuevo, algo el él estaba apagado. Hoy no debería ser diferente a cualquier otro día. Mientras que Cart era parco con respecto al lugar que ocupaban las cosas, nunca había sido alguien que se preocupara por el arreglo exacto de los artículos en su escritorio. Siempre y cuando estuvieran todos allí y no se retiraran, le convenía.

Al pasear la vista por la habitación, notó que había más objetos fuera de lugar o que faltaban, lo que debería ser difícil de detectar en su estudio poco amueblado, que era la biblioteca y que albergaba muchas de sus antigüedades más preciadas. Echó hacia atrás la silla, se puso de pie y se movió por la habitación hacia una engañosa pintura que representaba un paisaje que colgaba cerca de la puerta y bastante lejos de cualquier fuente de luz natural para no comprometer la integridad del óleo.

Fue una de sus primeras adquisiciones y no significó nada en el gran esquema de coleccionables. La pequeña pintura le había costado poco, pero su padre la había encargado cuando nació Cart: representaba la finca de su familia, una auténtica casa solariega, conocida por él antes de que su vida se arruinara. El fallecimiento de su padre fue solo el comienzo de las cosas. Ahora, Cart no podía viajar al lugar que tenía tan buenos recuerdos para él; un lugar que se había estado pleno de amor y satisfacción. Una madre maravillosa, que había dejado de existir en su antiguo estado y solo el vago recuerdo de un hombre que lo había llevado a recorrer las tierras, arreglando techos rotos junto a sus inquilinos y escuchando sus quejas, era todo lo que quedaba.

El arrepentimiento más grande de Cart era no haber localizado nunca la otra pintura que su padre le había encargado al mismo tiempo: otro paisaje, pero de la vista opuesta de la finca de sus ancestros. Había ido tan lejos como para difundir mentiras sobre el valor de la pintura, anhelando que alguien la encontrara y se contactara con él como comprador de la pieza; por desgracia, nadie había ofertado la otra pintura y Cart había hablado de ello cuando se reunía con otros coleccionistas.

Actualmente, la casa de campo estaba llena de recuerdos y pertenencias de otra familia. Cart había sido forzado a permitir que otro lord y sus parientes vivieran en la casa que él había amado por la que recibía solo la renta suficiente para evitar que la propiedad se deteriorara por completo.

La oportunidad de disfrutar de una existencia despreocupada en el campo rodeada de personas que habían servido a los condes de Cartwright durante décadas le había sido arrebatada a Theo, algo que Cart algún día rectificaría.

Cart miró hacia el gran sillón ubicada cerca de la ventana en busca de luz donde Theo se sentó, acurrucada bajo una manta, leyendo otra novela. Si fuera un libro sobre la formación de las colonias británicas o una historia de piratas y tesoros, no le importaba. Estaba feliz, eso era evidente por la sonrisa que jugaba en el rostro y que llegaba hasta los ojos. Estaba decidido a darle a su hermana menor mucho más de lo que se le había arrebatado a su familia.

El dinero robado regresaba, poco a poco, gracias al trabajo duro de Cart.

Las reliquias y otros tesoros familiares se estaban ubicando de forma lenta pero segura, aunque Cart carecía de los fondos para adquirirlos todos.

Un día, viajaría a la casa de su infancia y recuperaría lo que era suyo, para él, pero principalmente para Theo.

La observó mientras ella se quitaba una larga trenza del hombro y miraba por la ventana, pensativa. Eran muy parecidos: sus gestos, su aspecto, y especialmente su amor por el conocimiento. Tenía la esperanza de que pronto tuviera los fondos para enviarla a una escuela adecuada para darle la educación que ansiaba. No más tutores, no más vivir bajo el pulgar de su madre, no más no ser quien ella quería ser. Theo tendría la oportunidad de lograr todo lo que había soñado, y no se cortaría, como le había sucedido a él. No habría serpiente en la hierba que sacara la metafórica alfombra de debajo de sus pies. Si ella elegía ser una doctora, o un abogado, o incluso un capitán de un barco, dispuesto a explorar los océanos salvajes, él le daría eso, sin condiciones, sin inconvenientes y sin preocupaciones.

—¿Simon?

Parpadeó varias veces para despejarse la vista que se le había nublado y deseó no haberse quitado las gafas.

—¿Te preocupa algo? —Theo cerró su libro y lo colocó entre su pierna y el brazo del sillón—. Pareces pensativo, como siempre, pero también ha aparecido un brillo en tu frente.

No era apropiado cargar a su hermana menor con sus preocupaciones, así que Cart sonrió y se rió. El sonido sonó débil a sus oídos. Estaba seguro de



que si continuaba en otro segundo se rompería y se convertiría en un suspiro.

—Estoy fenomenal. De verdad —respondió—. Estoy esperando una visita.

—Oh, ¿quién viene?" Theo desarmó el nudo que había hecho con sus piernas, siguió a Cart con la mirada, mientras caminaba de regreso a su escritorio e intentaba parecer normal—. ¿Has encontrado otro tesoro? ¿Puedo verlo? ¿Es el cetro del que hablaste hace unos días?

Esta vez, Cart se rió con ganas, lo que liberó momentáneamente la tensión en sus hombros.

Por mucho que la viera como una joven educada, ella era poco más que una niña. Sabía que era una niña que amaba las cosas brillantes: verlas, abrazarlas e investigarlas.

—No, para tu decepción, pero mi invitada no tiene nada que ver con el trabajo. —Había esperado que ella perdiera interés cuando escuchara esto, sin embargo, había subestimado su verdadera atención. No en sus negocios ni en las muchas antigüedades que pasaron por su hogar, sino en las actividades de su hermano—. Me temo que mi reunión de hoy, más que una visita, en realidad... no es de gran importancia.

—¿Nada de gran importancia, querido hermano? preguntó—. Has reorganizado tu escritorio tres veces, te has puesto y quitado las gafas más veces que eso y ahora estás tratando de anular mi interés en el asunto. Solo puede ser una cosa...

A Cart no le gustó cómo su voz se apagó como si hubiera llegado a la conclusión inevitable que cualquier persona razonable hubiera hecho.

Lo mejor era que permaneciera en silencio y de ninguna manera alineara su colección de plumas en su escritorio.

—Te visitará una mujer.

Cart levantó la vista desde donde miraba la suave superficie de su escritorio para encontrarse con la mirada de su hermana. Allí, no encontró nada más que certeza.

—¿Por qué piensas eso? preguntó.

—Al principio, sospeché que era un hombre de cierta edad, la edad específica de madre, que venía a verla.

—¿Por qué es eso? —Cart se enorgullecía de ser discreto o, al menos, no completamente legible. Estaba mucho más cauteloso desde su regreso de Eton.

—La forma en que empujaste a mamá fuera de la casa, incluso enviándola a hacer un mandado para ti. —Theo hizo una pausa y se levantó de la silla. Caminó hacia la puerta lentamente, tocándose la barbilla con el índice

mientras lo hacía—. Pero luego, te has quedado nervioso, has mirado el reloj varias veces e incluso movido hacia el espejo que del pasillo.

—No hice tal cosa.

Al menos, Cart no había tenido la intención de detenerse ante el gran espejo para controlar el nudo de su corbata, menos elaborado hoy, aunque aun finamente apretada y atada. Tampoco había sospechado que él había perturbado su lectura.

—Intento verificar que todo esté bien, eso es todo. Y me disculpo si mis movimientos te han molestado de alguna manera.

—Entonces, sí viene a visitarte una mujer. —Ella saltaba de emoción, al tiempo que juntaba las en su pecho—. Estas son noticias maravillosas.

De ninguna manera comprendió cómo Theo equiparaba la visita de una mujer como una noticia maravillosa o incluso información de interés periodístico—. Viene a ver algunas de mis antigüedades, eso es todo. Ella es una especie de coleccionista, como yo.

—Esto es mucho mejor de lo que he imaginado —dijo Theo, al tiempo que se dirigía a su escritorio y le hacía un gesto para que se pusiera de pie. Ella miró su cabello, cepillado como era debido, su corbata y las líneas de su abrigo. No podía ver más porque él todavía estaba de pie detrás de su escritorio pero se sintió ridículo al tener a su hermana de doce años evaluando su apariencia. Era absurdo, pero lo que le preocupaba aún más era que Cart quería preguntar desesperadamente si le parecía satisfactorio—. Me había preguntado por qué te gustaban más los nudos de corbata. Pensé que sería otra cosa que te habías propuesto dominar pero, ahora, sí, has hecho un buen trabajo.

El reloj del pasillo en el vestíbulo dio una campanada y se puso rígido y colocó sus manos sobre el escritorio frente a él mientras respiraba profundamente.

No podía entender por qué la señorita Jude lo hacía sentir tan ... tan ... tenso y ansioso.

Ella no era más que otra mujer que conocía. No significaba nada que fuera tan bella como la gran Helena de Troya, a quien había visto en un texto antiguo, si permitía que su cabello castaño rojizo fluyera libremente. Tampoco debería importarle que ella tuviera interés en muchas de las cosas por las que se interesaba Cart.

Ella era simplemente una mujer.

Como él era simplemente un hombre.

Y se estaban reuniendo hoy para no hablar de hombres y mujeres, o de cualquier atracción que uno pueda sentir por el otro, el sexo débil.

Un fuerte golpe resonó por el pasillo y se dirigió a su estudio.

De hecho, interrumpió sus pensamientos antes de que se desviaran hacia algo muy impropio, y le impidió abandonar la seguridad de la silla de su escritorio por temor a que todos notaran dónde estaba su mente.

—Theo, ¿no es hora de que comiences tus estudios de la tarde? —Él sabía que ella no podía refutar sus palabras. Después de todo, había planeado para que la llegada de Jude coincidiera con la reunión de caridad de su madre y las clases de la tarde de Theo. Su único error fue pensar que algo saldría como estaba planeado. Ni siquiera la más pequeña de las cosas, una visita social, podría ir según lo planeado—. No puedes esperar a llegar a ser abogada si no estudias como corresponde.

—No estoy estudiando para ser abogada —replicó ella. Sabía que sus palabras la molestarían. Ella tenía poco interés en la ley—. Pero el Sr. LeMaux debería estar esperándome. Te dejaré con tu invitada pero no puedo prometer que no voy a discutir esto con mamá. Una chispa iluminó sus ojos con su amenaza apenas velada.

La pequeña descarada lo estaba chantajeando.

—¿Qué pretendes, Theo? —Se rindió ante su hermana, sabiendo que cualquier cosa que ella pudiera pedir era mucho de lo que pediría su madre si lo supiera.

—El cetro, quiero sostenerlo —cruzó los brazos sobre el pecho.

Fue una petición imposible, especialmente dado que Cart aún no había localizado el artículo.

—No —dijo Cart, mientras oía que la puerta de entrada se cerraba—. ¿Algo más?

Theo sonrió y Cart supo que había sido engañado una vez más. Nunca pensó que le permitiría sostener un cetro legendario que tuviera más de mil años, pero había usado la estratagema para lograr lo que realmente deseaba.

—Me gustaría conocerla.

—Otra cosa imposible de obtener.

Cart temía que estuviera tan bloqueado que comenzara a hablar de ecuaciones matemáticas o del método científico para congelar el agua.

—Vamos, hermano —gimió mientras colocaba sus brazos en jarra—. Debes prometerme algo por guardar tus escapadas de mamá".

¿Escapadas? Una mujer que te visitara durante horas de visita difícilmente podría clasificarse como una *escapada*.

—Haré un trato contigo —cedió—. Te escondes en las sombras de la sala, detrás de la gran maceta con el helecho y puedes echar un vistazo a la señorita Jude desde allí.—Theo comenzó a saltar una vez más—. Pero, no debes decir una palabra. Ella no debe saber que estás mirando.

—Sí, sí. —Theo apenas podía contener su alegría—. Lo prometo, no diré ni pío.

—¿Y cuando entremos al estudio, continuarás con tu clase?

—"Por supuesto —chilló.

—Debo admitir que tu interés en esto me desconcierta —confió—. Pero terminemos con esto. Toma tu lugar e iré a recibir a la señorita Jude como corresponde.

## **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

**¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?**



### **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)